Damaged Book
physically verified
by B. V. Patil
10 /07/2000
Lot No:- 209

00101844

00
b
2
101844

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 18 July, 2018

LAS HEROYDAS DE OVIDIO

TRADUCIDAS

EN VERSO CASTELLANO

101844

POR DIEGO MEXIA.

TOMO XIX

DE LA COLECCION DE D. RAMON FERNANDEZ.

MDCCXCVII.

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

00101844

ADVERTENCIA

DEL TRADUCTOR.

Navegando el año pasado de noventa y seis desde las riquísimas Provincias del Perú á los Reynos de la Nueva-España (mas por curiosidad de verlos, que por el interes que por mis empleos pretendia) mi navio padeció tan grave tormenta en el golfo (llamado comunmente del Papagayo) que á mí y á mis compañeros nos fue representada la verdadera hora de la muerte: pues demas de se nos rendir todos los árboles (víspera del gran Patron de las Españas á las doce horas de la noche) con espantoso ruido, sin que vela, ni astilla de árbol quedase en el navio con muerte arrebatada de un hombre, el combatido baxel daba tan temerarios balances, con mas de dos mil quintales de azogue que (por carga infernal) llevaba, y sin mucho vino y plata, y otras mercaderías de que estaba suficientemente cargado, que cada momento nos hallábamos hundidos en las soberbias ondas. Pero Dios (que es piadoso padre) milagrosamente, y fuera de toda esperanza hu-

mana (habiéndonos desahuciado el piloto) con las bombas en las manos, y dos vandolas nos arrojó dia de la Transfiguracion en Acaxu, puerto de Sonsonate. Aquí desembarqué la persona y plata; y no queriendo tentar á Dios en desaparejado navío, determiné ir por tierra á la gran Ciudad de México, cabeza (y con razon) de la Nueva-España. Fueme dificultosísimo el camino, por ser de trescientas leguas: las aguas eran grandes, por ser tiempo de invierno; el camino áspero; los lodos y pantanos muchos: los rios peligrosos; y los pueblos mal proveídos por el cocoliste y pestilencia general que en los Indios habia. Demas de esto, y del fastidio y molimiento que el prolixo caminar trae consigo, me martirizó una continua melancolía por la infelicísima nueva de Cádiz, y quema de la flota Mexicana, de que fui sabidor en el principio de este mi largo viage. Estas razones, y caminar á paso fastidioso de recua (que no es la menor en semejantes calamidades) me obligáron (por engañar á mis propios trabajos) á leer algunos ratos en un libro de las Epístolas del verdaderamente Poeta Ovidio Nason, el qual para matalotage de

espíritu (por no hallar otro libro) compré á un estudiante en Sonsonate. De leerlo vino el aficionarme á él: la aficion me obligó á repasarlo; y lo uno y lo otro, y la óciosidad, me diéron ánimo á traducir con mi tosco y totalmente rústico estilo y lenguage algunas espístolas de las que mas me deleytáron. Tanto duró el camino, y tanta fue mi constancia, que quando llegué á la gran Ciudad de México Tenustlitlan, hallé traducidas en tres meses de veinte y una epístolas las catorce. Y aunque entiendo muy bien que se me podrá responder aquí lo que el excelente Apeles al otro pintor, que en este espacio de tiempo se podrian traducir (segun estan de mal traducidas, y peor entendidas) otras tres tantas épistolas que estas; pero como yo no pretendo la fama (no digo de Poeta, que este es nombre célebre y grandioso, sino de metrificador) que el otro pretendia de pintor no reparo en ello, ni entónces reparé. Antes considerando que mi estada en la Nueva-España (respecto de la grande falta de ropa y mercaderías que en ella habia) se dilataba por un año, me pareció que no era justo desistir de esta empresa, y mas ani-

mado de los pareceres de algunos hombres doctos: y así mediante la perseverancia le dí el fin que pretendia. Quise traducirlas en tercetos, por parecerme que corresponden estas Rimas con el verso elegiaco latino: liméla lo mejor que á mi pobre talento fue concedido, adornándolas con argumentos en prosa, y moralidades que para inteligencia y utilidad del lector me parecieron convenir: pues es cierto que la Poesía que deleyta sin aprovechar con su doctrina, no consigue su fin, como lo afirma Horacio en su arte, y mejor que él Aristóteles en su Poética. Seguí en la explicacion de los conceptos mas dificultosos á sus comentadores Hubertino y Asensio, y á Juan Baptista Egnacio, Veneciano; y en algunas cosas imité á Remigio Florentino, que en verso suelto las traduxo en su lengua Toscana con la elegancia y estudio que todos los milagrosos ingenios de Italia han siempre escrito. Demas de lo bueno que en estos autores he hallado, añadí conceptos y sentencias mias (si tal nombre merecen), así para mas declaracion de las de Ovidio, como para rematar con dulzura algunos tercetos. Finalmente he puesto la diligencia

posible, porque esta admirable obra saliese con el mejor atavio y ornato que á mi entendimiento fuese posible. Y aunque he usurpado algunas licencias, de suerte que puedo ser mejor llamado imitador que traductor, siempre he procurado arrimarme á la frasis latina en quanto en la nuestra es permitido. Tambien he visto despues acá en otras impresiones unos dísticos antepuestos y pospuestos á aquella por quien yo hice esta traduccion, y algunos menos y algunos mas: y así el curioso que quisiere conferir los tercetos por los dísticos, si hallare alguna variacion, entienda que en los diferentes exemplares está la falta, fuera de que cada vez que las repaso hallo mas que enmendar; lo qual si hiciese seria proceder en infinito: porque como afirma el Filósofo, á lo hecho es fácil de añadir; y el mismo Ovidio en el primer libro de Ponto, dice de sí mismo estos versos:

Cum relego scripsisse pudet, quia plurima cerno
Me quoque; qui feci iudice digna lini
Nec tamen emendo, labor hic quam scribere maior
Mensque pati durum sustinet ægra nihil.

Despues de haber puesto fin á esta traduccion, no faltó quien dixo que no habia

traducido la invectiva, intitulada in Ibin, que del mismo Ovidio anda impresa con estas sus Heroidas ó Heroycas Epístolas, por la gran dificultad que tenia: y así por los desengañar, como para servir á los curiosos la traducí con la curiosidad, y mayor inteligencia que me fue concedida, poniéndole al márgen las historias, sin las quales tuviera alguna dificultad, por ser muchas y algunas muy peregrinas.

He querido con alguna prolixidad escribir la ocasion que tuve en estas mis traducciones; porque se entienda que fue mas entretenimiento de tiempo y recreacion de espíritu, que presuncion de ingenio: pues solo sé que sé que no tengo por que tenerla. El ingenio y talento que Dios fue servido de darme (si es alguno) es bien poco, y ese ocupado, y distraido en negocios de familia, y en buscar los alimentos necesarios á la vida: la inquietud del espíritu es tan grande como la del cuerpo, pues ha veinte años que navego mares, y camino tierras por diferentes climas, alturas y temperamentos, barbarizando entre bárbaros, de suerte que me admiro cómo la lengua materna no se me ha olvidado, pues muchas veces me acontece

lo que á Ovidio estando desterrado entre los rústicos del Ponto, lo qual significa él en el quinto libro de Triste, en la décima septima, quando dice que queriendo hablar Romano, habla Sarmático, cuyos versos son estos:

Ipse ego Romanus vates, ignoscite Musæ
Sarmatico cogor plurima more loqui
Et pudet, et fateor: iam desuetudine longa
Vix subeunt ipsi verba latina mihi.

La comunicacion con hombres doctos (aunque en estas partes hay muchos) es tan poca, quan poco es el tiempo que, donde ellos estan habito; demas que en estas partes se platica poco de esta materia; digo de la verdadera Poesía y artificioso metrificar, que de hacer coplas á bulto antes no hay quien no lo profese, porque los sabios que de esto podrian tratar, solo tratan de interes y ganancia, que es á lo que acá los traxo su voluntad; y es de tal modo, que el que mas docto viene se vuelve mas perulero, como Ovidio á este propósito lo afirma de los que iban á los Getas en el quarto de Ponto, escribiendo á Severo.

Si quis in hac ipsum terra posuisset Homerum
Esset crede mihi, factus et ille Getes.

Pues para leer y meditar, ¿cómo habrá

tiempo si para descansar no se alcanza? Ó dichosos (y otra vez dichosos) los que gozan de la quietud en España, pues con tanta facilidad, y con tantas ayudas de costa pueden ocuparse en exercicios virtuosos, y darse á los estudios de las letras: y ó mil veces dignos de ser alabados los que á qualquier género de virtud se aplican en las Indias; pues demas de no haber premio para ella, rompen por tantos montes de dificultades para conseguirla. Y así los que leyeren estas epístolas é invectiva no se admiren de sus imperfecciones y faltas, sino de que no lleven muchas mas, si ya no es que todos mis versos son un continuado defecto; y si se hallare alguna cosa acertadamente dicha, agradézcase á la fuente de adonde todo lo bueno procede, que es Dios, y su parte á Ovidio, el qual se esmeró en estas sus epístolas, tanto, que en ellas se excedió á sí. Y todo el resto que no fuere tan puro, tan medido, y con tanto espíritu (como ellos quisieran) asiéntenlo á mi cuenta ó perdonénmelo, pues no me queda caudal para enmendarlo ni pagarlo. Y si las publico, solo es para animar á los buenos ingenios (de que tanto florece nuestro siglo)

que doliéndose de ver al excelente Poeta Ovidio en tan humilde engaste, lo guarnezcan y pongan en el oro acrisolado de sus entendimientos, traduciéndolo con la perfeccion que le es debida.

Y porque seria temeridad querer yo con mi rustiquez celebrar al príncipe de la Poesía Ovidio (siendo él por sí tan celebrado, y admirado de todos los que han sabido despues de él en el mundo), solo diré que aunque á Virgilio se le concede en la magestad el lauro, que en nuestro Poeta en imitacion, invencion, copia, facilidad, y conceptos con muchas ventajas la hace á todos los Poetas latinos. Y pues hemos propuesto al lector el sumo deleyte que esta obra en sí contiene, será bien que descubramos el fruto y doctrina que con ella se puede grangear. Quiso pues dibuxar (y artificiosamente dibuxó) Ovidio en estas sus Epístolas la fuerza del amor casto, y el desenfrenamiento del deshonesto, indigno de nombre de amor, si no de apetito furioso: en unas pinta con soberano pincel la fuerza y firmeza del amor matrimonial como en Penelope y Laodamia: en otras manifiesta los ardentísimos ímpetus de la deshonesti-

dad como en Fedra y en Safo, para que imitando y amando la castidad y continencia de las unas, huyamos y detestemos la abominacion y liviandad de las otras; por lo qual esta obra muy justamente tiene parte en la moral filosofía que los Griegos llaman Etica, pues las virtudes y los vicios con tan eficaces exemplos nos enseña. Y aunque Ovidio en ninguna de sus obras expresó tanto los afectos y ternezas del amor como en estas cartas; ninguna obra amatoria compuso tan honesta y digna de sér leida; y con estar en esto tan moderado, he quitado todo lo que en algun modo podia ofender á las piadosas y castas orejas, dexando de traducir algunos dísticos, no tan honestos como es razon que anden en lengua vulgar, y así irán en el márgen apuntados, para que el censor entienda se dexáron de industria; por lo qual no tienen de que escandalizarse los escrupulosos, si vieren aquí una Fedra incestuosa de deseo; una Ero no muy honesta; una Elena adúltera, y una Safo en todo extremo liviana, pues ellas (si con atencion las considera el lector) hallará que por sus mismas razones se condenan, y muestran deberse huir su

imitacion, y por este fin las compuso Ovidio. Y esta es la misma intencion de la sagrada Escritura, quando nos propone los horrendos, y nefarios pecados de Sodoma; el abominable incesto de Absalon; la desvergüenza de Can, y otros delitos semejantes; esto es para que los huyamos, y escarmentemos en cabeza agena. Con este santo propósito pueden entrar todos á coger las flores de este ameno jardin, que demas de las historias y dulzuras que tiene, encierra mas de doscientas sentencias dignas de escribirse en la memoria. Confieso que no habré entendido muchos lugares, segun su verdadero sentido; y de los que alcancé no irán algunos significativamente explicados, y en los explicados faltará la elegancia del metro; y así dexo abierto el campo para que quien mas supiere, y mas espacio tuviere tome la pluma, y supla con ella mi ignorancia.

VIDA DE OVIDIO.

Publio Ovidio Nason fue de noble sangre, y Caballero Romano, natural de la Ciudad famosa de Sulmo, y que hoy lo es en Italia. Nason su padre fue muy rico, y él asimismo gozó de próspero patrimonio, segun él lo afirma en el libro de Ponto: tuvo un hermano mayor un año, y lo que es de notar que naciéron en un dia, á los catorce de Marzo, siendo Cónsules en Roma Hircio y Pansa, los quales muriéron en la guerra Antoniana; y como los dos hermanos estudiasen en Roma, resplandeció Ovidio en Retórica y Poesía sobre todos los de su edad; pero juzgando el padre ser este estudio de tan poco fruto y utilidad (como lo es en nuestros tiempos), persuadiòle, y aun le forzó á que estudiase leyes: estudiólas, y mediante su divino ingenio alcanzó en ellas amplíficos honores. Mas como tuviese por pesadísima carga la toga, y los estrados y audiencias lo enfadasen, dándoles de mano, se volvió al estudio de las suaves Musas. Reverenció á los Poetas sus antecesores, y trató benévolamente con sus

compañeros. Fue tan suave y apacible en quanto escribió, que segun veremos en su Invectiva jamas hizo sátira, ni ofendió á persona con sus versos: virtud tan admirable y tan digna de imitacion de los Christianos Poetas, que quando en este ilustre varon no se hallara otra, merecia ser muy estimado. Fue de virtuosas costumbres, bebia poco vino y muy aguado, y con sumo estudio y pureza de ánimo huyó el pecado abominable, por cuya razon leo sus obras con aficionados ojos, pues no entiendo que otro Poeta en aquellos tiempos se pudiese alabar de esta excelente virtud. Tres veces fue casado; repudió las dos mugeres, y con la tercera vivió amantísimamente por las virtudes que él canta de ella en los libros de su destierro: demas de algunos hijos tuvo dos hijas, y segun algunos autores una sola, de la qual fue hecho abuelo. Sucedió pues que ofendiendo gravemente al Emperador Augusto Cesar (sin quererlo Ovidio ofender), fue desterrado á unas Islas del Ponto Euxîno, siendo de cincuenta años: las causas diremos en el argumento del in Ibin. Escribió antes de su destierro las Epístolas que llamó Heroidas, que son las tra-

ducidas. Derivó la etimología de este nombre (segun el glorioso San Agustin en el décimo de la Ciudad de Dios) de un hijo de la diosa Juno, la qual en lengua Griega es dicha Hera, que es lo mismo que aeria ó celeste en latin, y de aquí su hijo fue llamado Hero: y como la ciega gentilidad tuviese á Juno ó Hera por suprema diosa del cielo, seguíase que estimasen á su hijo Hero por el mas célebre y famoso de la tierra. De aquí á todos los hombres ilustres por sangre ó por hazañas célebres llamáron heroycos; y á los versos con que los celebraban los Poetas diéron el mismo nombre, el qual ha llegado á nuestros tiempos; y asimismo las mugeres ilustres se intituláron Heroidas, de donde estas Epístolas tienen el título por ser escritas de mugeres principales. Compuso asimismo cinco libros de obras amatorias, que reduciendo los á tres, los dirigió á su Corina; y demas de los cinco de Arte amandi, y Remedio amoris, escribió los quince de sus transformaciones; y como antes de los limar fuese desterrado, consagrólos al fuego, siendo dignos de eternizarse; pero como hubiese dado en Roma un traslado, no permitió el

cielo que quedásemos huérfanos de tan grande tesoro, en el qual resplandecen y hallamos todas las partes que en un excelente y consumado Poema épico se desean; porque la imitacion es única, la disposicion admirable, los tropos y figuras muchas y excelentes, los metros puros, el lenguage casto, artificioso y lleno de magestad: la encadenacion de las cosas la mas rara que hasta hoy se ha visto en Poema. Escribió tambien la tragedia de Medea, donde afirman graves autores que mostró el resplandor de su ingenio. Compuso en su destierro los de Tristes, los de Ponto, el in Ibin, el triunfo del César, y otras muchas obras, parte de las quales gozamos, y parte (y no pequeña) ha consumido el avaro tiempo. Vivió en el destierro ocho años, cantando en ellos como el cisne que su fin barrunta; y murió siendo de poco mas de cincuenta y ocho; pero su nombre y gloriosa fama vivirá en sus escritos en tanto que durare la memoria de los hombres, como él mismo lo predixo de sí en el tercero de Tristes, y Propercio en el tercero de sus Elegias: cuyos versos (para los curiosos) son estos.

OVIDIO.

Singula quid referam? nihil non mortale tenemus
Pectoris exceptis ingeniique bonis.
En ego cum patria caream, vobisque domoque
Raptaque sint adimi, quæ potuere mihi.
Ingenio tamen ipse meo comtiorque, favorque
Cæsar in hoc iuris potuit habere nihil.
Quilibet hanc sævo vitam mihi finiat ense
Me tamen extincto fama superstes erit.

PROPERCIO.

At non ingenio quæsitum nomen ab ævo
Excidit ingenio, stat sine morte decus.

ARGUMENTO

A LA PRIMERA EPISTOLA.

Dando principio los Griegos á su numerable guerra contra la Ciudad de Troya para vengar la injuria y afrenta hecha á Menalao por Páris, robando á Elena su muger, fue llevado á ella Ulyses, hijo de Laertes, Rey de Itaca, contra su voluntad, para valerse de su mucha prudencia en aquel prolixo cerco: y no fue vana la eleccion de los Griegos, pues se atribuye á Ulyses la mayor parte de aquella victoria. Conseguida, pues, la venganza, y Troya totalmente destruida, volviendo los Griegos vencedores á sus patrias, por la indignacion de Minerva muchos de ellos fuéron hundidos en la mar, otros muertos con miserables fines, y algunos anduviéron peregrinando mucho tiempo por diversas regiones. Entre los quales Ulyses vagando diez años por el mundo, á su muger Penelope dió ocasion á que la escribiese (entre otras muchas) esta carta. Muéstrale por ella su firmeza y casto propósito, acusale la tardanza, señal de cierto olvido, y escríbele los muchos trabajos y agravios que con los que la

pretendian por muger (creyendo que Ulyses fuese muerto) padecia. Píntase en esta epístola muy al vivo la fortaleza y valor, y lo mucho que merece la muger que es verdaderamente honrada en presencia y en ausencia de su marido.

PENELOPE

A ULYSES.

EPISTOLA PRIMERA.

Tu desdichada esposa, aunque constante
Penelope, que espera y ha esperado,
La vuelta de su esposo y dulce amante,
A tí, mi Ulyses, lento y descuidado,
Esta te envia, no te sea molesta,
Por ser de quien en Frigia has olvidado
Si del antiguo amor algo te resta,
No me respondas, ven tú mismo luego;
A tí, mi Señor, quiero por respuesta.
Ya cayó Troya cierto, ya es hoy fuego,
Quien á las damas Griegas era odiosa;
Porque era impedimento á su sosiego.
Erales tan horrible y espantosa,
Que apenas fue su Rey Priamo dino
De tal rencor, ni de ira tan rabiosa.
O oxala pluguiera á algun divino
Poder, quando al Egeo con la armada
Veloz cortaba Paris el malino,

En Cila diera, ó en Caribdi airada,
De suerte que el adúltero, y su gente
Fueran hundidos en la mar salada.
No abrazaria el ayre vanamente
En el desierto lecho, ni sintiera
El frio de la noche y del ausente.
No me quejara, que mil siglos era
Un dia en esta ausencia, imaginando
Que el sol se detenia en su carrera:
Ni las manos viudas macerando
Texiera esta mi tela, con que peno,
Por ir las noches y horas engañando:
Quando no temí yo en el tiempo bueno
Mayores riesgos de los que has pasado,
Pues siempre está el amor de temor lleno.
Fingia contra tí de Troya armado
Un esquadron, y solo en acordarme
De Hetor, quedaba en un sudor helado.
O si alguno venia por contarme,
Que Antiloco por Hetor fué vencido
Antiloco era causa de turbarme.
O viendo que á Patroclo no han valido
Las falsas armas, para de los daños
De la parca cruel ser redimido:
Lloraba (ay triste) que de los extraños
Sucesos inferia mi tormento,

Y ser en vano todos tus engaños.
  Renovó mi dolor ver que el cruento
Sarpedon en el fuerte Tlepolemo
Ensangrentó la lanza hasta el cuento.
  En fin, qualquiera Griego que el extremo
Espíritu enviaba al siglo escuro
Turbaba al fuego en que por tí me quemo.
  Mas proveyó algun Dios á mi amor puro;
Pues siendo salvo mi consorte amado,
Abrasó á Troya, y allanó su muro.
  Ya muchos Capitanes han tornado
A sus queridas patrias y lugares,
Y alivian el cansancio que han pasado.
  Ya humean con incienso los altares,
Ya en los templos se cuelgan los famosos
Trofeos, y despojos militares.
  Las damas, viendo libres sus esposos,
Traen dones á los Dioses soberanos,
Y ellos les cuentan casos espantosos:
  Cuentan como venciéron con sus manos
A Troya, y como á Xanto y su corriente
Ocupáron los cuerpos de Troyanos.
  Enarca el viejo la arrugada frente
De espanto, y la doncella sin ruido
Se maravilla, y oye atentamente:
  La muger de la boca del marido

Está colgada atenta, contemplando
Los trances y naufragios que ha sufrido.
  Alguno con el dedo señalando
En la mesa las guerras demostraba
A Troya, en breve círculo pintando.
  Por aquí el Simoente caminaba
Con curso arrebatado; aquí el Sigeo
Monte al supremo cielo amenazaba:
  Aquí el Alcazar es, donde el trofeo
De sus pasados Priamo el anciano
Guardaba; aquí heria el mar Egeo.
  Allí tenia á la derecha mano
Su tienda ó pabellon Aquiles hecho,
Y Ulyses á esta parte en aquel llano.
  Hetor aquí arrastrado á su despecho,
Espantó los caballos desbocados,
Y de Hecuba afligió el materno pecho.
  Estos sucesos, y otros olvidados,
Los supe de Telémaco mi hijo,
Que en parte dan alivio á mis cuidados.
  El sabio Nestor, dice, se los dixo,
Quando te fue á buscar, á mí volviendo
Sin tí, y con nuevas con que mas me aflijo.
  Mas me contó que á Reso muerto habiendo
Y á Dolone, triunfaste en darles muerte,
Por ser á aquel con fraude, á este durmiendo.

Y que tu ardid y audacia fue de suerte,
(Ó padre del descuido y del olvido)
Que bien se echó de ver tu pecho fuerte.
Pues en el Tracio campo entremetido
De noche, y con un solo compañero,
Lo dexaste (qual rayo) destruido.
En un tiempo eras cauto, y no ligero
En los peligros, y era que me amabas;
Mas ya de amante te has mudado en fiero.
Mientras yo oia tus empresas bravas,
Los miembros un temor me iba ocupando,
Temiendo el grande riesgo con que andabas.
Hasta que en torno del amigo bando
Entendí que triunfaste de la guerra,
Los caballos Ismarios conquistando.
¿Pero qué me aprovecha que por tierra
Hayan echado al Ilion vuestros brazos,
Donde el valor de Marte está, y se encierra?
¿Qué me aprovecha ver los embarazos
De Troya concluidos, y su gente
Muerta, y sus muros hechos ya pedazos?
Si quedo yo tan sola, tan ausente,
Como durando Troya, y sin marido
Viuda he de vivir eternamente.
Para las otras ella ha perecido,
Mas vive para mí, pues no he gozado

El parabien de mi recien venido.
Ya donde Troya fue se ve el sembrado
Y la tierra de sangre Frigia llena
Produce á tiempo el fruto deseado.
El medio sepultado hueso suena,
Quando el arado con su diente fiero
Lo hiere, y desmenuza como arena.
Y allí donde el alcazar fue primero,
Y el templo de manifica opulencia,
Se ve de espesa yerba un bosque entero.
Tú vencedor estás en triste ausencia,
Y saber á mí sola se me niega
La provincia que goza tu presencia.
Si acaso nave peregrina llega
A este mi puerto, luego á sus patrones
Por tí pregunto, y déxanme mas ciega.
Agora escribo en breve estos renglones,
Con nuestro amado Meso, el qual se aparta
De mí por te buscar en mil naciones.
Otras veces ha ido á Pilo, á Esparta
En busca tuya, y no ha sabido cosa
Por relacion, por nuevas ó por carta.
Mejor me fuera que la licenciosa
Llama no hubiera en humo convertido
De Febo la muralla milagrosa.
Y pésame de quanto he prometido

A los eternos Dioses, porque oyera
Ser el Dardano pueblo destruido.
Porque Troya viviendo, yo tuviera
Nuevas de tí, y aun cartas cada dia,
Y solo el riesgo de tu osar temiera.
La pena, el sobresalto, la agonía,
Igual nos fuera á todos de este modo,
Que es dulce en bien, ó en mal la compañía.
Que tema no lo sé, y lo temo todo;
Porque un temor allá en el alma crece,
Con que á temer mi daño me acomodo.
Lo que en sí tiene el mar, lo que se ofrece
De peligro en la tierra, ó todo junto
Ser causa de tu ausencia me parece.
Con este pensamiento, luego al punto
(Segun los hombres sois libidinosos)
Que preso estás de nuevo amor, barrunto.
Y pienso que en los trances amorosos
Dirás á tu querida (que de gana
Escuchará tus dichos engañosos):
Yo tengo en Grecia á mi muger, que lana
Y lino, como rústica, adereza:
Rústica si seré, mas no liviana.
Al sumo Jove, y á su eterna alteza
Ruego sea falso lo que yo imagino,
Porque iguale tu fe con mi firmeza.

Que estando libre del adulterino
Amor, yo espero; que estos mis tormentos
Abrirán á tu vuelta algun camino.
Mi viejo padre riñe por momentos,
Y manda desampare el viudo lecho,
Tu tardanza increpando, y mis lamentos.
Ríñame, mande, increpe, á su despecho
He de ser tuya, y tuya he de nombrarme;
De solo Ulyses ha de ser mi pecho.
El viendo, es imposible desviarme
De tí, se rinde á mi valor constante,
Y tiempla su importuno aconsejarme.
Gran copia de mancebos desde el Zante,
Desde Samo y Dulcigno aquí han venido
Con aparato y término arrogante.
Pretende cada qual ser mi marido,
Y todos, sin que nadie lo defienda,
Tienen por casa tu paterno nido.
Disipan y destruyen tu hacienda
Y tu riqueza, que es nuestras entrañas,
Y nadie de ellos hay que no te ofenda.
¿Qué te podré contar de las extrañas
Maldades de Pisandro y de Polybo,
Y de Medonte las infames mañas?
¿Qué del soberbio Antino, y del altivo
Erimaco, de mal seguras manos?

¿Qué de otra mucha gente que no escribo?
  A los quales, y á muchos mas tiranos
Que estos mantienes por estar ausente,
Sufriendo yo sus términos villanos.
  Irò el mendigo, pobre y maldiciente,
Y Melantio el gloton son los autores
De nuestro daño y libertad presente.
  Tres somos de tu parte defensores,
Y todos tres sin fuerza y sin potencia,
Contra tantos, y tales amadores:
  Tu padre el uno, ya sin suficiencia,
El otro yo, que siento nuestros daños,
Y Telémaco falto de experiencia.
  Laertes viejo, flaco, lleno de años,
Yo muger, y Telémaco pequeño,
A quien tengo perdido por engaños.
  Perdilo agora, que en un barco isleño,
(A pesar de estos) ir tuvo ordenado
A Pilo, por buscar al que es su dueño.
  Ruego á los Dioses que permita el hado,
Que nos alcance en dias, y él te vea
Antes del fin á todos señalado.
  Esto el boyero pide, esto desea
El porquerizo, y esto al cielo santo
Demanda el alma que en te amar se emplea.
  Mas ni Laertes puede valer tanto,

(Los justos Dioses de esto son testigos)
Segun su edad lo aflige, y mas mi llanto:
  Que en medio de tan fuertes enemigos
El pueda solo defender, viviendo,
Tu Reyno, sin tener fuerza ni amigos.
  Pero crece Telémaco, y creciendo
Su vigor, y sus fuerzas con los dias
Para este hecho irán convaleciendo.
  Agora está en la edad, quando podias
Con tu favor y ciencias ampararlo,
Si no eres otro ya del que solias.
  Ni yo tan grave mal puedo estorbarlo,
Que echar de casa á tantos amadores,
Siendo muger no puedo efectuarlo.
  Ven tú presto, y castiga estos traidores;
Tú que eres puerto, y viento deseado
De quien gozar espera tus favores.
  Un hijo tienes, justo es que industriado
Quede en la juventud tierna y florida
En las artes que al mundo has enseñado.
  Tu padre está en lo extremo de su vida,
Y quiere que en su hora postrimera
Sus ojos cierres por la despedida.
  Yo que gozába fresca primavera,
Quando partiste, y la madeja de oro
En mis cabellos se mostraba entera;

Perdido hallarás aquel decoro
De mi belleza antigua, y vuelto en plata,
Que ya acabó tu ausencia este tesoro,
Y el velóz tiempo todo lo maltrata.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA SEGUNDA.

Demofonte, hijo de Teseo y de Fedra, volviendo de la guerra memorable de Troya á su patria, ensoberbeciéndose el mar, fue arrojado de la tormenta en Tracia, donde reynaba Filis, hija de Licurgo y Crusiumena; la qual recibiendo benignamente á Demofonte, agradada de su presencia, y satisfecha de su valor, se le dió por esposa, para que con su prudencia y animo el Reyno Tracio gobernado y defendido fuese. Siendo, pues, Demofonte sabedor de la muerte de Menesteo, que á su padre Tesco tenia tiranizado el Imperio de Atenas, incitado con el amor del Reyno, pidió licencia á Filis para ir á tomar en él la posesion, prometiéndola de volver dentro de un mes. Fuele concedida, y así con aparato de gente y flota, poseyendo á Atenas, ó por no poder componer sus negocios con brevedad, ó no gustando de volver á Tracia, olvidado del juramento á su Filis hecho, se detuvo mucho mas tiempo del que fue para su vuelta constituido. Filis viendo pasar quatro meses, creyendo ser engaña-

da, escribió á Demofonte esta carta, proponiéndole los muchos beneficios que de ella ha recibido: hácele cargo de la fe del matrimonio, y juramento hecho en su partida, y afirmando que se dará violenta muerte si se ve de él menospreciada. Tanto ofende la ausencia á los que de veras aman.

FILIS

A DEMOFONTE

EPISTOLA SEGUNDA.

Aquella, ó Demofonte, tu querida
Filis, aquella que en su Reyno y casa
Te dió hospedage un tiempo y acogida:
Al cielo, á tí y al viento doy sin tasa
Mis quejas, porque el plazo señalado
De tu venida vuela, y huye y pasa.
Tú me juraste, que en habiendo dado
El triforme Planeta un giro entero
Por el superno curso acostumbrado:
La ancla veria con su diente fiero
De tu nave fixarse en el arena
De este mi Tracio puerto, do te espero.
Quatro veces la he visto entera y llena,
Y quatro sin su lumbre; mas no veo,
Que tu tornada Rodope se ordena.
Si el tiempo cuentas como yo deseo,
(Cuyos reloxes somos los amantes)
No dirás que sin tiempo devaneo.
Há sido mi esperanza, como de antes,

Tibia y dudosa: mas creí (¡qué tarde!)
Lo que daña creyendo á semejantes.
Creo lo que me daña, porque guarde
Las leyes de amadora, y la rabiosa
Llama se muestre, que en mis venas arde.
He sido muchas veces mentirosa
Contra mi mesma, en vano imaginando,
Que te es contrario el viento, y mar furiosa.
Tambien estoy la muerte deseando
A tu padre, en pensar que te detiene,
Y aunque esto es falso, voyme así engañando.
Otro temor con esto al alma viene,
Que quando das la vela al Ebro ondoso,
Que al mar Egeo feudo le mantiene:
Rezelo el viento airado y riguroso
En la agua cana no haya trastornado
La nave tu desinio, y mi reposo.
Y muchas veces, porque tú (ó malvado)
Salud tuvieras, holocausto he hecho
A los Dioses del Reyno consagrado.
Muchas veces mirando en mi provecho
Favorables los vientos, y en bonanza
El mar inmenso, se alentó mi pecho.
Y á mí me dixe, si salud alcanza
Demofonte; verná, si vive, espero
Que en su palabra y fe no habrá mudanza.

En fin mi amor constante y verdadero
Escusas finge, y yo por haber sido
Ingeniosa, en escusarte, muero.
Ausente estás despacio, y no han querido
Las deidades volverte, á quien juraste,
Ni vuelves tú de nuestro amor movido.
¡Ay! Demofonte, quando te ausentaste,
Las velas y palabras diste al viento,
Y en ámbas á dos cosas me engañaste.
Las velas no dan vuelta, el juramento
Y fe saliéron falsos, porque hubiese
Causa de me quejar al firmamento.
Dime, ¿qué hice en que pesar te diese,
(Sino es como imprudente y necia amarte)
Por cuya causa yo desmereciese?
Maldad hice, y muy grande en hospedarte,
Mas esta mi maldad para las gentes
De mérito y virtud alcanza parte.
¿Adónde estan agora las urgentes
Promesas, juramentos, lealtades,
Y otras mil ceremonias con que mientes?
¿Dónde el darme tu diestra, y las deidades
Infinitas de Dioses que traias
Para dar apariencia á tus maldades?
¿Adónde el Himeneo que decias,
Que habia de gozar por tiempo largo?

¿Por firme esposo á quien me prometias?
  Tú lo juraste por el mar amargo,
De tu partida, y vuelta fiel testigo;
Mas en la vuelta entiendo que me alargo.
  Juraste por tu abuelo, (aunque yo digo,
Que debe ser fingido, é imaginado
Por te mostrar en todo mi enemigo):
  El qual dices, que, estando el Ponto airado
Por la fuerza del viento, lo sujeta
Con sumo imperio, y vuelve sosegado:
  Por Venus, por el arco y la saeta
De Amor, y por la llama rigurosa,
Que me consume con virtud secreta:
  Por la alma Juno, á Júpiter zelosa,
Que á justos desposorios, y propicios
A los Dioses preside como Diosa:
  Por los santos y ocultos sacrificios
A Ceres dedicados, y ofrecidos
Con alta pompa, y místicos oficios.
  Si estos Dioses quisiesen ofendidos
Tomar venganza en tí, no eres bastante
A pagar tantos yerros cometidos.
  ¡Ay que furiosa, y en tu amor constante,
Las naves rotas renové en que fueses,
Y burlases de mí, qual de ignorante!
  Dite los remos con que mas huyeses;

Mas ¡ay! que las heridas siento dadas
Con las armas que dí con que las dieses.
  Creí tus dulces, blandas, regaladas
Palabras, que en tu falsa lengua tienes,
Y á las deidades ínclitas juradas.
  Creí la clara estirpe de á do vienes,
Y el fingido llorar con que se ofende
Mi firmeza, y la fe que no mantienes.
  ¿Este llorar fingido á donde se aprende?
¿Enséñase esta ciencia, ó va por arte
Llorar, quando uno defraudar pretende?
  ¿De qué sirvió en mil trazas desvelarte
Para engañarme? que muy bien podias
Verme engañada sin afan costarte.
  No me fuerza á mostrar las quejas mias
En esta carta, ver que te dí puerto,
Reparando las naves que traias:
  No el hospedarte con el pecho abierto
De caridad, pues mi valor en esto
Al mundo todo ha sido descubierto.
  Lo que lastima al alma es, que supuesto
El matrimonio, que conmigo uniste
Tú como torpe, bruto y deshonesto:
  El amor en deleyte convertiste,
Y dándome tu fe por verdadera,
De mi pureza el fruto y flor cogiste.

La noche antes de aquella yo quisiera,
Que fuese el fin dichoso de mi vida,
Porque Filis honesta así muriera.
Yo esperé lo mejor mal advertida,
Porque entendí, que por mi dulce hospicio
Te mereciese, y fuera agradecida.
Pero toda merced y beneficio
Del mérito procede, y procediendo
Justa paga me das, pues purge el vicio.
No es gloria, no es hazaña irte riendo
De una doncella que olvidó su daño,
Tus palabras, y termino creyendo.
Porque de esta creencia el modo extraño
(Por mi simplicidad) mas era dino
De favor y de premio que de engaño.
Engaño fue de quien te amaba ¡indino!
Y si de tus palabras fui engañada
Como á niña, y amante el mal me vino.
Los Dioses hagan esta impresa honrada,
El remate, la suma, el sello, el resto,
De quanta gloria tienes alcanzada.
Y como vitorioso en medio puesto
De tu Ciudad te halles ilustrado,
Siendo este caso á todos manifiesto.
Permita el santo cielo, y quiera el hado,
Que entre los altos títulos y honrosos

De tu padre, este hecho esté fixado.
Porque quando se miren sus famosos
Hechos, como dió muerte al cruel Procusto,
A Sino y á Sciron facinerosos:
Y al toro concebido en acto injusto,
Y el vencer los Tebanos, y las fieras
De formas dos, y de valor robusto:
Y como entró por fuerza en las severas
Moradas de Pluton, y amedrentadas
Dexó las tres disformes compañeras:
Despues de estas hazañas celebradas,
Tu estatua esté de bronce ó mármol puro,
Y al pie de ella estas letras esmaltadas.
Este es aquel traydor, este el perjuro,
Que engañó á Filis, porque advenedizo
Le dió hospedage amplífico y seguro.
De todos quantos hechos obró é hizo
Tu padre, solamente el del engaño
De Ariadna á tu ingenio satisfizo.
Lo que solo te excusa es, que en el daño
Imitas á tu padre y en trayciones;
Siendo su hijo al mal, y al bien extraño.
Ella (mas no la envidio) en las regiones
Celestes goza de mejor marido,
Sentada sobre tigres ó leones.
A mí los Tracios han aborrecido,

Y mi consorcio huyen alegando,
Que á ellos un extraño he preferido.
Otros dicen, que Atenas navegando,
Dexé mis Reynos en dominio ageno,
Mis hechos por el fin abominando.
Mas de suceso próspero y ameno
Al gusto, aquel carezca que juzgare
Las obras por el fin ó malo ó bueno.
Quando este mar de espuma se poblare
De tus remos herido, y mi bahía
Tus naves y galeras ostentare:
Entonces se dirá que la fe mia
Miró por sí, por mí, y aun por los mios,
Haciendo en me casar lo que debia.
Pero ni yo advertí mis desvarios,
Ni mas verán mis Reynos tu tornada,
Ni recrearás tus miembros en mis rios.
Ante los ojos traygo retratada
La bella vista de aquel punto, quando
De este puerto salir quiso tu armada:
Y acuérdome que entonces apretando
Mi cuello en torno, diste mil abrazos
A la que (ó falso) estabas engañando.
Y por prenderme en mas sutiles lazos,
Suave y dulcemente me besabas,
Teniéndome ceñida con tus brazos.

Las lágrimas fingidas que llorabas
Al caer se mezclaban con las mias,
Mientras al viento próspero increpabas.
Tambien dixiste, ya que te partias,
Espera, espera (ó Filis) á tu esposo,
Pues no ha de tardar mas de treinta dias.
¿Esperaré, cuitada, al que gozoso
Para no verme mas de aquí partiste?
¿Esperaré á un ingrato, un alevoso?
¿Esperaré las naves en qué fuiste?
Digo las naves, á quien es negado
Sulcar este mi mar, por do huiste.
Mas aunque tardes mas de lo tardado,
Al fin espero, porque tu fe ha sido
Violada solo por el viento airado.
¿Pero qué digo? ¡ay¡ triste, detenido
Con otra esposa estás, ya la engañaste
Con amor, que tan mal me ha socorrido.
Despues que no te miro, y te ausentaste,
Otra Filis bien sé que no has hallado,
Ni por Filis, ni Tracia preguntaste.
Pues Filis soy, que á Demofonte he dado
Puerto, hospedage, y bienes con largueza,
Viniendo por el mar desbaratado.
Prosperé con tesoros tu pobreza,
Y viniendo mendigo te di dones,

Con pecho generoso y con franqueza:
  Soy quien del gran Licurgo las regiones
Te dí, que por ser sola y muger, temo
No poder gobernar tantos Varones.
  Corren mis Reynos hasta do lo extremo
Del empinado Rodope pluvioso
Se descubre, y demuestra al fertil Emo.
  Y adonde el Ebro sacro presuroso
Se arroja al mar con curso tan ligero,
Que con él es el Boreas perezoso.
  Aquella soy, de quien quitó primero
La cinta virginal tu falaz mano
Con infelice y desastrado agüero.
  Al derredor del tálamo inhumano
Ahulló la Tisifóne, miserable
Presagio al mal que estaba ya cercano.
  Y la ave errante con su vuelo instable,
Enemiga de luz en mi morada
Turbó el ayre con canto detestable.
  Aleto estuvo allí la mal peynada,
De víboras poblada y de fiereza,
Con lumbre de sepulcros usurpada.
  Yo agora algunas veces la maleza
De mi ribera herbosa huello, y piso
Tambien los riscos de mayor alteza.
  Y quando por las ondas hace viso

El sol, y se levantan los vapores,
Que convierten la tierra en paraiso:
O quando son las sombras ya mayores,
Y las estrellas y astros resplandecen,
Miro qual viento mueva el mar las flores.
Y viendo que de lejos aparecen
Velas, que son las tuyas imagino,
Que al cielo y á mis ruegos obedecen.
Con esto al mar estrecho me avecino,
Que á pena aquellas aguas me detienen,
Que arroja la resaca en el camino.
Y quanto mas en breve al puerto vienen
Las naves, mas en breve desfallezco,
Viendo que á tí en sus tablas no sostienen.
Hay un seno de mar en arco hecho,
Y en sus extremos dos peñascos altos,
Altos para mi daño y tu provecho.
De aquí mis miembros de paciencia faltos
Han propuesto mil veces libertarse
Con un salto de tantos sobresaltos.
Han querido en el mar precipitarse,
Y segun mi esperanza desespera,
Al fin han de venir á despeñarse.
Las ondas me echarán á tu ribera,
Desnuda me verás y no enterrada,
Y muerta como amante verdadera.

Y si es tu alma mas que nieve helada,
Y aunque en tu ostinacion estés mas firme
Que bronce, que diamante, ó fiera airada,
Dirás al tiempo y punto de cubrirme
Con tierra en el sepulcro, ó Filis mia,
No estabas obligada así á seguirme.
Muchas veces apruebo que seria
Justo librar al alma de embarazos
Con veneno, con hierro y osadia.
Otras propongo de apretar los lazos
A mi infelice y temeroso cuello,
Que tu ceñiste con aleves brazos.
En fin, ya estoy determinada en ello,
Y porque te conozcan por aleve,
Esto se escriba en mi sepulcro bello.
„ El huésped Demofonte, amante leve;
„ A Filis que lo amó siendo el tirano,
„ Dió con larga esperanza muerte breve:
„ El dió la causa, y ella dió la mano."

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA TERCERA.

Viniendo los Griegos á la destruccion de Frigia, luego que llegáron á ella (segun costumbre de guerra) comenzáron á destruir las Ciudades que á Troya eran mas cercanas, principalmente aquellas que correspondian, y estaban enfrente de la isla de Lesbos. De los que en esta jornada mas se señaláron y se hiciéron famosos, uno fue Aquiles, hijo de Peleo, y de la Diosa Tetis, el qual á la una y otra Cilicia, á Teba, y á Lirneso con su valeroso esfuerzo dexó totalmente destruidas. Y entre los ricos despojos que ganó fuéron los de mas precio dos hermosísimas doncellas: la una Astinoma; hija de Criso, Sacerdote de Apolo, que habitaba en Teba; y la otra Hippodamia, hija de Brisa (de donde se llamó Briseida) natural de Lirneso. Al dividir los despojos, cupo á Agamenon Astinoma, y la bella Hippodamia al valeroso Aquiles. Sucedió, que sobreviniendo en el Exército y Real de los Griegos una grandísima pestilencia, su Emperador Agamenon supo de Calcante su agorero que

no cesaria el mal si no restituia á Astinoma á su padre, porque Apolo estaba muy enojado con los Griegos por el agravio de su Sacerdote. Restituyó Agamenon luego su dama, en cuyo cambio le quitó á Aquiles su Hippodamia; porque siendo el despojo indivisible, era del Emperador. Enojado de esto Aquiles, se la envió ultrajando al Rey de palabras, y jurando de le quitar la vida: no quiso dar mas su favor á los Griegos, lo qual era la total ruina de los Exércitos. Visto de Agamenon el daño, se determinó de volverle á Hippodamia, y con ella muchos dones y riqueza. Mas Aquiles con la cólera y enojo que tenia, no la queriendo recibir por entender le habia gozado el Rey, dió ocasion á que ella le escribiese esta carta aplacándole la ira, y mostrando no haber sido violada; porque enternecido Aquiles con sus ruegos la recibiese por suya.

HIPPODAMIA

A AQUILES.

EPISTOLA TERCERA.

Esta carta que lees va de aquella
Hippodamia la sierva desdichada,
Que envia á tí, ó Aquiles, su querella.
 Va ruda, indota, tosca y mal limada,
Que como es mano bárbara la mia,
No es bien en Griega letra exercitada.
 Si vieres manchas mientras te escribia,
Mis lágrimas hiciéron los borrones,
Despues de haber borrado mi alegria.
 Y estas lágrimas que orlan mis renglones,
Como se engendran en amor sincero,
Hablan, y explican mas que mil razones.
 Si de tí, mi señor, y esposo fiero
Me es lícito quejar con voz turbada,
De mi esposo, y señor, quejarme quiero.
 El ser al Rey que me pidió entregada,
No es culpa tuya, Dioses la ordenáron,
Mas será tuya, si no soy tornada.
 Euribate y Taltibio me llamáron,

Y á los dos en custodia el primer dia
El Rey, y mis desdichas me entregáron.
Y el uno al otro quedo se decia,
Viendo tu remision y mi esperanza,
¿Dó está el amor que en estos dos ardia?
Pude ser detenida, y la tardanza
Fuera á la pena dulce y deleytosa;
Pero siendo en mi bien, nada se alcanza.
¡Ay de mí triste, y poco venturosa,
Que al partirme perdí tanto los brios,
Que un beso no te dí de vergonzosa!
Pero vertí de lágrimas dos rios,
Arranqué los cabellos, que ya fuéron
Red á tus brazos, lazos á los mios.
Quando al Rey de tu casa me traxéron,
Me pareció de nuevo ser robada,
Y que á nueva prision me reduxéron.
Muchas veces estoy determinada,
De engañando á mi guarda á tí volverme,
Mas temo el enemigo esté en zelada.
Temo, si salgo, que podrá cogerme
Algun Troyano, y como á prisionera
Querrá ofenderte á tí con ofenderme.
O vendré á ser esclava de hija ó nuera
De Priamo el anciano que se alaba,
Que Hetor en Grecia puede alzar bandera.

Mas dirás que fue dada, y que me daba
A Troya Grecia, pues por su sosiego
Al fin he de ser dada por su esclava.

Sealo yo, pues se acabó tu fuego,
Y estando tu Briseida de tí ausente
Tantas noches, no te es desasosiego.

No te es desasosiego, ni tu frente
Airada es parte para ser yo vuelta,
Y cesas de feroz vuelto en paciente.

Tu ira es flaca, en burlas desenvuelta,
Matas á los que nunca te agraviáron,
Y á quien te agravia das perdon y suelta.

El gran Patroclo quando me lleváron,
Al oido me dixo, ¿por qué lloras?
Poco estarás aquí do te encerráron.

Siento pasar las horas voladoras
Sin volver, y esto es poco, que mas siento
Dexes pasar sin verme tantas horas.

Tú procuras, ó Aquiles, mi tormento,
Estorbas no sea vuelta al que es mi esposo;
Pues vete agora, y busca tu contento.

Ten el nombre de amante codicioso,
El nombre, y no los hechos: que decente
Título es este á un hombre tan famoso.

A tí viniéron Ayax el valiente,
Y de Amitor el hijo celebrado,

Este tu amigo, el otro tu pariente.
 Y Ulyses el discreto, procreado
Del gran Laertes, y estos tres varones,
Volverme á tí con pompa han procurado.
 Y sé que procuráron con razones
Moverte, y á los ruegos añadiéron,
Por complacerte mas, preciosos dones.
 Veinte Lebetas ricos te ofreciéron
De metal (que son vasos entallados)
Y siete escaños tripodas te diéron.
 Escaños de tres pies tambien labrados,
Con tanta traza y tan sutil decoro,
Que eran en peso y arte nivelados.
 A estos añadió de su tesoro
El mas amado Rey de sus vasallos
Con larga mano diez talentos de oro.
 Tambien te presentó doce caballos,
Vencedores en valle, en llano, en sierra,
Sin serles necesario gobernallos.
 Muchas bellas cautivas de la tierra
De Lesbos, don, y dádiva hermosa,
Aunque excusada en tiempo de la guerra.
 Demas de esta su ofrenda milagrosa
El Rey te da, si quieres recibirme,
De sus tres hijas, una, por esposa.
 Mas ¡ay! ó crudo amante, poco firme,

De tí no ha sido aquello recibido,
Que habias tú de dar por redimirme.
  Aquiles, ¿por qué culpa he merecido
Serte vil, y por tal menospreciada?
Tu antiguo amor ¿adónde se ha huido?
  ¿Por ventura fortuna siempre airada
Muestra su frente á un pecho miserable?
?No la he de ver alguna vez mudada?
  ¿No ha de haber algun viento favorable
A mis principios tristes y violentos?
¿No será el mal, como es el bien instable?
  Los filos de tu esposa ví sangrientos,
Y á Lirneso mi patria, como á Marte,
Rendirsete, y mostrarte los cimientos.
  De su ruina fui la mayor parte,
Pues ví á mi padre, y tres hermanos mios
Rendidos á la muerte, á tu estandarte.
  Ví á mi marido que en sangrientos rios
(Tal qual él era) rebolcando el pecho,
Perdió riqueza, esposa, vida y brios.
  Y aunque me viese en tan horrendo estrecho,
Y con golpe tan duro y riguroso
Fuese en un punto tanto bien deshecho:
  Con solo Aquiles me era muy copioso
Reparo á tanto mal, pues te tenia
Por hermano, Señor, padre y esposo.

Por Tetis me juraste que me habia
Sido muy útil ser de tí robada;
Digo Tetis tu madre, y suegra mia.
Muy útil me es, pues soy menospreciada,
Y la riqueza que te dan conmigo,
Por ser conmigo la estimaste en nada.
Es fama (y siempre fama es buen testigo)
Que mañana te vas por mar huyendo,
Por te alejar de mí, qual de enemigo.
Y á mis oidos tal maldad viniendo,
El flaco pecho de ánimo vacío
Fue sangre, fuerza y ánimo perdiendo.
¿Vaste? ¿y á quién le das el señorío
Sobre esta esclava que en tu amor se funda?
¿Quién será alivio al daño grave mio?
Antes la tierra en sí me sorba y hunda,
Antes me abrase, y en mi cuerpo empezca
Del rayo la violencia furibunda:
Que el mar sin mí con remos se encanezca,
Ni que ver pueda aquella nave amarga,
Que delante de mí te desparezca.
Si la tardanza se te hace larga,
Y el volver á tu patria te contenta,
A tu navio no seré gran carga.
Llévame, y no me dexes en afrenta,
Y seguirete, no como á marido,

Mas como vencedor de un alma esenta.
No seré esclava inútil, que ya han sido
Buenas mis manos, y seránlo agora
Para curar las lanas que han texido.
Al talamo tu esposa, y mi Señora
Irá, pues vence, y sobra en hermosura
A las damas de Acaya como Aurora.
La qual por su beldad tuvo ventura
De ser tu amada esposa, y nuera dina
De tu padre, varon de edad madura.
Es nieto del gran Júpiter, y Egina
Y Nereo se precia de pariente,
Por ser su sangre, y calidad divina.
Nosótras, tus esclavas, pobre gente,
Le trairemos el lino todo hilado,
Volviéndolo por peso cabalmente.
Solo un don me ha de ser por tí otorgado,
Y es, que me trate bien tu cara esposa,
Siquiera por lo mucho que te he amado.
No consientas se muestre rigurosa,
Ni me dé golpes con sus brazos bellos,
Pues fui qual ella, tu muger y hermosa.
No permitas maltrate mis cabellos;
Mas dile con blandura: no la aquejes,
Que tambien he gozado de ella y de ellos.
Y aunque esta afrenta ruego de mí alejes,

Yo sufriré esta y otra, y otra afrenta,
Con tal que no te vayas y me dexes.
Esto mis huesos quiebra y atormenta,
Esto me fuerza ¡ay triste! á importunarte,
Esto me trae turbada y descontenta.
¿Qué esperas, pues? ya al Rey por agradarte,
Le pesa de tu ira, y toda Grecia
Se humilla á ti, y procura de aplacarte.
Y pues sabes vencer quanto se precia
De suerte, vence á ti, vence tu ira,
Que la vitoria propia es la mas recia.
Mira que Heton el bravo está á la mira,
Y sale del Troyano y patrio nido,
Y con vuestras riquezas se retira.
Las armas toma habiendo recibido
A mí primero, cíñete tu espada,
Quita de Grecia el miedo concebido.
Por mí tu ira ha sido comenzada,
Por mí tu ira y tu rencor fenezca;
Sea tu tristeza en júbilo tornada.
No te afrentes, ni torpe te parezca,
Ser por mis ruegos vuelto y humillado,
Aunque por mi valor no lo merezca.
Pues Meleagro, viéndose injuriado,
A las armas tornó, que habia depuesto,
Por solo que su esposa lo ha mandado.

De oidas solamente sé yo aquesto,
Mejor lo sabrás tú de tus Grecianos,
Sino es que en serte exemplo te es molesto.
Mató este Meleagro dos hermanos
De Altea su madre; y ella lo maldixo:
Costumbre mala en padres inhumanos.
Era feroz, y muy valiente el hijo,
Y no dió mas á madre y patria ayuda;
Que el odio estaba allá en el alma fixo.
Sola su esposa lo mitiga y muda,
(Que ellas lo pueden todo) y del marido
La cólera aplacó soberbia y cruda.
Fue ella dichosa, lo que yo no he sido,
Porque mis ruegos como inútil cosa
Sin fruto ni provecho se han caido.
Ni me indino, pues nunca como esposa
Tuya yo me traté, siendo llamada
De mi Señor, mas como sierva astrosa.
Llamándome Señora una criada,
Le dixe, á mi servicio, y mis cuidados
Añades carga honrosa aunque pesada.
Júrote por los huesos no enterrados
De mi marido, á quien las bestias pacen,
Aunque de mi serán reverenciados:
Por las tres almas de los tres que nacen
En fama, gloria y prez, y en tierra fria

Por la patria, en la patria muertos yacen:
  Por tu cabeza juro, y por la mia,
Que juntamos en tiempo de bonanza,
Quando el cielo y tu amor lo permitia:
  Por tu espada, tus flechas y tu lanza,
Que echáron á la Estigia y Reyno escuro,
Quanto me dió Fortuna en su pujanza:
  Por esto y mas, si mas me queda, juro,
Que el grande Atrida ni otro me ha gozado;
De esto te certifico y aseguro.
  Por lo qual, si sospechas te han forzado
A quererte partir, no te remuevas,
Da crédito á lo mucho que he jurado.
  Si agora de tu fe quiero hacer pruebas,
Y que jures que dama no has tenido,
A fe que nunca tú á jurar te atrevas.
  Los Griegos piensan te has entristecido,
Porque me traxo el Rey á su aposento,
Y que mi amor te tiene embravecido:
  Y tú te estás alegre y muy contento
En el tierno regazo de tu dama,
Movido de algun músico instrumento.
  Si alguno preguntare, por que infama
Aquiles su opinion y no pelea,
Olvidando la guerra por la cama:
  Dirán que la vihuela lo recrea,

Y la noche le agrada con su oficio,
Y en Venus y en amor, y amar se emplea.
  Mas seguro es dormir y estar en vicio,
Mejor tener la moza poco casta,
Y el tañer y cantar por exercicio:
  Que asir escudo, y empuñar el hasta,
Y cubrir con el yelmo la cabeza,
Y el pecho de virtud, que es lo que basta.
  Mas á tí ya fue un tiempo, que una pieza
De arnes, é ilustres hechos te agradaba,
Mas que quanto á deleytes se endereza.
  La gloria que con armas se alcanzaba,
Te era dulce; mas presto te cansaste,
Que nunca dura el bien, ni el mal se acaba.
  Dí, ¿por ventura, ó Aquiles, aprobaste
El uso de las armas y la guerra,
Solo mientras mi patria conquistaste?
  Y es prueba cierta, y que verdad encierra,
Pues tu alabanza y hechos mas que humanos
Estan postrados, qual lo está mi tierra.
  No lo quieran los Dioses soberanos,
Antes el lado Hetoreo abierto sea
Por la lanza arrojada de tus manos.
  O Griegos, enviadme á do me vea
Mi Aquiles, que aunque he sido su enemiga,
Yo acabaré que vuelva á la pelea.

Diré lo que quisieredes que diga,
Darele besos con que el pecho crudo,
Aunque diga de no, se me desdiga.
Creed que mas podré que Fenix pudo,
Mas que Ulyses el sábio, y que el hermano
De Teucro, tan famoso por su escudo.
Que tiene un no sé qué tocar la mano,
Ceñir el cuello, y demostrar el pecho,
Y mas en tí que no eres inhumano.
Y aunque mas sordo estés á mi despecho
Que las ondas de Tetis, madre tuya,
Y mas airado que Aquilon deshecho;
Harás que tu crueldad se disminuya,
(Dado que calle) y con mi llanto ansioso
Que esa tu pertinacia se concluya.
Agora, así sus años cumpla honroso
Peleo, y libre de traiciones viles
Tu Pirro viva en armas vitorioso,
Mira con ojos de piedad, ó Aquiles,
A tu Hippodamia, y no qual hierro fuerte
Me abrases, me consumas y aniquiles.
Si ya te enfado, y tengo de perderte,
Como me obligas á que sin tí viva,
Oblígame á gustar por tí la muerte.
Y si me obligaras, que ya se priva
El cuerpo y rostro de color y aliento,

Aunque mi alma en la esperanza estriva.
La qual si me faltare en el momento
Seguiré á mis hermanos y marido,
Dándote con mi fin contentamiento.
Y muerta yo no te ha de ser tenido
Por manifico hecho y soberano,
Haberlo tú ordenado y consentido.
¿Mas para qué lo ordenas? echa mano,
Hiere este pecho, porque luego muera,
Que sangre habrá que harte un pecho Hircano.
Máteme aquella espada que pudiera
Matar en mi venganza al grande Atrida,
Si Palas por su amor no lo impidiera.
Mas yo te ruego que me des la vida,
Que ya me diste, quando vitorioso
Fuiste de mi linage el homicida.
Que para hartar tu pecho sanguinoso
De Neptuno los muros eminentes,
Te darán pasto de hombres abundoso.
Del enemigo busca convenientes
Ocasiones de muerte, que en tu amada
Han de ser tus efetos diferentes.
Y agora quieras irte con la armada,
Agora el esperar mas te convenga,
Siendo ante tí mi carta presentada:
Manda como Señor, que á tí me venga.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA QUARTA.

Es tan notoria y vulgar la historia del Minotauro y su laberinto, y hemos de tratar de ella tantas veces en estas epístolas, que bastará decir agora que como por las leyes impuestas del Rey Minoos á los Atenienses, fuesen obligados á enviar á Creta siete hijos y hijas cada un año para ser pasto del Minotauro; cayó la suerte en el tercer año de esta terrible imposicion á Teseo, hijo de Egeo, Rey de los Atenienses; el qual con la industria y favor de Ariadna, hija del Rey Minoos, librándose del intrincado laberinto, dió la muerte al espantoso Minotauro. Conseguida la victoria, como por este beneficio hubiese prometido Teseo de se casar con Ariadna, partió con ella y con su hermana Fedra de Creta huyendo á su floreciente Reyno de Atenas. Sucedió que en el navio, enamorándose Teseo de su cuñada, propuso dexar (como en efecto la dexó) á Ariadna en la isla de Naxos ó Chio, casándose con Fedra alevemente. Pasados algunos dias, haciendo Teseo ausencia de Atenas,

como tuviese por hijo á Hipólito de Hipólita noble Amazona, Fedra enamorada de su entenado, y rendida á su apetito, como de palabra no se atreviese por la gravedad del pecado á descubrirle su pena, le escribe esta carta; donde le persuade á su bruta y totalmente ilícita voluntad. Por la qual se verá la libertad y desenvoltura que tiene la muger que pierde el temor á Dios, y la vergüenza al mundo. Es una de las artificiosas y elegantes epístolas de este libro; porque no ha habido gente tan bárbara que aunque apetezca el mal, no lo procure dorar y afeytar por hacello menos feo y menos culpable.

FEDRA

A HIPOLITO.

EPISTOLA QUARTA.

La dama Cresa, á tí el gallardo fruto
De la Amazona Hipólita, te envia
Salud (despues del alma) por tributo.
Y aunque salud te envio, ó gloria mia,
Si de tus manos yo no la recibo,
Me faltará, pues falta la alegria.
Lee todo quanto en esta carta escribo,
Que poco daño te verná en leella,
Ni en un papel ¿qué puede haber nocivo?
Nunca la carta ofende; antes en ella
Podrás hallar (que en fin eres discreto)
alguna cosa que te agrade el vella.
En las cartas se escribe lo secreto
Del pecho, y por la tierra y mar caminan,
Llevando á los ausentes su conceto.
Los que son enemigos no se indiñan
De que le escriba cartas su enemigo;
Porque ellas siempre alumbran y encaminan.
Tres veces procuré hablar contigo,

Y tres veces mi lengua se me anuda,
Y asida al paladar calla conmigo.
   Y otras tres á mi boca y lengua ruda
Los acentos y voces han faltado,
Que tú me has hecho balbuciente y muda.
   Demas que es bien que amor esté mezclado
Con la vergüenza, freno omnipotente,
Que enfrena el apetito desbocado.
   Mas lo que la vergüenza no consiente
Que diga de palabra, el Dios Cupido
Manda que te lo escriba de presente.
   ¿Y quién será tan loco y atrevido,
Que lo que manda amor, con dichos vanos
Sustente, no ha de ser obedecido?
   Es Rey amor no solo en los humanos,
Pero su ley tambien fue poderosa
Sobre todos los Dioses soberanos.
   El, lo primero, estando yo dudosa
De escribirte, me dixo: acaba, escribe,
Que no me sirvo yo de alma medrosa.
   Que aunque de hierro te parece, y vive
Allá en los montes, rendirá su frente
Al mesmo ardor, que tu furor concibe.
   Así suceda: y como el fuego ardiente
De amor me abrasa, así el muchacho ciego
Rinda á mi gusto tu cerviz valiente.

Yo con maldad ni deshonesto fuego
No pretendo romper el nudo honroso
De nuestra fe, do estriva mi sosiego.
Porque mi nombre, y esplendor glorioso
(Quisiera te informaras de mi fama)
Carece de pecado inominioso.
Mientras mas tarde amor rinde á una dama,
Con mucha menos fuerza y resistencia
Puedo sufrir la exôrbitante llama.
Abrásome acá dentro, y la violencia
Del fuego es tal, que el pecho está llagado,
Y cancerada el alma por tu ausencia.
Y como el primer yugo es mas pesado
Al novillejo, y causa mas tormento
El duro freno al potro no domado:
Así mi pecho que ha vivido esento
De amor, ni se acomoda á su esperanza,
Ni tiene en mí su carga buen asiento.
Quando en la juventud y en su terneza
Se aprende á amar, su carga es menos dura,
Que es la costumbre en nos naturaleza.
Pero la dama, que en edad madura
Comienza á obedecer de amor los fueros,
Le es carga el gusto, acibar la dulzura.
Tú cogerás primero los primeros
Frutos de mi jardin, guardado en vano,

A fuerza de arrogancias y de fieros.
Y de nosotras cada qual ufano
Gozará de los premios amorosos,
Que otorga amor con dadivosa mano.
Que es gusto de los ramos frutuosos
Coger la dulce fruta sazonada,
Sin nota ni calunia de envidiosos.
Y es bien particular la aljofarada
Rosa, que está entre púrpura y rocío,
Cortar con uña tierna y delicada.
Y ya que aquel honor primero mio
(En el qual me mostré sin mancha y culpa)
Propuse de perder con desvarío:
En perderlo contigo no me culpa,
O á lo menos me excusa; que el que yerra
Forzado del amor tiene disculpa.
Téngote en tanto, que si acá en la tierra
La Diosa Juno á Jove me entregara,
Con quanta alteza y magestad encierra:
A Hipólito eligiera y desechara
A Júpiter; porque eres mis trofeos,
Y nó quiero otro cielo que tu cara.
Y ya (no lo creerás) me dan deseos
De ser por esos bosques cazadora,
Tus pasos imitando y devaneos.
Incítame el amor con voladora

Planta seguir la Tiguere inhumana,
Y la veloz corcilla trepadora.
  Ya la Diosa que adoro es tu Diana,
Insine en el aljâva y la saeta,
Que en imitarte á tí me hallo ufana.
  La maleza del bosque mas secreta
Gusto correr, y ver á los venados
En la engañosa red que los sujeta.
  Huélgome por los riscos empinados
Animar á los perros, que siguiendo
Van á los fuertes osos fatigados.
  O el femenino brazo sacudiendo,
Arrojar el venablo por el cielo,
Que va en el ayre con furor cruxiendo.
  O encima de la grama y verde suelo,
La cabeza arrimada á algun guijarro,
Poner el cuerpo y recibir consuelo.
  Muchas veces quisiera al leve carro
Correr, y revolver en el arena,
Con gran destreza y con primor bizarro.
  Y al caballo veloz que no se enfrena,
Holgara reprimir. Aunque seria
Mas justo reprimir mi grave pena.
  Agora con la gran melancolía
Me arrebata un furor, muy semejante
Al que en la turba Eleida Baco envia.

O como aquel que en Ida el abundante
Ocupa las que en honra de sus Diosas
Hacen un son confuso y resonante.
O tal, como el que rige las furiosas
Mugeres, del divino ardor tocadas,
De Faunos, y de Driadas hermosas.
Y así, quando en mí vuelvo, mis criadas
Dicen, que digo en este desvarío,
Que tengo las entrañas abrasadas.
Puede ser que un oculto poderío,
O fuerza de mi hado inevitable
Me hace amar al que es pariente mio.
Y que la Diosa en Chipre venerable
Quiera de mí el tributo que ha llevado
De todo mi linage miserable.
Júpiter amó á Europa en sumo grado,
(Que él fue el primer orígen de mi gente)
Siendo en hermoso toro transformado.
Y mi madre Pasife torpemente,
Sujeta á un toro en acto bruto y feo,
Parió aquel monstruo horrifico, inclemente.
Despues siguiendo el pérfido Teseo
El hilo, que le dió mi cara hermana,
Huyó del laberinto y su rodeo.
Y porque nadie con simpleza vana
Dudase, yo ser hija verdadera

De Minos, y su sangre soberana:
  Veisme agora, seré la que postrera
Cumpla de mi linage la sentencia:
Quiera el amôr que salga verdadera.
  Esto es fatal, y viéneme de herencia,
Pues agradó á tu padre, y le dió gusto
De dos simples hermanas la tenencia.
  Y así es razon que si gozó el injusto
De mi querida hermana sin contrastes,
Te goce yo sin el menor disgusto.
  Y pues los dos la libertad robastes
De dos hermanas, publicad vitoria,
Preciaos de los despojos que ganastes.
  En aquel dia, orígen de esta historia,
Quisiera estar en Creta: digo el dia
Que fue sagrado á Ceres y á su gloria.
  Que si en Creta estuviera, el alma mia
En el templo de Eleusis no gozara
De tu presencia, garbo y gallardía.
  Entonces hincó amor su ardiente xara,
(Bien que tú me agradabas antes desto)
En mis medulas con potencia rara.
  Vite de blanco, y de jazmin compuesto
Ese cabello de oro, en cuya alteza
Echó natura su potencia y resto.
  Ví el rosicler divino, y su fineza

En ese rostro honesto quanto grave,
Que encierra en sí la suma de belleza.
Y el rostro que por fiero, y no suave
Juzgáron otras, fue de mí juzgado.
Ser de valor y de virtud la llave.
Huya de mí el Adonis enrizado;
Váyase el mozo que color se pone,
Y anda en almizque, y ambar sepultado.
Que al hombre poco adorno le compone,
Y bástale al varon la vestidura,
Segun su estado, y la razon dispone.
Y no te aumenta poca hermosura
Ese descuido tuyo en el cabello,
Y el polvo que te sirve de blandura.
Si haces mal como ginete bello
Al caballo feroz, y lo revuelves
En breve espacio, admirome de vello.
Y si el valiente brazo desenvuelves,
Sacudiendo con fuerza el dardo crudo,
Donde vuelves el brazo, allí me vuelves
Y quando hieres con venablo agudo
Al bravo jabalí, de enamorada
Quisiera allí ponerme por tu escudo.
En fin, qualquiera cosa que es obrada
De tu gallardo cuerpo me arrebata
La vista de la tuya aficionada.

Tú agora olvida y dexa el alma ingrata,
Y la escabrosidad del pecho duro
Allá en los montes entre alguna mata.
Que amando Fedra con amor tan puro,
No merezco morir por tu aspereza,
Ni que me arrojes en el Reyno escuro.
¿Qué te incita me dí con tal firmeza,
(De Venús evitando la dulzura)
Seguir de tu Diana la rudeza?
Todo lo que carece de holgura,
De deleyte, y descanso en esta vida,
No es permanente ni de grande düra.
Este repara, y vuelve la perdida
Fuerza, y alienta la flaqueza humana,
Que si le apuran queda consumida.
Y ya que imitar quieres á Diana,
Sus flechas y arco imita; pues la escoges
Por exemplar y muestra soberana.
Procura que la cuerda al arco afloxes,
Que no terná el resor menesteroso,
(Si no la aflojas) quando el tiro arrojes.
Fue Céfalo en las selvas tan famoso,
Que siguiendo la fuerza de su estrella,
Mataba el jabalí, la tigre, el oso:
Mas no era esquivo, ni á la aurora bella
Negaba que le amase tiernamente,

Antes gozaba de su amor y de ella.
Y ya la nuncia del sol, como prudente
Del anciano Titon dexaba el lecho,
Para gozar del cazador valiente.
Muchas veces sirvió de blando lecho
La grama á Venus y á su Adonis: tanta
Es la fuerza de amor si abrasa un pecho.
Meleagro tambien por Atalanta
Se ardia, y ella guarda de la fiera
La cabeza y la piel por prenda santa.
Amémonos los dos de esta manera,
Seamos de este número dichoso,
Y habrá en el bosque eterna primavera.
Que si el fruto de Venus amoroso
Del bosque quitas, toda su frescura
Se ha de volver en páramo enfadoso.
Yo te acompañaré por la espesura,
Sin que rezele algun impedimento
De blanda arena ni de peña dura.
Ni me dará pavor el turbulento
Y fiero jabalí, que si barrunta
La muerte, es de temer su movimiento.
Dos mares con sus ondas á una punta
De tierra baten, y si aquel resuena,
Este rebrama, y con aquel se junta.
Aquí contigo la Ciudad Trezena

Hablaré, la qual por tí me ha sido
Mas que mi Creta ubérrima y amena.
Ausente está, y ha estado mi marido,
Y lo estará entretanto que vivieres,
Porque es de su Piritoo detenido.
No estima por Piritoo (sino quieres
Negar lo que es tan cierto) al que es su hijo,
Ni estima de su esposa los placeres.
Y no por esto solo yo me aflijo,
Que otros muchos agravios nos ha hecho,
Cuyo discurso te será prolixo.
El con su fuerte clava y feroz pecho,
Los huesos esparciendo de mi hermano,
Dexó su cuerpo mísero deshecho.
El á mi hermana (en fin como tirano)
Por pasto y por manjar dexó á las fieras,
Contra las leyes del linage humano.
Aquella que en virtud, valor y veras,
El primero lugar tuvo contino
Entre las damas inclitas guerreras:
Fue madre tuya, y esto así convino,
Porque ella sola pudo merecerte,
Y tú de sus virtudes fuiste dino.
Si donde está preguntas: dióle muerte
Tu padre con espada y brazo airado,
Que aun no estuvo segura con tenerte.

Matóla sin haberse desposado
Con ella, porque fueses mal nacido,
Y no heredases todo su reynado.
De mí te ha dado hermanos, y no he sido
La causa yo, ni Fedra los criara,
Si no lo obedeciera por marido.
Pluguiera al cielo que antes rebentara,
(O el mas hermoso de lo que es hermoso)
Que Juno en daño tuyo me alumbrara.
Ve agora, y reverencia codicioso
La cama de este padre que te daña,
La cama de este padre incestuoso.
Mejor será la tengas por extraña,
Mejor será que vengas á mi ruego,
Y no que estés qual bestia en la montaña.
No mires en escrúpulos, ven luego,
Así tu ingratitud y rebeldiá
Perdone el Dios que es causa de mi fuego.
Y aunque mi magestad no permitia
Rogar, sino mandar, ruego y suplico;
Que mal puedo mandar, sino soy mia.
¿Dónde está, ay triste, mi facundia.....?
¿Dónde mi gravedad? ya está por tierra,
Ya por esclava, y presa me publico.
Creí, si en el amor verdad se encierra,
Poderme resistir, y no entregarme

A la culpa, y furor que me da guerra.
  Pero venció el amor hasta humillarme:
Y así á tus pies me postro, y con abrazos
Vencida ruego quieras ampararme.
  Que estando un alma en amorosos lazos
Como ciega no ve lo que es honesto,
Y así atropella estorbos y embarazos.
  Venció al amor honesto el deshonesto,
La vergüenza he perdido y la firmeza;
Perdona pues mi error tan manifiesto.
  Doma tu corazon y su aspereza,
Si quiera porque Minoos me ha engendrado,
Que muchas islas tiene y gran riqueza.
  Y porque el rayo ardiente y denodado
Es de mi onipotente visabuelo
Al mundo con estrépito enviado.
  Y porque el rubio Dios (que allá en su cielo
Ciñe la frente con los rayos de oro,
Y fabrica los años) es mi abuelo.
  La magestad, la sangre y el decoro,
La nobleza, la pompa y los honores
Yacen ante el amor á quien adoro.
  Ten reverencia á mis progenitores,
Y quando perdonarme no quisieres,
Perdonalos á ellos por mayores.
  Darete en dote, si mi gusto hicieres,

A Creta, que es de Júpiter querida,
Y el alma te daré, si el alma quieres.
La isla, el alma, el corazon, la vida
Sirva á mi bello Hipólito, y el mundo
La obediencia le dé que le es debida.
Sujeta y vence el ánimo iracundo,
Que pues venció mi madre á un toro horrible,
¿Serás tú mas que un toro furibundo?
Si fuere en mis demandas insufrible,
Perdoname por Venus, que en mi pecho
Lo que es posible puedo y lo imposible.
Así nunca te halles en estrecho
Tal, que en la redondez de este horizonte
Ames alguna dama, y sin provecho.
Y así la Diosa que preside al monte,
Propicia se te muestre en los xarales,
Y no te aflija el padre de Faetonte.
Y así te dé gran copia de animales
La selva por sus sendas y caminos,
Y sombra el bosque, y fruta sus frutales.
Y así el Dios Pan y Sátiros divinos
Te ayuden siempre con feliz agüero
Con los mas semidioses campesinos.
Y así se rinda el jabalí severo,
(Por mas que muestre sus ebúrneos dientes)
A la violencia de tu dardo fiero.

Y así las sacras Ninfas de las fuentes
Te dén el agua fresca en abundancia,
Para templar tu sed con sus corrientes.
Aunque ya saben en aquella estancia,
Que con las damas siempre eres esquivo
De amor, de la virtud ó de arrogancia.
En fin á quantos ruegos aquí escribo,
Mil lágrimas añado y mil querellas,
Si las querellas vieres finge al vivo
Que ves tambien mis lágrimas en ellas.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA QUINTA.

Páris, por otro nombre llamado Alexandro, fue hijo de Priamo y de Hecuba, Reyes de Troya; y estando su madre preñada, soñó parir una encendida hacha que abrasaba y convertia en ceniza á toda Frigia. Su padre lleno de temor (habiendo consultado sobre ello á Apolo) mandó á Hecuba que matase la criatura que pariese. Mas pariendo la madre, viendo la hermosura del niño con maternal compasion, mandó á un criado que le diese á criar á unos pastores del Rey en el monte Ida. Llegando Páris á edad (por las muchas partes de virtud que en él resplandecian) fue amado de muchas pastoras; y la que mas le amó fue Enone Ninfa, hija del rio Xanto, ó hablando á nuestro modo, pastora criada en su ribera, con la qual fue casado. Despues siendo el zagal conocido por hijo del Rey Priamo, fue enviado á Grecia con veinte navios, como por Embaxador, sobre la libertad de su tia Hesiona: y siendo en Grecia, fue honorificamente recibido y tratado de Menalao: en pa-

go de lo qual, enamorándose de su muger la hermosa Elena, se la robó (consintiéndolo ella) con todo el tesoro Real. Volviendo pues á Troya Páris con su robo, donde le esperaba su muger Enone, viéndose burlada, y que se habia casado Páris con Elena en menosprecio suyo, finge el Poeta que le escribe esta carta, donde le representa su mucho amor y fe, y de ella mucha deslealtad: aféale mucho á Elena, diciendo (y con mucha razon) que la que no tuvo fe con su primer marido, menos la ternia con un forastero.

ENONE

A PARIS.

EPISTOLA QUINTA.

¿Lees? ¿ó la esposa nueva lo prohibe?
Lee que no es de Micenas enviada,
Ni es carta que enemigo te la escribe.
Yo Enone, hermosa Ninfa, celebrada
En las selvas de Frigia, me lamento
De tí, que fuiste mio y soy burlada.
¿Qué Dios se opuso á nuestro casamiento?
¿Qué culpa hice porque desmerezca
De ser tuya, y tener tu ayuntamiento?
Bien es que con paciencia se padezca
El mal que por la culpa propia viene,
Mas do no hay culpa duele que acaezca.
El valor no tenia, que ahora tiene
Tu persona, en el tiempo que por mio
Te escogí: y vales mas porque mas pene.
Yo era de Xanto, caudaloso rio,
Ninfa, y mi rostro con deidad cubierto
De grave magestad y señorío.
Y aunque hayas sido agora descubierto

Por hijo del Rey Frigio, entonces eras,
Siervo y no Infante, y quando Infante, incierto.
Y siendo siervo quise tan de veras,
Que te hice mi esposo y nos gozamos,
Como si por tu igual me conocieras.
Muchas veces los hatos repastamos,
Y entre ellos con los árboles hojosos
Cubiertos del cansancio descansamos.
Y estando allí á la sombra calurosos,
La tierra, grama, flores, y mi pecho
Te eran cama en tus gustos amorosos.
Muchas veces durmiendo en nuestro lecho,
El heno por colchon, cayó la helada,
Y oprimió de la choza el débil techo.
¿Quién te mostraba el puesto, la parada,
(Aunque la selva mas espesa fuera)
Para esperar la caza deseada?
¿Quién te era guia y dulce compañera,
Mostrándote las grutas, do escondia
Sus hijuelos pequeños qualquier fiera?
Muchas veces, ay mísera, tendia
Las redes, y á los perros con mi grito
Incitaba, animaba y persuadia.
Guardan mi nombre en todo este distrito
Las hayas con las letras, que parecen
Decir Enon, y léome en tu escrito.

Y quanto mas aquellos troncos crecen,
Mis nombres tanto mas crecen en ellos,
Y siempre en sus cortezas permanecen.
Creced hayas, subid árboles bellos,
En honor de mi nombre y de mi estado;
Títulos que me ilustra el poseellos.
Acuérdome de un álamo plantado
En la orilla del Xanto caudaloso,
Do estan memorias de mi bien pasado.
Alamo vive tú que estás frondoso
Junto á las aguas, tú que en tu corteza
Contienes este verso mentiroso.
Quando olvidada Enone y su belleza,
Páris vivir pudiere, aqueste rio
Atrás volverá el curso con presteza.
Xanto vuélvete atrás, volved con brio
Vosotras aguas, pues que Páris vive,
A su Enone olvidando como impío.
Aquel infausto dia, aquel que escribe
Mi desventura en mí por tiempo eterno,
Le traxo al alma el mal que ahora recibe.
Desde aquel dia comenzó el invierno
De tu mudado amor, y fué perdida
Mi dulce gloria, y se ordenó mi infierno.
Digo aquel dia, quando allá en el Ida
Llegó Venus y Juno á tu presencia,

Aquella y esta de beldad vestida.
  Tambien Minerva allí por mas decencia
Con armas vino, aunque desnuda ¡ay triste!
De su beldad pidiéndote sentencia.
  Cobró miedo (segun que me dixiste)
Tu pecho en aquel punto, y un helado
Temor dentro en tus huesos concebiste.
  Y yo, que ya un pavor me habia ocupado,
Consulté hechiceras y hechiceros,
De la sentencia que á las tres has dado.
  Saliéron tristes todos los agüeros,
Sangre anunciáron, muerte arrebatada,
Maldad nefaria, fines lastimeros.
  Cortóse la madera, fue la armada
En astillero puesta, y sin contraste
Fue en el inmenso mar depositada.
  Lloraste Páris (digo que lloraste)
Al partirte de mí, no niegues esto,
O á lo menos concede que me amaste.
  No te avergüences del amor honesto
Que me tuviste, que harto mas te afrenta
Tu nuevo amor lascivo y deshonesto.
  Lloraste y viste no quedar exênta
Mi vista del aljofar que manaba,
Temiendo de tu ausencia la tormenta.
  Con la tristeza cada qual mostraba

De nosotros sus lágrimas pïadosas,
Viendo que un cuerpo de otro se apartaba.
Y no así al ólmo se asen las hermosas
Vides, como á mi cuello así se asiéron
Tus brazos y tus manos poderosas.
¡Ay! ¡cómo, y quántas veces se riéron
Los tuyos, quando echabas culpa al viento
De la tardanza con que al mar se diéron!
¡Quántas veces, dexándome en tormento,
Volviste á darme besos reiterados,
Segun que estabas de mi amor sediento!
¡Con qué dificultad, con qué turbados
Espíritus me dió tu lengua el *Vale*,
Y el *queda con los Dioses consagrados*!
Embarcástete al fin; y luego sale
Un viento fresco que en las velas dando
Fuerza á tu armada por el mar resbale.
Las claras ondas se encanecen, quando
De los remeros la copiosa lista
Las iban con los remos azotando.
Yo siguiendo, cuitada, con la vista
Lo mas que pude el fugitivo paño,
Dexé la arena con el llanto mixta.
Por tí he rogado, ó padre del engaño,
A las Ninfas del mar embravecido,
Porque vinieses presto, y en mi daño.

Y por mis ruegos Páris has venido,
No para Enon; veniste para Elena,
Para tu dama yo piadosa he sido.
Hay un monte, una cumbre inmensa, llena
De fragosa aspereza, cuya altura
Mira al profundo, donde el mar rèsuena.
En cuya falda impenetrable y dura,
Neptuno hierve, y ella resistiendo
Convierte en blanda espuma la agua pura.
Aquí yo pues ¡ay mísera! subiendo
Fui quien primero descubrí tu nave,
Sus velas como amante conociendo.
Dióme deseo de volar como ave,
Impetus de ir á tí nadando tuve,
Que quien bien ama, quanto quiere sabe.
Mientras perplexa en esto me detuve
En la alta prora, ví resplandecia
Púrpura: entonces mas atenta estuve.
Gran rezelo me dió, porque bien via,
Que no te era decente estar cubierto
De lo que solo á damas convenia.
Llegó la nave á tierra, tomó puerto,
Ví dentro de muger la faz hermosa,
Quedó á miedo y dolor mi pecho abierto.
Y no solo vide eso, mas (furiosa
¿Por qué me puse á verlo?) que abrazada

Contigo ví á tu amiga inominiosa.
  Aquí lloré mi muerte desdichada,
Dí mil suspiros, aunque en vano, al viento,
Y mi madexa de oro fue arrancada.
  Rasgué mi rostro con furor violento,
Que las uñas abriéron con fiereza
Un sulco y otro, y cada qual sangriento.
  Al sacro monte de Ida y su aspereza
Henchí de aullidos horridos feroces,
Contando á los peñascos tu dureza.
  Permita el justo cielo no la goces,
Y que ella brame ausente de su esposo,
Y qual me fuerza á dar, dé al ayre voces.
  Agora que estás rico y poderoso,
Mil damas tienes, y estas son aquellas,
Que á tí te siguen por el mar ondoso.
  Contigo vienen estas damas bellas,
Dexando sus legítimos maridos;
¡O aleve amante, y mas aleves ellas!
  Quando eras pobre, y por el verde egido
Pastoreabas con pobreza tanta,
Ninguna, sino Enon tu esposa ha sido.
  No me admira tu oro, ni levanta
Verte en pompa real ni en Monarquía,
Ni ser nuera de Priamo me espanta.
  Que muy bien sé que no rehusaria

De ser mi suegro Priamo, ni afrenta
De ser su nuera á Hécuba vernia.
Que dina soy, y el mérito me alienta
De ser muger de un Príncipe y Matrona;
Y hasta lo ser no me veré contenta.
Cabeza y manos tienen mi persona,
Dina (pues ser yo Ninfa me bastaba)
De empuñar çetro y sustentar corona.
No me desprecies, porque me acostaba
Contigo en suelo agreste, pues soy dina
De regia cama, y no de la que usaba.
Mi amor seguro en fin no te encamina
Guerra, ni trae por mar copiosa armada,
Para vengar tu fuerza adulterina.
Aquesa fugitiva es demandada
Con armas; y ella ufana y desenvuelta,
Con esta dote viene á tu morada.
La qual si á gente Griega ha de ser vuelta
A Hetor, á Deifobo, y Polidamas
Lo dí; y pregunta el fin de esta revuelta.
Consulta el parecer, pues que los amas,
De Antenor y de Priamo tu padre,
Que por su larga edad sabrán de tramas.
Torpeza es grande, indina que te quadre,
Que una esclava antepongas impaciente
Al amor de la patria nuestra madre.

Tu causa es vergonzosa; y justamente
Su agraviado marido, por habella
Te mueve guerra, junta y llama gente.
No te prometas, no, lealtad de aquella,
Que en tus abrazos se entregó en un hora,
Y que te fue tan fácil gozar de ella;
Que si el menor Atrida grita agora
Las leyes rotas del violado lecho,
Y de amor forastero opreso llora;
Tù tambien gritarás y sin provecho,
Que si una vez se pierde la vergüenza
Todo bien, todo honor queda deshecho.
En tu amor arde, y á te amar comienza;
Tambien á Menelao amó esta dama;
Mas es fragil su amor, mas que una trenza.
Agora el triste arrepentirse brama,
Que á Elena dando y á su amor creencia,
Viudo yace en la desierta cama.
¡O Andrómaca felice! tu advertencia
Alabo, pues te diste por esposa
De un constante varon de gran prudencia.
¡Ay Páris! que yo fuera venturosa,
Si casara con otro, qual tu hermano;
Mas vedólo mi estrella rigurosa.
Eres mas inconstante, mas liviano,
Que secas hojas que arrebata el viento,

Y van volando por el ayre vano.
  Hay menos peso en tí, menos cimiento,
Que en leve espiga, insólida y vacía,
Seca del sol y de su ardor violento.
  Esto es lo que tu hermana me decia,
Digo que dixo (agora se me acuerda).
Suelto el cabello aquesta profecía.
  ¿Dí qué haces Enone? si estás cuerda,
¿Cómo en la arena siembras? ten mancilla
De tí, no siembres donde se te pierda.
  Aras del mar horrífico la orilla
Con bueyes sin provecho: no conviene,
Que pierdas el trabajo y la semilla.
  Ola, una griega ternerilla viene,
Destruicion tuya, de tu casa y tierra:
Ola, estorbalo tú; ¿qué te detiene?
  La griega ternerilla viene: guerra,
Guerra agora que hay tiempo, y al navio
Hundid, que abominable carga encierra.
  Frigios no imagineis, viene vacío
De sangre frigia y de minante fuego,
Viene relleno aquel vagel impío.
  Dixera mas, si sus sirvientas luego
No la llevaran por estar furiosa,
Dexándome en mortal desasosiego.
  Erizóse el cabello y ó grave cosa!

(Que es en ser largo y rubio incomparable):
Quedé admirada y aun quedé medrosa
¡Ay Casandra fatídica, admirable!
¡Como tu adivinar me satisface!
¡Quan cierto ha sido á esta miserable!
Mira la vaca griega como pace
Mi dehesa, usurpando mi ventura,
Y de mis pastos á su gusto hace.
Insine puede ser su hermosura;
Pero adúltera es, pues desampara
Su esposo y Dioses con desenvoltura.
Ella robada ha sido, cosa es clara,
Otra vez de un Teseo, si en el nombre
No me ha engañado la memoria avara.
No sé yo quien él sea, en fin un hombre
Dicho Teseo, por su astucia bella
Robándola ganó fama y renombre.
¿Creeremos pues agora, ó Páris, de ella,
Que de poder de un mozo amante suyo
Se quedó vírgen, y volvió doncella?
Preguntarás que todo quanto arguyo
¿De quién lo deprendí? de amor que esfuerza
Mi lengua ruda con que te concluyo.
Y aunque su robo se atribuya á fuerza,
Y lo disfraces con tal nombre; es cierto
No haber habido quien su gusto fuerza.

Quien tantas veces tan al descubierto
Robar se dexa y al ladron se ofrece,
Ella da el órden, ella da el concierto.
Mas la constante Enone permanece
Casta, siendo alevoso su marido;
Viviendo ella mas casta que él merece.
De Sátiros la turba con ruido
Y veloz planta en Ida me buscaba;
Mas yo me entraba al bosque mas texido.
El cornígero Fauno me acosaba,
De agudo pino ornada su cabeza,
Por los altos collados donde andaba.
Bien que el que á Troya puso pieza á pieza
Su fuerte muro (y siendo ardiente y roxo,
Desde el Oriente su camino empieza)
De mi virginidad llevó el despojo;
Mas llevólo por fuerza, y mi cabello
Y mi rostro rasgué de puro enojo.
Oro ni joyas no perdí por ello,
Ni puse en precio aquella afrenta indina,
Que el cuerpo es cosa infame el revendello.
Viendo esto Febo me juzgó por dina
De grande premio, y dióme infusa ciencia
Del arte santa de la medicina.
Dió á mis manos su don y suficiencia,
Y así qualquier raiz, qualquiera planta

Conozco, y me es notoria su potencia.
  Mas ¡ay triste de Enone! que con tanta
Fuerza y virtud de yerbas, no hay ninguna
Que me aproveche, cosa que me espanta.
  Al mal de amor no cura yerba alguna,
Mi mesma ciencia, mi arte me ha dexado:
La que me sigue siempre es mi fortuna.
  El mesmo Apolo vacas ha guardado
De Admeto, segun fama; dióle guerra
Amor, y con mi fuego fue abrasado.
  Aquel remedio, que la fertil tierra
Con sus yerbas, ni Apolo darme puede,
Tú me lo puedes dar, y en tí se encierra.
  Puedes y lo merezco, No se vede
A mi fe lo que pido; ten mancilla
De esta, que un punto de tu amor no excede.
  No vengo yo con Griegos en quadrilla;
Con armas de paz vengo á mi marido,
Tu esposa abraza, pues á tí se humilla.
  Toda soy tuya, tuya sola he sido
Desde mi tierna edad, y en tí se emplea
Todo mi amor: y agora tambien pido,
  Que el resto de mi vida tuyo sea.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA SEXT.

Para mejor declaracion así de esta epístola como de la duodécima, me pareció ser necesario poner en este argumento (aunque con alguna curiosa prolixidad) la fábula del Vellocino de oro, como la escribe Ovidio en el IV de sus Fastos. Atamantes, hijo de Eolo, tuvo un hijo y una hija llamados Frixo y Heles en Nefeléa su primera muger, que transformada en nube fue vuelta en Diosa. Casó Atamantes segunda vez con Ino, hija de Cadmo, la qual aborreciendo á sus entenados (segun costumbre de madrastras) como diese á los labradores trigo y otras semillas que sembrasen, sucedió que en aquel año (por ser estéril) no se cogiesen frutos, padeciéndose en aquellas regiones grandísima necesidad y hambre. Fue enviado en razon de esto un Sacerdote al Oráculo para que consultase el remedio de tanta esterilidad; el qual inducido y sobornado de Ino, dixo al pueblo ser la voluntad de los Dioses que Frixo y Heles fuesen sacrificados, para aplacar la ira soberana: lo qual, aunque

su padre Atamantes llevase por pesadumbre, así por el comun consentimiento del pueblo, como por la necesidad que padecia, los vino á ofrecer al sacrificio. Estando, pues, vendados para la inmolacion, su madre la Diosa Nefeléa descendiendo á ellos de su nube, los libró y mandó que huyesen; y dióles un carnero, cuyo vellon era de oro, el qual los pasase por un estrecho de mar á diferente Reyno. Yendo navegando, la moza Heles desfalleciendo, ó con el femenino temor, cayó del carnero y ahogóse en el mar dándole su nombre, el qual conserva hasta hoy. Frixo llegando en el Ponto á la isla de Colcos sacrificó el carnero en hacimiento de gracias, y su piel de oro colgó en el templo de Marte con voluntad, segun se escribe y expreso mandamiento de los Dioses. Reynando despues en el Ponto Eta, tuvo aviso del Oráculo que moriria, quando viniendo un navio de longinquas partes llevase este Vellocino: por cuya causa el Rey dió en una horrenda crueldad, que fue sacrificar todos los huéspedes y forasteros que venian á su Reyno, que era el fruto que el demonio, padre de la maldad, pretendia y pretende de los idólatras miserables. La intencion de Eta fue, que divulgándose su crueldad por el mundo, huyese de

venir á su tierra gente forastera, y así estuviese el Vellocino guardado. Y para mayor guarda de él, dice Dionisio en el II de su historia, que rodeó el templo de inexpugnable fuerza y cerca, y le puso gente de guarda de la Provincia Taurica, de donde emanáron las fábulas de los Griegos, diciendo que guardaban el templo toros que respiraban fuego, y que el Vellocino guardaba un vigilante dragon, y otras cosas que en el discurso de la epístola se declaran: todo lo qual tiene alegoría, que no es de mi intento el tratalla. Reynaba por este tiempo en Tesalia Pelias, hermano de Eson, padre de Jason, el qual Pelias no tenia hijos varones. Pero su sobrino Jason, como en valor de ánimo y en corporales fuerzas excediese á todos los de su tiempo, deseando hacer alguna famosa hazaña á imitacion de Perseo y de otros valerosos varones, cuyos nombres eran claros en aquellos siglos, comunicó este deseo con Pelias su tio, el qual no porque Jason ganase fama, mas con esperanza que puesto en alguna peligrosa jornada moriria, quiso animarle á conseguir su honroso intento. Tenia el tio con Jason una depravada voluntad y ódio, así porque viéndose sin hijo varon, temia al hermano que con favor de tan esforzado hi-

jo le podia quitar el Reyno, como porque habia sabido del Oráculo, que estando él sacrificando á Neptuno, el que entrase al sacrificio desnudo un pie le habia de dar la muerte: y sucedió que entró Jason descalzo, por haberse mojado el pie en el rio Anauro. Teniendo pues Pelias esta sospecha, prometió á Jason que le daria ayuda, si hiciese jornada para ganar el Vellocino de oro que tan famoso era en el orbe: aceptólo Jason, el qual considerando la dificultad de la empresa, así por el mucho mar, como por las muchas gentes de ánimos feroces que en el Ponto habia, comenzó á disponer el aparato que le pareció ser necesario. Lo primero hizo una nave junto al monte Pelias, la mayor que hasta aquellos tiempos se habia visto, cuya grandeza fue tan admirable á toda Grecia, que muchos mancebos ilustres se le ofreciéron á Jason por compañeros; de los quales escogió cincuenta y quatro, y de estos fuéron los principales Castor, Polux, Hércules, Telamon y Orfeo, y el principal caudillo de la nave fue el mismo Jason: llamóse la nave Argos del nombre del arquitecto que la hizo, ó segun otros de su mucha ligereza en el navegar: llevaron por Piloto á Tifis, y todos se llamáron Ar-

gonautas. Dando las velas del puerto Pagaseo de Tesalia, llegáron á la isla de Lemnos, donde Isipile, hija del Rey Toante, en este tiempo tenia el Gobierno por haber todas las mugeres de Lemnos muerto á todos los varones, y eran gobernadas con femenino Imperio. Fuéron aquí Jason y sus Argonautas regalados en tanto grado, que obligado Jason del amoroso hospedage se casó con Isipile: y siendo preñada, se llegó el tiempo de la forzosa partida; y prometiéndola volver, conquistado el Vellocino, partió de Lemnos y vino á Colcos, último designio de su viage. Aquí fue informado Jason de Medea, hija del Rey Eta, de la crueldad de su padre, y de la dificultad y riesgo de la empresa. Pero enamorada de Jason, y rogada de él, que baxo de juramento de esposa le favoreciese, vino Jason por industria de Medea á conseguir la victoria y Vellocino, perpetuando su nombre en el templo de la Inmortalidad: y llevándose á Medea á pesar de su padre, volvió á Tesalia su patria, con admiracion y espanto del universo, y con sumo olvido de su muger Isipile; la qual esperaba su vuelta por momentos. Siendo pues sabidora de ella, le escribe esta carta, dándole el parabien de su venida

y victoria, y quejándose de su poca lealtad: expresa sus agravios, y aféale á Medea, para que aborreciéndola Jason, guarde la fe al primer matrimonio.

ISIPILE

A JASON.

EPISTOLA SEXTA.

Por el mundo ha la fama pregonado
Que con el Vellocino rico de oro,
Has á Tesalia próspero llegado.
Quanto es tu voluntad suspendo el lloro
Y doy el parabien de tu venida,
Falta de fe, colmada de tesoro.
No debiera por fama ser sabida
De mí tu vuelta, mas por carta tuya,
Sino es que lo estorbó la fratricida.
Bien pudo ser que el viento (á quien destruya
Su Dios) á tu navio compeliese,
A no ver mi ribera que ya es suya.
Pero aunque el viento mas adverso fuese,
Pudieras escribir con mensagero,
Pues era dina yo que así se hiciese.
Dí ¿por qué había de saber primero
De otro que de tí, como domados
Fuéron los toros del Dios Marte fiero?
Y ¿cómo al corvo yugo sujetados,

Aráron, y esparcida la semilla,
Nació una grande esquadra de soldados?
Y ¿qué para matar esta quadrilla,
No fué tu brazo, ni ánimo arrogante
Necesario, que es rara maravilla?
¿Por qué no me escribiste, falso amante,
Como hubiste el dorado Vellocino,
Al dragon adurmiendo vigilante?
¡O quánto gusto al corazon mezquino
Fuera, si quando el caso recontara
Tu esfuerzo exâgerando por divino!
Si alguno como incrédulo dudara
Tus hechos, que dixera yo al momento,
El me escribió, y tu carta demostrara.
Mas ¿para que me quejo y me lamento,
De que mi esposo no cumplió su oficio
De darme con su epístola contento?
Grande premio terné por mi servicio,
Si quedo por tu esposa, y si no tiene
Tanto descuido oculto maleficio.
Y así terná, pues que contigo viene
(Segun afirman) una encantadora
Bárbara, que de engaños se mantiene.
Y que ha de suceder esta traidora
En la fe conyugal, que sin rezelo
Me prometiste como tu señora.

Todo lo crée el amor: ¡ oxalá el cielo
Quisiese, que merezca yo el renombre
De temeraria, y que esto fuese zelo!
Mas ¡ay! que agora á Lemnos vino un hombre
Tesalo, y en mi casa fue hospedado,
Que en fin sustento de piadosa el nombre.
Y habiendo apenas al umbral llegado,
Así le dixe: huesped venturoso,
¿Cómo está mi Jason? ¿está trocado?
Quedó suspenso y algo vergonzoso,
Y mirando á la tierra (á mi despecho)
Callaba de cortes ó de medroso.
Alborotéme, y desde el casto pecho
Rasgué el vestido, y esto repetia,
¿Vive? ¿ó tambien los hados mal me han hecho?
Vivo es responde: y yo le persuadia
Que lo jurase; hizo un juramento,
Y aun con jurar apenas lo creia.
Despues que el pecho recobró su aliento,
Le obligué me contase tus proezas,
Y él las contó por darme algun contento.
Dixo, como domadas sus bravezas,
Los toros del Dios Marte el campo aráron,
Y esta no es la mayor de tus grandezas.
Contó como en la tierra se sembráron
Los dientes de la bestia por simiente;

Y hombres naciendo, luego se matáron.
Y muerta en civil guerra aquella gente,
El tiempo de su edad fue solo un dia:
Contó tambien el fin de la serpiente.
Yo (mientras él contaba) repetia,
¿Vive Jason? que el miedo y la esperanza
Doblaban á mi alma la agonía.
El mientras va contando con pujanza
De facundia los hechos de mas gloria,
Y todo quanto de tu vida alcanza,
Sin lo querer decir contó la historia
De Colcos, do robaste su Princesa,
Mi ofensa y tu maldad hizo notoria.
¿Ay, dónde está la fe, do la promesa?
Tus juramentos ¿dónde se ausentáron?
Tu palabra, Jason, ¿tan poco pesa?
¿Adónde estan las hachas que alumbráron
En mis bodas? alumbran en mi entierro
Mejor, pues viva entonces me enterráron.
No me alcanzaste á hurto, ni por yerro.
La Diosa de las bodas fue presente,
La qual me alienta en este tu destierro.
Tambien estuvo la sagrada frente
Ceñida de clavel, jazmin y rosa
Himeneo, en las bodas presidente.
¡Ay triste! que Himeneo ni la Diosa

Juno traxéron lûz tan desdichada,
Si no fue Erinnis pérfida y rabiosa!

¿Mas á qué vino acá la Minia armada?
¿Qué tuve yo con la Argonauta flota?
¿Quién traxo á Tifis á mi tierra amada?

No estaba aquí el Vellon que la albotota,
Ni era Lemnos la Corte, ni el estado
De Etá el anciano, do iba su derrota.

Bien pensé yo, mas estorbóme el hado
Con valor feminil echar á fuera
De Lemnos tu esquadron aquí arribado.

Que mis mugeres (no es la vez primera,
Que vencen hombres) muchos han vencido,
Con ellas mi honra defender pudiera.

No quise que te fuese defendido
El puerto, ántes en él con todo quanto
Te pueda dar, te recibí en marido.

En mis regalos estuviste en tanto,
Que en dos estíos, y otros dos inviernos
Prestó á la madre tierra el cielo santo.

Vino otro estío, y con alhagos tiernos
Siendo forzado á dar la vela al viento
Por órden de los astros sempiternos,

A mí veniste, y sin vital aliento,
Vertiendo por tu faz licor sanguino,
Hiciste un regalado parlamento.

Isipile, el rigor de mi destino
Me arrebata, si acaso el cielo airado
Abriere á mi tornada algun camino,
Tuyo me parto de este suelo amado,
Tuyo seré en la paz, tuyo en la guerra,
Y tuyo volveré queriendo el hado.
Y aquesa prenda que tu vientre encierra,
Viva, pues de ámbos es, y en las mantillas
Por de ámbos se conozca en esta tierra.
Llorando intensamente y de rodillas,
Enmudeciste aquí siendo vencido
Del llanto que bañaba tus mexillas.
Quisieras proceder y no has podido,
Y acuerdome muy bien que lo dexaste,
Del ansia y de sollozos impedido.
El último de todos te embarcaste
En la sagrada nave, y ella vuela
Con viento en popa sin temer contraste.
El verdinegro mar se aparta, y cuela
Argos la insine con veloz denuedo;
Tú miras á mi alcázar, yo á tu vela.
La tierra miras tú, porque yo quedo
En ella, mas yo triste por mirarte,
Miro las aguas que me ponen miedo.
Tengo una torre exênta á toda parte,
De á do se mira en torno el mar sereno;

Allá me subo yo por devisarte.
Mi faz se inunda en lágrimas y el seno,
Y por aquellas lágrimas te via
Ir navegando el mar, de espuma lleno.
Que aunque la turbia vista enflaquecia,
Dando entonces fervor á mi deseo,
Alcanzaba mas lejos que solia.
Añade á tanto llanto y devaneo
Castas plegarias, votos prometidos,
Mezclados con temor de lo que veo.
Los quales por tí fuéron ofreeidos,
Y pues ya tu persona está segura,
Por mi han de ser con brevedad cumplidos.
¿Mas cumpliré estos votos por ventura,
Para que goce aquesa Maga ó Sabia
Del fruto de ellos por mi suerte dura?
Duéleme el corazon, crece la rabia
Con el amor, y gran furor concibo,
Por ver que el que mas amo mas me agravia.
¿Daré á los templos dones? ¿ni al altivo
Toro dará mi mano muerte fiera,
Porque pierda á Jason aun siendo vivo?
Nunca me aseguré que firme fuera
Tu fe, que de tu padre sospechaba
Siempre, que de Argos eligiese nuera.
En vano de las Griegas rezelaba,

Que una bárbara es causa de mi daño:
El corazon me hirió quien no pensaba.
  No con belleza ni esplendor extraño
Te aficionó en agravio de tu esposa,
Mas con hechizos, con maldad y engaño.
  Esta en la noche mas tempestuosa,
Con encantada hoz, fiera, importuna,
Siega la yerba Mágica dañosa.
  Esta que con Pluton desde la cuna
Hizo pacto en su curso y movimiento,
A pesar suyo vuelve atras la luna.
  Esta les pone un toldo ó pavimento
A los caballos del mayor Planeta,
Y las aguas enfrena en un momento.
  A la carrera rápida, inquieta
Del rio mas veloz y fugitivo
Esta la vuelve atras y la sujeta.
  Esta con le mostrar un rostro esquivo,
Remueve un bosque, y hace no se vea,
Y arranca un cerro del lugar nativo.
  Esta suelto el cabello horrible y fea,
Y desceñida á soledad se acoge,
Y los hediondos túmulos pasea.
  Esta que por muger tu gusto escoge
De las hogueras que aun estan calientes,
No se que huesos y reliquias coge.

Esta maldice y daña á los ausentes,
Hace bultos de cera, y hinca en ellos
Agujas, murmurando allá entre dientes.
Otros embustes hace, que sabellos
Rehuyo; embustes que medita y lanza
Para engañar los hombres y atraellos.
Mal con yerbas un pecho se abalanza
A pretender amar ni ser amado:
Con virtud ó beldad amor se alcanza.
¿Serás tan temerario que encerrado
Con esta estés á solas, que en la cama
La abraces, y te acuestes á su lado?
¿Mas de qué dudo? así como esa dama
Puso á los toros el pesado yugo,
Así los pone sobre tí y tu fama.
Y como con la fuerza de algun xugo
De yerbas puso mansa á la serpiente,
Así rendirte á su querer le plugo.
Añade pues que la famosa gente,
Hércules, Castor, Polux y otros tales,
Que fuéron á tu empresa preeminente;
Esta inventora de infinitos males
Se hace compañera y coadjutora
De tus hazañas y obras inmortales.
Y con temeridad daña y desdora,
Llámandote marido, al nombre honroso

De esposo, de quien yo soy la señora.
Y esto es causa que alguno de envidioso,
Siendo parcial de Pelias, atribuya
Tus obras al encanto poderoso.
Ya tiene un pueblo, que á la fraude suya
Da crédito y repite de contino,
Negando que tal obra es gloria tuya.
No conquistó el precioso Vellocino
De oro Jason; quien lo ganó es Medea,
Hija de Eta, la qual con Jason vino.
Mas no lo aprueba quien tu bien desea,
Digo tu madre Alcimeda, conviene
Se lo preguntes, porque á mí se crea.
Menos lo cree tu padre, á quien le viene
Del polo helado perniciosa nuera,
Que con el hondo abismo pacto tiene.
Del congelado Tanais mejor fuera
Ella buscara esposo, ó en los frios
Lagos de Scitia, ó en su Fasis fiera.
¡ Ay ¡ Jason, mas mudable que los rios,
Mas leve que es el viento del verano,
Porque tus labios son de fe vacíos:
Pues que partiste mio ¿por qué insano,
Mio no vuelves? ¿dónde está, engañoso,
La ceremonia de me dar tu mano?
Tu muger fui, partiéndote dudoso

De la vitoria, y he de ser tu esposa,
Volviendo agora ufano y vitorioso.
Si tu prosapia y sangre generosa
Te ensalza, yo del Minoo Rey Toante
Soy, como sabes, hija, y soy hermosa.
Baco es mi abuelo, y él con rutilante
Y estrellada diadema ensoberbece,
Y corona á mi abuela como amante.
La qual con sus estrellas enoblece
A las menores. Tanta luz encierra
En la corona que á Ariadna ofrece.
Lemnos era mi dote, fertil tierra,
Fertil en gentes, fertil en sustento,
Graciosa en paz, y formidable en guerra.
Y entre tanto aparato y ornamento
De nobleza y de dote tambien puedes
Recibirme por tuya á tu contento.
Y mas que parí ya, hazme mercedes,
Alegrate Jason y dame albricias,
Si no es que al aspid en ingrato excedes.
Tú con mimos, halagos y caricias.
Pusiste en mí la carga embarazosa,
Tú el autor fuiste de estas mis primicias.
En el número fui tambien dichosa,
A dos parí, las prendas te dí pares,
Con el favor de Juno la zelosa.

Si por curiosidad me preguntares,
A quien parecen estos dos infantes,
Digo que te verás si los mirares.
En todas las faiciones importantes,
(Salvo en las de engañar) ¡ó cosa rara!
Son ámbos á su padre semejantes.
Los quales al momento te enviara
En mi lugar, si miedo no tuviera,
Que su madrastra injusta los matara.
Temí á Medea mas sanguina y fiera,
Que todas las madrastras, cuya mano
Es á toda maldad presta y ligera.
La que pudo esparcir del tierno hermano
Los miembros hechos piezas; ¿será pia
Con mis hijuelos? Pensamiento es vano.
¿Y quieres que se diga en algun dia,
(Loco de tí y cautivo del veneno,
Que en Colcos nace, y por mi mal se cria)
Que tú aprobaste por mas santo y bueno
El lecho de esta y rostro de serpiente,
Qué de tu Isifil el afable seno?
Ella vino contigo torpemente
Como adúltera vírgen: yo tu esposa
Casé con casta y con honesta frente.
Ella dió al padre muerte inominiosa
Yo libré de ella con ardid de guerra

Al gran Toante como mas piadosa.
  Ella de Colcos huye y se destierra,
Que como esfuerzo para el mal concibe,
Los mares pasa; estoyme yo en mi tierra.
  ¿Qué cuento? ¿qué me canso? si ella vive,
Y siendo tal me vence y mas te alcanza,
Y por dote su culpa se recibe.
  De mis mugeres culpo la alianza
En su crueldad; mas no me admiro tanto,
Pues las forzó su afrenta y la venganza.
  Respóndeme, Jason, si el cielo santo
De mis daños y afrentas condolido,
Con viento adverso, con horror y espanto
  Al puerto de mi Reyno y patrio nido,
A tí con esa infame compañera,
(Qual me convino) hubiera conducido;
  Si entonces al encuentro yo saliera
Con mis dos hijos, dí ¿no suplicaras
Al suelo que se abriera y te sorbiera?
  ¿Malvado, con qué rostro me miraras?
¿Cómo á tus hijos vieras, Jason duro?
¿Qué premio fuera justo que alcanzaras?
  Bien te pudieras hospedar seguro,
No porque estabas de castigo indino,
Mas porque el nombre de piedad procuro.
  Pero del falso cuerpo adulterino

De esa dama, que causa mis enojos,
Sacara un rio de licor sanguino.
Hartara con su sangre estos mis ojos,
Y los tuyos indinos de esta rea,
Pues gozó sin temor de mis despojos.
Así fuera Medea con Medea,
Actora fuera, como soy paciente;
Empleárame yo en lo que se emplea.
Mas si en el cielo fúlgido eminente
Hay algun Dios supremo riguroso,
Que á mis fuegos acuda prontamente:
Llore con llanto eterno y doloroso
Medea, como Isifil triste llora,
Huérfana de su cama y de su esposo.
Sus mesmas leyes sienta, y como agora
Siendo de dos infantes madre, he sido
Dexada, siendo causa esta embaidora:
De otros dos hijos, y de su marido
Dexada, y puesta en miserable estado;
Viva quien tanto daño me ha traido.
No goce de lo que es mal alcanzado
Y pues en vicios su ganancia funda,
Peor lo pierda que ella lo ha ganado.
Desterrada se halle y vagabunda
Por todo el orbe, y tanto mal le quadre,
Quanto de sus hechizos me redunda.

Qual hermana al hermano, y qual al padre
Hija, á su esposo tal esposa sea,
Y á sus hijuelos míseros tal madre.
Despues que de la tierra y mar se vea
Menospreciada por su triste suerte,
Al ayre suba á ver si la recrea.
Ande vagando pobre que es mal fuerte
Y de tanto sufrir desesperada,
Se dé rabiosa y miserable muerte.
Yo la Toancia Isifil agraviada
Esto pido, y mil veces lo repito,
Vivid sin miedo esposo y desposada
En vuestro pecho adúltero maldito

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA SEPTIMA.

Destruida Troya y su Ilion por los Griegos, Eneas, hijo de Venus y del Troyano Anquises, desamparando la patria, y haciendo una flota junto á la Ciudad de Atandro se entregó al mar con su padre y con su hijo Ascanio y con los Dioses Penates, y otros muchos Troyanos que le quisiéron acompañar en su dudoso viage. Llegó primero á Tracia, donde (segun opinion de algunos) fundó el pueblo Eno. Despues espantado de algunos prodigios, y amonestado de la voz de Polidoro, hijo de Priamo (muerto en Tracia cruelísimamente por Polimnestor su Rey), partió de aquí, y fue á Delos, donde tuvo respuesta del Oráculo de Apolo mal interpretado del padre de Eneas: y pasando por las islas Cicladas surgió en Creta, creyendo (segun Anquises) que era la tierra fatal á ellos por el Oráculo prometida. Pero hallando allí gravísima pestilencia, y mandándole partir sus Dioses Penates, partió y vió las islas Strofadas, y vino á la costa de Grecia, y fue junto á Epiro hospe-

dado de Heleno, el qual siendo Troyano, y hijo de Priamo habia sucedido en aquel Reyno por muerte de Pirro. De aquí llegó á Calabria, y rezelando á Diomedes navegó por Sila y Caribdis, baxíos del mar Siciliano; y costeando casi á toda Sicilia, surgió en Drepano, donde muriendo su padre Aquiles, le hizo las famosas exêquias que Virgilio en sus Eneidos celebra. Siendo aquí Eneas regalado, y su armada bastecida por Acestes Troyano que en Sicilia reynaba, partió para Italia. Pero ensoberbeciéndose el mar, las tempestuosas ondas y el rigor de los vientos con forzosa tormenta, desbaratada la armada le arrojáron á Libia, habiendo perdido solo una nave de veinte que llevaba. Por este tiempo (como miente Virgilio) Elisa, llamada comunmente Dido, huyendo de Tiro, habiendo muerto su marido Siqueo á manos de su hermano Pigmaleon con temor de su cuñado, habia llegado á Libia, y comprado al Rey Hiarbas un solar, quanto ocupase una piel de un toro; y haciéndola muy sutiles correas, cercó veinte y dos estadios de tierra, y allí quando llegó Eneas desbaratado del mar, acababa de edificar la famosa Ciudad de Cartago. Recibió la Reyna Dido á Eneas liberalísimamente, y sabiendo ser hijo

de la Diosa Venus y de Anquises, enamorada de sus hazañas con intencion y palabra de recebillo por esposo, le entregó las primicias de su honradísima viudez. Mas Eneas siendo amonestado en sueños de su padre Anquises y de Mercurio por mandado de Júpiter, que dexados los regalos de Libia buscase á Italia, no se atreviendo á comunicarlo con Dido, comenzó á aprestar su partida con el silencio y secreto que le fuese posible: mas no pudo ser con tanto que la Reyna no lo viniese á entender; y así despues de haberse quejado á Eneas, y rogado de palabra que se quedase en Cartago, finge Ovidio que le escribe esta carta (por hablarse de este modo con mas libertad que en su presencia); en la qual le persuade y ruega, que quando no quiera quedarse por Rey en Cartago, á lo menos dilate su partida, así por ser justo, como por serle provechoso: justo por los beneficios de ella recibidos, y provechoso por la gran tormenta que en el mar habia, con la qual partia en riesgo de que su flota pereciese, y con ella su ingratitud y desamor.

DIDO A ENEAS.

EPISTOLA SEPTIMA.

Qual suele el blanco cisne, que en el vado
De Meandro se ve cercano á muerte,
Cantar, sabiendo que lo llama el hado:
Así sin esperanza de moverte,
Mi canto ronco y débil voz levanto
Contra aquel Dios que fuerza á endurecerte.
Y poco importa que se pierda el canto,
Que pues la honra y fama se ha perdido,
Piérdase todo y muéstrese mi llanto.
Cierto estás de partir; y persuadido
A me dexar, y que unos vientos lleven
Tus naves, y la fe que diste á Dido.
Cierto estás; en que así como se mueven
Las anclas de tu flota, se remueva
Tu fe y promesas, que guardarse deben.
Cierto estás de buscar Provincia nueva,
Digo el Italo Reyno que tú inoras,
Sin que Cartago á te quedar te mueva.
Estas frescas murallas triunfadoras
No te incitan á amarme, ni aprovecha
Darte un cetro, y esta alma donde moras.

Huyes Ciudad que está poblada y hecha,
Búscasla por hacer, buscas mis daños,
Buscas tierra, porque esta te es estrecha.
Hallándola despues de algunos años,
¿Quién te la ha de entregar? ¿qué habitadores
Sus campos han de dar á unos extraños?
Por fuerza has de tener otros amores,
Otra Dido, otra fe que tú quebrantes,
Otros halagos y actos fingidores.
¿Quándo será que otra Ciudad levantes,
Semejante á Cartago? ¿y puesto en alto,
Tus gentes mires, como estan triunfantes?
Demos que así suceda, sin que falto
Tu gusto quede en quanto pretendieres,
Y goces tu Ciudad sin sobresalto.
¿Cómo podrás hallar adonde fueres,
Muger, que te ame, como te amo y quiero?
Pues excedo en amar á las mugeres.
Ardo qual arde el pino ó el madero,
Que es de licor ó azufre misturado,
O como incienso puesto en el brasero.
Traygo en mis ojos siempre retratado
A Eneas, y en el alma está esculpido
De noche y dia el nombre de mi amado,
Mas él me es sordo y mal agradecido,
Del qual huir debiera la presencia,

Si quedado me hubiese algun sentido.
Y no porque yo piense en esta ausencia
Algun mal de él, en cólera me inflamo,
Ni para odiarle se me da licencia.
Que mientras mas me quejo y mas exclamo,
En medio de esta rabia y pasion fiera,
Más ardo, mas le adoro, mas le amo.
Perdona, Diosa Venus, á tu nuera,
Da Cupido un abrazo al que es tu hermano,
Hazle soldado tuyo y que me quiera.
A amarle comencé, de ello me ufano,
Haz con él, pues tan grande es tu pujanza
Que cebe con su amor mi amor insano.
Mas yo me engaño que la semejanza,
Que con su madre tiene es aparente,
Y alma mas dura que su madre alcanza.
De alguna piedra ó monte es tu simiente,
Los robles duros, las encinas viejas
Tus padres son, tu pecho una serpiente.
O este mar te engendró, que por mis quejas
Ves que con vientos rápidos se altera,
Y tú por él me huyes y te alejas.
¿Adónde vas huyendo? que la fiera
Cara hiemal con su rigor te espanta;
Ella me ayude á te estorbar siquiera.
Advierte y mira como el mar levanta

101844

El auro bravo, rápido, violento,
No queriendo sufrir injuria tanta.
Déxame ser deudora de este viento,
Aunque serlo de tí fuera mas suerte,
Pero es mas justo el euro que tu intento.
Yo no soy tal que á manifiesta muerte,
(Bien que ¡ó perverso! no me lo agradezcas)
Mientras huyes de mí, dexe ponerte.
No quiero consentir que tú perezcas,
Pues mi aborrecimiento habrás comprado
Caro, quando á morir por mí te ofrezcas.
Presto verás al viento sosegado,
Y á Triton sobre el mar sesgo y afable
Con sus caballos demostrarse á nado.
Y oxalá que tú fueses tan mudable
Como el viento, y seraslo si no excede
Tu pertinacia al roble inesorable.
¿Qué fuera si inoraras lo que puede
El mar furioso, y quanta es su potencia,
Y quan pequeño gusto y paz concede?
Pues sabiendo sus cosas de experiencia,
¿Te entregas tantas veces en su seno,
A su insconstancia dándole creencia?
Aunque por se mostrar sesgo y sereno,
A levantar las anclas te incitara,
Debiérasle temer, pues rompe el freno.

Ni ayuda el mar, á quien la prenda cara
De la promesa y fe violar intenta,
Que el mar castiga la perfidia avara.
En especial si á amor es hecha afrenta,
Porque su madre de la espuma ha sido
Engendrada en el mar, segun se cuenta.
¡Ay cuitada que á aquel que me ha perdido,
Temo perder, y he miedo de hacer daño
A quien tan grave daño me ha traidò!
Rezelo triste que un cosario extraño
Beba las aguas de este mar nocivo,
Donde fraguó mi afrenta con su engaño.
Vive, no mueras, que mejor me es vivo
Perderte que no muerto, y que no sea
Causa tu muerte de mi fin esquivo.
Finge, pues fingir sabes, en tu idea
Que eres sobresaltado (aunque tal cosa
Jamas suceda, ni por tí se vea)
De una borrasca rápida, espantosa,
Y que te hundes, dí, ¿qué pensamiento
Revolverá tu mente congojosa?
Ocurriráte el falso juramento,
Que celebraste como fementido
Con falsa lengua en nuestro casamiento.
Allí te ocurrirá la Tiria Dido,
Obligada á morir siendo inocente,

Por la fraude y traicion de su marido.
  En aquel trance te será presente
De tu muger la imágen triste y fiera,
El cabello arrancado injustamente.
  Allí dirás, aquesto, y mas que fuera,
Todo lo he merecido: mi inhumana
Fiereza es causa de que ahogado muera.
  Y aquellos rayos, que con furia insana
Caerán del cielo, entenderás cuitado
Que los arroja mano soberana.
  Espera al mar, y á tu rencor da vado,
Que gran premio te importa en detenerte,
Que habrás el mar tranquilo y sosegado.
  No te detenga yo; pues es mi suerte
Tan corta, Julo te detenga luego,
Bástete á tí gloriarte con mi muerte.
  ¿Qué ha merecido Ascanio, dime ciego?
¿Qué han los Penates Dioses merecido?
¿Daslos al agua, y líbraslos del fuego?
  Mas ¿qué digo? ¡ó traidor! tengo entendido,
Que ni llevas contigo á Julo, y menos
Que á tu padre en tus hombros has traido.
  Ni que á tus hombros de piedad agenos
Oprimiéron tus Dioses, como cantas
Con esos labios de mentiras llenos.
  En todo mientes, todo lo levantas,

No comienza á mentir de mí tu lengua,
Pues mintió siempre, y con mentir encantas.
No es la primera vez que se deslengua
Tu boca, pero en mi es la vez primera,
Que soy opresa con afrenta y mengua.
Si alguno preguntara ó me dixera,
¿Adónde está la madre del hermoso
Julo? que ya murió le respondiera.
Murió dexada de su aleve esposo
Entre las llamas del incendio triste,
Que puso en Troya el brazo riguroso.
De tí lo supe, y como me dixiste
Que fue por tí con gran dolor buscada,
Notando tu piedad me enterneciste.
Por lo qual esta pena que me es dada,
Será, de los que el vando de amor siguen,
Por menor que tu culpa condenada.
No dudo que tus Dioses te castiguen,
Pues ha siete años que por mar y tierra
Te afligen, te maltratan, y persiguen.
Yo recibí en mi puerto á quien dan guerra
Las ondas, y aun apenas oí tu nombre,
Quando te dí lo que mi Reyno encierra.
Y ¡oxalá (caso es dino que me asombre)
Parara en estos dones mi locura,
Y no aspirara al marital renombre!

Fuera mi fama, infamia ó desventura
Sepultada en sepulcro del olvido;
Mas ¿ cómo terná bien quien mal procura?
Aquel dia mi daño me ha traido,
Digo aquel dia, quando el aguacero
Con súbita avenida y estampido,
Nos obligó con rostro horrendo y fiero
A entrarnos en la cueva, do emanáron
Todos mis daños con infausto agüero.
Voces oí: las voces me engañáron,
De Ninfas entendí que era morada,
Y fue que las Eumenides aulláron.
¡ Ay castidad y honestidad violada,
Prometida á Siqueo á quien camino!
Dadme la pena que me está guardada.
Tengo en un templo ilustre peregrino
La imágen de Siqueo soberana,
A quien venero como á Dios divino.
De yerba y flores, y de blanca lana
Cubierta; desde aquí sentí llamarme
Del conocido acento en voz humana.
Quatro veces lo oí y al repararme,
Dixo la voz piadosa: ven, Elisa,
Tiempo es que vengas, ven á visitarme.
Sin tardar vengo, yo que la divisa
Un tiempo tuve de tu esposa, vengo

Para cumplir lo que tu voz me avisa.
  Y si el morir dilato y lo entretengo,
Es que me hallo ¡ay mísera! turbada,
Y de vergüenza y miedo me detengo.
  Mi error perdona, pues que fui engañada
Del inventor del arte cautelosa;
Cuya astucia me dexa disculpada.
  El oir que era hijo de una Diosa,
Y que á su padre en hombros ha eximido
De Troya, y de su llama rigurosa:
  Esperanza me dió, que habiendo sido
Tan pio, segun canta y manifiesta,
Me fuera firme esposo y fiel marido.
  Si erré, tiene el error excusa honesta,
Nota el darme su fe con juramento,
Y no me juzgarás por deshonesta.
  Dura hasta agora, y al postrer momento
Llegará de mi vida, el órden fuerte
Del hado mio horífico y sangriento.
  Murió mi esposo por su triste suerte
Delante los altares, y su hermano
El premio goza y fruto de su muerte.
  Yo conociendo el pecho del tirano,
Mi patria, y las cenizas de mi esposo
Desamparé, huyendo de su mano.
  Por camino difícil y dudoso,

Por sendas nunca vistas ni holladas,
Fui perseguida de su pie rabioso.
Libreme en fin, y habiendo las saladas
Ondas sulcado, estando ya en seguro,
Compré las tierras que te tengo dadas.
Edifiqué Ciudad, púsele muro,
Que á los vecinos pueblos ha causado
Envidia, y aun temor de lo futuro.
Guerras se ordenan, ya me han incitado,
Porque me juzgan para sus reyertas
Por peregrina, y sin marido al lado.
Guerras publican, que por ser tan ciertas;
Porque esté mi Ciudad apercibida,
Le quiero aparejar armas y puertas.
¡Ay triste! de mil nobles soy querida,
Los quales se conjuran en mi daño,
Porque soy á sus ruegos desabrida.
Quieren saber quien ès aquel extraño,
A quien doy los favores que les niego,
Aunque ya tienen claro desengaño.
Dido ¿por qué te da desasosiego
Esperar ser esclava en la presencia
De Hiarbas el Getúlo amante ciego?
Pues ya de ser virtud hicé experiencia
Quando dí atadas una y otra mano
A tu enorme maldad y á tu insolencia.

Tambien me queda un iracundo hermano,
Un cuchillo, un verdugo de mi vida,
Un lobo carnicero, un tigre Hircano.
Cuya diestra apetece estar teñida
De mi sangre (parece que te ufanas)
Despues que de mi esposo fue homicida.
Dexa los Dioses y las soberanas
Reliquias, porque usando de maldades
Pecas con las tocar, y las profanas.
Manos sangrientas, llenas de crueldades
No reverencian bien cosas del cielo,
Ni tocan con pureza á las Deidades.
Si tuviste intencion, si fue tu zelo
Escapar á los Dioses consagrados
Del fuego por honrarlos en el suelo:
Entiende que les pesa verse honrados
De tí, cuya crueldad les desagrada
Tanto, que mas quisieran ser quemados.
Por ventura tambien dexas preñada,
O ingrato, á Dido; porque prenda tuya
Bulle en mi vientre, donde está encerrada.
Y porque de la muerte no rehuya,
Sin ser nacido el miserable infante,
Se allega al hado de la madre suya.
Autor serás (que al mal lo eres bastante)
De la muerte de un hijo no nacido.

Y que no ha visto al cielo rutilante.
Ha de morir con la infelice Dido
Un hermano de Julo, y una pena
A dos en uno mismo habrá perdido.
Dirás que tu partida un Dios ordena;
Holgara hubiera aquese Dios vedado
A Teucros, que pisaran en mi arena.
¿Y siendo un Dios tu guia, contrastado
Andas agora de contrarios vientos,
Habiendo arado un siglo al mar hinchado?
Apenas tan á fuerza de tormentos
Habias de buscar tu Troya cara,
Si Hetor viviera, y ella en sus cimientos.
No vas al Simoente de agua clara,
Al Tibre vás, y le verás sanguino,
Y aun de él se te ha de dar por mano avara.
Y quando al rematar de tu camino
Goces del Tibre la ribera incierta,
Serás huésped extraño y peregrino.
Hasta agora la tierra está cubierta,
Que buscas, y ella huye de tus naves,
Rezelando ser de ellas descubierta.
Y segun ella huye, y te son graves
Los tiempos, llegará tu vejez antes,
Que llegues á la tierra que no sabes.
Mejor será recibas mis triunfantes

Pueblos, que doy en dote con largueza,
Que no buscar empresas arrogantes.
El tesoro recibe y la riqueza,
Que de Pigmaleon, fiera serpiente,
Fuéron, y mas recibe mi belleza.
Traslada á Troya mas felicemente
En mi Cartago, y en la Tiria tierra,
Y ten su cetro como Rey potente.
Y si tu alma tiene sed de guerra,
Si busca Julo donde hacer testigos
Del valor bràvo que su brazo encierra;
No hay falta aquí: darémosle enemigos
Daràle este lugar quanto le quadre,
Contrarios en la guerra, en paz amigos.
Tú agora por los huesos de tu padre,
Por los dardos de plomo, y los dorados
De aquel rapaz que es hijo de tu madre:
Por los Dioses que fuéron venerados
En Troya y en tu fuga, y tus sudores
Te han sido compañeros y aliados;
Y así los tuyos salgan vencedores
En todo trance, y el Mávorte sea
Remate de tus daños y dolores;
Y así en dichosa senetud se vea
Ascanio, y en su túmulo descanse
Anquises, qual tu pecho lo desea;

Que ya tu ingrata esquividad se amanse,
Ten ya piedad del Reyno que te entrego,
Pues es razon que tu crueldad se canse.
¿De qué crímen me culpas, dime, ciego
¿Por qué á grave pecado me condenas,
Sino es porque te amé y ardo en tu fuego?
No soy nacida en Phtia ni Micenas,
Ni contra tí mi padre, y mi marido
En Tenedo amaináron las entenas.
Si por esposa me has aborrecido,
No esposa, sino huespeda me llama,
Que siendo tuya, todo agrada á Dido.
Este Africano mar que agora brama,
Que á veces niega, á veces da el pasage,
Bien lo conoce la que tanto te ama.
Siendo próspero el tiempo á tu viage,
Las velas le darás, que agora el yelo
Cerca la nao, de que recibe ultrage.
Mándame considere quando el cielo
Fuere propicio para tu camino,
Que entonces partir puedes sin rezelo.
Porque si gustas, como yo imagino,
Proseguir tu jornada y tus agüeros,
No impediré tu gusto y mi destino.
Tambien tus fatigados compañeros
Descanso piden, y tu rota armada

Demanda xarcia, clavos y maderos.
  Por sus méritos esta desdichada
Te ruega, y por la deuda prodigiosa
A que el amor me tiene á tí obligada:
  Por la esperanza que de ser tu esposa
Me diste y tengo, que descanses pido
Por algun tiempo, que es bien fácil cosa.
  Mientras refrena el mar embravecido
Su furia, y mientras el amor violento
Templa la fuerza con que te he querido:
  Prepararé mi ánimo al tormento,
Aprenderé á sufrir el mal de ausencia,
Y todo adverso y triste acaecimiento.
  Pero si me negares tu presencia,
Ya estoy determinada al trance amargo,
Ya de muerte me he dado la sentencia.
  No me serás cruel por tiempo largo,
El pecho daré al hierro en un instante,
Y el alma á tí, que el alma está á tu cargo
  ¡Oxalá vieras el mortal semblante,
El cruel espectáculo y figura
De esta que escribe tu olvidada amante!
  Mientras con ansia noto esta escritura,
Yace en mi gremio la Troyana espada
Desnuda, qual convino á mi ventura.
  Caen resbalando por mi faz turbada

Mil lágrimas en ella, aunque muy presto
Será con roxa sangre jaspeada.
¡Quan bien que quadra con mi fin funesto
El don cruel, la espada que me diste!
Qual lo pretendes, todo se ha dispuesto.
A poca costa mi sepulcro hiciste,
Mi pompa funeral y honra postrera
Con suma brevedad la dispusiste.
No será agora, no, la vez primera
Que mi pecho magnánimo y gallardo
Traspasado será de punta fiera.
Que ya de amor el riguroso dardo
Lo traspasó, dexando al alma ufana
Con aquel fuego donde vivo y ardo.
Ana querida, dulce y cara hermana,
Que no supiste remediar con arte
Mi fuerte mal y enfermedad insana:
Pues de mi culpa y yerro te dí parte,
Ya darás á tu Dido el don postrero,
Pues siempre fue primera en regalarte.
Y consumida en la hoguera, quiero
Que Elisa de Siqueo no me llamen,
No haya segundo error: basta el primero.
Solo te dexo, hermana, este gravamen,
Que escribas unos versos de esta suerte
En mi sepulcro, porque mas me infamen.

» Eneas dió la causa de esta muerte,
» La espada dió tambien como inhumano,
» Y Dido tan amante como fuerte
» Murió herida con su propia mano."

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA OCTAVA.

Ermione, hija de Elena y de Menalao, estando su padre en la guerra de Troya, fue casada en Grecia con su primo hermano Orestes, hijo de Agamenon, por órden de su abuelo Tindaro, padre de su madre, á quien en aquella prolixa ausencia de la guerra quedó encomendada. Pero no sabiendo Menalao del casamiento de su hija, la casó estando sobre Troya, con Pirro, hijo de Aquiles. El qual volviendo de la guerra la usurpó á Orestes, y la poseia por fuerza: y como ella amase tiernamente á su primero y legítimo marido, y primo hermano de Orestes, escribióle (segun Ovidio) esta carta (por estar él en aquella ocasion en diferente provincia que ella) donde le ruega vuelva por su honor, y la libre de Pirro su injusto y tiránico poseedor.

ERMIONE

A ORESTES.

EPISTOLA OCTAVA.

Hablar, y departir mi mal conviene
Contigo, dulce hermano, dulce esposo,
Aunque el nombre de esposo otro le tiene.
Pirro el hijo de Aquiles animoso,
Segun su padre, me posee encerrada,
Contra el derecho natural piadoso.
Quanto pude estorbé ser entregada,
Y pudo mas tu pérfido contrario;
Que fuerzas de muger no pueden nada.
¿Qué haces, dixe? ¡ó Pirro temerario!
¿Piensas que estoy sin brazo heroyco y fuerte,
Que me vengue de un crímen tan nefario?
Esta pobre muger que de tal suerte
Tratas, tiene señor, y tan buen dueño,
Que la sabrá vengar, y darte muerte.
Y él mas sordo que el mar, y con mas ceño
Que toro, asió de mí que te invocaba,
Estimando mi ultrage por pequeño.
Asió de mí, y llevóme á do moraba,

Sueltas mis ebras de oro al sol y al viento,
Que de invidioso alguna me hurtaba.

¿Con qué mas grave é infame tratamiento
Fuera llevada, si mi patria fuera
Entrada por exército sangriento?

Con mas modestia y mano menos fiera
Trató la Grecia á Andrómaca Troyana,
Quando al Greciano ardor Troya cayera.

Mas si te da cuidado la inhumana
Pena que sufro, dulce Orestes mio,
Si amor te ha dado fuerza soberana:

Con fuerte brazo y vigoroso brio
Cobra el derecho que de mí te ha dado,
Y venga tanta infamia y desvario.

Por ventura si todo tu ganado
Lo robasen, estando en la dehesa
De estacas y fagina rodeado:

¿Tomaras armas por librallo apriesa?
Pues como ¿serás tibio y perezoso
Estando tu muger robada y presa?

Tu suegro te sea exemplo de animoso,
Pues fue recobrador de aquella esposa,
Que Páris le robó libidinoso.

Fuéle ocasion el ser ella alevosa,
Que el nombre de magnánimo le quadre;
Porque emprendió una guerra tan piadosa

Si en su palacio amplífico mi padre
Se estuviera sentado, fuera hoy dia
Del Troyano amador muger mi madre.
No juntes con estruendo y armonía
Mil naves, ni un Exército pujante,
Qual lo juntó la Griega Monarquía.
Tú solo ven, que solo eres bastante,
Aunque yo así merezco ser buscada,
Pues soy qual ella hermosa, y mas amante.
No es cosa injusta ni por torpe dada
Mover conflitos ásperos con zelo,
De rescatar la dama que es amada.
¿Para que en argumentos me desvelo?
Sino fueras mi esposo, eres mi hermano,
Y el Pelopeyo Atreo es nuestro abuelo.
Hermano, pues y esposo, da la mano
A tu hermana y muger, que el mundo sabe
Tus dos obligaciones que aquí explano.
Tindaro en años, y en costumbres grave,
De anciana edad, mas de valor robusto,
En yugo nos uñó de amor suave.
Tuvo poder como varon tan justo
De mis padres, y el mio, que bastaba
De disponer de mí, segun su gusto.
Mas mi padre que ausente en Troya estaba
Me prometió al soberbio Pirro fiero,

Inorante del caso que pasaba.
Pero porque mi abuelo fue el primero
En darme estado, y aun porque es mas sabio,
Es solo lo que él hizo valedero.
Quando en tus bodas pronunció mi labio
El sí, á ninguno entonces hice ofensa;
Mas si con Pirro estoy, á tí hago agravio.
Tambien mi padre en nuestro ámor dispensa;
Porque sabe que al dardo poderoso
De amor, no hay resistencia ni defensa:
A su yerno será blando y piadoso,
Qual lo fue para el mesmo; y á mi madre
La amansará su exemplo poderoso.
Tú para mí serás, qual fue mi padre
Para tu suegra en la librar, y sea
Pirro otro Páris, porque mas me quadre.
Y si él se jata, precia, y bravo sea
Con los hechos de Aquiles padre suyo,
Y en los contar se ensalza y devanea:
Tambien te gloriarás del padre tuyo,
Que hechos tiene dos mil de nombradia;
Basta el de Troya con que lo concluyo.
Agamemnon á todos los regia,
Tambien Aquiles era del regido,
Y á su imperio y mandato obedecia
Si en Capitan Aquiles fue elegido

Capitan General fue, sin rezelo
Tu padre, que de Tantalo ha venido.
Tienes por bisabuelo y tercio abuelo
A Pelope y su padre, el qual se sienta,
Segun nuestra opinion, allá en el cielo.
Y si acertares en echar la cuenta,
El quinto hallarás que ser mereces
De Júpiter, que á todos nos sustenta.
Ni de propias hazañas tú careces,
La espada asiste célebre, envidiada
Del mundo, en ver la fama que apeteces.
Tambien fue esta proeza murmurada,
(¿Mas quién quitará al vulgo que no ladre?)
Porque en tu madre se tiñó tu espada.
¿Mas qué pudiste hacer? ella á tu padre
Dió la camisa, causa de su muerte,
Y tú la diste á Egisto y á tu madre:
Bien que quisiera yo que de otra suerte
Mostraras el valor que en tí se halla,
Mas la fuerte ocasion te volvió fuerte.
No buscaste ocasion para matalla,
Ella la dió, y en tan supremo grado,
Que inominia te fuera no acaballa.
El adúltero Egisto degollado
Manchó el retrete con su sangre aleve,
Que la paterna sangre habia manchado.

Pirro esta muerte á condenar se atreve,
Volviendo en grave culpa tu alabanza,
Por quitarte el honor que se te debe.
Y siempre que á agraviarte se abalanza
Me mira, y nota bien si mi semblante
Se turba, ó tiene indicios de mudanza.
Yo me deshago, y baño en un instante
El rostro de color y la alma de ira,
Y el corazon de cólera abundante.
Y como este mi fuego no respira,
Quema y ofende al encendido pecho,
El qual con el dolor brama y sospira.
¿En presencia de Ermione tal hecho
Se sufre, que á mi Orestes reprehenda
Algun hombre mortal y á mi despecho?
¿De qué sirve que en cólera me encienda?
Fuerzas no tengo, fáltame la espada,
Solo me es dado lengua con que ofenda.
Tambien licencia de llorar me es dada,
Y así el odio, la rabia y el veneno
De mi ira inmensa en agua es destilada.
De las mexillas al ardiente seno
Mis lágrimas decienden como un rio,
Quando en tiempo de invierno está mas lleno
Siempre lágrimas tengo, oficio es mio
Llorar, y el rostro inculto se humedece

Con el perene llantò que le envio.
  Este infelice caso le acaece:
A las de nuestra casta; nuestro gage
Es llanto, que en eterno permanece.
  Las Tantalidas hembras son ultrage
De las matronas, pues las han robado
Casi á todas las mas de mi linage.
  No contaré el engaño enamorado
Del Cisne y Leda, ni daré querella
De Júpiter en ave transformado:
  Diré que en carros Hippodamia bella
Vino robada de Isthmo, la qual corta
Dos mares que los lados baten de ella.
  Helena en su niñez triste y absorta
Del temor, fue hurtada por Teseo,
Aunque el callar por ser mi madre importa.
  De la Ciudad Mopsopia á lo que creo,
Fue por Castor y Polux redimida,
Hermanos, y uno y otro es Amicleo.
  Y habiendo el huésped, que nació en el Ida,
Robádola, incitó con grande eceso
La Grecia para ser restituida.
  Apenas se me acuerda del suceso,
Pero en fin se me acuerda, que espantable,
Fue de su robo todo aquel proceso.
  Todo era llanto y luto miserable,

Toda la casa régia amenazaba
Ruina, espanto y miedo irremediable.
Mi abuelo por sus canas destilaba
Lágrimas, y mi tia Clitenestra
El robo de su hermana lamentaba.
Sus dos hermanos con llorar, dan muestra
De quanto sienten de su cara hermana
La suerte avara, pérfida y siniestra.
Su madre Leda del dolor insana
A su Júpiter hizo de esto cargo,
Y á quantos deidad tienen soberana.
Yo mi cabello por la edad no largo
Tambien entonces arranqué, y decia
Con delicada voz y llanto amargo:
¿Sin mí te vas? ¿y adónde, madre mia?
Estaba Menalao de Esparta ausente;
Y así no estuvo al llanto de este dia.
Yo porque soy de aquestas decendiente,
Veisme aquí pronta para prisionera
De Neoptolemo, ó Pirro el insolente.
Quisiera Apolo, Aquiles no muriera,
Que él los protervos hechos evitara
Del hijo, y de mi mal se condoliera.
No agradó en aquel tiempo, ni agradara
A Aquiles en el nuestro, que un esposo
Por robarle su esposa lamentara.

¿Qué culpa? ¿qué pecado tan famoso
Cometí, que los Dioses celestiales
Pierden conmigo el proceder piadoso?
¿Qué sinos, que planetas principales
Hacen con su influencia que me quadre
Tan grave inundacion de acerbos males?
Estuve siendo niña sin mi madre,
Tambien por la librar con sus Aquivos,
Envuelto en guerras se ausentó mi padre.
¿Qué mas dolor que estando los dos vivos,
Me viese de los dos desposeida,
Huérfana, y en trabajos ecesivos?
¡Ay madre amada, y con razon querida!
Ningun regalo tuve de tu boca
En los primeros años de mi vida.
Nunca á tu cuello y delicada toca
Ciñó mi corto y delicado abrazo,
Que agora al alma á lo sentir provoca.
Nunca fui carga á tu siniestro brazo,
Y si lo fui, yo no me acuerdo de ello,
Ni de verme sentada en tu regazo.
No enrubiaste en lexias mi cabello,
Ni con aguas mi rostro adelgazaste,
Para que fuese mas bruñido y bello.
Y quando me casé no me adornaste
Con regia magestad, pompa y concierto,

Ni el tálamo real me aparejaste.
Volviendo tú (confesaré lo cierto)
Salíte á recibir quando salia
Mi padre del esquife á tomar puerto.
Y viendo tanta dama y bizarria
Venir en él, estaba yo dudosa,
Quien mi madre de aquellas ser podria.
Pero quando te ví fue fácil cosa
El conocerte, como ya tuviese
Noticia que eras tú la mas hermosa.
Y como en tu presencia yo estuviese
Con otras damas de la flor de Esparta,
Preguntaste, tu hija allí quien fuese.
Una parte de dicha, y esta es harta,
Tengo en tener á Orestes por esposo,
Si de él mi sino adverso no me aparta:
Y sí me apartara, si el animoso
Ser suyo, por salir con esta empresa
No fuere contra Pirro vitorioso.
Pirro me tiene miserable y presa,
Siendo vueltos mis padres con vitoria,
Por quedar hecho Priamo pavesa.
Este sosiego, gusto, bien y gloria
Nos causa el fin de Troya y su ruina,
Triste es la mia, como fue su historia.
Mientras en carro ardiente el sol camina

Por mi emisferio gozo de consuelo,
Que en fin de dia mi dolor declina.
  Mas despues que la noche con su velo
Me obliga á entrar en la funesta cama,
Todo es gemido, llanto y desconsuelo.
  El sueño huye, y luego se derrama
Una fuente de lágrimas, testigo
Que duerme poco quien de veras ama.
  Y como de pestífero enemigo,
Rehuyo con mil ansias inmortales
Del que me sigue en máscara de amigo.
  Contemplo allí el discurso de mis males,
Y elévome. Y estando en tal estado,
Tocó los miembros Scirios y brutales.
  Y qual si hubiese crímen perpetrado,
Mas que nefando huyo del que toco,
Creyendo que las manos me he manchado.
  Y cada vez que el nombre de este loco
Me es fuerza pronunciar como te quiero,
Siempre por decir Pirro á Oreste invoco.
  Y el error de la voz que allí profiero
Lo reverencio; porque en él se encierra
Para mi gusto algun felice agüero.
  Mi Orestes, yo la triste á quien da guerra
El giro sempiterno, humildemente
Por nuestra sangre infausta acá en la tierra:

Por el orígen de ella onipotente,
Que es Júpiter, que tiene el poderío
En cielo y tierra y húmido tridente:
Por lós amados huesos de mi tio,
Y padre tuyo, cuya remembranza
Aflige y turba al débil pecho mio:
Los quales (si á los muertos deuda alcanza)
Te son deudores, pues con brazo fuerte
Les distes, donde yacen, la venganza:
Por esto y mas, si mas puede moverte,
Te ruego que con pecho insuperable
Me rescates de Pirro con su muerte.
O yo he de ser tu esposa, dulce, amable,
Y en todo grado de aficion querida,
O entregaré á la parca inesorable
Los mas floridos años de mi vida.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA NONA.

Por no ser de mi intento disputar aquí quantos hombres ilustres hubo en el mundo de este nombre de Hércules, pues unos tres, otros seis, otros mas afirman que hubo: solo diré del que fue hijo de Júpiter y de Alcmena, muger de Anfitrion, á quien se le atribuyen los hechos que todos los demas Hércules hiciéron. De este fue Deyanira muger; porque como Hércules hubiese repudiado á su muger Megara, hija de Creonte, Rey de Tebas, demandó por muger á Jole, hija de Eurito, la qual como le fuese denegada del padre, vino á Etolia, donde casó con Deyanira, hija de Oeneo y de Altea, habiendo primero vencido al rio Aqueloo, que se mudaba en diversas formas. Despues teniendo en la memoria el desprecio que de él hizo Eurito en no darle á su hija, fué contra él, destruyóle la Ciudad de Ecalia, y dándole muerte le quitó á Jole, de cuyo amor fue tan cautivo, que vino á hacer por ella tantas baxezas é infamias como por Onfale su dama. Ofreciéndosele pues haber

de sacrificar en el monte Ceneo, en hacimiento de gracias por la victoria conseguida, envió á Licas á la Ciudad de Traquina á su muger Deyanira, para que le traxese las vestiduras de que usaba en sus sacrificios: ella se las envió, pero teñidas en sangre venenosa del Centauro Neso, que habia sido herido de Hércules; el qual persuadió á Deyanira (por vengarse de su marido) que si queria que su Hércules no amase otra muger sino á ella en el mundo, que untase la camisa que le habia de enviar en su sangre, y que una vez que se la vistiese nunca mas la dexaria por otra. Creyólo Deyanira como ignorante, pues consejo de enemigo ha de ser muy exâminado antes que se crea: mas como ella tuviese mal concepto de Hércules por los muchos adulterios que cada dia contra ella cometia, inficionó la camisa, y diósela á Licas que se la llevase, del qual fue hecha sabidora del suceso de Ecalia y amores de Jole. Ido que fue Licas, quedando Deyanira entre zelos y amor, dos poderosos enemigos del alma, al cabo de algunos dias se determinó escribirle esta carta, reprehendiendo á Hércules de sus amores infames, y quejandose de sus agravios. Mas antes que acabase de escribir, le llegá-

ron nuevas de la rabiosa muerte de su marido. Porque volviendo Licas, y vistiéndose Hércules la infestada camisa, se comenzó á abrasar de suerte que encendido en fuego, en rabia y furor arrojó á Licas en el mar; y fabricando una hoguera por órden del Oráculo con ayuda de Filotectes, fue consumido de todo punto, y arrebatado (como fingen los Poetas) al cielo, fue puesto en el número de los Dioses. Sabida pues la desgracia por Deyanira, quéjase al fin de esta elegante y artificiosa epístola de su muerte, y promete de se la dar en recompensa de haber sido instrumento del rabioso fin de su esposo.

DEYANIRA

A HERCULES.

EPISTOLA NONA.

Yo me glorío que á las altas pruebas
Nuestras se llegue Ecalia, y que en tu vida,
O Alcides, se te den vitorias nuevas.
  Mas dame gran dolor que esté rendida
Del vencedor la fuerza á liviandades,
Y al gusto y falso amor de la vencida.
  A estas Pelasgiadas Ciudades
Llegó tu infame fama, y de uno en uno
Publicó tus delitos y maldades.
  Aquel, á quien vencer no pudo Juno,
Y en sus trabajos se mostró qual roca,
Sin que pudiese quebrantarle alguno:
  Vencer se dexa de una dulce boca,
Púsole Jole el yugo torpe y feo
Con las coyundas hechas de su toca.
  Aquesto solo pretendió Euristeo,
Esto quiere de Júpiter la hermana,
Ya ven los dos cumplido su deseo.
  Tu madrastra bien puede estar ufana

ROYAL ASIATIC SOCIETY BOMBAY BRANCH LIBRARY

Con la mancha y gravísimo defeto
De tu vida pestífera y profana:
Alcides mal acudes al conceto,
Que de tí aquella noche ha prometido,
Quando tu concecion vino en efeto.
La qual (si esto puede ser creido)
Fue muy pequeña, porque tal qual eres
De esfuerzo, y fuerzas fueses concebido:
Venus te dañó mas con sus placeres,
Que Juno con la pena en que te puso,
Lanzas rompiste, y tiemblas de alfileres.
Juno, si á grandes riesgos te dispuso,
Sublimóte; mas Venus te ha humillado,
No con maza feroz, mas con el huso.
Mira la tierra, mira el mar salado,
Como por esos brazos vengadores
Gozan de paz, y de tranquilo estado.
La tierra y mar de hoy mas te son deudores,
Pues las dos casas de Titan colmaste
De tus merecimientos y loores:
Primeramente el cielo sustentaste,
Que te ha de sustentar y á sus estrellas
Qual otro Atlante sobre tí cargaste.
Si á estas tus obras inclitas y bellas
Juntas las manchas de esa tu nequicia,
¿Qué honor entiendes te resulta de ellas?

Solo resultará cierta noticia,
De tus proezas sin sustancia alguna,
Sino ès en confusion de tu malicia.
Afirman de tu próspera fortuna,
Que mataste dos sierpes quando infante,
Mostrando ser de Jove allí en la cuna.
Fue mejor tu principio y mas triunfante,
Que el fin; y tu postrera fortaleza,
De tu primer valor desemejante.
Difieres tú de tí por tu vileza,
Obrando niño soberanas cosas,
Y rindiéndote hombre á tu torpeza.
Aquel á quien mil fieras prodigiosas
No venciéron, ni Juno ni Euristeo,
Venció el amor con fuerzas poderosas.
Bien casada me llaman, segun creo,
Por ser conmigo Hércules casado,
Y ser mi suegro Júpiter Dicteo.
Pero como no son para un arado
Dos bueyes, ó dos toros desiguales,
Por no poder tirar en igual grado:
Así en los yugos matrimoniales,
Humilde esposa con ilustre esposo
No se ha de unir, que es causa de mil males.
Porque el honor que al dueño le es dañoso,
No es honor, sino carga y detrimento,

No es yugo, sino cepo riguroso.
Si tú quieres juntarte en casamiento,
No lo busques de Dioses decendiente;
Con tu igual casa, y sobrará el contento.
Mi marido de mí siempre está ausente,
Mas conocido me es un peregrino
Que él, por andar vagando eternamente.
Su gloria, su deleyte es el camino;
Horrendos mostruos, bestias temerarias
Anda matando, y busca de contino.
Viuda y triste en votos y plegarias
Me ocupo, y siempre en sobresalto quedo
No le maten las fieras sus contrarias.
Revuelvo y pienso con espanto y miedo
Sus sierpes, sus leones, y me admiro
Viendo del bravo jabalí el denuedo.
Estando así, pareceme que miro
Perros que en esas rígidas montañas
Se ceban en tus huesos, y suspiro.
Los nervios, las medulas, las entrañas
De muertas reses me han causado espanto,
Y otras visiones que he soñado extrañas.
Tambien me ha dado pena todo quanto
Escudriño en la noche mas secreta,
Quando cubre á la tierra el negro manto.
Mil redes echo, muéstrome inquieta,

Buscando nuevas de tu incierta fama,
Que quien bien ama á todo se sujeta.
Mas cae el temor rendido con la trama
Del dudoso esperar de tu venida,
Y á la esperanza el miedo la derrama:
Tu madre ausente está, y arrepentida
De haber dado favor á un Dios altivo,
Cuyo brazo y potencia es tan temida.
Anfitrion tu padre putativo,
Ni el rapaz Hilo estan en mi presencia,
Por lo qual mi tormento es mas esquivo.
Euristeo, Juez de residencia;
Aquí está solo á executar la ira
De Juno: ¡ó que prolixa es su sentencia!
De todas estas cosas no se admira
Mi sufrimiento; penas y dolores
Facilmente los sufre Deyanira.
Mas añadir á tu vejez amores
Peregrinos y bárbaros, aquesto
Siembra en mi pecho rabias y furores.
Y lo que mas me aflige es, deshonesto,
Que qualquiera muger puede ser madre
De tí, que á todos te sujetas presto.
¿Qué exemplo te trairé que mejor quadre
Para mostrar tu liviandad notoria?
En lo qual te pareces á tu padre.

No te referiré de Auge la historia,
Que violaste en Arcadia, ni del parto
De la Ninfa de Ormeno haré memoria:
Tambien del crimen público me aparto
De las cincuenta hermanas, pues ninguna
Se te escapó, y aun no quedaste harto.
De tanta historia solo diré de una,
De una adúltera nueva decir quiero,
Pues soy madrastra á aquel que está en su cuna.
Meandro el Rey tan rápido y severo,
Que corre por los Lídicos lugares,
Y retuerce sus ondas bravo y fiero:
Este vido los dixes y collares
En el cuello Herculeo, que tenia
Un cielo, y sustentara otros dos pares.
¿No tuviste vergüenza en aquel dia,
Quando pusiste á tus nervosos brazos
Manillas, perlas, oro y pedrería?
Digo los brazos, que con sus abrazos
Diéron al Leon Nemeo presta muerte,
Vistiéndote su piel hecha retazos.
¿Tuviste atrevimiento de ponerte
Diadema en tus cabellos herizados,
Copete, cofia, ó cosas de esta suerte?
Fuera mejor, si fueran coronados
De álamo blanco, ó que estuviera tinto

De sangre de enemigos conquistados.
¿No te afrentaste de ceñirte el cinto
Meonio con que Hércules no estaba
De una ramera pública distinto?
¿En aquel paso no se te acordaba
De la imágen de quel Diomedes crudo,
Que sus bestias con hombres sustentaba?
Sí Busiris te viera así desnudo
De tu piel, y con saya afeminado
Ese cuerpo, mas torpe que membrudo:
Con gran razon mostrárase afrentado
De ver que era despojos y trofeo
De un hombre en hembra humilde disfrazado.
Quite y arranque de su cuello Anteo
Tus femeniles brazos, por ventura;
Si lo vences, lo habrá por caso feo.
Dícese por acá que es tu mesura
Tanta, que entre las Jónicas mozuelas
Guardas la canastilla de costura,
Y que á tu dama temes, y rezelas
Sus amenazas, de que das señales,
Pues tanto en su servicio te desvelas.
¿No te corres Alcides, que inmortales
Manos de triunfos y vitorias llenas
Anden entre caxuelas y dedales?
¿Y qué esos tus pulgares como entenas

Tuerzan el hilo, y que lo den por peso,
Despues que lo devanas y lo ordenas?
¡Ay quantas veces con tu poco seso,
Mientras tuerces el hilo de tu rueca
Con esos dedos duros mas que el hueso!
Segun tu carne está curtida y seca,
Los husos fácilmente habrás quebrado,
Aunque mas quiebra al alma aquel que peca.
Tambien se cree de tí que arrodillado
Delante estabas de tu nueva dama,
De su látigo y vara amedrentado.
Y así tus hechos de mas gloria y fama,
Tus triunfos y portentos de mas pompa
Cantabas, ó infelice, á quien te infama.
Contabas ó cantabas con tu trompa
Los hechos dinos de un silencio eterno,
Porque tu torpe obrar no los corrompa.
Dixiste como siendo niño tierno,
En la cuna dos sierpes acabaste,
Venidas á matarte del infierno.
Y que tus manos tiernas enroscaste
En sus colas, tirando despues tanto,
Que en trozos y pedazos las cortaste.
Tambien como está muerto en Erimanto
El jabalí Tegeo, el qual oprime
El suelo con su peso que es espanto,

Dirás lo que es mas dino que se estime
Aquellas enclavadas calaveras
Por el Tracio infernal, cuya alma gime.
No olvidaste las gruesas y ligeras
Yeguas de humana carne miserable,
Pensadas por las manos carniceras.
Ni el prodigioso mostruo insuperable
De tres cuerpos muy rico de ganado,
En la Provincia Ibérica admirable:
Digo aquel Gerion tan celebrado,
Que siendo tres en un supuesto bronco,
Era por uno solo reputado.
Ni los tres perros que de un mismo tronco
Dicho Cerbero nacen diferentes,
Y cada qual da aullido horrendo y ronco.
Este ahuyenta á todos los vivientes
Del Reyno Estigio y tierra denegrida,
Y por pelos se viste de serpientes.
Ni la sierpe de Lerna enriquecida
Con sus daños, y mas gallarda y fuerte
Quando se vió por Hércules herida:
No era justo olvidar aquella suerte
Del que se vió colgado alto de tierra
Entre tus brazos, do halló su muerte:
Ni aquella ilustre y soberana guerra,
Quando á la esquadra vil, mal confiada

En la presteza que en sus pies se encierra.
Fue por tu mano muerta y desterrada
De los Tesalos montes, do han perdido
Su biforme estatura inusitada.
Mas una duda agora me ha ocurrido:
¿Puedes ir estas cosas recontando
De la Sidonia saya guarnecido?
¿Por ventura tu lengua reparando
En esas vestiduras afrentosas,
Hase quedado tartamudeando?
Ya habrá tus armas inclitas famosas
Vestido esa tu Ninfa por trofeo
Del que prendió con redes amorosas.
Ve agora, cobra orgullo y devaneo,
Historias cuenta, aquellos hechos vende,
Que no son dinamente de tu empleo.
No fuiste tu el varon de quien se entiende
Haberlos hecho, que quien sayas viste
No es hombre; ella lo es, pues que te ofende.
Tanto menor que Onfale te hiciste,
Quanto fue mas vencer á tí que aquellos,
Que con tu esfuerzo y cólera venciste.
En los triunfos maníficos y bellos
Tuyos procede y por derecho alcanza,
De hoy mas desiste de alabarte de ellos.
Esta que tu opinion pone en balanza,

Pues que le pagas parias y tributo,
Hereda tus vitorias y alabanza.
¡O afrenta, ó deshonor infando y bruto,
Que el áspero vellon que fue quitado
De las costillas del leon hirsuto!
El hombro femenino y delicado
Haya cubierto: mas espera, advierte
Que en esto estás ¡ó mísero! engañado.
No son estos despojos, no, del fuerte
Leon, que tuyos son, tú lo venciste,
Y á tí tu amiga, y te dará la muerte.
La hembra que se pone mustia y triste
Del peso de una rueca leve y tierna,
Quando del copo cándido la viste:
Ya con esfuerzo varonil gobierna
Las armas del veneno inficionadas
De la Hidra, que muerta ha sido en Lerna.
Y aquellas manos blandas afeytadas,
Con la clava de bestias domadora,
Diestras las tiene, y bien exercitadas.
Y como es esta dama triscadora,
Corre al espejo y mírase, y mas mira
Las armas del esposo que la adora.
Este caso que tanto al mundo admira,
Lo oi contar, no fue de mí creido,
Que lo que es fama suele ser mentira.

Mas el presto dolor dexó al oido,
Y á los ojos ocurre de manera,
Que á un sentido comprueba otro sentido.
Ante mis ojos viene una ramera
Peregrina, y mi pena es tan urgente,
Que no puedo callarla aunque yo quiera.
No quieres consentir de mí se ausente,
Antes siendo cautiva; tus despojos
Viene por la Ciudad públicamente.
Porque al pasar la miren estos ojos,
Y con su vista pérfida y lasciva
Se aumente tu inominia y mis enojos.
Esta nó viene en trage de cautiva
Con inculto cabello, confesando
Con el semblante su fortuna esquiva.
Entra gallarda y brava rutilando
Con oro y perlas como te vestias
En Phrigia, los hilados devanando.
Muestra al pueblo su rostro y bizarrías,
Como si, Ecalia Hércules vencido,
Gozara de su padre y de sus dias.
Tiempo será que siendo aborrecido
Mi nombre (qual si fuera de alevosa)
Que mas merezco por no haberlo sido:
Esa tu dama y concubina hermosa,
Perdiendo el nombre de ramera afable,

Venga á tener el título de esposa.
Ayuntará Himeneo abominable
Los torpes cuerpos de la Euritia Jole,
Y del insano Alcides variable.
Con solo imaginar que se enarbole
Tal persuasion en tí, huye mi alma
Donde á mi rostro blanco no arrebole.
Y un cierto yelo gana triunfo y palma
De todo el cuerpo, y tanto me ha ocupado,
Que ya la mano se me queda en calma.
A mí, como otras muchas, has amado,
Pero mi amor una excelencia encierra,
Que fue amor santo y limpio de pecado.
No te pese de amarme, que en la tierra
Es justo que por mí siempre respondas,
Pues dos veces por mí trabaste guerra.
Lloroso Aqueloo sumergió en sus ondas
Sus cuernos, y las sienes destroncadas
Hundió en las aguas rápidas y hondas.
Neso de formas no proporcionadas
Murió con el Lernífero veneno,
A las aguas dexando inficionadas.
Mas ¿para que me quejo y te condeno
Refiriendo estas cosas, si á este punto
Llegó un mensage de congoja lleno?
Dice que mi marido es ya difunto

Por ocasion de una camisa mia,
Yo el instrumento fui segun barrunto.
¿Qué hice? ¡ay triste! ¿qué furor movia
Mi pecho? ¿de qué dudas impidiendo
Tu muerte, ó Deyanira, en este dia?
¿Está en Oeta tu marido ardiendo,
Y habiendo tú la culpa perpetrado,
Quieres quedar en tu maldad riendo?
¿Qué hónroso hecho puede ser obrado
De mí, por donde todo el mundo entienda
Que Alcides fue mi esposo, y que fue amado?
Quiero me dar yo misma por ofrenda
A la Parca; y será mi cruda muerte
Del amor que le tuve cierta prenda.
Tambien tuvo Meleagro de esta suerte
Por mi valor, esfuerzo y alma pía;
Verás que soy tu hermana, amante y fuerte.
Quiérote parecer en la osadia
Que tienes, ¿de qué dudas impidiendo
Tu muerte, ó Deyanira, en este dia?
¡Ay triste estirpe, como vas sufriendo
Mil infortunios, aunque nos parece
Que estás en alto solio presidiendo!
De la mortal decrepitúd padece
El viejo padre aquel rigor insano,
Y del hijo amantísimo carece.

De una region en otra anda mi hermano
Tideo peregrino, y sin sosiego
Opuesto á riesgos, y al morir cercano.
El otro vivo pereció en el fuego
Fatal, y del dolor su madre y mia
Dió al hierro el pecho furibundo y ciego.
Y si ella se mató, ¿qué cobardía
Te ocupa? ¿de qué dudas impidiendo
Tu muerte, ó Deyanira, en este dia?
Sola una cosa demandar pretendo,
Alcides caro, por las leyes santas
Del matrimonio santo y reverendo:
Que tú en el cielo, y en el suelo quantas
Gentes habitan, tengan entendido
Que yo en tu muerte no moví mis plantas.
Neso el cruel hallándose herido
De tu dardo, despues de la batalla,
Oye, me dixo, á aquel que te ha querido.
Mi sangre ha tal virtud, que con tocalla
Provoca á amar y mueve á cortesía;
Creílo ¡ay triste! y quise en tí proballa.
Teñí en tu sangre alguna ropa mia,
Que te envié: ¿qué dudas impidiendo
Tu muerte, ó Deyanira, en este dia?
A Dios, anciano padre, que partiendo
Es justo despedirme; en paz te queda,

Hermana Gorge; que me estoy muriendo.
  Patria querida, hermano, á quien se veda
Vivir en ella, por andar ausente,
Hollado de fortuna y de su rueda;
  Quedaos todos á Dios, y tu presente
Dia, remate y fin de mis postreras
Horas, dadas del cielo onipotente.
  Quédate esposo, y oxalá pudieras
Quedarte, y no te hubiera el fatal hilo
Atropos entregado á sus tixeras:
  Hilo querido, á Dios, á Dios mi Hilo

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA DECIMA.

Por tener algunas de estas epístolas sus fundamentos en una misma historia, será necesario repetilla quantas veces la forzosa ocasion lo demandare. Ya en el argumento de la quarta epístola queda dicho como Teseo, hijo de Egeo, Rey de los Atenienses, vino á la Isla de Creta para ser entregado al Minotauro, y como por industria y amor de Ariadna, hija del Rey Minoos, mató Teseo al Minotauro, y salió del intrincado laberinto, obra del famoso artífice Dédalo. Libre pues Teseo, huyó de Creta con su esposa Ariadna, la qual llevó consigo á su hermana Fedra, doncella de gran hermosura; de la qual como en el navio se enamorase Teseo, fraguó en su pecho una traicion bien indigna de lo mucho que á su muger Ariadna debia: y queriendo ponerla en efecto, surgió en la despoblada Isla de Naxos, y fingiendo quererse solazar en tierra, desembarcó á la inocente Ariadna; y aquella noche, quando la vió sepultada en el primer sueño, dexándola en la cama, se embarcó, y dió

las velas en compañía de Fedra su cuñada, con quien se casó. Despertando Ariadna por la mañana, hallándose sola, y no viendo al navio, conoció luego la traicion de Teseo; y despues de prolixo y miserable llanto, finge Ovidio que le escribió esta carta, increpándole de su mucha crueldad, y de la ingratitud que con ella ha usado, la qual es una de las mas pesadas injurias que á un ánimo noble y generoso puede suceder. No falta quien disculpa á Teseo, diciendo que el Dios Baco le mandó que dexase á Ariadna en Naxos. Pero yo lo creyera (si fábulas deben ser creidas) si él no se casara con su cuñada Fedra.

ARIADNA

A TESEO.

EPISTOLA DECIMA.

Mas piadosa he hallado toda suerte
De fieras de esta Isla inhabitada,
Que á tí, ó Teseo, causa de mi muerte.
Nunca fui yo peor acompañada
Que de tí, pues á bestias me entregaste,
Y de ellas soy y he sido alimentada.
Desde la playa donde me dexaste
Te escribo, y desde donde, sin yo vella,
Tu nave al viento y ondas entregaste.
Era el tiempo en que Aurora clara y bella
La vitrea escarcha esparce por las flores,
Y anuncia al sol la matutina estrella.
Quando los acordados ruiseñores
Sus cuerpos con las hojas encubriendo,
Presumen dulcemente de cantores:
Entonces no sé ¡ay triste! si durmiendo,
O si medio despierta por tocarte,
Moví la mano, y retirela huyendo.
A mí la retiré por no hallarte,

Y vuélvola á extender por todo el lecho,
Por tocar de tu cuerpo alguna parte.
Fue mi cuidado, y buscá sin provecho,
Que no habia nadie, y concibiendo espanto
Fue con el sueño mi placer deshecho.
Luego los miembros tímidos levanto
En la cama viuda, el pecho suena
De mis manos opreso y de mi llanto.
Miré (porque la luna estaba llena)
A ver si viera mas que arena y playa,
Y solo pude ver playa y arena.
De acá para acullá corrí, y sin saya
Y sin órden, y aquí y allí caia,
Haciéndome la arena estar á raya.
Entre tanto llamándote, decia
Teseo; y aquel yermo donde estaba
El nombre de Teseo repetia.
Y tantas quantas veces te llamaba,
Otras tantas la playa, la ribera
Te llamaba, y con ecos te nombraba.
Que aunque arenoso y yermo lugar era,
Parece le movia algun destino
A me ayudar en mi congoja fiera.
Un monte ví que estaba al mar vecino,
Tajado y hecho ya desrumbadero;
Por batirlo las ondas de contino.

Y por ser hecho de un peñasco entero,
Tenia raros árboles encima,
Adonde suben por despeñadero.
Subí por él con harto miedo y grima,
Que el ánimo da fuerza al de ella falto;
Y el amador ningun trabajo estima.
Llegué á la cumbre, y, puesta allá en lo alto,
Con presta vista el viento al mar rodeo,
Que aun hasta el viento entonces me dió asalto.
Ví cumplida mi muerte y tu deseo,
Ví tu vela mayor al Noto dada,
Llevar la nave por el gran Nereo.
Vílo, ó mi vista ha sido imaginada,
Pues sin que bien lo viese quedé muerta,
Y mas que yelo, y mas que nieve helada.
Y aun el estar así traspuesta y yerta,
No me dexó el dolor, que como loca
Me despertó mas muerta que despierta.
Despertóme el dolor, y abrió mi boca,
Y á mi Teseo en altas voces llamó;
Creyendo que me vieses en la roca.
¿Adónde huyes, otra vez exclamo,
Teseo malvado? ¿á do tu nao se alarga?
Vuelvela al puerto, y oye mi reclamo.
Vuelvela al puerto, y á esta dueña amarga
Embarca en ella, mira que no iria

Sin mí tu nave con su propia carga.
  Esto una vez y muchas repetia;
Y si á la débil voz faltaba aliento,
Con llanto irreparable lo suplia:
  Y todo este prolixo parlamento
Fue mezclado con golpes desiguales
Por aumentar la pena con tormento.
  Las manos altas, hice mil señales,
Porque la voz no oyendo de mi boca,
Vieses mis señas para tí mortales.
  Tambien puse bandola con mi toca,
Que atándola ¡ay dolor! en una vara,
La enarbolé en la cumbre de la roca.
  Para que siendo vista amonestara
A tí, y á quien te ayuda en lo que hiciste,
Como quedaba aquí tu prenda cara.
  Ya que á mi vista arrebatado fuiste,
Las riendas dí á llorar y á mis enojos,
Acrecentando el mar por dó huiste.
  De antes tuvo el dolor mis tiernos ojos
Entorpecidos miéntras te miráron,
Mas ya de llanto dan ricos despojos.
  Quando á tus velas de mirar dexáron,
¿Qué cosa puede ser de ellos obrada
Mejor que me llorar, pues me matáron?
  Tal vel vez corrí furiosa desgreñada,

Como muger bacante, del aliento
Del Dios Ogigio, y su furor tocada.
Tal vez mirando al mar sereno y lento
En un peñasco me senté, quedando
Tan piedra, como piedra era mi asiento.
Muchas veces me acerco, visitando
El duro lecho, que en la noche fria
Nos recibió á los dos mullido y blando.
El qual despues ¡ay mísera! no habia
De volver á los dos que ha recibido
Al alba bella, y á la luz del dia.
Yo, como mejor puedo, huello y mido
En tu lugar las huellas que estampaste
Midiendo pasos, de un descomedido.
Las sabanas, cruel, que calentaste
Con tus miembros las besa, y las revuelve
Esta afligida que á morir dexaste.
Y tanto aquí con lágrimas se envuelve,
Que á voces dice al lecho en que dormimos
Pues te oprimimos dos, á dos nos vuelve.
¿Dos á tomar descanso en tí venimos,
Porque de tí los dos en esta orilla
En dulce compañía no partimos?
Traidor, no cama ya sino camilla,
¿Como la mejor parte, estando quedo,
Me robas? bien será restituilla.

¿Qué haré? ¿dónde sola partir puedo?
No hay vestigios de gente y de ganado,
Todo es horror, asombro, espanto y miedo.
La Isla es despoblada, el mar hinchado
La ciñe, no hay piloto ni navio
Que siga rumbo tan inusitado.
Mas finge y piensa, que por gusto mio
Se me concede dulce compañía,
Vientos y nave, todo á mi alvedrio.
¿Dónde porné la proa? ¿por qué via
Navegaré? pues la paterna tierra
Sus puertos, yendo allá, me negaria.
Y aunque las ondas no me diesen guerra
Ni el viento, seré siempre desterrada;
Tanta miseria, y mal en mí se encierra.
No te merezco ver, ó Creta amada,
En cien grandes Ciudades dividida,
Y por Jove y su infancia celebrada.
Que á mi padre y á tí, que eres regida
Del justo padre mio, daño he hecho
Con mi traicion infanda y torpe vida.
Ya los nombres de todo humano pecho
Reverenciados, yo les fui traidora,
De adonde me resulta este provecho.
Y esto fue quando (en fin como amadora)
Te dí el ovillo de la cuerda recia,

Que tus pasos rigiese qual tutora.
  Porque en la casa revoltosa y necia
Vencido no murieses, y seguro
Gozases de quien huyes y te precia.
  Y quando me decias, yo te juro
Por los peligros fuertes y excesivos,
Que me amenazan para lo futuro:
  Que en tanto que los dos fueremos vivos,
Has de ser mia, y quemaré en tu llama
Mis pensamientos célebres y altivos.
  Yo vivo, y no soy tuya, si una dama
Vive, ó Teseo, que en la sepultura
Está por la traicion del que mas ama.
  ¡Oxalá fuera tanta mi ventura,
Que con aquella clava, con que heriste
A mi hermano, me dieras muerte dura!
  Que así la fe y palabra que me diste,
Conmigo fuera muerta y sepultada,
Y no que en vida viva y muera triste.
  No solamente me es representada
La angustia que me espera, mas contemplo
Quanto puede venir á una olvidada.
  Ocúrreme un exemplo y otro exemplo,
Todos de muerte, y fuera menos pena
La muerte, que esperar verme en su templo.
  Ya me parece que á esta parte suena,

Ya á esotro lado el lobo codicioso,
Que con sus dientes deshacerme ordena.
  Y quizas este suelo riguroso
Leones fieros, tigures sanguinas;
Produce como inculto y espantoso.
  Tambien espele el mar bestias marinas,
(Segun se dice) horríficas, extrañas,
Bravas, insaturables y caninas.
  Y quando aquí faltasen alimañas,
¿Quién veda que la espada fiera, esquiva
De algun extraño rompa mis entrañas?
  No me será el morir pena excesiva,
Con tal que maniatada no me vea
Con ásperas cadenas y cautiva.
  Y que á mi ama detestable y fea,
Porque toda desgracia y mal me quadre,
Como sierva le hile mi tarea.
  Yo á quien el grande Minoos es mi padre,
Y á quien la excelsa hija, y poderosa
Del Sol es mi querida y dulce madre;
  Y lo que mas estimo, y como cosa
De mas momento siempre estoy pensando;
Es que te fui un tiempo amada esposa.
  Si he estado el mar, la tierra contemplando,
La tierra y mar me han dado desconsuelo,
Porque me estan contino amenazando.

Restábame esperar solo en el cielo,
Mas temo la influencia executada
De las estrellas contra mí en el suelo.
De todos aquí estoy desamparada,
Que á las focas y lobos tragadores
He sido por manjar y pasto dada.
Y aunque haya en esta Isla habitadores,
No me osaré fiar de forasteros,
Porque todos sois falsos y traidores.
Por mi mal he aprendido ya á temeros,
Por experiencia sé (¡no lo supiera!)
Que es desdichado amor el de extrangeros.
Quisiera Dios Androgeo vivo fuera,
Que tu, Cecropia tierra, no pagaras
Con tantas vidas una muerte fiera.
Ni tu, ó Teseo, Jano de dos caras,
Con el nudoso tronco desenvuelto,
Al Minotauro horrífico mataras.
Ni yo te diera el hilo, el qual revuelto
En tus manos te diese triunfo y gloria,
Sacándote del cerco libre y suelto.
Y no me admira cierto tu vitoria,
Ni el ver con tu baston muerto y deshecho
Al cretense animal, dino de historia:
Porque sus cuernos no eran de provecho
Para romperte el corazon triunfante,

Seguro estabas sin cubrirte el pecho.
  De un pedernal traxiste, de un diamante
Forjado el pecho: ¿cómo la flaqueza
De un mostruo contra tí fuera bastante?
  Excede de tu alma la dureza
Al pedernal, y al mas activo y fuerte
Diamante, por su mucha fortaleza.
  Sueño cruel por mi infelice suerte,
¿Para que me volviste perezosa?
Eres en fin imágen de la muerte.
  Y si eres tú su imágen, fácil cosa
Fuera con noche eterna castigarme,
Por acabar con vida tàn penosa.
  Vientos crueles, para atormentarme
Bien pronto estuvo vuestro soplo insano;
Ligeros estuvistes en matarme:
  Diestra cruel, sangrienta y cruda mano,
Que le quitaste con rigor la vida
Al prodigioso cuerpo de mi hermano:
  Fe á quien te demandó mal concedida,
Pues solo el falso nombre y fraudulento
Tuviste, y tienes como fe fingida:
  Conjuráronse el sueño, la fe, el viento
Contra mí, y todos tres me dan alcance,
Mostrando en una niña su ardimiento.
  Yo pues que estoy muriendo en este trance,

No veré de mi madre el tierno llanto
Hecho por lo que pierde en este lance.
Ni terné quien con zelo justo y santo
Cierre mis ojos con sus dedos pios,
Porque no cause, estando muerta, espanto.
Por extrañas regiones y ayres frios
Mi espíritu errará con curso incierto,
Y por lugares lóbregos sombríos.
Amiga mano á mi cadáver yerto
No le porná del bálsamo de Arabia,
Ultimo beneficio á un cuerpo muerto.
Antes con hambre, con estruendo y rabia
Marinas aves cubrirán los huesos
De esta que es muy amante y poco sabia.
Estas son las exêquias, los sucesos
De mi fúnebre pompa, y este estado
Es dino de mis crímines y excesos.
Agora irás al puerto deseado
De Atenas, donde siendo recibido,
Y estando entre la turba entronizado:
Será por tí con fausto referido,
Como le diste muerte al hombre y toro,
Quedando el laberinto confundido.
Con magestad y amplífico decoro,
Cuenta despues que fui de tí dexada
Sola en la isla, donde gimo y lloro.

Que no he de ser, ni es justo ser borrada
De tus empresas; pues que soy trofeo
El mas famoso que hay en tu jornada.
Desleal, no es tu padre el viejo Egeo,
Ni menos te ha parido con dolores
Etra, la amada hija de Piteo.
Los peñascos y el mar son tus autores;
Y así aquesas entrañas son tan fieras,
Como siempre lo son tus formadores.
¡ O quisieran los Dioses que me vieras
Desde tu nave, para mí invisible!
Que en ver mi triste rostro te movieras.
Mas ya que con la vista es imposible.
Pues ojos tiene la memoria prestos,
Mírame lo mejor que te es posible.
Pegada me verás á un risco de estos,
A quien le baña el mar de rato en rato;
Con sus retozos para mi molestos.
Mira sueltos al ayre, y sin ornato,
Como de quien lamenta, mis cabellos,
Que en mil almas tocáron á rebato.
Mis vestidos verás, si quieres vellos,
Tan llenos de agua con mi eterno llanto,
Qual si hubiera llovido un siglo en ellos.
Horrendo está mi cuerpo, y esto es tanto,
Como parva de trigo arrebatada

Del Aquilon, y no exâgero quanto.
La letra de esta carta va borrada,
Que la pluma de brazo macilento,
Y de temblante mano es gobernada.
No te ruego por mi merécimiento,
Pues del mayor que tengo y se me ofrece,
No me resulta sino descontento.
Pero si el hecho mío no merece
Premio, tan poco es dino de castigo,
Porque el obrar virtud no desmerece.
Si no he sido ocasion miéntras te sigo
De tu vida, ninguna yo te he dado
Para matarme aquí como enemigo.
Mas adelante de este mar hinchado,
Tiendo mis manos débiles y floxas,
Por lo mucho que al cuerpo han golpeado.
Estas reliquias de mis ebras roxas,
Que doy al viento, y á la tierra entrego,
Te muestro, y temo si en las ver te enojas.
Y si puedo rogar, tambien te ruego
Por el copioso llanto, intenso y grave,
Que tú sacar pudiste de mi fuego:
Que á mí te vuelvas, vuelve atrás tu nave
Con el mudado viento; ven, procura
Ser en tu vuelta mas veloz que un ave.
Y si llegando aquí la muerte dura,

Cerrado hubiere todos mis procesos,
Para les dar honrada sepultura:
  Contigo llevarás mis tristes huesos.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA UNDECIMA.

Eolo, Rey de los Vientos, tuvo entre otros hijos á Macareo, y una hija dicha Canace, los quales se enamoráron tan firmemente, que convertido el amor de hermanos en torpe y deshonesto se gozáron, siendo medianera y encubridora una ama de Canace, la qual se hizo preñada, y parió un niño. Queriendo pues ocultar el infante, y darle á criar fuera (huyendo primeramente el padre, por temor del suyo, al templo Délfico de Apolo), la vieja por encubrillo del abuelo, le cubrió con yerbas y flores, y así envuelto le sacó por delante de Eolo, que á la puerta del palacio estaba, fingiendo la ama que iba á hacer sacrificio y ofrenda al templo, y que en aquellas flores llevaba la ofrenda. Pasando así delante del Rey, por desgracia comenzó á llorar el infante, y levantándose el sospechoso viejo descubrió el engaño; y sabido el caso envió al niño á un bosque, donde fue comido de las fieras, y á Canace envió un puñal para que se matase por la culpa que habia cometido. Ella, ántes de

executar la sentencia paterna, finge Ovidio que le escribe esta carta á su hermano, donde cuenta por extenso su historia, y le ruega recoja los huesos de su hijo y los suyos, enterrándolos en una sepultura

CANACE

A MACAREO.

EPISTOLA UNDECIMA.

Si mì doliente carta y escritura
Errada fuere, y en decir tan falta,
Quanto la que la escribe es de ventura:
Será, porque mi sangre así la esmalta,
Que dexará borrado algun pedazo;
Mas ve leyendo, y lo borrado salta.
Con la mano que alienta el diestro brazo
Rijo la pluma, y tengo en la siniestra
La daga, y esta carta en el regazo.
Esta es la imágen, el traslado y muestra
De Eolida, que escribe al descuidado
Y caro hermano, y su dolor le muestra.
Creo mi padre así será aplacado;
Holgara de tenerle aquí presente
Al rasgar con la daga mi costado.
Mas segun es de rígido inclemente,
Mas que sus Euros mirará mi pena
Con secos ojos y serena frente.
Como con vientos vive y los enfrena,

Como á gente feroz y sorda rige;
Tiene aquella alma de crueldades llena.
  El al Zéfiro y Noto y Euro aflige,
Corrige al Aquilon tempestuoso;
Y á su cólera propia no corrige.
  Su Reyno y cetro es menos poderoso
Que sus vicios, y de esto me rezelo,
Que el permitir mi muerte le es forzoso.
  ¿Qué me aprovecha levantarme al cielo
Contando mi prosapia? ¿ni gloriarme
De aqueste abuelo ni del otro abuelo?
  ¿Qué utilidad me viene de preciarme
Que es mi pariente el que gobierna al orbe,
Si es solo vanagloria el alabarme?
  ¿Esto será ocasion de que me estorbe
El darme con aceros inhumanos
La voraz muerte que las vidas sorbe?
  ¿Quitaráme que tenga en estas manos
Frágiles una espada cortadora,
Que me es impropia y propia de tiranos?
  O Macareo; aquella fatal hora,
Que en una voluntad y nudo fuerte
Ligó tu alma al alma que te adora:
  Pluguiera á Dios, pues tengo de perderte,
Que ella viniera (ya que vino) ¡ay triste!
Mas tarde que la hora de mi muerte.

¿Por qué, ó amado hermano, me quisiste
Con mas amor que á hermano es permitido?
¿Por qué la fe de la hermandad rompiste?
Y yo para contigo ¿por qué he sido
Lo que no debe ser á hermano hermana?
¿Por qué la ley de hermanos he rompido?
Probé aquel fuego y brasa soberana,
Que á muchas damas que le habian probado,
Oia yo contar de buena gana.
Sentí en mi pecho un cetro inusitado,
Un Rey, un Dios altivo, un poderío,
Nunca jamas de mí reverenciado.
Huyó el tirio color del rostro mio,
Los miembros me ocupó cierta flaqueza,
Acompañada de un desmayo frio.
Gustaba del manjar con escaseza,
Y aquel por cumplimiento lo comia,
Por no dar nota alguna de simpleza.
Era mi sueño fácil, no dormia,
Y deseaba así que amaneciese,
Que un año qualquier noche parecia.
Daba suspiros sin saber que fuese;
Y siempre en los rincones me quejaba
Sin que dolor alguno me afligiese.
La causa de esto yo no la alcanzaba,
Porque inorando que era ser amante,

Si era aquel mal de amores inoraba.
Quien primero entendió de mi semblante
Mi enfermedad, y todas estas tramas
Rumió en su pecho anciano, aunque constante:
Fue una ama antigua: díxome, tú amas,
Hija Canace, ya quemó tu trenza
Virgínea amor con sus potentes llamas.
Púsome colorada la vergüenza,
Los ojos humillé casi mortales,
Confusion propia del que á errar comienza.
Eran estas verísimas señales,
Que con callar firmaba su proceso,
Y otorgaba sus dichos y mis males.
Ya del violado vientre el grave peso
Se mostraba, y la carga reprimia
A los enfermos miembros por su exceso.
¿Qué yerbas en la tierra el cielo cria?
¿Qué medicinas hoy se han descubierto,
Que no me traxo y puso el ama mia?
Para que (solo aquesto te he encubierto)
De mis entrañas fuese en un instante
Lo que en ellas estaba aborto y muerto.
Mas, ay cuitada, que el vivaz infante
A yerbas y hechizos resistiendo,
Vivo en el vientre se quedó triunfante.
Ya nueve veces se mostró riendo

La luna, y de sus blancos esplendores
Entraba ya al mes décimo vistiendo.
Quando con nuevas ansias y temores,
Con mi simpleza rústica dudaba
La causa de mis súbitos dolores.
Inorante, bisoña y ruda estaba
En lo que al parto y su peligro toca,
Y en la guerra cruel en que me hallaba.
Dí gritos, y la vieja dice, loca,
¿Por qué pregonas tu maldad al viento?
Y con su mano me cerró la boca.
¿Qué haré desdichada? mi tormento
Me fuerza á hablar, mas el temor, la ama,
Y la vergüenza son impedimento.
Y así por conservar la vida y fama
Reprimo aquellas voces mal nacidas,
Y los gemidos que el dolor derrama.
Y las lágrimas ya casi vertidas
Soy forzada á tragar, que es caso fuerte,
Porque en los ojos queden reprimidas.
Ante mis ojos la espantable muerte
Apareció, y allí me fue negado
De Lucina el socorro por mi suerte.
Hálleme en tal extremo, en tal estado,
Que si muriera aquí miseramente,
Fuera público al mundo mi pecado.

Pero como estuvieses tú presente,
El cabello deshecho y el vestido,
Vuelto por mis angustias impaciente.
Con tu voz despertaste mi sentido,
El cuello con tus brazos me ceñiste,
Y mi pecho del tuyo fue oprimido.
Es fuerza, amada hermana, me dixiste;
Vive pues que mi vida y bien andanza,
Querida hermana, en tu vivir consiste.
No mueras tú y el hijo; la esperanza
De casar con tu hermano te dé aliento,
Que tras tormenta viene la bonanza.
A aquel, por cuyo amor y ayuntamiento
Madre te ves, ternás por cosa cierta,
Que serás entregada en casamiento.
Estaba, creeme hermano, casi muerta,
Y á tus palabras reviví, y la amarga
Sombra mortal desamparó mi puerta.
Naturaleza entonces desembarga
La prenda incestuosa, y luego veo
Puesto á mis pies mi crímen y mi carga.
¿De qué te alegras triste Macareo?
En medio de la sala está sentado
Tu padre, interrumpiendo á tu deseo.
Da traza como salga disfrazado
El fruto de este parto, porque viva

Guarda tu hijo, y cubre mi pecado.
  La sagaz vieja, que en su astucia estriba,
Cubre al niño de yerbas y de olores,
Y de los ramos de la blanca oliva.
  Y con palabras y actos fingidores,
Dice, que va ofrecer un sacrificio,
Y que lleva la ofrenda entre estas flores.
  Y para dar de la verdad indicio,
Canciones y plegarias va diciendo,
Porque el cielo acetase este servicio.
  El pueblo, que ante el viejo está asistiendo,
Le dió lugar al tiempo que pasaba;
Y el Rey se le otorgó no la impidiendo.
  Ya cerca del umbral el pie estampaba,
Quando la tierna voz del niño suena,
Y mi padre la oyó que cerca estaba.
  Arrebata el infante, á la ama llena
De rabia, y ve la ofrenda de mentira,
Y la casa Real gritando atruena.
  Y como el mar, si un viento leve aspira,
Tiembla y demuestra un súbito alboroto,
Que en breve espacio se convierte en ira:
  O como flaca mimbre opuesta al Noto,
Que pretende arrancalla y deshacella
Con ímpetu, con fuerza y terremoto:
  Así á tu hermana, si pudieras vella,

Vieras temblar, y mi nefaria cama
Temblaba, por temblar mi cuerpo en ella.
Entró bramando; y encendido en llama,
Por mi retrete, y díxome de plano
A voces el incesto que me infama:
Y apenas pudo contener su mano,
De arañarme esta faz triste y llorosa,
Segun estaba de furor insano.
Yo miserable, mustia y vergonzosa,
Si no es llorar mi deshonor y mengua,
No pude responder ni dixe cosa.
Viendo que justamente se deslengua
Del temor frio, y del comun respeto,
Presa y turbada enmudeció mi lengua.
Ya habia á sus Ministros con precepto
Mandado, que á los perros y á las aves
Fuese en los bosques entregado el nieto.
Entonces el infante, que suaves
Gritos daba, del dulce pecho asido,
A alzar los comenzó y á dar mas graves.
Creyeras que el misérrimo ha entendido
El mandato cruel, y que pedia
Al abuelo que fuese suspendido.
¡O hermano! ¿qué imaginas sentiria
En mi ánimo triste, puesto en calma,
Quando me ví quitar tu prenda y mia?

Quando á las selvas la enemiga palma,
Y á los lobos llevaba á mi despecho
Tu carne y los pedazos de mi alma.
Paso tan arduo, tan horrible estrecho,
No puede con palabras ser contado,
Tú puedes meditallo allá en tu pecho.
Siendo de mi aposento ya llevado,
De nuevo entonces lamenté mi suerte,
Rasgando el rostro, donde te has mirado.
Estando en esta angustia y trance fuerte,
De parte de mi padre un nuncio llega
Tan triste, como él nuncio de la muerte.
Alborotado entró; pero sosiega
Diciendo, esta desnuda horrenda espada
Te dá tu padre, y luego me la entrega.
Manda que de la culpa perpetrada,
Y de lo que merece tu torpeza,
Sepas el para que te es enviada.
Yo lo sé, y usaré con fortaleza
Del hierro que delante de mí pones,
Le respondí por no mostrar flaqueza.
Yo moriré si á muerte me dispones,
Y esconderé, segun los acomodas,
Dentro del pecho los paternos dones.
¿Padre estas joyas son las de mis bodas?
¿Tu hija con tal dote será rica?

¿Por qué tan tierna y sin razon me podas?
  Engañado Himeneo, pues implica
Contradicion morir y ser casada,
Y mi padre el morir me ratifica:
  Aparta lejos de esta sentenciada
Las hachas maritales de contento,
Quita esa lumbre allá que me es vedada.
  Con pie veloz y presto movimiento
De estos nefandos techos y brutales
Huyendo sal, y déxame en tormento.
  Vosotras negras furias infernales,
Los fuegos que llevais adonde quiera,
Traeldos en aumento de mis males.
  Quémese y resplandezca en mi hoguera
Con este ardor intenso y vehemente:
Sígase á vida torpe muerte fiera.
  Casaos, hermanas, mas felicemente
Que yo, y este mi crimen cometido
Teneldo (y no errareis) siempre en la mente.
  Un infante, un rapaz recien nacido
¿En qué pecó? ¿con qué ofendió á su abuelo,
Si de mi vientre apenas ha salido?..
  Mas pues que pudo, y mereció en el suelo
Morir tan presto, pienso que fue dino
De aquel castigo que le ha dado el cielo.
  ¡Ay! que por mi delito y desatino

Fue el castigado, y por mi torpe empresa,
Al infelice tanto mal le vino.
Hijo, no hijo, sino pasto y presa
De las rapantes fieras, y tormento
De esta tu madre mísera y opresa.
¡Ay de mí! que en tu triste nacimiento
Eres despedazado, y hecho ofrenda
En la montaña al lobo mas hambriento.
Hijo, sangrienta y miserable prenda
Del poco venturoso amor primero,
Urgente causa de mi muerte horrenda.
Naciste en sino de tan mal agüero,
Que de tu vida y desgraciada suerte
Fue este el primero dia y el postrero.
No me fue concedido, que en tu muerte
Con lágrimas tu tierno rostro y bello
Bañara, pues apenas pude verte.
Ni en tu sepulcro puede mi cabello
Roto y despedazado por llorarte,
En señal de mis ansias escondello.
Tambien me fue negado el abrazarte,
Ni con mis labios del dolor helados
Pude, siqüiera, un beso helado darte.
Los leones, los lobos denodados
Te estan despedazando, y dividiendo
Tus palpitantes miembros delicados.

Yo tambien con la espada el pecho abriendo,
La sombra de mi niño mal lograda,
Con el amor de madre iré siguiendo.
Por largo tiempo no seré llamada
Madre, que por su crímen torpe insano
Fue de su hijo mísero apartada.
Mas, ó tú dulce y regalado hermano,
De esta tu hermana, que su fin procura,
Tanto tiempo querido y tan en vano:
Ruégote que los miembros sin ventura
Recojas de tu hijo, y con su madre
Los deposita en una sepultura.
Rabie su abuelo, desespere y ladre,
Un sepulcro, aunque angosto, nos sustente,
Dame en esto venganza de tu padre.
Vive; y allá en tu alma esté presente
Mi memoria, y mi fin exhorbitante
Llora como es razon eternamente.
Mi cuerpo, aunque esté horrendo, no te espante,
Pues es de aquella que se mostró ufana,
Con amarte y tenerte por amante.
Ruégote cumplas de tu triste hermana
El último mandato y testamento;
Que yo quiero cumplir de buena gana
De mi iracundo padre el mandamiento.

ARGUMENTO

DE LA EPÍSTOLA DUODECIMA.

Por haber copiosamente explicado la historia del Vellocino de oro en el argumento de la epístola de Isifile, solo diré para declaracion de la presente, que habiendo llegado Jason con sus Argonautas á Colcos, y siendo recibidos del Rey Eta, sucedió que hallándose en una cena Medea, hija del Rey, se enamoró de Jason con tanta fuerza de voluntad, que por su industria y consejo de ella (por ser gran sabia y encantadora) venció él todos los peligros y dificultades que para ganar el Vellocino de oro habia, y lo ganó. Conseguida la victoria, ella huyó con Jason, y llevó consigo á Absirto, hermano suyo pequeño; y viéndose perseguida del padre, le dividió en quartos, y le echó por los caminos á trechos, porque el doloroso padre se detuviese cogiendo los pedazos de su hijo. Libróse así de él; y llegando á Corinto se gozó con Jason diez años, de quien parió muchos hijos, y fue de él amada y temida por su mucho saber y hermosura. Pero comenzando la vejez á desdorarla,

él se enamoró de Creusa, hija del Rey de Corinto, y persuadió á Medea el divorcio, diciéndole que hacia aquel casamiento solo para heredar el Reyno, y aumentar el patrimonio á los hijos de Medea: lo qual no pudiendo alcanzar de ella, la dexó, y celebró sus bodas con Creusa. Sintiendo pues Medea la ignominia y agravio que Jason le hacia, escribióle esta carta, procurando por bellísimos medios atraerle á su amor, representándole lo mucho que por él habia hecho, y la venganza cruel que determinaba tomar en él de sus injurias y afrentas.

MEDEA

A JASON.

EPISTOLA DUODECIMA.

Acuérdome que en Colcos Reyna siendo,
Desocupada y pronta me tuviste
Para cosas que ibas emprendiendo.
  Tambien me acuerdo quando me pediste,
Que diera á tus intentos comenzados,
Ayuda con mi ciencia, y la obtuviste.
  Entonces las hermanas que los hados
Dispensan, á los hilos de mi vida
Debieran detenerlos devanados.
  Muriera muerte á quien yo soy debida,
Y no viviera un corazon mezquino
Vida de pena, y zelos combatida.
  Ay, ¿por qué mas á Colcos nave vino
De Juveniles brazos arrojada,
En busca del precioso Vellocino?
  ¿Por qué mas á vosotros fue otorgada
La suerte de mirar con ojos tristes
Los Argonautas, y á su nave osada?
  ¿Por qué Griegos, decid, os atrevistes

Pisar mis campos, y beber en ellos
Las Fasiacas aquas que bebistes?
¿Por qué mas de lo justo tus cabellos
Me agradáron? ¿y tu hablar fingido,
Y tus ojos tan falsos como bellos?
Mas á lo menos, ya que habia venido
Peregrino navio á mi ribera,
Y temeraria gente habia traido:
¿Por qué no permití que Jason fuera,
No prevenido con mi industria y arte,
Al resollado fuego do muriera?
Y que embestido de una y otra parte,
Sin poderle valer su gran pujanza,
Le matáron los toros del Dios Marte.
Y despues de sembrar con esperanza,
Naciera el esquadron bravo enemigo,
Y el labrador cayera en su labranza:
¿Quánta crueldad, ó mi Jason, que digo,
Jason cruel, si entonces acabaras,
Se pudiera acabar allí contigo.
Muchas muertes, muriendo tú, evitaras,
Y de la miserable de Medea
Muchos males gravísimos quitaras.
Y aunque al ilustre pecho es cosa fea
Traer á la memoria el bien que ha hecho,
No lo es quando al ingrato se le afea.

Y así este corto gusto á tu despecho
Quiero gozar, pues solo regalado
Con tan breve contento lo es mi pecho.
Jason ingrato, siéndote mandado
Á Colcos, tu camino enderezaste,
Digo, el baxel del mundo celebrado.
En los Reynos amplíficos entraste
De la dichosa patria de esta rea,
Que como aleve y pérfido engañaste.
Allí en Colcos, entonces yo Medea
Era lo que es aquí tu nueva esposa,
Ni menos regalada ni mas fea.
Si el Rey su padre es rico; la abundosa
Corte del Rey mi padre, que aquí pinto,
Fue tan amplia, tan rica y poderosa.
Su padre tiene al Efire Corinto
Del mar Egeo y Jónico lavada,
Por quien es este mar de aquel distinto.
Mi padre rige á Scitia la nevada,
Y todo quanto á su siniestra mano
Inunda el mar con furia acelerada.
Aeta con hospicio afable y llano,
Con suma pompa y singular decoro
Recibió al esquadron noble Greciano.
Vosotros Griegos vistes mi tesoro;
Reclinando los cuerpos fatigados

En cuxas ricas de marfil y de oro.....
Entonces entre aquellos tus soldados
Te ví cuitada, y fue la vez primera
Que conocí tu nombre y tus estados.
Fue en este dia ¡ay suerte lastimera!
El perdimiento y fin de mi sentido,
Y será la ocasion de que yo muera.
Despues de haberte visto y perecido,
Ardí en tu fuego, rápido y molesto,
Nunca de mis potencias conocido.
Ardió mi pecho, ya al amor dispuesto
Como blandon ó pino luminoso,
Ante los Dioses encendido y puesto.
Fue causa el remirar tu rostro hermoso,
Y tambien que á quererte me inclinaba
La fuerza de mi hado riguroso.
De tus ojos la luz arrebataba
A mi vista quedando escura y triste,
Siempre que de mirarte la apartaba.
Pérfido, bien mis ansias conociste,
Porque ¿quál alma es tan capaz y diestra,
Que á amor encubra si de amor se viste?
Amor sus llagas por indicios muestra,
Así que una alma ciega las veria,
Quanto mas la que es lince y es maestra.
En este tiempo ya contado habia

El Rey las aventuras mas pesadas,
Que acabar y vencer te convenia.
  Dixo que en las cervices herizadas
El yugo nunca puesto en esta parte
Poner habias y dexar domadas.
  Y que estos toros que eran del Dios Marte,
Demas del arma propia con que admiran,
Tienen monstruosidad con que dañarte.
  Su anhélito es ardor, fuego respiran,
Sus hocicos y pies son metal, negro
Del humo y llamas, que bramando aspiran.
  Y demas de esto te ordenó tu suegro
Esparcir y sembrar devotamente,
(Bien sé que en acordártelo te alegro)
  Digo sembrar la perfida simiente
De Cadmo por los campos espaciosos,
De quien nació gran pueblo y mucha gente.
  La qual con yerro y ánimos furiosos,
Te habia de dar muerte por tributo,
Mostrando en tí sus brazos rigurosos.
  Esta era la cosecha, aqueste el fruto
Del sembrador de la semilla horrible,
Eterna muerte, sempiterno luto.
  Despues de esta aventura tan nocible,
El último trabajo, el postrer daño
Se te manifestó por mas terrible.

Y era el adormecer al monstruo extraño
Del Vellocino, guarda vigilante,
Y defraudallo con algun engaño.
Esto te dixo el Rey, y en ese instante
Os levantastes todos de la mesa
Tristes, confusos y con mal semblante.
¡Quán lejos de tí estaba en esta empresa,
Y en este punto el dote de Creusa,
El Reyno de Creonte y su Princesa!
De allí te fuiste, yo quedé confusa,
Siguiendo tu persona con mirarte,
Como entre amantes se acostumbra y usa.
Y ya que no podia acompañarte,
Dixe entre dientes por guardar mi fama:
Mi querido Jason, con Dios te parte.
Mas despues que abrasada con la llama
De amor, y recogida en mi aposento,
Por contemplarte me acosté en la cama:
Allí fue tan copioso mi lamento,
Mi llanto tan prolixo, grave y largo,
Quan grande fue la noche y mi tormento.
Ante mi vista en este punto amargo
Se me representáron en quimera
Los riesgos que tomabas á tu cargo.
Los toros, la nefanda sementera,
La serpiente que siempre en vela estaba,

Por ser cosa imposible que durmiera.
  Amor por una parte me obligaba,
Poniame el temor por otra freno,
Mas el miedo al amor acrecentaba.
  Ya el alba bella del amado seno
Salia de su amante y viejo esposo,
Mostrando el rostro cándido y sereno.
  Quando entró en mi aposento tenebroso
Una mi hermana, y me halló acostada,
Vuelto á un rincon mi rostro lagrimoso.
  Vióme no bien compuesta y desgreñada,
Y como al lecho á me cubrir llegase,
Halló la ropa en lágrimas bañada.
  Rogóme que mis artes emplease
En provecho de Grecia, y quiere el cielo
Que buscando tu bien mi mal hallase.
  Fue su ruego á mi gusto, y otorguélo,
Y al mozo Esonio que de Grecia vino,
Me puse á dar favor por mi consuelo.
  Hay un bosque tenido por divino;
A cuyo sitio hace eterna sombra
La haya, el acebuche, el roble, el pino.
  Es tan espeso, que su vista asombra,
Y el sol apenas lo visita y muestra,
Cubierto el suelo con graminea alfombra.
  El templo de Diana, Diosa nuestra,

Aquí se vé, y en él su imágen de oro,
Hecha de mano artífice y maestra.
  No sé si de este templo y su tesoro,
Como de mí te hallas olvidado,
Pues yo me acuerdo, y su memoria lloro.
  Llegamos pues á aquel lugar sagrado,
Y tú con esa lengua cautelosa,
Dixiste así, mostrándote humillado:
  Mi estrella y mi fortuna, dama hermosa,
Te ha dado (como á quien está rendida)
El fin de mi salud y empresa honrosa.
  En esa bella mano está mi vida,
Mi muerte, mi deshonra y mi despecho
Está en tu mano, donde amor se anida.
  Bástale á un noble y generoso pecho
Poder dar muerte sin executalla,
Porque no siga á la potencia el hecho.
  Mas si á mi vida gustas conservalla,
Mas gloria te será, que si me dieras
Muerte cruel pudiendo reservalla.
  Muévante mis plegarias tan sinceras,
Por los peligros de esta mi jornada,
Que puedes evitar como tú quieras:
  Por la deidad excelsa y venerada
De tu abuelo que alumbra el emisferio,
Y ve toda esta máquina criada:

Por los tres rostros y obras de misterio
De la Diosa que vive castamente,
Y si otros Dioses tienen vuestro imperio:
Te ruego, ó vírgen ínclita, clemente,
Que siendo tu virtud sola instrumento,
Tengas de mí piedad y de mi gente.
Oblígame con tal merecimiento,
Que en todo tiempo y toda coyuntura
Obedezca Jason tú mandamiento.
Y si no te agraviares, por ventura,
De dar á un Griego indino de tal suerte,
Con fe de esposa aquesa hermosura:
Antes me venga arrebatada muerte
(¿Mas por qué causa me ha de ser propicio
Tanto algun Dios, que venga á merecerte?)
Que olvidando tan grande beneficio
Case, si no es contigo, porque vamos
A Grecia yo y mi gente en tu servicio.
Será testigo de esto que tratamos
La Diosa de las bodas, Juno santa,
Y la deidad en cuya casa estamos.
Estas palabras de malicia tanta,
Y otorgarme tu diestra, enterneciéron
Un pecho simple de una simple infanta.
Ví que tambien mil lágrimas vertiéron
Tus ojos: ¿el llorar acaso encierra

Fraudes? si encerrará, pues me ofendiéron.

Con este engaño en la amorosa guerra
Quedé vencida, y con mi ayuda ¡ay triste!
Quedaste vitorioso de mi tierra.

A los ardientes toros impusiste
El grave yugo, y con el corbo arado
El suelo firme y sólido rompiste.

De venenosos dientes fue sembrado,
Naciendo de tan pésima simiente
Un pueblo entero, y un esquadron armado.

Con espadas nació la fiera gente
Y con escudos, porque pretendia
Verter tu sangre temerariamente.

Yo mesma que la traza dado habia,
Pálida dixe ¡ay Dioses soberanos!
Viendo que armado el esquadron nacia.

Turbéme hasta ver que los hermanos
Se diéron muerte ¡ó caso miserable!
Volviendo contra sí las brutas manos.

Veis luego el velador y formidable
Dragon, que aun de pintarlo me rezelo,
Con escamas sonoras espantable.

Viene barriendo el oprimido suelo
Con el pecho á mil partes retorcido,
Y dando silbos con que atruena al cielo.

¿Adónde en este punto ¡ay fementido

Jason! la dote nueva y rica estaba,
Por la qual me has negado y ofendido?
¿Entonces en qué parte se hallaba
De tu pecho esa esposa, que me impide
Gozar el bien que con quietud gozaba?
¿En dónde estaba el Istmo, que divide
Los mares dos con su Corinto bella,
Que en dote á tu corona se le añide?
Aquella, pues, soy yo, yo soy aquella,
Que á la fogosa vista serpentina
Pude con mi saber adormecella.
Yo te dí el Vellocino, prenda dina
De un hombre heroyco, yo que soy agora
Tratada como extraña y concubina.
Pobre, bárbara, infame, encantadora
Te parece de humilde y baxa suerte,
La que tuviste entonces por señora.
Causé á mi padre lastimosa muerte,
Dexé mi Reyno y patria, y todo quanto
Con esto pude dar, dí por quererte.
Mi integridad, que es don virgineo y santo,
Por un Griego ladron me fue robada,
Que es la ocasion precisa de mi llanto.
Por seguirte dexé mi madre amada,
Y una mi hermana de ella tan querida,
Quanto es de mí la muerte deseada.

Mas ¡ay hermano! en esta mi huida
No te dexé. La lengua en este estrecho
Desfallece quedando enmudecida.
  La mano que animosa fue en el hecho,
No se atreve á escribillo. Bien debiera
Mi cuerpo con el tuyo ser deshecho.
  Ni temí (¡mas ay triste! ¿qué temiera
Despues del fratricido?) ir navegando,
Muger, ya matadora y carnicera.
  ¿Dónde estan las deidades? ¿dónde el bando
De tanto Dios, de entrambos ofendido,
Que aquí nos estuvieran anegando?
  Pagaramos los dos el cometido
Delito: tu pecado y mis excesos,
Tú en engañarme, yo en tí haber creido.
  Pluguiera á Dios, pues todos los sucesos
Dispone, las Simplégades juntara,
Deshaciendo mis huesos con tus huesos.
  O que Cila cruel nos entregara
A sus perros por pasto, y fuera justo
Que Cila á los ingratos castigara.
  Y que aquella que sorbe por su gusto
Las mesmas ondas por furor insano,
Que al cielo escupe con furor robusto:
  Nos sumergiera, á tí como á tirano,
Y á mí como á imprudente y necia amante;

En el furioso mar Siciliano.
Volviste vivo en fin, rico y triunfante
En Tesalia, á tus Dioses ofreciendo
El aureo Vellocino rutilante.
¿Para qué contar he el caso estupendo
De las hijas de Pelias? donde ha sido
El intento piadoso, el hecho horrendo.
Ni aquel paterno cuerpo dividido
En pedazos ¡ó cosa lastimera!
Por las manos que de él han procedido.
Quando me culpen otros, justo fuera
Tú me alabaras, pues por tu contento
Tantas veces he sido cruda y fiera.
Pero has tenido tanto atrevimiento,
(Mas ¡ay! que las palabras han faltado
A mi justo dolor y sentimiento)
Tuviste atrevimiento mal mirado,
De me decir al fin de mi jornada,
Sal de mi casa, vuelvete á tu estado.
De tu casa salí por ser mandada,
De mis dos hijos que á mis pechos crio,
Y de tu amor inmenso acompañada.
Mas de improviso un miedo helado y frio
Me ocupó, quando oi de tu Himeneo
El canto, el alboroto y desvarío;
Luego resplandecer las hachas veo,

Y que al són de la flauta y chirimias,
Mil versos os cantaba un nuevo Orfeo.

Aquellos instrumentos de alegrias
Ser trompa funeral se me antojaba,
Tocada en el remate de mis dias.

Ni con ver esta fiesta imaginaba,
Que haber pudiese crímen tan infando;
Mas en mi pecho un miedo oculto estaba.

Ya la gente plebeya iba pasando,
En cuyos labios Himeneo resuena,
El nombre de Himeneo freqüentando.

Y quanto mas propinqua esta voz suena,
Tanto mis sobresaltos mas crecian,
Y tanto era mayor mi acerba pena.

Lloraban todos quantos me servian,
Y por no me decir el caso fiero,
Sus lágrimas y llanto me encubrian.

¿Qué pecho tan osado, tan entero
Hubiera entre mis siervos, que quisiese
De nueva tan atroz ser mensagero?

Mejor me era inorar que cosa fuese;
Pero estaba mi pecho tan turbado,
Como si viera el mar que me viniese.

Mi menor hijo entonces, que enviado
A ver aquellas fiestas habia sido,
Entró por el zaguan alborotado.

El umbral de la quadra no ha podido
Subir, y desde allí me dixo, madre
Salga, verá lo que muger no vido.
Salga, verá la pompa de mi padre
Jason, y los caballos de su carro
Cubiertos de oro, porque mas le quadre.
Oyendo al niño, con furor desgarro
Mis ricas y preciosas vestiduras,
Y rompo el pecho cándido y bizarro.
Ni mis mexillas libres ni seguras
Quedáron del rigor crudo y sanguino
De estas mis uñas ágiles y duras.
Animo tuve, espíritu me vino
De abrir con el valor de mi persona
Por entre tanta multitud camino:
Y llegando á tu asiento, la corona
De flores derribar de la cabeza,
De aquella que me ofende y me baldona.
No sé quien me estorbó, que en breve pieza,
Suelto el cabello al carro me acercara,
Como furiosa que á bramar empieza:
Y echándote mis brazos voceara,
Este es mi esposo, dadme á mi marido;
Pero ni me atreví ni aprovechara.
Alegrate de hoy mas padre ofendido;
Reyno de Colcos muéstrate ya ufano,

Tú que de mí desamparado has sido.
Inmortal sombra de mi muerto hermano,
Recibe la venganza que te es dada,
A ruego tuyo de mi propia mano.
Hállome de mi Reyno desterrada,
Huérfana de mi padre poderoso,
Y de mi hermano y casa despojada.
Y agora pierdo ¡ ó hado riguroso!
A mi marido, en quien me daba el hado
Hermano, Reyno, casa, padre, esposo.
Yo que pude domar con mi mandado
Mostruos, dragones, toros y serpientes,
Domar no pude un hombre apasionado.
Yo, que al fuego de amor en otras gentes
Remedios dí, con toda mi potencia
No remedio mis llamas vehementes.
El encanto, las yerbas y la ciencia,
Toda virtud, y fuerza de conjuro
Me dan de mano en esta mi dolencia.
No me vale invocar del Reyno escuro
La Diosa ni la vítima admirable,
Que dedicar á Hécate procuro.
La luz del dia no me es agradable,
Las noches velo, sin que sus despojos
Recreen mi pecho y vista miserable.
Antes de padecer estos enojos,

A un dragon pude adormecer, y agora
No puedo adormecer mis tristes ojos.
  Mas útil es mi ciencia engañadora
A todos, pues á nadie se la niego,
Que á mí, que de ella he sido la inventora.
  Y aquellos miembros que libré del fuego,
Una ramera los abraza ufana,
Y los goza con gusto y con sosiego.
  Ella coge la fruta no temprana
De aquel jardin, que á fuegos y culebras
Pudo quitar mi industria soberana.
  Y por ventura mientras la requiebras,
Y le dices palabras deleytables,
Por enredarte en sus doradas hebras:
  Defectos, culpas, faltas detestables
Finges en mis costumbres y belleza,
De que ella gusta, siéndole agradables.
  Ríase, y esté alegre en mi vileza,
Ríase, y esté en grana recostada:
Tenga sublime trono y suma alteza.
  Tiempo verná que llore, y abrasada
Será del fuego en que ardo, ella testigo,
Y aun vencerá á mi ardor siendo quemada.
  Quando el hierro y el fuego que aquí digo,
Y el veneno llegare de Medea
No ha de quedar contrario sin castigo.

Pero si se enternece y se recrea
Aquese corazon de acero hecho
Con las plegarias justas de esta rea:
Escucha por mi amor y tu provecho
Los ruegos y palabras de una triste,
Harto menores que mi altivo pecho.
Vesme aquí humilde como un tiempo fuiste,
Vesme te ruego como me rogaste,
Lo mesmo pido aquí que me pediste.
Y si de todo punto me olvidaste,
Si te soy vil, infame y asquerosa,
Ten piedad de los hijos que engendraste.
¿Qué cruda, qué intratable, qué rabiosa
Su madrastra ha de ser á mis infantes?
Mas no permita Júpiter tal cosa.
Son mis niños á tí muy semejantes,
Y viéndote á tí en ellos se enternece
Esta alma, que no es hecha de diamantes.
Cada vez que los miro, me parece
Tu rostro miro, y por memorias tales,
Con lágrimas mi rostro se humedece.
Por los Dioses te ruego celestiales,
Por la radiente llama de mi abuelo,
Que da su lumbre á todos los mortales.
Por quanto mereció mi justo zelo,
Por nuestros hijos prenda de la vida,

Que en este tu desden me dan consuelo:
Que te vuelvas á mí; restituida
Tu fe me vuelve: á cuya causa ¡ay loca!
Dexé mi Imperio y patria tan querida.
Tu fe me vuelve si mi amor te toca,
Fe que ponga firmeza en tus palabras,
Fe que te vuelva firme como roca.
Aunque el alma y honor me descalabras,
No pido que por toros atrevido,
Ni por serpientes los caminos abras.
Lo que pido es á tí, solo á tí pido,
A tí, pues te me diste por esposo,
A tí, pues sola yo te he merecido.
A tí, de quien el fruto venturoso
Tengo de dos infantes, siendo hecha
Madre, por quien me es falso y alevoso.
Mas si tanta humildad no me aprovecha,
Y la dote pidieres que te he dado,
Ya tu sed de oro tengo satisfecha.
Allí la dí en el campo de contado,
Que romper con la reja te convino,
Para ganar la piel que has conquistado.
Es mi dote el hermoso Vellocino
De oro, que es tal que quando le pidiese,
No me le volverias de mezquino.
Tu vida que guardé no pereciese,

La salud de tus Griegos es mi dote,
¿Qué pude darte yo que no te diese?
  Traidor, cruel, y de mi honor azote,
Vé agora, el Reyno coge, el oro aplica
De Sisifo, anda, ve, no me alborote.
  Lo que vives, la esposa nueva y rica,
El rico suegro y todo aquello, quanto
De ingratitud tu pecho multiplica
  Es mio... ¿Por qué espero y sufro tanto?
Yo les haré.... ¿Mas de qué sirve agora
Anunciarles su pena y su quebranto?
  Este rencor que en mis entrañas mora,
Brota amenazas fieras, infernales;
Yo seguiré esta furia vengadora.
  En vosotros haré castigos tales,
Que me pese, y del hecho me arrepienta;
Contempla pues despacio en estos males.
  Tambien me ha de pesar en esta afrenta
De haber dado favor á quien me ofende,
A un falso esposo que mi daño intenta.
  Aquel airado Dios, que así me enciende
Y abrasa el corazon, me sea testigo
De esto, que la alma airada comprehende.
  La qual está rumiando allá consigo
No sé que grande máquina de mengua,
No sé que traza ó modo de castigo,
  Que no puede explicarse con la lengua.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA DECIMATERCIA.

Quando los Griegos ordenáron el ir á cercar á Troya, Protesilao, varon magnánimo, fue hecho de Agamenon Capitan de quarenta navios; y estando toda la armada detenida en Aulide, puerto de Beocia, por ser el viento contrario á su viage, Laodamia, hija de Acasto y de Laodatea, muger de Protesilao, que era hijo de Ificlo, sabiendo que estaba allí su esposo, le escribe esta carta, donde se queja por qué no comenzó la tormenta y contrario tiempo ántes que él partiera, porque así gozara su presencia, y le advirtiera de muchas cosas que le importabàn, las quales le escribe en esta carta; y sobre todo le ruega que tema á Hetor, y no sea el primero de los que salten en tierra llegando á Troya, por haber el Oráculo amenazado de muerte al que primero hollase la Troyana arena.

LAODAMIA

A PROTESILAO

EPISTOLA DECIMATERCIA.

A su Protesilao salud envia
Laodamia, la amadora, que á su esposo
De mejor gana, que enviarla iria.
Es fama que en Aulide estas ocioso,
Por ser contrario el ayre, y turbulento
De Tetis el Imperio poderoso.
¿Dónde estaba encerrado aqueste viento,
Que como sopla agora, no soplara
Quando te fuiste por me dar tormento?
Entonces fuera justo que estorbara
A tus remos y velas, y no fuera
Util, ni con las ondas te ayudara.
Que de esta suerte á mi marido diera
Besos, y mas hubiérale avisado
De unas cosas, y de otras le advirtiera.
Mas fue de mi presencia arrebatado,
Porque soplaba viento favorable;
De mí no, de tus nautas deseado.
Viento para pilotos agradable,

Mas no para amadoras ni amadores,
A quien toda partida es detestable.
  Gozaba de tu abrazo los dulzores,
¡O mi Protesilao! quando apartada
De ellos me ví, y cercada de dolores.
  Mi lengua del dolor muda y turbada,
Teniendo muchas cosas que decirte,
Si algo te dixo fue imperfeto y nada.
  Tanto se enmudeció que al despedirte,
Aquel último á Dios no te decia:
¡Tan fuerte fue aquel punto del partirte!
  Boreas en esto ya propicio habia
Las sinuosas velas impelido,
Ya mi Protesilao no parecia.
  Mientras pude mirar á mi querido
Esposo, le miré gusto sintiendo,
Con ver y remirar á mi marido.
  Y con mi triste vista fue siguiendo
Tu vista, y quando ya no pude verte,
Pude tus velas ver que iban huyendo.
  A mí, á mi pena, y á mi acerba muerte
Entretuviéron esas velas bellas,
Harto mas blancas que mi negra suerte.
  Despues que no te ví ni pude vellas,
Ya que no habia sino muchedumbre
De ondas furiosas, y tu ausencia en ellas.

En aquel punto se ausentó la lumbre
De mi rostro, mis ojos se eclipsáron,
Porque faltó la luz que los alumbre.
  Tinieblas de la muerte me ocupáron,
Y porque todo mal sin tí me quadre,
Mis piernas á la tierra se inclináron.
  Mi suegro Ificlo con mi anciano padre
Acasto acuden al desmayo horrendo,
Tambien acude mi turbada madre.
  Y apenas todos tres agua infundiendo
En mi rostro, el espíritu tornáron
Al cuerpo, de quien se iba despidiendo.
  Empresa de piedad fue la que obráron;
Mas fue sin fruto, pues hiciéron pase
Mil muertes con la vida que alcanzáron.
  Pésame que el morir se le negase
A esta mísera amante, y que inclemente
Mi parentela en esto se mostrase.
  Volviendo en mí, volviéron juntamente
Los dolores que afligen mi sentido,
Viendo mi gloria y mi regalo ausente.
  El legítimo amor que te he tenido,
Me punzó el pecho, donde tu retrato
Está estampado y estará esculpido.
  Ni tengo ya cuidado del ornato
De mis cabellos, ni con trenza de oro

Los prendo en lazos, los adorno y ato.
  Ni con real y amplífico decoro
Arrastro sayas; todo lo reprueba
La que está ausente; lo que busco es lloro.
  Siguiendo voy donde el furor me lleva,
Aquí y allí, qual las Bacantes suelen,
Tocadas de la vid que Ogigio aprueba.
  Las matronas Filácidas se duelen
De mí, y se juntan para mi provecho,
Por ver si puede ser que me consuelen.
  Loadamia (dicen) ese ilustre pecho
De seda adorna, y de oro terso y puro,
Alegra el alma, quede el mal deshecho.
  ¿De grana, un cuerpo detestable, escuro
(Respondo) he de vestir, estando en guerra
Mi esposo, en torno del Troyano muro?
  ¿Peynarme tengo, si el almete afierra,
Y oprime su cabeza mi devota?
¿Y es en la noche su colchon la tierra?
  ¿Vestireme de seda, y él de cota?
¿Y estando él en batalla y desafio,
Estaré yo con garbo y marquesota?
  Con este vilipendio, esposo mio,
Quanto fuere posible á mi grandeza,
Imitaré tu sed, tu hambre y frio.
  Todo este tiempo pasaré en vileza,

No verá el sol alegre mi semblante,
Mientras la guerra dura y su fiereza.
¡O mal pastor! ¡ó Páris falso amante,
Hermoso por tu daño, y de tu gente,
Pues te hizo tu beldad ser arrogante!
Permita el cielo que tan negligente
Te muestres en aquesa guerra, quanto
Te mostraste en tu robo diligente.
Y que aquel rostro que te agrada tanto
De esa Ténara dama te sea odioso,
O el tuyo á ella le produzca espanto.
Tu Menalao, que vives codioso,
Mil trazas revolviendo en la memoria,
Por cobrar á tu esposa como esposo:
Esta venganza tuya, esta vitoria,
¡Quán llorosa ha de ser á muchas tristes!
¡Qué amarga será á Grecia vuestra historia!
Dioses que nuestras guerras permitistes,
Haced que agüero tal se desvanezca,
Sean falsos los temores que me distes.
Vuelva mi esposo, vivo permanezca,
Porque en su vuelta á Júpiter amable
Sus armas y sus víctimas ofrezca.
Mas temo, y un horror insuperable
Me ocupa cada vez que se me ofrece
Esta sangrienta guerra miserable.

Y como se regala y se liquece
La nieve con el sol, así mi llanto
Con el dolor se multiplica y crece.
El Simoente, el Tenedo y el Xanto,
El Ilio y el Ida ¡ay suerte avara!
Solo con los nombrar causan espanto.
Ni el Troyano amador roballa osara,
Si no entendiera defender á un mundo
Su amado hurto, su rapiña cara.
Era este huésped de saber profundo,
Y habia de su Imperio conocido
Tener fuerza y poder contra el profundo.
Y mostrólo muy bien segun he oido,
Viniendo ornado de oro y de altiveza,
Pues era de oro todo su vestido.
Porque viendo en su cuerpo tal riqueza,
Inferirse pudiese fácilmente
De Frigia los tesoros y grandeza.
Mostróse en gente bélica potente,
Traxo una armada, dina del Dios Marte,
Que es aparato á guerras conveniente.
Y con venir debaxo su estandarte
Tanta copia de gente, no venia
De su gran Reyno la milena parte.
Con tanta nave, gente y bizarria,
Hija de Leda, y á los dos hermanos

Conjunta en sangre y en genealogia:
Sospecho te rendiste, y en las manos
De Páris te entregaste, y mas sospecho
Que esto ha de ser ruina de Grecianos.
No se qual Hetor temo acá en mi pecho,
Que Páris dixo, que Hetor era un hombre
Bravo en las guerras y á las armas hecho.
Qualquiera que Hetor fuere (si el renombre
Mio te es caro) guarte de su punta,
De Hetor estampa en tu memoria el nombre.
A este, y á toda la caterva junta
De Troya teme; sé por mí cobarde,
Y que hay allí mil Hétores barrunta.
Y quando á la batalla ó al alarde
Salieres, esto dí (viéndote armado)
Manda Laodamia para sí me guarde.
Si estuviere en los cielos decretado
Que Troya al brazo Argivo sea rendida,
Pagando nuestra afrenta y su pecado:
Pague, mas no sea á costa de tu vida;
Perezca Troya, mas que adviertas quiero
No vengas á ganar alguna herida.
Combata Menalao, muéstrese fiero,
Húrtele á Páris, pues vencer codicia
La dama que le hurtó Paris primero.
Exercite en persona la milicia,

Sujete y venza con sangrienta espada
A quien sujeta y vence con justicia.
Por el marido la muger robada
Ha de ser, si valor su brazo encierra,
De enmedio de un exército librada.
Tu causa es desigual en esta guerra;
Solo vivir procura, porque luego
Vuelvas á ver tu esposa y á tu tierra.
Dárdanos fuertes, yo os suplico y ruego,
Que de esta multitud fiera arrogante
De Griegos, perdoneis un solo Griego.
Porque del bello cuerpo de mi amante
No se vierta mi sangre, y él llagado,
No pierda yo la vida en ese instante.
No está á vestirse cota acostumbrado,
Ni empuña espada, ni el furor convierte
En contra vuestra, porque no es soldado.
Es Menalao mas rígido, mas fuerte,
Que como amor le mueva á esta contienda,
Por su interes pretende daros muerte.
Otros con ira ardiente y rabia horrenda
El bélico furor sigan contino,
Protesilao en solo amar entienda.
Confieso aquí que al ánimo me vino
Mil veces de estorbar esta partida,
Poniendo impedimento á tu camino.

Pero quedó mi lengua enmudecida,
Temiendo de anunciarte algun contraste,
Algun presagio, ó nueva desabrida.
Quando partirte en fin determinaste
Para Troya, saliendo por la puerta
De tu paterno albergue, tropezaste.
Vilo y lloré, cuitada, y casi muerta
Entre mí dixe: ¡ó si pluguiera al cielo,
Que de tu vuelta fuese señal cierta!
Todas estas sospechas te revelo,
Para que no te muestres atrevido,
Sino que siempre vivas con rezelo.
Que así será deshecho y esparcido
Todo este miedo, toda nuestra pena,
Y mi temor en ayre convertido.
Tambien el hado inevitable ordena,
Que de los Griegos muera el que primero
Pisare en Frigia la Troyana arena.
Desdichada de aquella que el agüero
Comprehendiere, y fuere la primera,
Que llorare á su esposo y compañero.
Quieran los Dioses, quando la guerrera
Gente salte en la playa que no sabe,
Que no quieras saltar en delantera.
Entre mil naves que con vuelo grave
Tomaren puerto, haz consorte amado,

Que sea la milésima tu nave.
La última de todas el sulcado
Piélago sulqué, y vuelvo á amonestarte,
Saltes en tierra el último y armado.
No ternás causa allí de acelerarte,
Pues no es tu patria, evita el hado extremo;
No quieras á la muerte condenarte.
Quando volvieres, ven á vela y remo,
Y en dando fondo salta luego en tierra,
Que por ser nuestra nada en ella temo.
Yo quando Febo su esplendor encierra,
O quando está mas alto en medio el cielo,
De tu ausencia el dolor me hace guerra.
Goce ó carezca de la luz el suelo,
Conmigo vive la congoja mia,
Siempre me ocupa eterno desconsuelo.
Mas me aflijo de noche que de dia,
La noche digo ¡ay triste! que es gloriosa
A las damas que gozan de alegría.
En aquel tiempo la querida esposa
Está en el brazo del esposo que ama,
Y en aquel brazo sin temor reposa.
Si estoy durmiendo en la desierta cama,
Falaces sueños de un deleyte incierto
Me ocupan, reforzando mas mi llama.
Suspéndenme el dolor, y así despierto,

Que aunque es falso el dulzor que se me ofrece,
Lo falso abrazo, pues faltó lo cierto.
Mas, ¿por qué cada punto me aparece
Tu imágen muerta y llena de amargura?
¿Por qué de mí se queja y me entristece?
Yo amedrentada, viendo tu figura,
Salto del lecho, y reverencio luego
Los simulacros de la noche escura.
No hay en Tesalia altar do no haya fuego
Con licor aromático encendido,
Por inclinar los Dioses á mi ruego.
Incienso ofrezco, y hélo humedecido
Con lágrimas, y de ellas empapado,
Há con fuerza mayor resplandecido.
Qual suele un fuego intenso, rociado
Con vino, demostrar con furia presta
Doblada llama, y resplandor doblado.
¿Quándo, volviendo tú, me veré puesta
Entre tus brazos con tan gran contento,
Que en ellos quede lánguida y traspuesta?
¿Quándo será aquel punto, aquel momento,
Que en una cama juntos los procesos
Me cuentes de tu guerra en salvamento?
Y mientras me contares los sucesos
(Aunque guste de oirlos) como amante
Te daré, y me darás muy muchos besos.

Que en ocasion y punto semejante:
Adelgaza la lengua la tardanza,
Y déxala mas pronta y elegante.
Mas ¡ay! que quando hago remembranza
De los vientos de Troya y mar horrendo,
Se rinde á mi temor la confianza.
Tambien esto me turba, que sabiendo
Que los vientos impiden el camino,
Vais los mares y vientos resistiendo.
¿Quién hará tan enorme desatino,
Que navegue á su patria deseada,
Si el viento le es contrario á su destino?
Y vosotros sois gente tan osada,
Que vedándoos el viento este viage,
Quereis dexar la dulce patria amada.
No quiere el gran Netuno dar pasage
A la Ciudad que coronó de muro,
Temiendo no reciba algun ultraje.
¿Dónde vais temerarios? yo os conjuro,
Que cada qual se vuelva al pátrio nido,
Volveos á casa que es lo mas seguro.
¿Dónde vais locos Griegos? dad oido
A la furia del viento y su pujanza,
Oid del bravo pielago el bramido.
No es natural, ni acaso la tardanza
De esta navegacion, Deidad la ordena,

Dios es quien priva al mar de su bonanza.
Con tanto mástil, gúmena y entena,
Con tanta gente, ¿qué se busca ahora
Sino es una muger, y esa no buena?
Inaquia armada, la errada prora
Revuelve al puerto, porque vas perdida;
Pues volver puedes, vuélvete en buen ora.
¿Mas para que revoco vuestra ida?
Permita el cielo no haya mal agüero
En la revocacion de esta partida.
Serene el cielo su semblante fiero,
El mar temple su furia procelosa,
Mejor suceda todo que yo espero.
¡O cómo quedo ¡ay mísera! envidiosa
De las Troyanas, pues ternan delante
La esquadra de enemigos espantosa!
Verán de cerca con mortal semblante
Morir al padre allí de una lanzada,
Acá al hermano, y acullá al amante.
Porná al esposo la recien casada
Con femenina mano el coselete,
La greva, la loriga, la zelada.
Y estándole así armando en su retrete,
Cogerá algunos besos de su esposo,
Fruta primera que el amor promete.
Daràle ella las armas, y él gozoso

Pagarála con besos el recibo,
Oficio que á los dos será sabroso.
  Ella con tierno pecho y compasivo
Hasta la puerta irá con él gimiendo,
Y le dirá: procura volver vivo.
  Vuelve esas armas, que ofrecer pretendo
Al sacro Jove, por tenerle grato,
Y él partirá su corazon partiendo.
  Allá consigo rumiará el mandato
De su señora, y en el trance estrecho
De Marte peleará con mas recato.
  Terná atencion, y mirará al provecho
De su familia, refrenando el crudo
Furor que en rabia le remueve el pecho.
  Volverá á casa, y el pesado escudo,
Y el yelmo de ella le será quitado,
Porque reciba mas solaz desnudo.
  Ya el pecho débil, lacio, fatigado
Del peso de las armas inhumanas
Recibirá en su gremio regalado.
  Mas nosotras inciertas y lejanas,
El corazon ternemos oprimido
Con mil sospechas. Quiera Dios sean vanas.
  Y el miedo en las congojas sostenido
Nos forzará á creer en esta afrenta
Quanto os puede venir por ya venido.

Una imágen que al vivo representa,
Tu rostro tengo mientras por el mundo
La soldadesca tu valor sustenta;
Y aunque es de cera, mis deleytes fundo
En la decir requiebros excelentes,
Que el mal de ausencia amor hace facundo.
Hágole mil caricias convenientes
A solo tú, y abrázola, y quisiera
Que ella sintiera, ya que tú no sientes.
Creeme, que esta figura, aunque es de cera,
Se te parece tanto, que si hablara,
Protesilao mi esposo amado fuera.
Mírola, y me deleyta ver tu cara,
Y abrázola queriendo entretenerme
Con la misma aficion que te abrazara.
Y como si pudiese responderme,
La pregunto, la riño, la conjuro:
Mira en qué punto amor quiso ponerme.
Por tu tornada próspera te juro,
Y por tu cuerpo que por Dios adoro,
Por nuestro amor igual, síncero y puro:
Por aquel fuego, que por gran decoro
Resplandeció en mi boda venturosa,
(Aunque está vuelta la ventura en lloro)
Por tu cabeza que en vejez dichosa,
Con las honradas canas que tuvieres

Blanca la goce tu querida esposa:
Que te he de acompañar adonde fueres,
Agora mueras (esto es lo que siento)
Agora triunfes quando á mí volvieres.
Quiero cerrar en solo un mandamiento
Todo quanto en mi carta te he mandado:
Protesilao, mi gloria y mi contento,
De mí te acuerda y ten de mí cuidado.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA DECIMAQUARTA.

Fuéron á Egypto dos hermanos carnales, ámbos hijos del Rey Belo: el uno de ellos se llamó Danao, y tuvo de diversas mugeres cincuenta hijas; y el otro se llamó Egypto, y tuvo cincuenta hijos. Este Egypto deseaba mucho que sus hijos heredasen el Reyno de su hermano, y por esto procuraba casar sus cincuenta hijos con sus cincuenta sobrinas. Mas Danao rehusaba estos casamientos, porque consultado el Oráculo, habia respondido que le habia de matar un yerno suyo; y así entre los dos hermanos nació guerra y disension: por lo qual Danao queriendo evitar el peligro y riesgo que le podia suceder, desamparando su tierra, vino á Grecia, donde por sus virtudes alcanzó el Principado y Gobierno. Viéndose Egypto despreciado de Danao, envió á sus hijos con poderoso exército contra él, mandándoles que dando la muerte á su tio, se casasen con sus primas hermanas. Pusiéron los mancebos en execucion el mandamiento de su padre, y cercando en Argos á Danao, le

obligáron (temiendo la muerte) á darles por concierto de paz á sus hijas por mugeres; y la noche del infelice desposorio dió á cada una un puñal para que matasen á sus maridos y primos: lo qual cumpliéron ellas obligadas del mandamiento y amenazas de su padre. Sola Hipermnestra, movida del amor y parentesco de su esposo y primo Linceo (ó como otros quieren Lino) no solamemte no le mató, mas le libró de su padre, el qual sabido el caso, prendió á Hipermnestra, atormentándola en la rigurosa prision, desde donde escribe esta epístola á su Linceo, contándole el suceso de la historia, para que recibiendo el beneficio de ella recibido, la saque de la afliccion presente, y la libre de su riguroso é injusto padre.

HIPERMNESTRA

A LINCEO.

EPISTOLA DECIMAQUARTA.

Estas palabras que ablandar pudieran
Un monte, tu Hipermnestra las envia
A un solo hermano de cincuenta que eran.
Los demas yacen en la tierra fria
Por el crímen atroz de mis hermanas,
Casadas por traicion y alevosía.
En prisiones terribles inhumanas
Estoy puesta, y en cárcel tenebrosa
Por manos, no paternas, mas tiranas.
La causa mas urgente y mas forzosa
De tal suplicio y de congoja tanta,
Es haber sido para tí piadosa.
Porque temió la mano en tu garganta
Poner el hierro, soy culpada y rea,
Y en tal congoja que escribilla espanta.
Si la maldad tan torpe como fea
Acometiera, fuera yo alabada,
Qual Ninfa ilustre ó santa Semidea.
Venga lo que viniere, mas me agrada

Ser rea, que á mi padre dar contento
En cosa tan horrífica y malvada.
  No me pesa tener el pensamiento
Libre, y libres las manos de tu muerte,
Antes triunfo y me da contentamiento.
  Y aunque sobre ello mi iracundo y fuerte
Padre me queme con el fuego santo,
A quien nunca violé de alguna suerte:
  Y aunque este rostro abrase, que amas tanto,
Con las hachas ardientes que él pusiera
Por luminarias de tu eterno llanto:
  Y aunque con filos de su daga fiera
Me degüelle, queriendo que con daga
(Si el esposo vivió) la esposa muera:
  No hará que á su gusto satisfaga
Mi lengua, con decir, viendo su afrenta,
Pésame, pues me dan tan mala paga.
  No hay para que me pese ni arrepienta
De haber sido piadosa, aunque me viese
En mas naufragios, y en mayor tormenta.
  Pésele á Danao, á mis hermanas pese
De su maldad, que á tan enorme hecho
Es justo que el pesar se le atreviese.
  Que siempre suele, habiendo satisfecho
Su cruel venganza, una alma rigurosa
Pesarle, y las mas veces sin provecho.

La remembranza triste sanguinosa,
De la tremenda noche lamentable,
Vuelve á Hipermnestra muda y temerosa.
Y el súbito temor insuperable
Acobarda mi lengua de tal suerte,
Que no pude escribir cosa notable.
¿Cómo pudiera ser mi mano fuerte
Para matar mi esposo y compañía,
Si teme de escribir casos de muerte?
Mas quiérome animár. Ya anochecia,
Y el sol, huyendo con su carro y llamas,
Se mostraba la noche, y se iba el dia:
Quando nosotras las Inaquias damas
En el palacio entramos placenteras
Del gran Pelasgo indino de estas tramas.
Recibe el suegro sus dañosas nueras,
Que armadas vienen fuera de costumbre,
De fieros pechos y de dagas fieras.
Ya en torno de aquel quarto, muchedumbre
De lámparas doradas relucian,
Supliendo la de Febo con su lumbre.
Ya incienso por los fuegos se esparcian;
Y por ser este incienso infame y feo,
Los fuegos para el cielo lo escupian.
El vulgo daba voces á Himeneo;
El huye por no ver tan crudo instante,

Solo acude el infierno á su deseo.
Tambien dexó la esposa del tonante
Júpiter su Ciudad, que ojos gloriosos
No pueden ver un caso semejante.
Veis donde en esto vienen los esposos
Ebrios de vino, y bien acompañados
De multitud y cantos sonorosos.
De nuevas florecillas adornados
Los sus cabellos, que con rico ungüento
Estaban olorosos y bañados.
Con esta pompa, música y contento,
Los llevan á sus tálamos, ó (hablando
Mejor) á sus sepulcros y tormento.
Oprime cada qual su lecho infando,
Mas dino de las muertes que esperaban,
Que de consorcio regalado y blando.
Ya en vino, y en manjar y en sueño estaban
Sepultados, y en Argos ya no habia
Sino quietud, pues todos descansaban.
Quando cerca de mí me parecia
Oir unos sollozos y gemidos
De gente, que á la muerte se rendia.
Y aquí no se engañáron mis oidos,
Pues era aquello mismo, que en tal punto
El miedo dibuxaba en mis sentidos.
Quedó mi rostro pálido y difunto,

Huyó la sangre, y el calor huyendo,
Perdí la fuerza y el sentido junto.
Y el cuerpo helado su vigor perdiendo,
Rendido á la congoja y cruel fatiga,
Cayó en la cama, do quedó temiendo.
Como la frágil y delgada espiga
Tiembla de un fresco zéfiro tocada,
Hasta que el aura su aspirar mitiga:
O qual, si de Aquilones contrastada
De álamo blanco la copada cima,
Que tiembla en verse opresa y deshojada:
Así temblaba tu muger y prima,
Y aun mas, si temblar mas me era posible;
Tal fue la fuerza de aquel miedo y grima.
Tú en este punto estabas insensible,
Que el vino que te dí, fue mixturado
Con infusion, á sueños apacible.
Entonces pues se me acordó el mandado
De mi padre cruel, huyóse el miedo,
Tornó el vigor, y amedrentó al cuidado.
Levántome animosa y con denuedo,
Asgo del hierro horrífico, inhumano,
Por darte muerte, y fin á nuestro enredo.
No te escribo patraña, ó cuento vano,
Tres veces fue la daga de mí asida,
Cayéndose otras tantas de la mano.

Pero del mandamiento constreñida
De mi padre cobré fiereza tanta,
Que quise en fin privarte de la vida.
Cogí el acero, y puesto en tu garganta,
A correr fui la daga rigurosa
Con tal rigor, que agora á mí me espanta.
Mas el grave temor y el ser piadosa
Fuéron estorbo al comenzado hecho;
Dexó mi mano empresa tan odiosa.
Volvime contra tí, rasgué mi pecho,
Arranquéme el cabello de mis sienes,
Y dixeme esto quedo y con despecho:
Triste Hipermnestra, fiero padre tienes,
Cumple el gusto paterno, y acompañe
A sus hermanos este que aquí tienes.
¿Mas quién me manda que á mi esposo dañe?
¿Quién gusta y quiere que con tal baxeza
Mi honor deslustre, y á mi lustre empañe?
Soy hembra y vírgen, y esta mi pureza
No pide sangre, y es mi pecho tierno,
Por mi edad tierna, y por naturaleza.
Armas feroces que inventó el infierno,
No vienen bien á un brazo delicado,
Ni es apto á una doncella su gobierno.
Acaba, muera, pues está acostado:
Imita á tus hermanas, que ya creo,

Que habrán á sus esposos degollado.
Si mi derecho brazo fuera reo
De alguna muerte, el mismo brazo mio
Me diera muerte y fuera mi trofeo.
¿Por qué deben morir con tal desvio
Estos mancebos en su edad primera?
¿Por qué heredan los Reynos de su tio?
Si los ha de heredar gente extrangera,
¿No fuera para todos mejor suerte,
Que fuera nuestra sangre la heredera?
Mas finjo que merezcan mal tan fuerte,
¿Qué hemos nosotras hecho, en cuya pena
Nos mandan ser ministras de la muerte?
¿Y en qué he pecado yo que se me ordena
Que no use de piedad, que es noble escudo,
Contra nuestra maldad de infamia llena?
¿Qué tengo yo que ver con hierro crudo?
A una doncella y pecho femenino
¿De qué le sirve estoque ó dardo agudo?
Mas propio es á mis dedos lana ó lino,
Mas la rueca y el huso me agradaba,
Que daga horrenda ni puñal sanguino.
Esto decia, y mientras lamentaba
Con mis razones, lágrimas saliendo,
Tu cuerpo bello y cándido mojaba.
Entonces abrazarme pretendiendo,

Como agravado con el sueño fueses,
Andabas con los brazos esgrimiendo.
Y como con la daga me tuvieses
Suspensa, entre rigor y cobardía,
Poco faltó que en ella te hirieses.
Ya en este punto ¡ay mísera! temia
De mi padre y sus siervos la presencia,
Y el resplandor del ya vecino dia.
Mi llanto, mi dudar, mi resistencia
Te despertáron, luego me abrazaste:
Pero díxete yo con vehemencia:
Levántate Linceo, huye: baste,
Que solo tú de muerte arrebatada
Entre tantos hermanos te escapaste.
Huye, dexa la cama regalada,
Y si no huyes, esta noche triste
La última será de tu jornada.
Con estas amenazas sacudiste
El sueño, y del temor amedrentado,
Dexándome en la cama te vestiste.
Contemplas el puñal de mí empuñado,
Y el mandarte partir te tiene en duda,
Y pídesme la causa alborotado.
Mas yo te dixe; en tanto que te ayuda
La noche, huye: evita la furiosa
Parca, y la suerte inexôrable y cruda.

Con esto y con la noche tenebrosa
Huiste, esta míserrima quedando
Triste, en la triste cama dolorosa.
Apénas el aurora rutilando
Mostró su bella luz, quando ya estaba
Mi padre nuestro albergue visitando.
Sus miserables yernos numeraba,
Y como entre su sangre los contase,
Uno halló que al número faltaba.
Llevó con impaciencia que escapase
Uno entre tantos: hízole una vida
Quarenta y nueve muertes no estimase.
Quejábase con ansia dolorida,
Diciendo, que en faltar un solo hermano
Fue poca sangre la que fue vertida.
Asióme del cabello con su mano
(Este es el premio de mi mansedumbre)
De rabia ciego y de furor insano.
Tráxome á una prision, donde no hay lumbre,
A una cárcel que al Erebo parece,
Do quedo en sempiterna pesadumbre.
¡Ay! que el rigor de Juno permanece
Contra las de mi sangre ¡ay desvarío!
¡Cómo por zelos su malicia crece!
Crece desde aquel tiempo, quando Io
En vaca de muger, de vaca en Diosa

Mudada fue por su beldad y brio,
Asaz fue pena grave y rigurosa,
Que viniese á bramar ¡ay caso injusto!
Quien era Ninfa célebre y hermosa.
Y vuelto en formidable y en robusto
El rostro, que era tierno y agradable,
No pudo mas á Júpiter dar gusto.
En la paterna orilla deleytable
Paró por recrearse en su corriente
La ternerilla, y vidóse espantable:
Vióse en su padre que iba transparente,
Con remolino y cuernos retorcidos,
Arma á su gran beldad desconveniente.
Quiso dar voces, pero dió bramidos;
De su figura y voz quedó espantada,
Corriendo montes, páramos y exidos.
¿Para qué huyes moza desdichada?
¿Qué miras? si la forma que te diéron
No es buena para en agua ser mirada.
Los pies al nuevo cuerpo te añadiéron,
No los quieras cortar que tal cabeza
Y tales miembros, tales pies pidiéron.
Tú aquella que pudiste ser combleza
A la hermana de Jove, y de su cama
Te atreviste á hurtar la mejor pieza;
Hecha novilla de amorosa dama,

Paces del verde campo la espesura,
Y mitigas tu hambre con la grama.
Bebes del arroyuelo y fuente pura,
Y en sus cristales cándidos y bellos
Espantada contemplas tu figura.
Tus cuernos ves, y admíraste de vellos,
Y aun los gobiernas con alguna cuenta,
Temiendo de herirte á tí con ellos.
Tú aquella que eras rica y opulenta,
Porque dexando Júpiter su cielo
Por tí, no lo tuviese por afrenta;
Con sumo oprobrio y sumo desconsuelo,
Siguiendo ese rigor de tu destino,
Desnuda duermes en desnudo suelo.
Corres orilla el mar con desatino
Por tierra y por el Inaco, y corriendo
La tierra, el rio, el mar te dan camino.
¿Quál es la causa por que vas temiendo?
O Io ¿dónde vas? ¿dónde caminas?
No puedes de tu forma irte huyendo.
Inaquia ¿á dó tus pasos encaminas?
La mesma de quien huyes, acompañas,
Y á ella (aunque huyendo corres) te avecinas.
Tú te eres compañera en las montañas,
Tú mesma en tus caminos te eres guia,
A tí te buscas, y de tí te ensañas.

Nilo, que al gran Neptuno censo envía.
Por siete grandes bocas, que qualquiera
Es tan capaz, que un piélago haria;
Desnudo de la piel horrenda y fiera
A la furiosa vaca, y con vitoria
El la gozó de su beldad primera.
¿Para qué de otros cuentos haré historia,
Que mis abuelos, padres y parientes
Me suelen dibuxar en la memoria?
¿Si estos mis daños, que me estan presentes,
Me dan materia para el llanto mio,
Que siempre manan de mis tristes fuentes?
Trata mi padre guerra con mi tio,
Y nosotras nos vemos despojadas
De nuestra casa, Reyno y Señorío.
Somos acá en lo último arrojadas
Del mundo, y con grandísimo improperio
Vivimos (si esta es vida) desterradas.
El goza airado todo nuestro Imperio,
Y nosotras con nuestro padre anciano
Vagamos con pobreza y vituperio.
De tanto hermano queda un solo hermano,
Y yo vengo á llorar los que muriéron,
Y á las que obráron hecho tan villano.
Porque quantos hermanos pereciéron,
Tantas hermanas me quitó la suerte,

Pues con la ofensa de ellos me ofendiéron.
De todos lloro la temprana muerte:
Estas y aquellos tomen á su cuenta
El llanto acerbo, que en su honor se vierte.
Vesme que por tu vida me atormenta
Mi padre, y si dilata su venganza,
Es para mayor pena y mas afrenta.
¿Qué pena se dará á quien se abalanza
A algun delito si me estan matando,
Por causa que era dina de alabanza?
Yo desdichada moriré, quedando
Un solo hermano; yo que por mi estrella
La centésima fui en aqueste bando.
Mas tú, ó Linceo, si esta mi querella
Te toca, ó si te acuerdas de la hermana,
Que por te dar la vida ha de perdella:
O si es de algun valor la soberana
Dádiva que te dí, dándote vida,
Que es quanto puede dar potencia humana;
Ven á darme favor que está oprimida
Tu esposa, ó con tu mano, á quien respeto,
La muerte me darás, que me es debida.
Y libre el cuerpo ya de tal aprieto,
Pégale fuego en la hoguera honrada,
Ya que en público no, será en secreto.
Recoge mi ceniza desdichada,

Y entiérrala con llanto y amargura,
Que bien merezco ser de tí llorada.
  Despues manda grabar esta escritura
Breve por mano artífice y maestra,
Sobre mi sempiterna sepultura.
  La desterrada y mísera Hipermnestra
Sufrió la muerte, que quitó á su hermano,
Injusto premio á tan piadosa diestra.
  Quisiera proseguir; pero mi mano
Se desfallece por el grave peso
De esta cadena, y lo que escribo es vano,
  Que el miedo ofusca al ánimo y al seso.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA DECIMAQUINTA.

Hecho el juicio de Páris en competencia de las tres Diosas, y habiendo este dado la sentencia en favor de Venus, partió á Grecia por haber en su poder á Elena, muger del Rey Menalao; y fue por Embaxador de su padre sobre la libertad de Hesiona, hermana de Priamo. Llegando pues á Grecia Páris fue recibido del Rey con grandísima pompa, y hospedado en su Real Palacio; y viendo conformar la hermosura de Elena con la noticia que Venus de ella le habia dado, así se enamoró de ella, que con señas y claras muestras le daba á entender su grande amor. Finalmente ofreciéndosele á Menalao ocasion de ausentarse de Esparta y de ir á Creta, queriendo Páris no perderla, la escribió esta carta, donde con galanísimo artificio le significa lo mucho que la ama; y con fuertes argumentos y razones la persuáde que se vaya con él á Troya, prometiéndola grandes riquezas y honras, que son los medios con que mas fácilmente se allanan y vencen las dificultades.

PARIS

A ELENA.

EPISTOLA DECIMAQUINTA.

Hija de Leda si se me concede,
Yo el Troyano amador, salud te envio,
La qual sola de tí venir me puede.
¿Debo hablar? ¿ó es tan grande el poderío
De mi fuego, que él mismo se pregona,
Sin serle necesario el pregon mio?
Mas de lo que conviene á mi persona
Se conoce mi amor, y es descubierto,
Pues tú me traes á Grecia y no Hesiona.
Holgara que este amor fuera encubierto
Mientras el tiempo corre; de manera,
Que el miedo cierto hace algo incierto.
Pero mal disimulo. ¿Quién pudiera,
Ni puede, ni podrá cubrir el fuego
Que con su misma lumbre reverbera?
Y si gustas, mostrándose él, que luego
Con viva voz te diga lo que siento,
Digo que me arde y quema el niño ciego.
Abrásome, y por tí vivo en lamento:

Ves aquí tienes en espacio breve
Palabras, que te anuncian mi tormento.
  Perdona al que á decírtelo se atreve,
Y acaba de leer esta escritura
Con el amor que á mi pasion se debe;
  No con airado pecho y cerviz dura,
No con torcido rostro ni estupendo,
Mas con semblante igual á tu hermosura.
  Ya ha rato que me alegro, porque entiendo
Que fue mi carta al puerto con bonanza,
Donde con tu piedad la estás leyendo.
  Y esta imaginacion me da esperanza
Que he de ser yo tu dueño, recibido
Con la clemencia que mi carta alcanza.
  La qual confirme el cielo esclarecido,
Y haga que de amor la madre hermosa
En vano no te me haya prometido.
  Ella me persuadió la peligrosa
Jornada, y soy traido como amante,
Por el divino impulso de esta Diosa.
  No incurras en pecado de inorante:
Deidad, y no pequeña, ha dado aliento
A empresa para mí tan importante.
  Grande es el premio que ganar intento,
Mas no indebido, pues la Citerea,
Pudiendo, te me ha dado en casamiento.

Yo, siendo ella mi guia, la Sigea
Playa dexé, cortando los instables
Caminos con la armada Phereclea.
Ella me dió los vientos favorables;
Y porque el mar mi navegar no impida,
Quietó sus ondas, hízolas tratables.
¿Y qué mucho que al piélago presida,
Le imponga leyes, alcabala y pecho,
Si es Diosa y en el piélago nacida?
Persevére, esté firme en mi provecho,
Y así como en el mar favor me há dado,
Favorezca al incendio de mi pecho.
Y al voto, al presupuesto enamorado,
Con que rendido estoy á tu gobierno,
Le traiga al fin y puerto deseado.
No soy qual piensas amador moderno,
Ni te amo solo desde que el divino
Rostro ví tuyo, estampa del eterno.
Conmigo el fuego en que me abraso, vino,
Tráxele yo, no le hallé en tu tierra,
Y este la causa fue de mi camino.
No porque el triste invierno me dió guerra,
Ni por error de altura ó desconcierto,
Que muchas veces en el mar se encierra.
Surgió mi flota en el Tenáreo puerto,
Ni creas que por oro ó grangeria

Abro del ancho mar el surco incierto.
  Los Dioses de la inmensa Monarquía
Guarden (como ellos pueden) mi riqueza,
Para que tuya sea como es mia.
  Ni vine á ver la Corte ni la alteza
Del Griego Imperio, ni las suntuosas
Ciudades, que amplifican su grandeza.
  Ciudades, torres, villas populosas
Tiene mi Reyno Dárdano, y mas gente
Que las hace mas ricas y abundosas.
  A tí busco, á tí quiero solamente,
A tí que eres la esposa á mi otorgada
De Venus, por lo qual te he amado ausente
  De mí fuiste primero deseada
Que conocida, y antes que te viera
Fuiste en mi mente vista y contemplada.
  La fama, que es y ha sido pregonera
De tu beldad, te puso en mi memoria
Tan bien grabada, como sello en cera.
  ¿Creerás esto de mí? pues fue tu gloria
Menor que la verdad, que representa
La perfeccion que en tí se ve notoria.
  La fama con exceso es avarienta
En publicar la luz que me da vida,
De tu belleza que mi ser sustenta.
  Mayor beldad hallé que prometida

Me fue, por donde juzgo que tu fama
De su propia materia está vencida.
Y así con justa causa ardió en tu llama
Teseo, y decretó con su prudencia
Ser dina de robar tan bella dama.
Mientras desnuda, pero con decencia
(Por ser costumbre antigua de tu gente)
Entraste en la palestra en competencia.
Donde tu cuerpo ilustre y excelente
Luchando con valientes justadores,
Dió muestras de perfecto y de valiente.
Alabo el hurto, y doyle mil loores;
Y admírome de ver que te volviese
Contra todas las leyes de amadores.
Que prenda de tan válido interese,
Fuera justo guardarla aunque muriera,
Dando mil vidas antes que la diese.
Primero mi cerviz se dividiera
De su cabeza que este tu Troyano,
Si te robara, te restituyera.
¿Quisiérate soltar esta mi mano,
Habiendo recibido tal recibo,
Como es tu cuerpo y rostro soberano?
¿Sufriera yo dolor tan excésivo,
Que de este seno que llegó á tocarte,
Te apartaras un hora siendo vivo?

Supongo me obligaran á tornarte;
A lo menos gozara tu belleza,
Por no pecar de corto en esta parte.
O cortara la flor de tu pureza,
O cogiera de tí lo que es posible
Coger, sin agraviar á tu limpieza.
Haz pues agora prueba convenible
De mí, verás mi fuego y mi constancia,
Verás que á Páris todo le es fatible.
Porque es de este mi ardor la exûberancia
Tal, que el ardor de mi hoguera ardiente
Solo podrá dar fin á su arrogancia.
En mas tuve un cabello de tu frente,
Que á quantos Reynos Juno me ofrecia,
Y ofrecerme pudiera eternamente.
Y por ceñir tu cuello solo un dia
Con dulce abrazo, he dado por ninguno,
Quanto saber Minerva me infundia.
Y esto fue quando Venus, Palas, Juno
Desnudas, y en discorde competencia
En Ida pareciéron de consuno.
Allí poniendo en pleyto y residencia
Sus cuerpos y bellezas, yo elegido
Fui, para dar entre ellas mi sentencia.
No estoy de haberla dado arrepentido,
Ni en elegirte á tí; seré juzgado

De haber con pecho rústico elegido.
Ratifico otra vez lo sentenciado,
Pues sin gozarte, no estimara en nada
Toda la ciencia y todo lo criado.
Ruegote pues, ó Reyna celebrada,
Tú que mereces ser de mi persona
Con tanto afan, y tanto amor buscada:
Que pues con la piedad se perficiona
La belleza, no humilles mi esperanza,
Antes le alienta, ensalza y galardona.
No busco tu consorcio ni alianza
Injustamente, ni es mi sangre indina
De tu valor, que igual valor alcanza.
No serás torpe y baxa concubina
Siendo mi esposa, que si te estimares
Por divina, mi casta es tan divina.
Si mi estirpe real escudriñares,
A Electra hallarás, y á Jove eterno,
Quando en otros abuelos no repares.
Mi padre tiene el cetro, y el gobierno
Del Asia, que es region la mas dichosa
De quantas mira el cielo sempiterno.
Es su capacidad tan espaciosa,
Que apenas podrá verse en dos edades,
Si la quisiese ver vista curiosa.
Verás soberbias, ínclitas ciudades,

Torres, cimborios, techos de oro fino,
Dinos de consagrarse á las deidades.
Verás el edificio peregrino
De el Ilion y el muro, cuyo asiento
Es fuerte, es inmortal, es diamantino.
Edificóse al son del instrumento
Armónico del padre de la lumbre,
Y así fue milagroso el fundamento.
¿Qué te diré de aquella muchedumbre
Del vulgo, y de los nobles que en la guerra
Es alcanzar vitorias su costumbre?
Tanta es la gente, que mi Reyno encierra,
Que sale ya á ocupar otras regiones,
Por no caber en Asia que es su tierra.
Saldránte á recibir en esquadrones,
De Troya las matronas placenteras,
A darte con amor sus corazones.
Allí te admirará con muchas veras
Ver que no caben dentro de las salas
Del Rey mi padre las hermosas nueras.
¡O quántas veces las volantes alas
Del espanto darás en tu memoria,
Viendo tanta riqueza y tantas galas!
Y dirás: al respeto de la gloria
Y opulencia que en Troya hemos hallado,
Quanto hay en nuestra Acaya es como escoria.

Mas vale lo que está depositado
En qualquier casa que mi Troya tiene,
Que todo lo que vale este Reynado.
Y no desprecio yo, ni me conviene
A Esparta despreciar, pues harto precio
Tiene con la beldad que en sí contiene.
La tierra en que naciste adoro y precio,
Besar tal tierra tengo por ventura,
Y en lo que vale el orbe y mas le aprecio.
Mas es tan pobre Esparta que se apura,
Si el ornato te da que te es debido,
Y en fin no es conveniente á tu hermosura.
Conviene que tal cuerpo esté vestido,
Y tenga de regalo quanto pueda,
Hasta beber del ámbar escogido.
Quando á caballo, ó platicando en rueda,
Soldados vieres de mi compañía,
Con tanto almizque, tanta joya y seda:
Podrás conjeturar la bizarría,
El aparato y término elegante,
Que en Frigia trae la que es cuñada mia.
Ríndete pues agora al que es tu amante;
Entrégame ese cuerpo soberano,
No difieras el dar para adelante.
Hermosa dama de solar Greciano,
No te desprecies de elegir esposo

De sangre Frigia y de valor Troyano.
  Troyano y de mi casta es el hermoso
Mancebo, del Dios Júpiter querido,
Y hecho su copero venturoso.
  Troyano fue el amante y el marido
De la rosada Aurora, y no por sello
Fue de ella con desden aborrecido.
  Troyano fue tambien el fuerte y bello
Anquises, de su Venus tan amado,
Quanto es el Ida buen testigo de ello.
  No pienso, si me viese comparado
Con Menalao en ánimo y belleza,
(Juzgando tú) yo fuese condenado.
  Ni suegro te daré de tal fiereza,
Que obligue con su atroz mantenimiento,
Que huya el sol con suma ligereza.
  Ni tengo abuelo rígido y sangriento,
Por muerte de su suegro, y que dé nombre
Al mar, dando á Mirtilo fin violento.
  Ni en toda mi prosapia verás hombre,
Que en el Estigio lago puesto viva
Con tanta hambre y sed que al Orco asombre.
  Pues si quiere gustar la fugitiva
Fruta y de la agua, se le van huyendo,
Esta hácia abaxo, aquella hácia arriba.
  ¿Pero qué me aprovecha, si trayendo

Su infame orígen de esta infame gente,
Te goza mi tesóro poseyendo?
Y por gozarte así, forzosamente
Ha de ser yerno del que rige y manda,
Como absoluto Dios onipotente.
Todas las noches ¡ó maldad infanda!
Posee tu lado, y de tu abrazo asido
Duerme en tu cama regalada y blanda.
Y á mí tan solamente es permitido
Verte á la mesa, y aun en esta mesa
Hay cosas que me tienen ofendido.
Tan cruel comida, cuna tan aviesa
Les venga siempre á quantos desamares,
Y á quantos de mi bien y amor les pesa.
Coman mis enemigos los pesares,
Gusten las hieles que me ordena y traza
El zelo entre los platos y manjares.
Pésame ser tu huesped quando enlaza
En mi presencia tu divino cuello,
Y á mi pesar el rústico te abraza.
Deshágome, y de envidia muero en vello,
Quando te cubre con su ropa ¡ay loco!
¿De qué me sirve hacer memoria de ello?
Y tocando la gloria que no toco,
Procura con sus dichos requebrarte,
Aunque de discrecion alcanza poco.

Tal vez queriendo el bárbaro besarte,
Tomé la taza y hice que bebia,
Por cubrirme la vista y no mirarte.
Tal vez quando en sus brazos te ponia,
Y con su pecho indino te apretaba,
Los ojos humillaba y no lo via.
El bocado en la boca se aumentaba,
Y cubriendo mis ansias con rebozos,
Sin mascarlo por fuerza lo tragaba.
Mil veces dí suspiros y sollozos,
Mas tú como la uva y tierna dama,
Nunca pudiste refrenar tus gozos.
Mil veces este fuego que me inflama,
Quise apagar con vino, y creció el fuego,
La una llama atizando á la otra llama.
Mil veces por no ver la trisca y juego
En que los dos estabades, al punto
Volviendo el rostro me mostraba ciego.
Mas rezelando de quedar difunto,
Volví mis ojos á tus ojos claros,
Como á divino y celestial trasunto.
En trances tan dudosos y tan raros,
Carezco de eleccion y titubeo,
Que aunque remedios hallo cuestan caros.
Duéleme el alma si estas cosas veo,
Y en no viendo tu rara gentileza,

Mi dolor crece, y crece mi deseo.
  Quanto es posible á humana fortaleza,
Disimular procuro el fuego airado,
Que el cielo enciende y sopla tu belleza.
  Mas muéstrase el ardor disimulado,
Que amor no puede estar siempre escondido,
Ni el fuego puede estar siempre ocultado.
  No finjo amarte, ni es mi amor fingido,
Sientes mis llagas, mi tormento sientes,
Eres discreta, y tienesme entendido.
  Y ¡oxalá mis pasiones vehementes
Nadie las infiriera ni alcanzara!
Mas tales son que al mundo estan patentes.
  ¡Ay! quantas veces me cubrí la cara,
yendo á llorar, porque tu necio esposo
La causa de ello no me preguntara!
  ¡Ay! quantas veces como cauteloso,
Despues de haber bebido, referia
Algun cuento de amores mentiroso!
  Y á cada punto y pausa que hacia
Miraba tu beldad, manifestando
Con esto, que mi historia te decia.
  Y el cuento en nombre ageno disfrazando,
Indicio de mi amor te dí bastante,
Y de este incendio, en que me estoy quemando.
  Yo soy, si no lo sabes, el infante

Propuesto con equívoca aparencia,
Y así tú eres la dama, y yo el amante.
  Tambien mas de una vez en tu presencia
Fingí embriagarme por decir razones
Llenas de atrevimiento y de licencia.
  Y acuérdome, á pesar de mis pasiones,
Que suelto acaso aquel cendal ó lista,
Que de oro y seda sobre el pecho pones;
  Un cielo empireo se mostró á mi vista;
Poco es el cielo, pues que ví tu pecho,
Que al cielo ilustra, y al amor conquista.
  No es nieve, pues la excede, ni fue hecho
De blanca leche y de jazmin preciado,
Que ante el todo blancor queda deshecho.
  El cisne, en quien fue Jove transformado,
Por coger de tu hermosa madre el censo,
Fue negro con tu pecho comparado.
  Quedé elevado, atónito y suspenso
Con el objeto raro y soberano;
Y aun hoy me elevo si en su vista pienso.
  Esto fue en punto, que á beber ufano
La taza alzaba, y como me turbaste,
Se me cayó la taza de la mano.
  Demas de esto, las veces que besaste
A Ermione, tu hija, en ese punto
Los besos le quité, que me quitaste.

Ya recostado á traza de difunto
Canté viejos amores, porque oyeses
Como llevaba amor el contrapunto.
Ya, porque mis concetos entendieses,
Hice con rostro y dedos muchas señas,
Con tal ardid, que sola tu las vieses.
Y á las dos mas queridas de tus dueñas
Etra y Cleméne tuve atrevimiento
De hablallas con caricias halagüeñas.
Mi secreto les dixe y mi tormento;
Mas son hembras en fin; ellas calláron,
Y tímidas huyéron como el viento.
La palabra en la boca me dexáron,
Y sin oir mi peticion entera,
Mis ruegos con su miedo amedrentáron.
¡Pluguiera al cielo, á Júpiter pluguiera,
Que una aventura, lucha ó justa hubiese,
Donde tu hermosura el premio fuera!
¡Y que en lugar de lauro se le diese
Al vencedor dichoso gloria tanta,
Que ser tu amado esposo mereciese!
Que así como Hipoménes á Atalanta
Ganó, primero al término llegando,
Con mas cautela y mas ligera planta:
Y como el fiero Alcides, quebrantando
Los cuernos de Aqueloo, quedó glorioso,

De Deyanira y su beldad gozando:
 Así de estas vitorias envidioso,
Yo fuera mas feroz, mas atrevido,
Pues esperaba premio mas honroso.
 Tuvieras mi ardimiento conocido;
Supieras que eras obra de mi mano,
Y premio á mis sudores concedido.
 Mas si en aquesto espero, espero en vano;
Solo resta pedir que no te pese,
Que te importune el amador Troyano.
 Permite por tu gusto y mi interese,
(Si no te ofende ya mi atrevimiento)
Que tus hermosos pies abrace y bese.
 ¡O honor de tus hermanos y ornamento,
Y diña (á no ser hija del sagrado
Júpiter) de su union y casamiento!
 ¡O! vuelva yo contigo al puerto amado
De Troya, ó quede aquí cenizas hecho,
Aborrecido, muerto y desterrado.
 No me rompió liviana flecha el pecho,
No tengo parte en las medulas sana,
El mesmo corazon siento deshecho.
 Esto profetizó mi sabia hermana;
(Acuérdome muy bien) que yo seria
Llagado de saeta soberana.
 Elena hermosa, luz del alma mia,

Así conserve el cielo tu hermosura,
Y acuda á darte gusto y alegria:
Que esta mi voluntad síncera y pura,
No quieras despreciar, mi amor recibe,
Pues lo ofrece mi estrella y mi ventura.
Mas concetos se ofrecen, que te escribe
Mi tarda mano, y á callar me obliga
La ley, que ser prolixo me prohibe.
Y para que en presencia te los diga,
Recibeme una noche en tu aposento,
Y sabrás por extenso mi fatiga.
¿Has cobrado por este atrevimiento
Vergüenza alguna? ¿ó quebrantar rezelas
La casta fe debida al casamiento?
¡Ay simple entre las niñas simplezuelas,
Por no llamarte rústica y salvage!
En vano temes, sin provecho velas.
¿Piensas que esa beldad con ese trage
Se puede conservar tan pura y clara,
Que á amor no reconozca vasallage?
Una de dos, ó múdate la cara,
O ablanda el alma inexôrable y dura,
Que no es de suyo la belleza avara.
Entre la castidad y la hermosura
Hay disension y guerra perdurable,
Y raras veces tiene paz segura.

El amoroso hurto deleytable
Ha sido siempre, y es acá en el suelo
A Júpiter y á Venus agradable.
Este te ha dado á quien gobierna el cielo
Por padre; ¿qué disculpa pues te queda
Para poder negarme este consuelo?
Y si el ardor del padre el hijo hereda,
Casta no puede ser, pues tu simiente
Procede, y es de Júpiter y Leda.
Entonces serás casta y continente
Quando Troya nos tenga y nos posea,
Gozándote conmigo solamente.
Comencemos la lucha y la pelea,
Que despues el gozarme por marido,
Bellísima la hará si agora es fea;
Si no es que la adorada en Chipre y Gnido,
Por darme sobresaltos y zozobras,
En vano te me hubiese prometido.
Y pues en discrecion á todos sobras,
Advierte que lo mismo te amonesta
Tu esposo, no con dichos, mas con obras.
Ausentóse de aquí, porque dispuesta
Quedases á mi bien, y su presencia
No fuese impedimento á nuestra fiesta.
Para ir á Creta y ordenar ausencia,
Nunca se le ofreció tiempo en su vida

Mejor. ¡O Rey de grande providencia?
El se partió, diciéndote en su ida:
Amada y bella esposa ten cuidado
Por mí del huesped que nos vino de Ida.
Mas tú ¡ó cruel! desprecias el mandado
De tu marido ausente, y no te curas
Del huesped que te ha sido encomendado:
¿De este tu esposo y de sus sienes duras,
De su rusticidad y amor villano
Esperas mas regalos y dulzuras?
¿Piensas que ha de saber, ni es en su mano,
Saber hacer estima del divino
Tesoro de tu cuerpo soberano?
Engañaste, y proballo determino;
Si tu belleza y prendas estimara,
No las fiara así de un peregrino.
Y quando con moverte no bastara
Mi ruego humilde, ni mi ardor que crece
Y sube al cielo, y aun allí no para:
Tu esposo, que de mí se compadece,
Obliga y fuerza, que los dos gocemos
De la comodidad que él nos ofrece.
Si esta resbala y se nos va, seremos
Tan necios, que en ser necia y yo inorante
A tu necio marido venceremos.
Y pues te traxo á casa nuevo amante,

Y casi con sus manos me ha traido,
Do gozo el esplendor de tu semblante:
  Abraza la ocasion que te ha ofrecido,
Cumple su gusto, y usa en tu provecho
De la simplicidad de tu marido.
  Tú sola estás en tu desierto lecho;
Yo duermo solo en mi desierta cama,
Si duerme el que al amor tiene en el pecho.
  Gocémonos los solos, bella dama,
Y en el secreto de la noche fria
O ven do estoy, ó donde estás me llama.
  Aquella noche para mí seria
(De mas de ser mi gloria y mi contento)
Mas clara, y de mas luz que el medio dia.
  Allí me obligaré con juramento
A todas quantas cosas me obligares,
Y me uniré contigo en casamiento.
  Allí, si de mi crédito fiares,
Daremos traza, pues que dalla puedo,
De irnos á Troya quando lo ordenares.
  Si te ocupa vergüenza, ó tienes miedo
De dar indicios, que espontaneamente
Sigues mis pasos y amoroso enredo;
  Yo me publicaré por delinqüente,
Confesaréme por ladron y reo,
Y quedarás del crímen inocente.

Imitaré la empresa de Teseo,
De tus hermanos seguiré la historia,
Y así veré cumplido mi deseo.
No te pude traer á la memoria
Mas vivo exemplo, mas activo y fuerte,
Para rendirte y alcanzar vitoria.
Robóte aquel por su dichosa suerte,
Y estos á las Leucipidas robáron,
Yo quiero ser el quarto, y no perderte.
Las naves que en tu honor se fabricáron
En Troya y mis fortísimas galeras,
Tú sí demandan, y tú sí esperáron.
Armas y gente, remos y banderas
Tienen, no temas de embarcarte, y luego
Saldrán cortando el piélago ligeras.
Y puesta en salvo con aplauso y juego
En Frigia, como Reyna poderosa,
Gozarás de descanso y de sosiego.
Irás por sus Ciudades ¡rara cosa!
Triunfante; y por do quiera que pasares
El pueblo te honrará como á su Diosa.
Terná alfombras la tierra que pisares,
Y el Etiopiso Cinamomo al cielo
Dará su olor, quemado en tus altares.
La víctima, que allí con santo zelo
Se te ofreciere, con sus pies y manos

Hiriendo, ofenderá al sanguíneo suelo.
  Mi padre, mis hermanas, mis hermanos,
Mi cortés madre, hembras y varones,
Los nobles, los plebeyos y villanos:
  Con músicas, con himnos, con canciones
Celebrarán tu fiesta, y por honrarte
Te ofrecerán innumerables dones.
  ¡Ay de mí! que no puedo aquí explicarte,
De lo que allí verás en honra tuya,
De la centena parte, la una parte.
  Mas porque en breve epílogo concluya,
En Troya aquel honor te será dado,
Segun tu alteza y la potencia suya.
  Ni hayas temor que habiéndote robado,
Con guerras te persiga tu marido,
Ni junte Grecia su esquadron armado.
  Tantas damas hurtadas como ha habido,
¿Dí quándo á fuerza de la lid sangrienta,
Quándo, dime, las han restituido?
  ¿Dónde la historia un exemplar presenta?
Y siempre en tal suceso, en tal desgracia,
Mas es que la verdad lo que se cuenta.
  Robó á la bella Oritia el Rey de Tracia,
Y no por eso Tracia tuvo guerra,
Antes se echó á Aquilon esta falacia.
  Hurta Jason con el valor que encierra

A Fasida, y su Colcos cerró el labio
Sin dañar á Tesalia ni á su tierra.

Teseo el fuerte, y mas que fuerte sabio,
Robó á Ariadna como á tí, y con esto
Vemos que Minoos no vengó su agravio.

Y así por los exemplos que he propuesto
Consta que en tales casos el espanto
Es mayor que el peligro manifiesto.

Mas finge, si quisieres, todo quanto
Puede venir de guerra acelerada;
Júntese Grecia á procurar mi llanto.

Fuerza hay en Páris, y aun será doblada,
Que si en tratar de amor soy excelente,
Tambien lo soy en gobernar la espada.

Ni es de menor potencia la eminente
Asia que vuestra Grecia, pues le sobra
Multitud de caballos y de gente.

Ni terná Menalao para esta obra
Mas ánimo que yo, ni estando armado
Cobrará mas vigor que Páris cobra.

Siendo muchacho recobré un ganado,
Dando la muerte á muchos enemigos,
Por lo qual fuí Alexandro intitulado.

Siendo muchacho á todos mis amigos
En la lucha vencí, y de esto Ilioneo
Y Deifobo serán nobles testigos.

Y no entiendas que solo el brazo empleo
Sobre el contrario que me ofende junto,
Que junto y lejos con valor peleo.
Tengo en el arco tanto pulso y punto,
Que siendo de mi brazo sacudido
El blanco enclavo, do la flecha apunto.
No me puedes contar de tu marido
Tales hazañas, ni en aquesta ciencia
El grande Atrida quedará instruido.
Pero si porfiares que en potencia
Me iguala, y que el exército Greciano
Compite con mi Troya en excelencia:
En quanta gente se juntare en vano,
No me darás ¡ó imágen de belleza!
Un Hector de las prendas de mi hermano.
El solo, por su mucha fortaleza,
Vale por un millon, cuyo denuedo
Es mas bravo y feroz que la fiereza.
No sabes quanto valgo, quanto puedo;
Inoras con quien has de ser casada,
Orígen y principio de tu miedo.
Segura está, que no serás buscada
De Griega flota, y si buscada fueres,
La Grecia será triunfo de mi espada.
Ni habré en desprecio convocar poderes,
Ni dar batallas por tan bella esposa,

Pues mas mereces tú, por ser quien eres.
Que quanto es una joya mas preciosa,
Mas cuesta, y quanto el prémio es mas notable,
Es tanto mas la empresa peligrosa.
Tambien redunda en tí gloria admirable,
Que á causa tuya el mundo tenga guerra,
Siendo tu fama y nombre perdurable.
Sal pues con fausto agüero de esta tierra,
Y tu esperanza en mi valor confirma,
Y las promesas que esta carta encierra
Me pedirás en fe de esta mi firma.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA DECIMASEXTA.

Muchos afirman que esta epístola no es de Ovidio, sino del Poeta Sabino, contemporáneo de Ovidio, el qual respondió á todas estas epístolas, como el mismo Ovidio lo manifiesta en el segundo libro de sus Elegías, escribiendo á su amigo Marco, donde dice: Quam cito de toto rediit meus orbe Sabinus &c. *Con lo qual no prueban su opinion, pues nombrando de industria Ovidio todas las epístolas, á que respondió Sabino, no nombra la de Páris ni la de Elena, sino es mas abaxo en la misma Elegía, quando nombrándolas por suyas, dice:*

Et Paris est illic, et adultera nobile crimen,
Et comes extincto Laodameia viro.

Demas de esto es tenida por de Ovidio de todos los hombres doctos, y á mi pobre parecer en ninguna de sus epístolas mostró mas artificio, mas pensamiento, mas doctrina que en esta de Elena, aunque todos á la de Safo conceden la palma. Recibiendo pues Elena

la carta de Páris, como quisiese condescender á su peticion, le respondió en esta; en la qual Ovidio con admirables colores retóricos, pone la naturaleza y condicion variable de la muger, que no está firme en el temor de Dios. Ya se muestra grave, ya afable; ya rigurosa, ya mansa; ya niega, ya concede; ya suelta, ya ata; ya le despide, ya le da esperanza, dándole ocasion de que se atreva y persevere; y en fin se remite á dos secretarias suyas, en cuyas manos tenia depositado su secreto.

ELENA

A PARIS.

EPISTOLA DECIMASEXTA.

Ya que con artificio nunca oido
A mi ojos, á mi y á mi belleza
Violó tu carta, o huesped atrevido:
Parece que me obliga mi grandeza
A responder; y no es pequeña gloria
Inclinar mi valor á tu baxeza.
¿Has osado otra vez por transitoria
Deletacion de amor, di peregrino,
Traido por tu mal á mi memoria?
¿Has osado otra vez con desatino
Las leyes quebrantar del hospedage,
Que guarda el mundo como don divino?
¿Acostumbras fiando en tu linage
Solicitar las Reynas, que casadas
Guardan del matrimonio el homenage?
¿Con este intento fuéron arribadas,
Tú y tus gentes de hambre casi muertas
A mi puerto, do han sido regaladas?
¿Solo por esto las reales puertas,

Aunque veniste de diversa gente,
Tuviste con amor y aplauso abiertas?
¿Es por ventura paga conveniente
Del hospedage, que en mí esposo hallaste,
La injuria que le tramas torpemente?
Quando en mis puertos y en mi casa entraste,
¿Eras huesped, di Páris, ó enemigo,
Que con nombre de huesped me engañaste?
Bien sé que aunque es la queja que prosigo
Justa, he de ser por tu sentencia vana,
Rústica y descortes en lo que digo.
Mas sea inhábil, rústica y villana,
Con tal que en la vergüenza esté constante,
Y el mundo no me inculpe de liviana.
Si no tengo severo mi semblante,
Ni en público me muestro rigurosa,
Fantástica, intratable y arrogante:
Es á lo menos ínclita y gloriosa
Mi fama, y he vivido sin pecado,
Aunque parezco poco escrupulosa.
Y no puede alabarse hombre criado,
Que ha tenido favor de mí, y me ofende
Quien tal contra mi honor ha imaginado.
Y lo que mas me admira y me suspende,
Es contemplar tu necia confianza,
Que tan barata á tu querer me vende.

No sé que causa ó que razon álcanza
Tu pobre seso (si posees alguno)
Que de adquirir mi amor te dé esperanza.
Porque el heroyco nieto de Neptuno
Por fuerza me robó, siendo el efecto
(Por ser yo niña) frívolo y ninguno:
Te ha parecido á tí como indiscreto
Ser digna que otra vez fuese hurtada
A Menelao perdiéndome el respeto?
Si siendo requerida y requebrada
Me dexara hurtar, entonces fuera
De todo el mundo con razon culpada.
Mas si con mano tremebunda y fiera
Me arrebató, ¿qué culpa he cometido,
Sino es el no querer lo que él quisiera?
No sacó fruto de me haber cogido,
Antes volví sin daño y detrimento;
Solo pasé el temor, que no he perdido.
Y quando mucho tuvo atrevimiento
De me besar en ocasiones raras,
Sin ir mas adelante con su intento:
Tú (segun tu maldad) no te agradaras
Con esta primer fruta de los labios,
Ni en verme niña y tierna repararas.
Hiciéronle mejor los Dioses sabios,
Haciéndole de tí desemejante,

Por atajar su daño y mis agravios.
  Volvióme intacta el valeroso amante,
Disminuyendo el caso atroz y feo
Con su modestia dina que se cante.
  Pesóle al mozo del enorme empleo
¿Y por ventura es bien que le pesara
De su rapiña al ínclito Teseo,
  Porque en su robo Páris le heredara,
Y en las lenguas del vulgo mentiroso
Mi nombre y opinion periclitara?
  Ni me enojo por verte así animoso,
(Que contra un amador ¿quién puede ayrarse?)
Sino es que este tu amor es alevoso.
  Y aun dudo si es seguro confirmarse
Tu amor por verdadero y sin mudanza,
Que es fácil el varon para mudarse.
  Dudo, no por faltarme confianza
De mi beldad, ni porque desespero
De la hermosura que mi rostro alcanza;
  Mas porque atentamente considero,
Que es dañoso á las damas y á sus nombres
Creerse y confiarse de ligero.
  Y es fama entre nosotras, no te asombres,
Que no decís verdad jamas en cosa,
Y que sois falsos y sin fe los hombres.
  Dirás que no hay muger casta y hermosa,

O que á lo menos entre las mas bellas
Es rara y singular la vergonzosa.
¿Pues quién me veda á mí vivir entre ellas?
¿Y ser entre las rara, rara y casta,
Si hay firme, firme; estrella si hay estrellas?
Y si imaginas, que mi madre basta
Para que con su exemplo y vituperio
Yo peque, en vano tu saber se gasta.
Contempla que mi madre en su adulterio
Excusa tuvo, pues que fue engañada
Con falsa imágen llena de misterio.
Con blanca pluma estaba disfrazada
La Deidad del que rige aquella estancia;
Que es por los altos Dioses habitada.
Ningun engaño, fuerza ni inorancia,
Si yo peco, me excusa, ni habrá velo
Con que pueda cubrir mi exôrbitancia.
Ella si erró, discúlpela su zelo,
Su vicio redimió por ser causado
Del autor que preside en tierra y cielo.
Mas si yo triste hubiese adulterado,
¿Qué Cisne, que Dios Júpiter me dieras,
Con que fuera mi error calificado?
Tu sangre y tus abuelos exâgeras,
Tu regio nombre has bien encarecido,
Bien te alabas, ilustras y ponderas.

Mi linage es del orbe conocido,
Mi clara estirpe al resplandor Febéo
Deshace con la lumbre que ha adquirido.
Quiero callar á Tántalo y á Atréo;
A Pelope y á Tindaro famoso,
Y á los demas parientes que poseo.
Basta decir que á Júpiter glorioso
Me dió por padre la engañada Leda
Por el fingido cisne cauteloso.
Agora ve y pública con faz leda
De tus ilustres padres la simiente,
Verás tu orgullo quan ajado queda.
Con Priamo el magnánimo y prudente
Señala á Laomedonte, y su osadia,
A los quales venero acá en mi mente.
Mas el que da valor, y nombradia
A tu noble prosapia, es quinto en ella;
Y es el primer cimiento de la mia.
Y bien que entienda que tu Troya bella
Es rica, y que su cetro es soberano,
Y que tú bastas para ennoblecella;
Mas no me persuado que el Greciano
Imperio, en magestad y fortaleza
Es de menos quilates que el Troyano.
Y si es inferior en la riqueza,
Y en número de gentes nuestra Esparta,

Tambien lo es Troya en término y nobleza.
Y tanto oro me promete esta tu carta,
Que á nuestras Diosas en su eterno coro
Mueve, y del casto intento las aparta.
  Mas si ya los umbrales del decoro
Quisiera traspasar como atrevida,
Hiciéralo por tí no por el oro.
  O guardaré mi honor toda mi vida,
O siguiéndote iré por mil regiones,
Antes de amor que de tu dar vencida.
  Ni desprecio tus dádivas y dones,
Que siempre son las dádivas preciosas,
Y en ser tú quien las das, valor les pones.
  Mas lo que mas me agrada en estas cosas,
Es tu amor firme, y que por causa mia
Acometas empresas peligrosas.
  Y que trayendo por tu norte y guia
A tu esperanza de ese mar insano
El agua dividieses cana y fria.
  Noto tambien las señas que tu mano
Hace en la mesa, aunque con pecho invito
El rostro esfuerzo, y disimulo en vano.
  Tal vez me miras tan de hito en hito,
Que resistir tu vista no pudiendo
Mis ojos á la tierra precipito.
  Tal vez suspiras, y tal vez cogiendo

Mi vaso, bebes por la misma parte
Que primero me viste estar bebiendo.
¡Ay! quantas veces para declararte,
Con rostro, y con los dedos me hablabas;
Supliendo las palabras con el arte!
Y las mas de ellas cómo te elevabas,
Temí que no las viese mi marido:
Con tan poco recato las obrabas.
Y del temor que tuve concebido,
Dí bastante señal en tu presencia,
Mostrando el rostro cándido encendido.
Mil veces dixe, viendo tu insolencia:
Este es amante, y es desvergonzado,
Y no ha salido falsa mi sentencia.
Tambien en aquel círculo dorado,
Que está en la mesa con primor dispuesto,
Y en él mi nombre con buril grabado!
Leí debaxo de mi nombre aquesto:
Ámola: y claramente lo decia,
Que con letras de vino estaba puesto.
Mas con los ojos respondí este dia,
Que negaba el creerlo, y ya ¡ay cuitada!
Sé, que se puede hablar por esta via.
Si hubiera de quebrar la fe guardada
A mi marido, la quebrara agora,
Que estoy de tus caricias obligada.

Es tu rostro tambien como la aurora
Bello, yo lo confieso, pues inflama
Pechos, y con su luz los enamora.
Y puédeste preciar qualquiera dama
De ser de un varon amada esposa,
Y de alcanzar tan venturosa cama.
Mas goce tanto bien la que es dichosa,
La que sin culpa y sin error notable
Puede gozar su juventud hermosa.
Mi honor se muestre firme, incontrastable
No se rinda al amor lascivo injusto,
Haga mi nombre eterno y perdurable.
Aprende con mi exemplo santo y justo,
A poder carecer de lo hermoso,
Que es virtud la abstinencia de tu gusto.
Dime atrevido, dime cauteloso:
¿Quántos mancebos piensas que pretenden
Lo que pretendes tú como animoso?
¿Piensas que solos ven, solos trascienden
Tus ojos? ¿piensas que me faltan ciento
Que esten ardiendo? pero no me ofenden.
No tienes tú mejor entendimiento
Que ellos, ni miras mas en mi belleza;
Solo en ti encuentro mas atrevimiento.
Ni tienes mas valor, más fortaleza,
Mas corazon, mas ánimo en la espada;

Menos vergüenza sí, menos firmeza.
Entonces yo quisiera que en tu armada
Vinieras, quando siendo yo doncella,
Era de muchos nobles demandada.
Que si allí viera tu presencia bella,
Entre cien mil tú fueras elegido,
Porque me inclina á te querer mi estrella.
Y en esta mi eleccion que he dicho,
Por ser tan justa; quando esté agraviado,
Alcanzaré perdon de mi marido.
Tarde vienes al gozo ya usurpado,
Otro posee tu bienaventuranza,
Otro ha el objeto de tu amor logrado:
Fue tarde, tibia y floxa tu esperanza,
Salióte azar la suerte y peligrosa,
Pues lo que pides, otro ya lo alcanza.
Aunque hubiera gustado ser tu esposa,
No por eso yo soy del grande Atrida
Muger forzada, pero soy forzosa.
Ruégote por tu amor y por tu vida,
Que no enciendas mi pecho en vivas llamas
Con esa tu retórica fingida.
No me dañes, pues dices que me amas,
Dexa que guarde sin mostrarme aleve
Mi triste suerte, que en tu carta infamas.
Ni por un gusto momentaneo y breve

Quieras robar con sumo desconcierto
Aquel despojo que á mi honor se debe.
  Dirás que Venus hizo este concierto,
Quando en el valle Idéo, que de rosas
Poblado estaba y de jazmin cubierto,
  Te mostráron desnudos las tres Diosas
Sus cuerpos bellos, por llevar sentencia
De hermosura como mas hermosas.
  Prometió Juno Reynos y opulencia,
Palas saber, y Venus mi hermosura,
Dándote á la Tindárida en tenencia.
  Fábula me parece y gran locura,
Que sujetasen á tu pobre mente
Su perfeccion las Diosas de la altura.

. . . .

. . . .

. . . .

  No creo que en su litis y juicio,
Me pusiesen por precio á tu rudeza,
Pues era en mí deshonra y perjuicio.
  No estimo en tanto grado mi belleza,
Que piense que por don ha de ser dada
De una deidad de soberana alteza.
  Contenta estoy con solo ver loada
Mi gran beldad, que es harto desengaño
Ser de todos los hombres aprobada.

Aunque rezelo algun oprobrio y daño
En que Venus me alabe, porque veo
Que de envidia me ordena algun engaño.
Mas no quiero negar, todo lo creo;
Apruebo esta alabanza por posible,
Que ¿cómo he de negar lo que deseo?
Ni te enciendas en cólera inflexîble,
Por verme tan incredula y severa:
Que apenas lo que afirmas, es creible.
Es pues de mis grandezas la primera
Haber mi rostro á Venus agradado,
Siendo de mi belleza pregonera.
La segunda es haberme tú estimado,
Por sumo precio para tu grandeza,
Y por corona y prez de tu Reynado.
Preferiste de Elena la belleza
A los Reynos de Juno y su privanza,
Y á Palas, á sus ciencias y riqueza.
Luego pues soy tu Imperio y buena andanza,
Tu ciencia, tu virtud y tu provecho,
Todo tu honor y bienaventuranza,
Terné de hierro y de diamante el pecho,
Si esa gran voluntad y amor del tuyo
No aceto, ó como ingrata lo desecho.
Mas dudo, y como timida rehuyo
De amar á aquel que apenas imagino

Poder ser mio, por tener ya cuyo.
Y ¿ De qué sirve intentar con desatino
Arar la playa, cultivar la arena,
Ni por las ondas señalar camino?
¿De qué sirve esperar en cosa agena,
Ni pretender su fruto peligroso,
Pues el lugar y el tiempo nos condena?
Para el fruto de Venus amoroso
Inhábil soy, que nunca he hecho ofensa
(Los Dioses son testigos) á mi esposo.
Tambien agora que tu amor dispensa
Que te responda en esta carta breve,
Lo tiene el alma á novedad inmensa.
La mano apenas del temor se mueve,
Y siente por notable pesadumbre
El nuevo oficio que á tu fe se debe.
¡Dichosa la que tiene de costumbre
Servirse de un amante y otro amante,
Rompiendo la aspereza de esta cumbre!
Yo de amorosos gustos inorante,
Tengo por muy dificil y pesado
El camino de culpa semejante.
Ya me ofende el temor de haber pecado,
Y antes de cometello me confundo,
Que es propia la inquietud del mal estado.
Ya pienso que me mira todo el mundo,

Y ve escritas mis culpas en la frente;
Que no hay secreto, do hay amor inmundo.
Ni esto imagino temerariamente,
Que ciertas detracciones he sentido
Contra los dos de la plebeya gente.
Y Etra diversos chismes me ha traido
Que al vulgo oyó, que todo se revela,
Y piensa el amador que no es sentido.
Pero tú disimula con cautela,
La llama esconde de la vela que arde,
Sino es que gustas de apagar la vela.
¿Mas por qué causa, como vil cobarde
La has de apagar? pues encubrilla puedes,
Disimula, y espera que no es tarde.
Ama, pretende, pídeme mercedes,
Pero secretamente y con prudencia,
Que á veces tienen ojos las paredes.
Por haber hecho Menalao ausencia,
Aunque nos dió ocasion, no es justa cosa
De aquí tomemos pública licencia.
El se ausentó por ocasion forzosa,
Causa hubo justa en este apartamiento,
No te parezca, ó Páris, maliciosa.
Partióse, y con mi expreso mandamiento,
Porque dudando si ausentarse habia,
Le dixe, vé, mas vuélvete al momento.

El recibió por buen agüero y guia
Ir con mi gusto, y del contento ufano,
Mil ósculos me dió con alegria.
Mi casa, dixo, fio de tu mano,
Guarda mis caxas de tesoro llenas,
Regala, y ten cuidado del Troyano.
La risa pude contener apénas;
Y oprimiendo su fuerza insuperable,
Le respondí, haráse como ordenas.
A Creta fue con viento favorable,
Mas no por eso te será decente
Todo lo que á tu gusto es agradable.
Si está de Esparta mi marido ausente,
No sabes. Que el Rey tiene largo el brazo,
Y me puede guardar como presente.
Tambien la fama es carga y embarazo,
Y temiendo, á mi puerta dé aldabadas,
Alguna afrenta huyo de su lazo.
Que quanto mas nosotras alabadas
Somos del mundo, tanto mas rezelan
Nuestros maridos de nos ver robadas.
Y aquella gloria, en cuyas alas vuelan
Mi fama, mi opinion y mi contento,
Y agora en verme casta me consuelan:
Me estorba, daña, y me es impedimento
Para gozar de la amorosa llama,

Que enciende en mí tu gran merecimiento.
Mejor me fuera defraudar mi fama,
Que á mi deleyte, y consentir se pase
Sin fruto el tiempo que á tu amor me llama.
Y no te admires porque se ausentase
Con tan poca prudencia mi marido,
Y que sola y contigo me dexase:
Fuese, y dexóme por haber tenido
Satisfaccion de mi inculpable vida;
Y de la castidad con que he vivido.
Temió de la beldad que en mí se anida,
Mas hizo de mis obras confianza:
Que á la que es buena, á ser lo mas convida.
Mi bondad le asegúra la bonanza,
Y en ser hermosa teme la tormenta,
Que el hombre de honra siempre está en balanza.
Dices, no pierdas, ni perder consienta
La cómoda ocasion de nuestro enredo,
Que mi simple marido nos presenta.
Yo temo y quiero, mas querer no puedo,
Por no estar á querer determinada,
Y así apetezco lo que estorba el miedo.
Yo duermo sola, porque fui dexada
De mi esposo, y tambien tú duermes solo,
Y á tí y á mí la soledad no agrada.
Tú me tienes amor, porque en el Polo

Nuestro no has visto rostro como el mio;
Y yo te estimo como á nuevo Apolo.
Las noches son prolixas, y grande el frio;
Departimos los dos nuestros decretos;
Si cantas, oigo; si te burlas, rio.
Eres blando y suave en tus concetos;
Y una posada ¡ay mísera! un tejado
Nos cubre, y nos encubre los secretos.
Todas las menudencias que he contado,
Si no me fuerzan á te dar contento,
Muera de triste fin arrebatado.
¡Oxalá, como puedes á tu intento
Persuadirme, de cierto tu pudieras
Obligarme á cumplir tu pensamiento!
De esta manera, sin dudar, vencieras;
Rompieras la rudeza de este pecho,
Y esta vergüenza y miedo deshicieras.
Es muchas veces el agravio hecho
De fuerza á una matrona provechoso,
Pues goza del deleyte á su despecho.
Así mi estado fuera venturoso,
Si por fuerza escalaras este muro,
Quedando yo forzada y tú gozoso.
Pero de mi consejo es mas seguro,
Que resistamos al principio ciego
Del nuevo amor, pues es amor impuro.

Que quando empieza á fomentarse el fuego,
Con poca cantidad de agua esparcida,
Sobre él se apaga, y se aniquila luego.
Ni puede amor tener cierta cabida
Con huéspedes, que yendo caminando
Ellos, tambien su amor va de corrida.
Y quando está la dama imaginando,
Que no hay torre mas firme que su amante,
Le ve partir y quédase llorando.
Es buen testigo Isifile Toante,
La Minoya Ariadna es buen testigo,
Bien es que tema caso semejante.
Ambas en soledad y sin abrigo
Lloran el fruto que les fue negado,
Que amor de forastero es de enemigo.
Tú tambien desleal has olvidado
A Enon la bella, un tiempo de tí amada,
Lo qual me otorga sin haber negado.
Toda tu vida tengo escudriñada,
Con gran curiosidad y muchas veras,
Que en esta vida no se oculta nada.
Y dado caso que constante quieras
Permanecer en nuestro casamiento,
El tiempo falta, si en el tiempo esperas.
Porque ya presto alargarán al viento
Las velas tus soldados, deseando

Llegar á Troya, su paterno asiento.
  Y en tanto que conmigo estás hablando,
Y mientras que la noche venturosa
Del justo premio se te va alargando;
  Ternás buen viento, y ocasion forzosa
Para sulcar el Reyno Neptunino,
Y volver á tu Tenedo dichosa.
  Y así dudando en medio del camino
Tu pretension, tu gusto y mis pesares,
Habrá sido tu fe de peregrino.
  Con los vientos irá por esos mares
Nuestro amor mal logrado, y las tormentas
Pasará, que en el piélago pasares.
  ¿Seguirte he, por ventura, como intentas?
¿Ni daré vista por tu gusto insano
De Troya á las murallas opulentas?
  ¿Iré á ser hija á Priamo el anciano,
Y á ser de Laumedon segunda nuera,
Con mengua inmensa del valor Greciano?
  Tengo en mucho el pregon de la ligera
Fama, y no quiero por el mundo vaya
A ser de mi inominia pregonera.
  Esparta ¿qué dirá? ¿qué dirá Acaya?
¿Qué dirá la Asia? ¿qué dirá tu Troya?
Esto neutral me pone y tiene á raya.
  Priamo el grave, do el saber se apoya,

Y su muger ¿qué sentirán de Elena?
¿En que valor estimarán la joya
De una cuñada hermosa, mas no buena;
Tus cuñadas y hermanos ¿qué alegría
Recibirán, sino es afrenta y pena?
Y tú con te agradar mi compañía,
¿Cómo podrás tener de mí esperanza,
Que no te ofendo y hago alevosía?
¿Cómo tu pecho no estará en balanza
Con el exemplo tuyo? Pues es cierto,
Que quien dixo muger, dixo mudanza.
Qualquier varon famoso que en tu puerto
Iliaco surgiere, ha de causarte
Temor, pensando es Páris encubierto.
Que como á Menalao en esta parte
Hiciste agravio, es fuerza que irritado
Has de temer que vienen á agraviarte.
¡O quántas veces en estando airado
Me has de llamar adúltera, alevosa,
Sin ver que el adulterio has tu causado!
Así que de una culpa criminosa
Serás autor y corretor severo:
Que es propio de la culpa el ser odiosa.
Antes de verme en tránsito tan fiero,
La tierra se abra y sorba mi belleza,
O trágueme el trifauce can Cerbero.

Pero dirás, que toda la riqueza
Del Imperio Troyano será mio,
Con que será aumentada mi grandeza.
Y que así como excede el mar al rio,
Excederán los dones que han de darme
A tu promesa, y á mi señorío;
La púrpura será para adornarme,
Las perlas, los aljófares, el oro,
Todo se me ha de dar para agradarme.
Perdona si me aclaro; tu tesoro
No bastará, ni quánto el mundo tiene,
A sacarme de Esparta, á quien adoro.
No sé con que hechizos me detiene;
En fin es patria, y siendo aquí nacida,
Y aquí casada, aquí morir conviene.
Si ultrajada me viese y ofendida
En Troya, como sola y extrangera,
¿De quién seré ayudada y socorrida?
Y aunque llorara, y aunque gritos diera,
¿Qué padre tengo allí, que me dé ayuda?
¿Qué hermano, que me evite que no muera?
Quanto prometes, prometió sin duda
Jason á su Medea; mas fue escasa
Su promesa falaz, de fe desnuda.
Vióse expelida de la Esonia casa,
Sin Aëtes su padre, y sin Ipsea

Su madre ilustre, que le amó sin tasa,
 Hallóse sin su hermana Calciopea;
Pero no es bien temer de tí este daño;
Mas ¡ay, que menos lo temió Medea!
 Nuestro esperar susténtase en su engaño,
Alimentado de un agüero incierto,
Hasta que llega claro el desengaño.
 Verás todas las naves en el puerto
Gozar bonanza, y en saliendo á fuera
Tener naufragio, que en el mar es cierto.
 Tambien me espanta aquella hacha fiera
Que soñaba tu madre que paria
Por mal de muchos ántes que pariera.
 Y temo aquella antigua profecía,
Que dice, que la Griega llama odiosa,
De Troya ha de abrasar la Monarquía.
 Que si te da favor Venus la Diosa,
Porque venció, ganando en su sentencia
Corona y lauro de la mas hermosa.
 Así las otras dos en competencia
Temo te han de ofender como á enemigo,
Por el agravio hecho á su excelencia.
 Ni menos dudo que si voy contigo,
Las armas tomará mi esposo airado,
Para volverme y para tu castigo.
 Así irá ¡ay triste! nuestro amor mezclado

De sangre, de furor, de armas violentas;
Y al fin terná el remate desastrado.
Bien sabes tú las guerras turbulentas,
Que entre Tesalia y los Centauros hubo,
Por vengar de Hipodamia las afrentas.
¿Tan poco brio Menalao mantuvo?
¿Tan poca fuerza en mis hermanos hallas?
¿Tindaro no ha el valor que siempre tuvo?
¿Para que armados de lucientes mallas
En razon de mi robo, con su gente
Te den en campo abierto mil batallas?
Bien puedes tú preciarte de valiente,
Mas no tienes el talle ni el gobierno;
Tu rostro es de tus obras diferente:
Tu cuerpo lindo, delicado y tierno,
Mejor á Venus seguirá que á Marte;
Teme á mi padre, pues le basta un yerno.
Los bravos sigan la Mavorcia parte,
Tu Páris, ama, vuelvete á tu Xanto,
Sigue el amor, procura regalarte.
Ruégale á Hetor, pues le alabas tanto,
Por tí pelee, y mientras tú en la cama,
El riña y ponga al enemigo espanto.
Otra milicia es dina de tu fama,
Otra guerra, otra lucha, otro exercicio,
Que resulte en provecho de tu dama.

Yo usara de esta guerra, si juicio
Libre tuviera ó mas atrevimiento;
Mas temo de mi honor el perjuicio.
Y podrá ser que mude pensamiento,
Y dexe el miedo y la vergüenza á un lado,
Y que de mí te otorgue el vencimiento.
Tambien has con instancia demandado,
Que en mi aposento te conceda audiencia,
Donde hablemos mas de lo hablado.
Bien sé lo que pretendes, ten paciencia,
Lo que decirme intentas no lo inoro:
Haz á tu fuego alguna resistencia.
Mucha priesa te das, guarda el decoro,
Que está tu sementera en yerba; aguarda,
Que no se gana en breve gran tesoro.
Y aunque parece que se alarga y tarda,
Quizá en esta tardanza está el efeto,
Espera, sufre, y lo que escribo, guarda.
Mas cierre aquí mi carta su conceto,
Que la mano se cansa, y ella tiene,
Como nuncia de la alma, mi secreto.
Lo que nos resta de tratar, conviene,
Por ser de mas momento y de mas veras,
Lo tratemos por Etra y por Climene;
Mis secretarias dos y camareras.

ROYAL ASIATIC 285

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA DECIMASEPTIMA.

Por ser vulgar y muy trillada la historia de los dos amantes Leandro y Ero, no cansaré al lector con explicalla: lo que conviene saber para la inteligencia de esta epístola, es, que acostumbrando todas las noches ir Leandro desde la Ciudad de Abido, su patria, nadando por el estrecho Helespontiaco á Sesto, una villeta fuerte, que es en Europa, á verse con la hermosa Ero, sucedió que por siete dias corrió tan grande tormenta, que no pudo el animoso nadador hacer su acostumbrado viage: y como saliese un navio de Abido para Sesto, por ser su piloto atrevido, escribió el amoroso Leandro esta regalada carta á su Ero, donde se excusa con el mar, y promete, si durare la tormenta, de ponerse á todo riesgo por ir á gozar de su presencia, como lo cumplió á costa de su vida.

LEANDRO

A ERO.

EPISTOLA DECIMASEPTIMA

Dama de Sesto, el amador de Abido
Te envia la salud, que él mas holgara
Llevar, si el mal se hubiera reprimido.
Si próspero algun Dios se me mostrara,
Tu leyeras con ojos mal contentos
Las excusas que en esta te enviara.
Mas ningun Dios ayuda á mis intentos,
Pues todos ellos son y han sido parte
De alborotar las ondas y los vientos.
Los votos que voté por agradarte,
Hacen tardíos, y en el vitreo suelo
No me dexan correr á visitarte.
Tú misma ves mas turbio y negro el cielo
Que la pez, y á Vulturno tan airado,
Que á la nave mas firme da rezelo.
Solo un piloto, y este muy osado,
Sale de Abido á Sesto en este dia,
Con quien te escribo de dolor cercado.
No voy en su navio, porque habia

(Quando levó las anclas) todo Abido
Salido por le ver á la bahía:
  Y porque nuestro amor fuera entendido
De mis zelosos padres y parientes,
Quedé entre amor y miedo dividido:
  Quando escribiendo estaba, con ardientes
Suspiros dixe: ¡ó carta venturosa!
Ve donde siempre van mis acidentes.
  Ve, que ella te dará su mano hermosa,
Mano de nieve y grana matizada,
Mano, donde mi vida y ser reposa.
  Y quizá con la boca azucarada
Te tocará, con su marfil, queriendo
Cortar la cuerda con que vas atada.
  Tales concetos entre mí diciendo,
Mi diestra en escribirte placentera
Fue en su escritura ó carta prosiguiendo.
  ¡Ay triste y solo! ¿quánto mas quisiera,
Que ella nadara á vista de tu lumbre,
Y no que á lumbre agena te escribiera?
  Fuérame mayor gloria y dulcedumbre,
Que por el mar, pues ya lo conocemos,
Me llevara, do tiene de costumbre.
  Mejor hiciera de mis brazos remos,
Y azotara ese piélago espantable,
Que no verse en la ausencia en que nos vemos.

Mas pues lo estorbá el hado inexôrable,
Secretaria será de mi tormento,
Y ministra de un pecho miserable.
Ya ha siete noches (y en mi pensamiento
Ha mas de un año) que se ve oprimido
El mar, y brama con resaca y viento.
Si en todas siete noches he dormido,
Tengan las ondas mi esperanza á raya;
Y estése el mar insano embravecido.
Siéntome en un peñasco de esta playa,
Y miro tu ribera y pátrio suelo,
Y entristézcome en ver que allá no vaya.
Mas ya que con el cuerpo estorba el cielo,
A Sesto pase, el pensamiento corre,
Y lleva al alma, adonde estás, de un vueló.
Tambien en lo mas alto de la torre,
(Sino es que se me antoja) he divisado
La antorcha que me guia y me socorre.
Tres veces los vestidos he arrojado
En la arena, y tres veces ya desnudo
El sabroso viage he comenzado.
Mas el rabioso mar hinchado y crudo
Mi juvenil ardor quiebra y aplaca,
Aunque mudarme ni podrá ni pudo.
Comenzando á nadar, la fuerza flaca
Vencida de las ondas, quedé puesto

En tierra con favor de la resaca.
Mas tú Bóreas crüel, bravo, molesto,
El menos manso de los vientos leves,
Y el mas airado, insano y descompuesto:
¿Por qué tu rabia y cólera remueves
Adrede contra mí? ¿con qué licencia
Contra un amante, como tú, te atreves?
No empleas (si lo inoras) tu violencia
Contra Neptuno ni sus ondas fieras,
Contra mí solo es toda tu potencia.
Si la fuerza de amor no conocieras,
Si esclavo del amor no hubieras sido,
Bóreas incontrastable ¿qué hicieras?
Aunque eres frio, seco y desabrido,
No negarás, cruel, que antiguamente
Del Ateniense ardor fuiste oprimido.
Si al robar á tu Oritia algun valiente
Te quisiera estorbar en tu jornada
Cerrándote el camino trasparente:
¿Cómo sufrieras cosa tan pesada?
¿Con qué moderacion pena tan grande
De tu rabia y rencor fuera llevada?
Ruégote, pues, que tu crueldad se ablande,
Con mas quietud y paz tu soplo envia;
Así cosas de amor tu Rey te mande.
Sin fruto ruego, en vano es mi porfia

Pues con mis ruegos mas el viento brama,
Y mas conturba el mar y mi alegria.
¿Quién me diera las alas de la Fama?
¡Y oxalá las de Dédalo tuviera,
Para volar adonde está mi dama!
Que aunque de Icaro el golfo y la ribera
(Que cerca está) refrene al pensamiento,
A trueque de te ver, no lo temiera.
Qualquier linage ó suerte de tormento
Podré sufrir, con tal que me levante
Por la region del animoso viento.
Será mi cuerpo páxaro volante,
Aquel que ha sido por las aguas pece:
Que en todo se transforma el que es amante.
Mas entre tanto que de Bóreas crece
La furia y los estímulos extraños,
Y el iracundo mar se ensoberbece:
Contemplo para alivio de mis daños,
De nuestros gustos la primera historia,
Y aquel dulzor de mis primeros años.
Acuérdome (y deleyta á mi memoria
Esta recordacion) que anocheciendo
Aquella noche de mi luz y gloria:
En vivo fuego de tu amor ardiendo
Salí de casa y desnudéme apriesa,
El miedo y los vestidos sacudiendo.

Rompió el amór la tímida represa,
Mis brazos por las ondas extendia
Por conseguir la venturosa empresa.
Yendo cortandó el mar, la luna pia,
Por dar favor á mi demanda honrosa,
Me dió su luz é hizo compañía:
Y alzando el rostro, dixe: ¡ó blanca Diosa!
Dame favor, y que te acuerdes pido
De la cumbre de Latmio venturosa.
Bien sé que Endimion, que es tu querido,
Quiere que tengas ese pecho abierto
A la piedad, que agora te he pedido.
Muéstrame pues el rostro descubierto,
Dame la luz, que en Latmio demostrabas,
Hasta que llegue á mi esperado puerto.
Del cielo en busca de un mortal baxabas,
(Digamos la verdad, pues gustas de ella)
Y por amor de un hombre te humillabas.
Mas por quien nado el mar, es Diosa bella,
Si corto yo las ondas Neptuninas,
Es por una Deidad, que es mas que estrella.
Y por callar las santas y divinas
Costumbres suyas vengo á su hermosura,
Que en breve pintaré si no te indinas.
Es tan perfeta, que en mortal criatura
No cabe su beldad, y tanta alteza.

Solo conviene á Diosas de la altura.

Despues de Venus y de tu grandeza
Con su esplendor es toda luz vislumbre
Si no me crees, contempla su belleza.

Quanto los astros de la eterna cumbre
Celeste de ventaja te conceden,
Quando estás llena, con tu argentea lumbre,

Tanto los rayos de mi Ninfa exceden
A las damas mas bellas de la tierra,
Pues con sus sobras adornarse pueden.

Si de esto dudas, poca luz se encierra,
Cintia, en tu vista; ciega te imagino,
Sino es que ya de envidia le das guerra.

Esto le dixe á aquel farol divino;
Y yo ganando tierra en la mar llena,
Las mesmas ondas me hacian camino.

La agua serena, sesga, mansa y cana,
Qual si fuera cristal repercutia
Los soberanos rayos de Diana.

La noche con la luz resplandecia,
De suerte que su título perdiendo,
Con propiedad se pudo llamar dia.

Ninguna voz oí, ningun estruendo,
Sino era aquel murmurio, aquel ruido,
Que iban mis brazos al nadar haciendo.

De quando en quando me hirió el oido,

De solas las Alciones el canto,
Por Ceice, su amantísimo marido.
Cansado me sentí de nadar tanto,
Y sintiendo en los brazos pesadumbre,
Con ánimo en las aguas me levanto.
Ví desde lejos en la excelsa cumbre
De la torre tu luz, y con voz alta
Dixe, mi fuego está en aquella lumbre.
Aquella torre con mi ardor se esmalta,
Aquella playa, donde voy, contiene
La luz, que me alboroza y sobresalta.
Luego á mis brazos tímidos les viene
Tan grande esfuerzo, que un delfin me ha hecho,
El mar me ayuda, nada me detiene.
Y porque el yelo del profundo lecho
No me pasmase, me encendió el vendado
Dios con el fuego que sobró en mi pecho.
Quanto mas cerca de la orilla nado,
Quanto mas la ribera me es cercana,
Quanto menos me resta para el vado:
Tanto con mas vigor mi cuerpo afana
Vencer las aguas y las ansias mias,
Por llegar á tu vista soberana.
Quando estuve en parage que me vias,
Con solo me mirar me diste aliento,
Para poder nadar quarenta dias.

Entónces pues por darte algun contento;
Hice nadando pruebas de valiente,
Que amor da industria, fuerza y ardimiento.
Cogiste la escalera prestamente
Para baxar al mar, y apenas pudo
El ama reprimir esta corriente.
Vílo muy bien, que aunque el anciano escudo
Se te puso delante, tú rompiste
El flaco resistir del pecho rudo:
No te pudo estorbar que al fin saliste,
Y en el agua primera que pisaste
Tus celestiales pies humedeciste.
Salia yo del mar quando llegaste,
Y con abrazos y ósculos sabrosos
Al nadador besaste y abrazaste.
Besos fuéron los tuyos tan gloriosos,
Que Júpiter por uno diera el cielo,
Y nadara mil golfos peligrosos.
Y quitaste del hombro un blanco velo,
Limpiaste mi cabeza rociada,
Y mi cuerpo cubriste por el yelo.
Lo demas que pasó, la noche amada,
Nosotros y la torre lo sabemos,
Y la luz que es farol de mi jornada.
Con mas facilidad numeraremos
Las ovas que el estrecho de Hëles lava,

Que nuestros gozos numerar podemos.
  Quanto menos espacio se nos daba
De tiempo para gustos y dulzores,
Tanto mas en deleytes se ocupaba.
  Ya la aurora dexando los amores
De Titon, las tinieblas ahuyenta,
Y el lucero mostró sus resplandores.
  Quando sin órden, número, ni cuenta
Frutos de amor cogiendo, de la noche
Formamos queja, porque de irse intenta.
  Y va huyendo con su negro coche,
Y por temer la luz del claro dia,
Quitaba al cielo tanta estrella y broche.
  Y así forzado de la vocería
De esa tu vieja (que estas son crueles)
Dexé la torre y vine al agua fria.
  Aquí nos dividimos hechos hieles,
Tú te volviste luego á tu ventana,
Y yo á las ondas de la vírgen Heles.
  Echéme al agua, y como de tí mana
Toda mi gloria, mientras fui en potencia
De verte, ví tu vista soberana.
  Y si se debe á la verdad creencia,
Creeme que yendo á tí, no hay en el mundo
Quien me iguale en nadar con excelencia.
  Mas quando vuelvo de te ver me hundo,

Y peso en cantidad tan excesiva,
Que parezco baxar hasta el profundo.
  Esto me cree, pues en verdad estriba,
Que yendo á tí, la mar me es cuesta abaxo,
Y en tornando, la mar me es cuesta arriba.
  Rodeo, si vuelvo, si á tí, voy, atajo;
¿Quién me podrá dar crédito en mi pena?
¿Qué tenga el ir yo á Abido por trabajo?
  Ved lo que puede amor, y el mar ordena,
Que estoy en mi Ciudad y estoy forzado,
Qual si estuviera preso en tierra agena.
  ¡Ay de mí triste! ¿por qué el mar airado
Nuestros cuerpos divide y los destierra,
Si en una nuestras almas se han juntado?
  Y si una voluntad sola se encierra
En dos, ¿por qué ya el cielo no ha propuesto,
Que habitemos los dos en una tierra?
  Para ir á Sesto siempre estoy dispuesto,
Y tú lo estás para venir á Abido,
A tí te agrada Abido, y á mí Sesto.
  ¿Por qué me turbo, y quedo confundido
Siempre que el mar se turba y se confunde,
Como si de él yo fuese procedido?
  ¿Qué razon puede haber en que se funde,
Que los vientos me estorben en mis fines,
Y que su fuerza en mi dolor redunde?

Ya saben nuestra historia los delfines,
Y duda ya á los peces no les queda
De nuestro amor, y temen no te indines.
Ya tengo por el mar hecha vereda,
El agua enseña mi trillada via,
Como carrizo hecho de la rueda.
Yo me quejaba, porque no podia
Ir á gozar de tu glorioso gesto,
Sino nadando el mar y su agua fria:
Y agora me lamento, porque aun esto
Se me ha vedado, porque el viento aspira
Contrario, bravo, rígido y molesto.
El piélago Atamántido se aira
Hinchéndose de canas y blancura,
Con sus soberbias ondas llenas de ira.
Es tanta su insolencia y desmesura,
Que apenas amarrada, ó de otra suerte,
Hay nave, que en el puerto esté segura.
Yo entiendo que tan turbio, horrendo y fuerte
El mar estaba, quando la doncella
Prestándole su nombre vió su muerte.
Aunque me dexe el mar seguir mi estrella,
Asaz tiene de infamia con su nombre,
Por haber ahogado á Heles bella.
Envidia tengo, y con razon, al hombre
Que en el rico Vellon pasó seguro

Por este mar, y consiguió renombre.
  Mas ni la ayuda, ni el favor procuro
De Vellon, ni de nave contra el Noto,
Con tal que nadar pueda el golfo puro,
  Como dexen las ondas que el devoto
Pecho las corte, el arte está segura;
Yo me seré la nave y el piloto.
  Ni en mi navegacion veré la altura
De la Osa mayor, Elice eterna,
Ni á la (que oserva el Tirio) Cinosura.
  Que nuestro firme amor no se gobierna
Por estrellas ni sinos de la Zona,
Sino es por cierta luz de la alma interna.
  Otros, á quien el piélago abandona,
A Andrómeda la Egicia consideren,
Y á la Gnosida estrella y su corona;
  Tengan su firme confianza, esperen
En la Osa Parrasia de contino,
Y su setentrional lumbre veneren.
  Que yo no quiero para mi camino
Por norte á las que amáron tiernamente,
Baco, Perséo y Júpiter benino.
  Tengo otra luz mas cierta y excelente,
Con la qual no habrá noche, horror ni miedo,
Que á mi amor escurezcan con su frente.
  Siendo esta luz mi norte nadar puedo

A Colcos, que es lo último del orbe,
Pues á la nave de Tesalia excedo.
No habrá triste Caribdis que me estorbe,
Ni habrá Cila furiosa, que rabiando
Me trague y sorba, como á muchos sorbe.
Demas que puedo yo vencer nadando
A Melicerta, y al que fue Dios hecho
De cierta yerba, la virtud gustando.
Siento en mis brazos el vigor deshecho
Tal vez, y de nadar hecho pedazos,
Apenas ganar puedo un breve trecho.
Mas en diciendo yo, nadad mis brazos,
Y os daré en galardon el premio hermoso
De Ero, porque le deis cien mil abrazos;
En ese instante por el premio honroso
Cobran esfuerzo, y fuerza tan entera,
Que nadaran el piélago espacioso.
Como el caballo puesto en la carrera
Eléa, que en correr excede al viento,
Y á otra cosa que fuese mas ligera.
Yo, pues, como á mi estrella, miro atento
Tu bello rostro, cuyo ardor me inflama,
Y cuya vista es todo mi contento.
Sigo mas tu beldad, ó bella dama,
Que á los Planetas, pues tu hermoso velo
Del cielo es dino, y de una eterna fama.

Dina eres cierto del sublime cielo;
Mas ruego que tu pecho alabastrino
Viva por gusto mio acá en el suelo.
Y si quieres trocar por el divino
Asiento este mortal, dime primero
Por donde va á los cielos el camino.
De aquí procede mi tormento fiero,
De que tan raras veces de tu gloria
Me otorgues la vision que tanto quiero.
De aquí nace tambien que mi memoria
Se turbe, quando el mar en esta parte
Se turba, interrumpiendo nuestra historia.
¿Qué me aprovecha á mí que no me aparte
De Sesto multitud de agua espantosa,
Sino un estrecho que la tierra parte:
Si la agua de este estrecho es poderosa
Para dañarme, como el golfo hinchado,
¿Dónde el inmenso Océano reposa?
Dudo si por ventura desterrado
A lo último del orbe estar quisiera,
Teniendo allá mi pena y mi cuidado.
Que quando tan remoto allá me viera,
El ver que estaba lejos mi esperanza,
Algun consuelo, algun solaz me diera.
Quanto mas cerca tu explendor me alcanza,
Tanto me abraso mas con el objeto,

Y crece viendo el bien la confianza.
Y es lo que mas confirma mi conceto,
Que pobre esté, teniendo á vista el oro,
Y que tenga la causa y no el efeto.
Tan cerca tengo la que siempre adoro,
Que la toco y la prendo con la mano,
Y esta proxîmidad causa mi lloro.
¿Qué otra cosa es querer con el anciano
Tántalo, asir la fruta que provoca
Al apetito, y trabajar en vano?
¿Y qué otro mal, que con sedienta boca
La agua buscar, que huye con presteza,
Quando la lengua se le arrima y toca?
¿Luego no gozaré de tu belleza,
Sino queriendo el mar? pues su gobierno
Predomina en la fe de mi firmeza.
¿Ninguna tempestad, ningun invierno
Me ha de ver en tu torre y aposento,
Gozando de tu abrazo dulce y tierno?
Y no habiendo de menos fundamento
Cosa que el viento y mar, el gusto mio
Está fundado sobre el mar y el viento.
Y si se impide en medio del estío,
¿Qué será en aquel tiempo, que bramando
El mar se muestre, y el invierno frio?
¿Cómo podré nadar el golfo, quando

Las Pleyadas, Bootes y la Cabra
Olenia estén al mundo amenazando?
Entonces pues te empeño mi palabra,
Que pienso ser tan loco y temerario,
Que aunque le pese al mar, le nade y abra.
Porque á pesar del viento mi contrario,
En él me arrojará mi amor furioso;
Porque es mi ardor ardor extraordinario.
No pienses que prometo lo dudoso;
Ni porque está el invierno ausente, entiendas
Que me jato de bravo y animoso.
Que presto te daré bastantes prendas
De esta firme palabra que te he dado,
Porque me quieras mas, y mas te enciendas.
Si se mostrare el mar alborotado
Por algun tiempo y sin bonanza alguna,
Iré do estás á su pesar á nado.
Porque la muerte, ó me será importuna,
O en salvo me porná mi atrevimiento,
Que al atrevido ayuda la fortuna.
Si muero, habré salido con mi intento,
Pues me echará á tu playa el mar insano,
Que yendo á tí, aunque muerto, iré contento.
Mis exêquias harás con inhumano
Llanto, que en fin habrás de enternecerte,
Y no huirá de me tocar tu mano.

Verás en mí un efeto de amor fuerte,
Y dirás con dolor acerbo y fiero:
Yo sola fui la causa de esta muerte.
Si de mi mal suceso el triste agüero
Te ofende, y de esta breve carta mia
Aborreces el párrafo postrero:
Dexa de lamentar, el ruego envia
Junto conmigo, al cielo omnipotente,
Porque amanse del mar la rebeldía.
No pido que esté manso eternamente,
Sino es en el espacio que gobierno
Mis brazos por el húmido tridente.
Llegando ahí, conjúrese el infierno,
Conturbe al mar y todo su partido;
Nunca se acabe el peligroso invierno.
Mi puerto está do estás, bien merecido
A mi nave, la qual no halla puerto
Mejor que Sesto, quando allí ha surgido.
Téngame allí recluso y encubierto
Bóreas, donde mi cuerpo esté glorioso,
Donde mi premio esté seguro y cierto.
Seré á nadar entonces perezoso,
Seré sabio, sagaz en las tormentas,
Seré cauto, prudente y temeroso.
No infamaré las ondas con afrentas,
Ni me querellaré, que hay embarazos

Para nadar las aguas turbulentas..
  Los bravos vientos, y los tiernos brazos
Me impidan; como tienen de costumbre,
Haya dos causas, huracan y abrazos.
  Quando aplacare el mar su pesadumbre
Mis brazos fuertes le daré por remos;
Tú cada noche encenderás la lumbre.
  Y entre tanto que el tiempo amado vemos,
Con este papel habla que es mi amigo,
Y él sabe los secretos que sabemos.
  Todo lo lee, acuéstale contigo,
Y advierte bien las cosas que dixere,
Y entiende que tras de él sus pasos sigo
  Con la menor tardanza que pudiere.

ERO

A LEANDRO.

EPÍSTOLA DÉCIMAOCTAVA.

Para que la salud que me enviaste
De palabras, con obras yo posea;
¡O dulce bien! que la alma me robaste;
Ven, nada el mar, y ponte dó te vea
Aquella que con sola tu esperanza
Se alienta, alegra, vive y se recrea.
Qualquier pequeño espacio de tardanza,
Que en mi contento y gusto se atraviesa,
Tiene de eternidad la semejanza.
Perdona á quien su culpa te confiesa,
Que estoy de puro amor tan impaciente,
Que amo con impaciencia, y hablo opresa.
Un fuego igual nos quema, y no igualmente,
Por ser de tí mis fuerzas desiguales,
Que en fin siempre el varon es mas valiente.
Y así como los Dioses inmortales
Diéron cuerpo mas tierno á las mugeres,
Así mas sienten del amor los males.
Yo desfalleceré si no vinieres,

Y si tu ausencia fueres alargando,
Abreviarás mi vida y mis placeres.
Vosotros ya las fieras acosando,
Ya labrando jardines y heredades,
La tardanza del tiempo vais pasando
O con los tratos que hay en las Ciudades,
En la audiencia, en la plaza, dó se muestra
Variedad de diversas variedades.
Tambien os ocupais en la palestra,
Luchando, por llevar premios honrosos,
De mas destreza, ó mas valiente diestra.
O reprimis los cursos presurosos,
Con los frenos, bridones y ginetes
De los fuertes caballos animosos.
O cazais aves, ó buscais saynetes
De engañar á los peces con anzuelo,
O entreteneis el tiempo con banquetes.
Mas yo, á quien ha privado el sacro cielo
De estos deportes, ¿qué haré en mi llanto?
Si no es amar, no tengo otro consuelo.
Eso que puedo, hago y amo tanto,
Tanto te quiero, tanto el alma te ama,
Que es imposible encarecerte quanto.
Otras veces platico con el ama,
Que tengo por custodia en mi aposento,
De este amoroso incendio que me inflama.

Y allá en mi combatido pensamiento,
Me suspendo y admiro, contemplando
La causa de tu gran detenimiento.
O viendo al turbio piélago bramando
Por la fuerza del viento, le maldigo,
Tus maldiciones mismas usurpando.
O en el tiempo que el mar se muestra amigo,
Me quejo que no quieres, pues pudiendo
Venir, no vienes donde está tu abrigo.
Y en tanto que me quejo, van saliendo
Lágrimas de estos ojos, tus amantes,
Que al sordo viento están enterneciendo.
Las quales por salir tan abundantes,
Recoge mi nutriz y compañera
En sus manos decrépitas temblantes.
A menudo visito la ribera,
Por ver si en ella algunos pasos veo
De planta tuya, en me dexar ligera.
Gentil locura, inmenso devaneo,
Como si se pudiese en el arena
La huella conservar que yo deseo.
Muchas veces tambien amor ordena,
Que, ó por saber de tí qual de perdido,
O para te escribir toda mi pena;
Procure de inquirir si parte á Abido
Alguna nave de mi pátrio Sesto,

O si de Abido á Sesto haya venido.
¿Para que contaré, pues te es molesto
Los versos dulces y amorosas quejas
Que doy á los vestidos que te has puesto?
Los quales quando partes y te alejas
De mí y te vuelves, en la playa fria
Del Helesponto suspirando dexas.
Con esto paso el término del dia,
Y despues que la amiga noche viene
Cerrando al sol y abriendo mi alegria:
Despues que el velo escuro que contiene,
Despliega sobre el orbe, y nos enseña
La mucha luz que en sus estrellas tiene:
Luego las dos ponemos (yo y mi dueña)
En la torre la lumbre vigilante,
De tu camino conocida seña.
Y en tanto que esperamos nuestro amante,
La rueca exercitamos como es uso;
Que es nuestro y propio oficio semejante.
Por no tener el ánimo confuso,
Hilo, y el alma piensa en tu retrato
Las horas engañando con el huso.
Y si preguntas de quien hablo y trato,
Mientras espero de te ver presente,
Respondo que de tí como de ingrato.
La lengua dice lo que está en la mente,

Y así repite; porque mas me quadre,
El nombre de Leandro solamente.
¿Dime (le digo al ama) ¡ó dulce madre!
Si habrá mi sol su casa ya dexado,
O tiene miedo de su madre y padre?
¿Piensas si ya mi luz se ha desnudado?
¿Entiendes si sus carnes delicadas
Habrá con el liçor Paladio untado?
A mis preguntas de ella mal notadas
Me responde de sí con la cabeza,
Que con el sueño da de cabezadas.
Despues de haber hilado una gran pieza,
Vuelvo á decir: amiga, entiendo cierto,
Que mi Leandro á navegar empieza.
Ya entiendo que en el mar dudoso, incierto,
Sus brazos tiende, y á este golfo loco
Divide y corta, y viene á nuestro puerto.
A hilar vuelvo, y hilo poco á poco,
Tanto que absorto en tí mi pensamiento,
Mil veces con el huso el suelo toco.
Y tornando del éxtasi, al momento
Digo: ¿si á la mitad de esta agua cana,
Mi bien habrá llegado en salvamento?
Unas veces me pongo á la ventana,
Por ver si vienes, y otras veces pido,
Que el cielo te dé esfuerzo y la mar llana.

De quando en quando, con atento oido
Escucho si oygo voz y se me antoja,
Que es tu perfeta voz qualquier ruido.
Y así despues que en esta mi congoja
La mayor parte de la noche vuela,
Me rinde el sueño y mi vigor afloja.
Y por ventura mientras duermo, vela
mi alma, y tú cruel duermes conmigo,
Sin que te valga toda tu cautela.
En sueños aquí estás, yo estoy contigo,
Vienes aunque rehuyes la venida;
Mira si debo al sueño esto que digo.
Alguna vez estando así dormida,
Me ha parecido verte estar nadando
Cerca de la ribera conocida.
Y que al salir, tus brazos alargando,
Aunque humidos, con ellos me ceñias,
Con arcos tu venida celebrando.
Tambien soñé que el lienzo te ponias,
Que te acostumbro dar, quando en el hecho
No hay sueños ni dudosas fantasias.
Sintió regalo el uno y otro pecho
En sentirse tocar, mas esto basta,
Que en fin es sueño y no me da provecho.
Lo demas que soñé, la lengua casta
Es justo que lo calle aunque lo sienta;

Pues la vergüenza en la muger se engasta.
Con haberlo soñado estoy contenta,
Que en obras dó el amor sus gustos mueve,
El hecho agrada, y el decillo afrenta.
¡Ay miserable! quan fingido y breve
Es este gozo que se da soñado,
Pues tú te ausentas con el sueño leve!
Permita el cielo y el rigor del hado,
Pues que somos tan firmes en amores,
Gocemos de mas noble y firme estado.
Y que nuestros contentos y dulzores
No se queden sin fruto en seca rama,
O no se vayan quando mucho en flores.
¿Por qué ha de estar en la desierta cama
Viuda tantas noches sola y fria,
La que es tu amante, niña, bella y dama?
¿Por qué pregunto un dia y otro dia,
Nadador perezoso estás ausente,
Pues sabes que eres luz de la alma mia?
El mar está (confiésolo) insolente,
Y para le nadar poco tratable,
Mas el viento de ayer fue mas clemente.
¿Por qué, pues todo estuvo favorable,
Perdiste la ocasion? ¿por qué no viste
Que se puede mudar el mar instable!
Y aunque otra vez te otorgue el golfo triste

Tan plácido su rostro y tan jocundo,
No le ternás mejor que le tuviste.
Pero, dirás que el piélago profundo,
Trocó en muy pocas horas estos bienes,
Volviéndose de manso en iracundo.
Poco refugio en esta excusa tienes,
Pues quando venir quiéres á este puerto,
En menos tiempo, en menos horas vienes.
Pienso que si surgieras aquí en Sesto,
Nada de quanto escribes te enojara,
Que aquí nada te puede ser molesto.
Ni á mí ninguna injuria me agraviára;
De tiempo, que gozando á mi querido,
El mismo invierno y tiempo me ayudara.
Entonces ciertamente el estampido
De los vientos oyera con sereno
Rostro, por verte opreso y detenido.
Nunca quisiera ver al vitreo seno,
Manso, sereno, sesgo y sosegado,
Apacible, pacífico y ameno.
Pero ¿por qué ocasion te has demostrado
Mas medroso del mar que quando estabas
Menos cobarde y mas enamorado?
¿Quál es la causa que estas ondas bravas
Rezelas, que otro tiempo de animoso,
Con esfuerzo y valor menospreciabas?

Acuérdome, nadaste el mar furioso
Una noche, que estuvo el ronco estrecho,
Tanto, ó muy poco menos peligroso.
Quando yo te decia: el fuerte pecho
Sujeta á la razon, no nades tanto,
Que la temeridad no trae provecho.
Tanto te atreves, nada y osa, quanto
No obligues á esta triste y miserable,
A que lo pague con eterno llanto.
¿De adónde el nuevo efeto formidable
Procede? ¿dónde está tu grande audacia?
¿Dó se fue el nadador insuperable?
Mas esto recibiendo en trisca y gracia,
Sé tal qual eres, no qual ser solias,
No venga á sucederte una desgracia.
No hagas indiscretas valentías,
Las ondas cortarás quando las veas
Con mas tranquilidad que en estos dias.
Y esto con tal que el mismo que ántes seas,
Con tal que nos amemos en la vida,
Así como lo escribes y deseas.
Con tal que aquella brasa, que encendida
De mi amor en tu pecho has sustentado,
No esté en ceniza helada convertida.
No temo tanto al viento alborotado,
Que mis gustos impide y mi contento,

Quanto temo que esté tu amor trocado.
  Rezelo que tan poco fundamento
Tenga tu amor, que al fin se desvanezca,
Siendo mudable, como el mar y el viento.
  Temo tambien que yo no te parezca
De tanta calidad, de tanta estima,
Que tus peligros y tu amor merezca.
  El riesgo temo que la causa oprima,
Y que se juzgue ser menor el fruto,
Que tus trabajos, y esto me lastima.
  Demas de estas razones doy tributo
Al miedo, por haber aquí nacido
En pueblo, en la nobleza poco instruto.
  Causa quizá que estés arrepentido,
Juzgando que el casar es indecencia
Dama de Sesto con varon de Abido.
  Todas las cosas llevaré en paciencia,
Con tal que estando en ocio, en nueva cama,
No me atormentes con el mal de ausencia.
  Primero que en los brazos de otra dama
Te entregues, y primero que otro fuego
Consuma el fuego que en mi amor te inflama:
  Y ántes que el zelo furibundo y ciego
Me rasgue el corazon con tal herida,
Perezca, rabie yo, muérame luego.
  En fin arrebatado de mi vida,

Primero que tu enorme culpa venga,
Que mas quiero ser muerta que ofendida.
  No te escribo estas cosas, porque tenga
Indicios del dolor que me es terrible,
Ni aun barrunto que dama te detenga.
  Mas temo todo aquello que es posible,
¿Qué quien jamas amó seguramente?
¿Qué amador no temió lo contingible?
  Tambien obliga el verte de mi ausente,
Y estar tu pueblo de este tan distante,
Que yo juzgue por cierto lo aparente.
  ¡Dichosa aquella dama que á su amante
Tiene en presencia, y con su vista alcanza,
Quando la ofende; ó si su fe es constante!
  Con esto no vacila su esperanza,
La qual como camina á descubierto,
No inclina á lo que es falso la balanza.
  Tanto me ofende á mí lo que es incierto,
Quanto me engaña el cometido agravio,
Y así dudando en todo, en nada acierto.
  ¡O si algun Dios eterno, sumo y sabio
Te quisiera traer por mi contento,
Siendo mi amor tu norte y astrolabio!
  O á lo menos hiciera que este viento,
O tu padre la causa urgente fuese
De este largo y mortal apartamiento.

Porque si dáma alguna yo supiese,
Que impide nuestro gusto comenzado,
No dudes que el dolor me consumiese.
Gran culpa, gran delito, gran pecado,
Cometes, si es tu intento de matarme
Con desamor: que es mal deseperado.
Pero ni pecarás en acabarme,
Que satisfecha estoy que este rezelo
En vano ha pretendido atormentarme.
El viento insano y el rigor del cielo,
De haberte dado ayuda arrepentidos,
Estorban tu viage y mi consuelo.
¡Ay mísera! ¡qué voces, qué gemidos
Dan las riberas, viéndose azotadas
Del mar, que en su contorno dá bramidos!
Las pardas nubes densas y preñadas
Encubren con su toldo al claro dia,
Dexando sus bellezas eclisadas.
Quizá ha venido al mar la madre pia
De Heles, y llora el agua que ahora llueve,
En prendas del amor que la tenia.
O su madrastra el piélago remueve,
Que por le ser su nombre tan odioso,
Como su Diosa le alborota y mueve.
Siempre este golfo ha sido peligroso
Para mugeres, y la muerte intenta

Al femenino sexo temeroso.

A Heles ahogó con suma afrenta,
Y agora con su espuma y óndas fieras
Me aflige, martiriza y me atormenta.

Mas tú, ó Neptuno, con razon debieras,
Tus amores tener en la memoria;
Para que los agenos no impidieras.

No olvides á Amimóne, ni á la historia
De Tito, perfetísima doncella,
Pues fue en el mundo pública y notoria.

Alcione tambien que ya es estrella,
Tu dama fue, y la Ninfa procreada
De Alémone y de Circe por ser bella.

No es falso que en un tiempo ha sido amada
De tí, la Serpentígera Medusa,
Quando era por hermosa celebrada.

Menos es cuento, ó fábula confusa,
Que amaste á la Troyana Laodicea,
Que quanto fue mas rubia, mas te excusa.

Celeno que á los cielos hermosea,
Fue tuya, y otras muchas que he leido,
Cuyos nombres repito acá en mi idea.

Neptuno, pues si tantas has querido,
Si has hecho tantas veces la experiencia
Del brazo, fuego y arco de Cupido.

¿Por qué es tan poca y corta tu prudencia?

Que estorbes removiendo el turbio centro,
Que venga mi Leandro á mi presencia?
Feroz reprime el animoso encuentro,
Estos túmulos bravos, estas guerras
Retira allá á tu mar, á lo mas dentro.
Que esta agua, cuyo paso agora cierras,
Es incapaz de tus conflitos graves,
Pues solo sirve de apartar dos tierras.
A tí compete deshacer las naves,
O mostrarte cruel contra las flotas,
En cuyas proras su furor desbraves.
Que es afrenta decir que te alborotas
Contra un mozo que busca su fortuna,
Cortando el mar sin mástiles ni escotas.
Y menor gloria quando venga alguna
De aquí ternás, que si turbado hubieras
Un arroyuelo, un charco, una laguna.
Si la nobleza y sangre consideras
De este mancebo ilustre quanto hermoso;
Le vernás á ayudar con muchas veras.
Es noble y su principio generoso,
Ni fue de aquel Ulises derivado,
A tí y á Troya para siempre odioso.
Aplaca tu semblante alborotado;
Conceda á dos la vida tu tridente,
Pues vivo yo en el pecho de mi amado.

Que aunque es verdad que él nada solamente
Estas tus ondas, que propicias pido,
Su cuerpo, y mi esperanza está pendiente.
Demas de esto la luz dió un estallido,
(Que esta te escribo á su explendor y llama)
Señal que por felice hemos tenido.
Y echando vino sobre el fuego el ama,
Dixo: mañana, tres aquí estaremos,
Aquí verás á quien te quiere y ama.
El terno cumple convirtiendo en remos
Los fuertes brazos; cumple tu promesa,
Porque al dicho del ama no faltemos.
¡O tú, cuya figura tengo impresa
Dentro del corazon! tu enamorado
No huyas, de quien tuya se confiesa.
Si al amor sigues, si eres su soldado,
Vuelve á su campo, ablanda el duro pecho,
Que estás de la bandera amotinado.
¿Por qué has de permitir que á mi despecho
Por falta de tu dulce compañía,
Recline el cuerpo en medio de mi lecho?
No tienes que temer, cobra osadia,
Venus alentará tu atrevimiento,
Que nunca agrada á amor la cobardía.
Y pues que fue en el mar su nacimiento,
Ella en el mar te allanará el camino,

Y amansará el rencor del sordo viento.
Muchas veces furiosa determino
Pasar el golfo, aunque este mar insano
Se muestra con los hombres mas benino.
¿Por qué pasando Heles y su hermano
Fue mas que Frixo Heles desdichada,
Quedando con su nombre el mar ufano?
Si has acaso temor que á la tornada
Será tu esfuerzo y ánimo perdido,
No pudiendo sufrir carga doblada:
Haremos por tu gusto este partido:
Los dos á un tiempo el golfo nadaremos,
Desde mi Sesto yo, tú desde Abido.
En medio de estas ondas nos veremos,
Y habiéndonos besado y abrazado,
En paz á nuestras casas volveremos.
Pequeño bien es este que he pintado,
Pero mas es que nada; y un tesoro
¿Qué vale si no puede ser gozado?
¡Oxalá que este honor, este decoro,
Que nos obliga á amar ocultamente,
Se rindiese al amor de quien adoro!
¡O que el medroso amor hecho valiente,
Despreciase el honor y la prudencia,
Dos fuertes frenos de la noble gente!
Dentro en mi pecho tienen competencia

Dos contrarios que luchan de contino,
Calor y yelo, amor y reverencia.
No sé qual senda elija, ó que camino;
Si pierdo la vergüenza, es caso feo;
Y si dexo el amor, es desatino.
Una vez que Jason el Pagaséo
Fue á Colcos, á la Fásida Medea
Llevó en su nave por dichoso empleo;
Y aquel que vino de la playa Idea
A Esparta, de una vez y con presteza
Robó á la dama que á Dardania afea.
Mas tú con el vigor y ligereza,
Que el golfo nadas mi beldad buscando,
Con ese mesmo dexas mi belleza.
Huyendo vas un piélago pasando,
Que es grave de pasar á los navios,
Con ir ellos á vela, y tú nadando.
Pero ¡ó mancebo de invencibles brios,
Vencedor de las aguas vencedoras,
Despreciador de mares y de rios!
¿Procurarás en las noturnas horas
Tratar al hondo mar con tal desprecio,
Que temas á sus ondas vengadoras?
Si hunde el mar las naves de gran precio,
Si su madera y hierros dexa rotos,
¿Entiendes que eres tú mas fuerte y recio?

Nadas un mar que es padre de alborotos,
Y pones en un golfo tus cuidados,
Que ha sido y es temido de pilotos.
Aquí suelen salir despedazados
Navios, bergantines y galeras,
Y miserables cuerpos de ahogados.
¡ Ay triste ! que te quiero tan de veras,
Que á trueque de mirar tu rostro hermoso,
Holgara que estos miedos no creyeras.
No te vuelva esta epístola medroso;
Sé, yo te ruego, pues que sabes sello,
Mas que mis persuasiones, animoso.
Ven, y en llegando cíñeme este cuello
Con esos brazos, donde yo respiro,
Que á nadié de los dos pesará de ello.
Mas quantas veces á las ondas miro,
De no sé qué temor, que quedo helada,
Y con rezelo de mi mal suspiro.
Ni estoy menos confusa y asombrada
Con la vision que á noche ví soñando,
Si puede ser vision la que es soñada.
Aunque á los Dioses, luego en despertando,
Vítimas ofrecí como amadora,
Mi sueño y sus agüeros anulando.
Era ya pues el tiempo de la aurora,
Y centellaba ya para apagarse

La luz que es tu piloto y protetora
Quando en los sueños suelen revelarse
Visiones importantes á la vida,
Que como ciertas deben estimarse:
Entonces, pues, del sueño convencida,
Cayéndoseme el huso de la mano,
Me recliné en la cama y fui dormida.
Estando así (no es caso ó cuento vano)
Ví que un Delfin con ímpetu nadaba
El mar, que estaba turbulento y cano.
Neptuno de esta parte le arrojaba,
Por otra el Aquilon le daba pena,
Y todo junto el mar le contrastaba.
Venciéron, y al Delfin sobre la arena
Sacudiéron de vida despojado:
Que quien se entrega al mar, él se condena.
Qualquiera mal ó bien que esté encerrado
En esta mi vision, temo y rezelo,
Y tú no burles de esto que he soñado.
Si al mar tranquilo, si propicio el cielo
No vieres, y á los vientos en prisiones,
No des al mar tu barco pequeñuelo.
Quando á tu vida en esto no perdones,
Concédele perdon á tu querida,
No queriendo ahogar dos corazones.
Bien sabes que en tu vida está mi vida.

Bien sabes que mi bienaventuranza
De tí me es derivada y procedida.
Grandes señales hay, grande esperanza,
Que el piélago que agora está intratable,
Con Bóreas hará paz, y habrá bonanza.
Entonces quando todo esté agradable,
Hiende esas ondas en mi amor deshecho,
Y ven donde te goce, mire y hable.
Y en tanto que este mar, á mi despecho
Vedándote el nadar, de mí te aparta,
Regala el alma y entretiene el pecho
Con los regalos dulces de mi carta.

ARGUMENTO
DE LA EPISTOLA DECIMANONA.

Ceo (como dice Estrabon) fue una isla del mar Egeo, la qual contenia quatro ciudades, por cuya causa fue llamada Tetrápolis: de aquí fue Aconcio, mancebo de loables costumbres, el qual yendo á las fiestas que se hacian en la isla de Delo (de las Cicladas la mas noble por las muchas vírgenes que en ella en servicio de la Diosa Diana estaban) se enamoró de Cidipe, doncella hermosísima y de ilustre sangre, que con su madre á las mismas fiestas habia venido. Pero como no se atreviese á pedirla por muger; por ventura porque no era de tan noble linage como ella, ordenó una galana y nunca oida astucia (que es amor muy ingenioso maestro), y fue escribir al rededor de una muy hermosa manzana estos versos latinos.

Iuro tibi sanè per mystica sacra Dianæ,
Me tibi venturam comitem, sponsamque futuram.

Júrote por Diana, sacra Diosa,
De ser, ó Aconcio, tu muger y esposa.

Escritos los versos, echó disimuladamente la manzana á los pies de Cidipe, estando en el templo delante de la imágen ó estatua de Diana: ella la alzó agradada de su vista, sin ver quien la hubiese arrojado, y leyó los cautelosos versos; y vió haberse prometido por muger á Aconcio, por ser ley inviolable que lo que se decia delante de los Dioses en el templo de la Delia Diana, de qualquier suerte que se dixese se habia de cumplir; tanto se hizo el demonio reverenciar de los Idólatras miserables. Acabada la fiesta que duraba algunos dias, y vueltos á sus casas, el padre de Cidipe no sabiendo lo sucedido, la prometió á otro en casamiento. Andando pues ya en términos de efectuarse y cumplir la palabra dada; ella por la congoja y remordimiento que en sí tenia, cayó en una terrible enfermedad; lo qual siendo sabido por Aconcio, la escribe esta carta, donde con bizarro artificio y vivaces y concluyentes argumentos prueba ser aquella enfermedad enviada por Diana en castigo de haber intentado quebrantar el voto que le tenia hecho. Es una de las mejores y mas elegantes cartas que nuestro Poeta compuso, y mas digna de ser leida y admirada.

ACONCIO

A CIDIPE.

EPISTOLA DECIMANONA.

No temas, pierde el miedo; que á tu amante
Aquí no jurarás con alboroto
De te casar, que ya no es importante.
Bien basta que una vez hicieses voto
De ser mi esposa; agora escucha atenta,
Y nota lo que en esta carta noto.
Lee hasta el cabo, así te veas exênta
Del mal que tienes, que sin yo tenello
Me aflige, me lastima y atormenta.
¿Qué vergüenza te ocupa el rostro bello?
Sospecho que es la misma que tuviste,
Quando votabas sin mirar en ello.
Y como las mexillas encendiste
Allá en el templo, agora las enciendes,
Despues que á leer mi carta te pusiste.
Si lo que pido aquí saber pretendes,
El sacro matrimonio es lo que pido,
No pido cosa con que tú te ofendes.
Amo con amor santo de marido,

No con amor lascivo y deshonesto
De adúltero, alevoso y fementido.
Holgara repitieses lo que puesto
Estaba en la manzana, que á tus manos
Guié con puro y cándido pretesto.
Que allí verán tus ojos soberanos;
Como juraste ser mi esposa amada,
Si ya los juramentos no son vanos.
Esto temí, y la Diosa siento airada:
¡O ilustre vírgen! porque no es decente,
Ser una vírgen de otra despreciada.
Lo mismo temo agora de presente;
Y aunque temo ha cobrado la esperanza
Mas fuerzas para amar mas fuertemente:
Crece el fuego y ardor con la tardanza,
Y aquel amor que nunca fue pequeño,
Ni por un tiempo breve hizo mudanza;
Con aquel sacro y cauteloso empeño,
Que de tu fe y palabra me hiciste,
Creció alentando á mí que era su dueño.
Esperanza, palabra y fe me diste,
Yo te creí, testigo me es Diana:
¿Negarás lo que así me prometiste?
Presente fue del Sol la sacra hermana,
Tu juramento oyó, y por comprobarlo,
Estremeció su frente soberana.

Con mi fraude te es lícito excusarlo,
Con tal que esta mi fraude al amor sea
Padrino, á que tú quieras acetarlo.
  Mi fraude, ¿qué demanda? ¿qué desea
Si no es que estar en uno me consientas,
Como tu esposa que en te amar se emplea?
  Por lo mismo que agora te lamentas,
Me debes elegir por dulce esposo,
Y oviar aquella que en mi daño intentas.
  No soy astuto, cauto, malicioso
De mi cosecha propia, ni por uso:
Creeme que tú me has hecho cauteloso.
  Y si algo de malicia aquí se puso,
Amor, que es sabio, te enlazó conmigo,
Mediante las palabras que él compuso.
  El mismo ditó el verso tu enemigo,
El puso las palabras en mi mente,
Que tú juraste uniéndome contigo.
  Consultando al amor quedé prudente,
Quedé astuto, sagaz; en fin soy hombre
Que te amo, y te he de amar eternamente.
  Agora á mi hazaña le des nombre
De engaño, de traicion, de fraude ó trama,
Agora de embaidor me des renombre;
  Yo me daré por tal, quando la fama
Por traidor condenare al que procura

Poder gozar de su discreta dama.

Ves, vuelvo á presentarte otra escritura,
Y porque la pasion de amor me aqueja;
Reitero las palabras con fe pura.

¿Luego nueva traicion se te apareja?
¿Ya tienes, por estarte persuadiendo,
Ocasion de formar contra mí queja?

Si por amarte, ó bello sol, te ofendo,
Sabrás que este inventor de ardides grandes,
Mientras viviere te estará ofendiendo.

Tengo te de seguir hasta que ablandes,
Tengo de pretender tu casamiento,
Aunque te pese, y lo contrario mandes.

Procuran otros conseguir su intento,
Y robar á sus damas con violencia
De fuego y sangre, y bélico instrumento.

¿Y por ganarte yo con mi prudencia,
Como si fuere culpa horrenda y rara,
Se me ha de dar de aleve la sentencia?

¡Oxalá tantos lazos yo hallara,
Que reprimiera así tu rebeldia,
Que por ninguna parte se librara!

Pero no faltarán, que todavía
Mil fraudes, mil engaños me han quedado,
Que en los trazar trabajo noche y dia.

Es tan grande el amor que me ha ocupado,

Que no hay remedio para conquistarte,
Que no lo tenga visto y ventilado.
  Y aunque hay dificultad para ganarte,
En fin te he de ganar, porque es mi seso
Capaz para engañarte y obligarte.
  Bien sé que está en los Dioses el suceso,
Mas yo procuraré que así te enredes,
Que no salga mi lance y tiro avieso.
  Y quando evites parte de mis redes,
Son tantas las que tengo para asirte,
Que verte libre de prision no puedes.
  Mas lazos tiene amor para rendirte,
Que puedes tú evitar con fuerza humana,
Por mas que de ellos quieras exîmirte.
  Y si mi industria y arte fuere vana,
La espada esgrimiré con tal presteza,
Que robe tu persona soberana.
  Como hay ardid, tambien habrá fiereza,
Ni dexaré las armas hasta tanto,
Que tenga en mi poder á tu belleza.
  No me tengas por tal que me da espanto,
Que Páris á su huespeda robase
Contra la ley del hospedage santo.
  Ni aquel condenaré que procurase
En estos hurtos ser osado y fuerte,
Y yo quizá.... callemos esto, y pase.

Y aunque por pena se me dé la muerte,
La muerte me será menos dañosa,
Que dexar de gozarte y poseerte.
Cidipe, si no fueras tan hermosa,
Fueras con mas modestia apetecida,
Por ser la causa menos poderosa;
Pero tu perfecion fuerza y convida
A la audacia, al furor, al movimiento,
A conquistarte á trueque de la vida.
Tú incitas á mi poco sufrimiento,
Tus garzos ojos causan tus querellas,
Alentando la fuerza á mi tormento.
Tus ojos digo, á cuyas lumbres bellas,
Por ser su resplandor tan excelente,
Reconocen ventaja las estrellas.
Tus ojos, cuyo fuego refulgente
Fué orígen de mi fuego y de tu lloro,
Pues lloras porque te amo eternamente.
Tambien fue causa tu cabello de oro,
Y el cuello de marfil, á quien quisiera
Tener en mi poder por gran tesoro.
Tus blancas manos, mas que blanca cera,
Me enamoran, las quales, aunque indino,
Quisiese que me fuesen cabecera.
Fuérzame á ser tu amante el cristalino
Semblante de vergüenza matizado

Con el pincel de honestidad divino.
La huella de tu pie, y el pie me ha dado
Ocasion de te amar, pues en blancura
A los de Tetis han aventajado.
El resto de tu oculta hermosura,
Si yo alabar pudiera, me estimara
Por hombre de grandísima ventura.
Pero segun lo visto es cosa clara,
Que si es el todo en todo tan perfeto,
Que cada parte en sí será muy rara.
Si de tanta beldad puesto en aprieto
Me ví, no es maravilla que quisiera
Promesa en prendas del futuro efeto.
Finalmente serás mi prisionera,
En tanto que confiesas claramente,
Que eres mi esposa, amante y compañera.
Envidia sufriré; pero al paciente
El justo premio es bien se le conceda,
Pues en sufrir y amar soy excelente.
¿Por qué el debido fruto se me veda
De mi traicion? ¿por qué me eres negada,
Pues con tal fuerza mi aficion te enreda?
De Telamon Hesione es robada,
Y con la espada y bélicos furores
Fue Hipodamia de Aquiles conquistada.
Y con ser estos dos sus robadores,

Hesione y Briseida fuéron tales,
Que amáron á sus mismos vencedores.
Dí contra mí inominias, dí mil males,
Muéstrate grave, airada y desdeñosa,
Acusame á los Dioses inmortales.
Que como yo te gane por esposa,
Y goce esa beldad que al cielo admira,
Qualquiera afrenta me será gloriosa.
Yo el mismo que soy causa de tu ira
La desharé, y aun pienso de agradarte,
Que solo á te agradar mi gusto aspira.
Concédaseme pues para aplacarte,
Un breve espacio, dame alguna audiencia,
Y serás mi juez aunque eres parte.
Permíteme llorar en tu presencia,
Con ruegos estas lágrimas mezclando,
Señal de verdadera penitencia.
Y allí mi grande amor manifestando,
Inclinaré en el suelo la rodilla,
Mis manos á tus plantas humillando.
Como el esclavo con temor se humilla
A la voz del señor que siente airado,
Y tiembla y se estremece con oilla.
¿Inoras el poder que en mí te he dado?
Cítame, por qué causa estando ausente
Me arguyes y me dexas condenado.

Como señora y como presidente
Mándame parecer, usa de imperio,
Que en fin si tú me ves serás clemente.
Y aunque por inominia y vituperio
Arranques mis cabellos y los dañes,
Diciéndome palabras de improperio:
Y aunque en sangriento humor mi rostro bañes,
Y con uñas y cólera inhumana
Me maltrates, me ofendas y me arañes:
Todo lo sufriré de buena gana,
Solo que te lastimes terné pena;
Quando me des tu mano soberana.
Ni tienes que buscar cepo y cadena
Para mejor guardar el prisionero;
Ni escura cárcel de custodia llena.
Mi firme amor será mi carcelero,
Y si de tu prision yo me ausentare;
Acabe de morir del mal que muero.
Despues que tu iracundia se hartare,
Despues que el almacen de tu crueza
En castigar mi culpa se gastare:
Tú misma te dirás: ¡con qué firmeza,
Con qué valor, constancia y sufrimiento
Este me adora y ama mi belleza!
Quando un tormento y otro descontento,
Quando un desden y otro desden más grave

Me vieres tolerar por tu contento:
Tú misma te dirás: quien tan bien sabe
Servir, á mi me sirva, y por trofeo
De mis secretos se le dé la llave.
Agora soy qual miserable y reo,
Convencido en ausencia y maltratado,
Juzgando mi proceso por mas feo.
Mi causa siendo justa, ha peligrado;
Lo que es virtud conviertes en delito,
Por me faltar audiencia y abogado.
Mi injuria, mi maldad es el escrito,
Que amor mandó escribirte y enviarte,
Y así esta causa á amor se la remito.
Esto solo ternás de que agraviarte,
Y quando de tu Aconcio te agraviaras,
¿Diana qué te debe en esta parte?
Quiero que de mi astucia te quejaras:
¿Delia qué mereció por que furiosa
El voto ante ella hecho quebrantaras?
Si el juramento y fe de ser mi esposa
No me quieres guardar, pase conmigo;
Pero, Cidipe, guárdalo á la Diosa.
Ella estuvo presente y fue testigo,
Y vió como tu rostro arrebolabas,
Yendo jurando de me unir contigo.
Que como poco á poco celebrabas,

La jura iba guardando allá en su mente
Inescrutable quanto pronunciabas.
Todo agüero de mal de tí se ausente;
Mas sabe que en el cielo, si está airada,
No hay Diosa mas feroz, mas inclemente.
Y esto quando se ve menospreciada
De algun mortal sacrílego, alevoso
Despreciador de su Deidad sagrada.
Es buen testigo el jabalí furioso
De Calidonia, por el qual he oido,
Que Altéa dió á su hijo fin rabioso.
Testigo es Acteon, que fue tenido
Por ciervo de sus perros, de los quales
Fue con rabiosa cólera comido.
Es lo tambien Niobe, cuyos males
Fuéron de calidad, que siendo dama,
Fue vuelta en risco, asiento de animales.
Y desde entonces hasta agora es fama,
Que con estar en peña convertida,
Allá en Bitinia lágrimas derrama.
¡Ay Cidipe! mi mano va encogida,
Y no se atreve á te decir de hecho,
Que es la causa del riesgo de tu vida.
Temo no digas que por mi provecho
Esta opinion te escribo, siendo vana;
Mas tengo de escribilla á tu despecho.

Creeme, que porque ofendes á Diana,
Queriéndote casar, la calentura
Eclisa tu belleza soberana.
La Diosa tu provecho y bien procura,
Y porque al voto y juramento excedes,
Trabaja el impedirte el ser perjura.
Quiere que con fe salva, salva quedes,
Y ya que en cuerpo y alma has enfermado,
En cuerpo y alma te hará mercedes.
Pruebo mi parecer por acertado,
Pues quantas veces ofenderme intentas,
Tantas veces castiga tu pecado.
Dexa ya de irritar con tus afrentas
Al arco de la vírgen animosa;
Sus flechas teme, pues que son violentas.
En tiempo estás, queriendo ser mi esposa,
Que puedas ablandar su pecho interno,
Que en fin es vírgen, y será piadosa.
No quieras que tu cuerpo amable y tierno
Se venga á consumir por tu esquiveza:
Que es malo competir con brazo eterno.
Harto mejor será que tu belleza
Se guarde para alivio á mis enojos,
Y para que enriquezca á mi pobreza.
Guarda esa luz radiente de tus ojos,
De adonde el fuego que me enciende, mana,

Robando de mil almas mil despojos.
Guarda en tu rostro la perfeta gracia,
Que mezclada con nieve quiere el cielo
Vestirse de esta mezcla soberana.
Calamidad eterna, inmenso duelo,
Y aquel martirio que en el alma siento,
Viendo tu enfermedad y desconsuelo,
Venga al que impide todo mi contento,
Y al que con pecho y pretension dañada
Repugna nuestro santo ayuntamiento.
El alma tengo ¡ay triste! atormentada,
Pensando de dos males qual escoja,
O verte enferma, ó verte mal casada.
Y auméntame la pena y la congoja
Ver que yo causo el daño y tu dolencia,
Y que sola mi fraude es quien te enoja.
Diosa ofendida, pase esta sentencia
En mí; yo pagaré, si ella es perjura,
Véngate de su error en mi inocencia.
No le quites al mundo su hermosura,
Que sin su luz el mundo estará feo;
Aconcio muera y quede ella segura.
Y como tanto escudriñar deseo
Tus obras, voy con gravedad fingida
Do vives, y en tu valle me paseo.
Sale tu esclava, y es de mi seguida,

Tus siervos sigo á todos preguntando,
Si te aprovecha el sueño y la comida.
¡Miserable de mí que estoy rabiando,
Porque no te administro aquellas cosas
Que el Médico te ha estado recetando!
¡Desdichado de mí que tus hermosas
Manos no aprieto, ni sentarme puedo
En esa cama, donde tú reposas!
Aunque mas triste y miserable quedo,
Quando por verme de tu vista ausente,
Te viene á visitar quien me da miedo.
Este tus manos trata dulcemente,
Y en tu cama se sienta, siendo odioso
A mí y á todo el cielo onipotente.
Este con tosco dedo y escabroso
Te mira el pulso, no por tu provecho,
Mas por tocar tu brazo milagroso.
Este llega á besar tu blanco pecho,
Y aun la boca quizá por paga entera
De la visita que en mi daño ha hecho.
Bestia atrevida, formidable fiera,
¿Quién te permite, qual ladron astuto
Hurtar y destruir mi sementera?
Adúltero, nefario, torpe, bruto,
Siendo de tanta gloria y premio indino,
¿Por qué de mi jardin coges el fruto?

Dí, ¿quién te hizo fácil el camino
De la esperanza agena y premio ageno,
Con menosprecio del poder divino?
Este brazo, estas manos, este seno,
Prendas son mias, que los Dioses sábios
La accion me han dado, porque sufro y peno.
Abstente, aparta tus lascivos labios,
No hurtes con torpeza y desvario
El justo galardon de mis agravios.
Prometido me está del cielo pio
Aquese cuerpo, quita de él tus manos,
Quita tus manos que ese cuerpo es mio.
La que tocas con términos villanos,
Malvado, ha de ser mia, que dispuesto
Lo tienen ya los Dioses soberanos.
Y advierte y nota que informado de esto,
Si en usurpar mi esposa perseveras,
Adúltero serás y deshonesto.
Elige entre otras damas la que quieras,
Elige dama, esposa y amadora
Entre esa multitud de las solteras.
De muger sin amante te enamora,
Y si dudabas de ello, ten por cierto
Que tiene poseedor esta señora.
Si no me crees, repítase el concierto;
Y porque no le acuses de falsía,

Haz que lo lea quien lo vuelve incierto.
Sal de la casa agena, sal que es mia,
Aquí ¿qué buscas? Sal de lo vedado,
Que esa cama que ves no está vacía.
Y si palabra, como á mí te han dado,
Será promesa humana y no forzosa,
Ni corre con la nuestra en igual grado.
Ella misma votó de ser mi esposa,
Y el padre que es primero despues de ella,
Te ha prometido dar mi prenda hermosa.
Mas cerca está de sí la dama bella,
Que el padre y su beldad será mas suya,
Que de otro, y así pudo prometella.
De esta verdad que es llana se concluya,
Que tiene mi demanda fundamento,
Y que es injusta y pérfida la tuya.
Si el padre la promete en casamiento,
Ella primero su votar dispuso
De ser mi esposa, y fue con juramento.
Si ante los hombres su palabra puso
El padre, ella la puso ante Diana,
Mira si el pleyto puede estar confuso.
El teme de incurrir en pena humana,
Digo en mentira, y ella en ser perjura
A la que es Diosa eterna y soberana.
¿De estos dos miedos dudas por ventura,

Quál es mayor, mas dino de respeto
Temor de Dios, ó miedo de criatura?
 En fin, pues que te precias de discreto,
Para que el riesgo de ámbos fácilmente
Alcances, mira el fin, mira el efeto.
 Mira á Cidipe mísera y doliente,
Mira á su padre que en la edad que alcanza,
Le sobra la salud y está valiente.
 Tambien hay entre nos desemejanza,
Quanto á los riesgos de este pleyto escuro,
Pues no es igual el miedo y la esperanza.
 Juegas primeramente á lo seguro,
No arriesgas con la buena ó mala suerte,
Como quien mira al toro desde el muro.
 A mí mas grave que la misma muerte
Me será, si me fuere denegada,
Pues no podré sufrir dolor tan fuerte.
 Lo segundo esta dama es adorada
De mí por mucho tiempo, y ser podria
Que de tí no empezase á ser amada.
 Si la justicia sacrosanta y pia,
Si aquella retitud que al bueno inflama,
El alma te inflamara helada y fria:
 Debieras de dar crédito á mi llama,
Cedieras á este fuego que me enciende:
Pues debes dar ventaja al que mas ama.

Agora, ó mi Cidipe, pues contiende
Este cruel tan sin razon conmigo,
Nota lo que mi epístola pretende.
Este mi contendor, este enemigo
Te tiene enferma, y hace que la Diosa
Esté enojada, y con razon, contigo.
Si los umbrales de tu alcazar osa
Pasar, sus pasos y visita evita,
No le des prendas ni favor de esposa.
Que por quanto permites su visita,
Tus verdes años Atropos cercena,
Y tu edad floreciente se marchita.
El cielo quiera que quien esto ordena,
Muera de aquese mal y que tu vivas,
Y si él viviere, viva siempre en pena.
Con solo que este infame no recibas,
Ni quieras á quien Delia así aborrece,
Te librarás de fiebres tan nocivas.
Luego verás que en ese punto crece
Tu salud, tu vigor y mi riqueza,
Que enferma tú, mi vida se empobrece.
Vírgen, dexa el temor que con presteza
Te verás con salud, sin riesgo y sana,
Y aumentada la luz de tu belleza.
Con tal que reverencies de Diana
El templo, no con celebres oficios,

Con falsa pompa y apariencia vana:
  Que no vuelven las vítimas propicios
A los Dioses, ni menos les agrada
La sangre que se vierte en sacrificios.
  Lo que es mas grato á su deidad sagrada,
Es guardarles la fe pura y sincera,
Sin les perder la revencia en nada.
  Otras para cobrar salud entera,
El hierro prueban y la brasa ardiente:
Que nada teme quien vivir espera.
  Otras para templar el acidente,
Brevajes beben, purgas y xarabes,
Que atormentando sanan al paciente.
  Evita tú el perjurio, pues que sabes
Que con solo evitallo ternás vida,
Por ser pecado grave entre los graves.
  Guarda la fe á la Diosa prometida,
Gurdate á tí y á mí; pues te es ganancia
Que esté mi vida de la tuya asida.
  No tengas en el mar perseverancia,
Que si te enmiendas de tu error notable,
Será justo descargo tu inorancia.
  Dirás que es la memoria deleznable,
Y que olvidaste lo que así te inculpa,
Y quedará tu mal menos culpable:
  Si perseveras no ternás disculpa,

Pues demas de avisarte por mi carta,
La enfermedad te advierte de tu culpa:
  La qual todas las veces que se aparta
Tu voluntad del gusto de la Diosa,
De tus medulas se alimenta y harta,
  Y aun quando evites esta fiebre odiosa,
Pedirás el socorro de Diana
En la hora del parto peligrosa.
  Pedirás que su mano soberana
Saque el infante á luz, y que te alumbre
Con el mesmo poder que te dió sana.
  Ella oirá tu clamor desde su cumbre,
Y habiendo en la memoria repetido
Su antiguo enojo, agravio y pesadumbre:
  Informarse querrá de que marido
Pares, y quedarás allí burlada,
Por no haber de tu Aconcio concebido.
  Mil votos le harás, y escarmentada
Entenderá que votas falsamente,
Del riesgo y del temor necesitada.
  Si juras, sabe ya que es suficiente
Tu lengua á defraudar los Dioses santos:
Mira que gana quien engaña y miente.
  Mis ruegos, mis suspiros y mis llantos
No buscan mi interes ni mi provecho,
Que por mi propio bien no diera tantos.

Mayor cuidado me fatiga el pecho
Que el miedo que tus años se desdoren,
Es quien me tiene el corazon deshecho.
¿Por qué permites que tus padres lloren,
Dudosos de este caso desastrado?
¿Por qué procuras que tu mal inoren?
A lo menos hubierasIo contado
A tu dichosa madre; no te creas
De quien en contra de esto te ha informado.
Cidipe mia, (quiera Dios lo seas)
Cuenta por órden nuestro caso entero,
Pues que no tiene circunstancias feas.
Dirás, Cidipe amada, lo primero,
Que estando allá ofreciendo ante la Diosa
Su sacrificio con amor sincero:
Viéron mis ojos tu presencia hermosa,
Tu rostro bello, expléndido, elegante,
Tu luz inmensa, rara y milagrosa.
Y que viendo tu gloria en ese instante,
(Si acaso lo notaste) en tu belleza
Fixé los ojos y quedé tu amante.
Y como me elevase en esta alteza,
Se me cayó la capa, demostrando
Del éstasis mental la fortaleza.
Dirás despues que en oracion estando,
Una manzana rara y exquisita,

Sin ver de adonde, vino á tí rodando.
 En cuya circuicion estaba escrita
Una promesa, un voto nunca oido,
De astucia grande y frasis inaudita.
 Siendo todo lo qual de tí leido
Delante de Diana, conociste
Haberte en casamiento prometido.
 Allí repetirás lo que dixiste,
Volverás á decir lo que juraste,
Referirás la jura que hiciste.
 Hija, (dirá tu madre) el que juraste
Por esposo, será mi amado yerno,
Acétale por tal, pues te casaste.
 Con él te casa; pues el cielo eterno
Con él te desposó; muestrate ufana,
Pues se encarga el amor de tu gobierno.
 A tí te agrade el que agradó á Diana.
Esto dirá tu madre, si ella fuere
Tal madre, que gustare verte sana.
 Si quien y qual yo soy saber quisiere,
Verná á hallar que la triforme Diosa
Vuestro amor busca, y vuestro gusto quiere.
 La isla que otro tiempo fue gloriosa
A las Coricias Ninfas, y es bañada
Del mar Egeo, es mi patria honrosa.
 Si mi generacion saber le agrada,

De nobles padres vengo, y mi nobleza
Es de sangre de Reyes derivada.
Soy abundante y próspero en riqueza,
Amo virtud en obras y costumbres:
Que es el blason mas dino de grandeza.
Y quando en mí no mires mas vislumbres
De gloria, que el amarte en sumo grado,
Es justo que me estimes y me encumbres.
Por ser yo tal merezco ser buscado
Para ser tu marido, y sin que hubiese
Tanto valor en mí como has hallado.
En sueños me mandó que te escribiese
Estas cosas, la que es de Febo hermana,
Por honra suya y no por interese.
Despues que dexé el sueño en la mañana
Esto tambien mandó, que te escribiera
Amor, con su potencia soberana.
De este ya me hirió la flecha fiera;
Guardate, y mira con la flecha suya
La Diosa mortalmente no te hiera.
Mi vida nace y pende de la tuya;
Tu vida nace y pende de la mia;
Procura que esta union no se destruya.
A tí y á mí te muestra afable y pia;
Tu voto cumple, y cumple mi deseo:
¿Qué dudas, si es tu *y* nuestra alegria?

Si el sí me das, si tanta gloria veo,
Quando otra vez las trompas resonaren
En Delos, donde hice el rico empleo:
Quando sus aras santas se bañaren
Con sangre del becerro y bravo toro,
Que en honra de Diana se inmolaren:
Ante su imágen la manzana de oro
Porné en memoria y en honor de aquella
Que fue mi empleo y todo mi tesoro.
La causa, y el intento de ponella,
Será en estos tres versos declarada
A los devotos que quisieren vella.
„ Con la manzana de oro aquí colgada,
„ Afirma Aconcio que lo en ella escrito
„ Se confirmó, y cumplió sin faltar nada."
Y porque mas no aflija al cuerpo aflito
Mi carta, antes le alivie y le regale,
Ceso, no prosiguiendo en infinito.
A Dios Cidipe, mi Cidipe, vale.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA VIGESIMA.

Recibiendo Cidipe la carta de Aconcio, conociendo y rezelando, que la enfermedad que padecia era por estar la Diosa Diana airada contra ella, determinó por redimir esta vexacion, de cumplir á Aconcio su juramento y no la voluntad de su padre. Y así, aunque muy enferma, le responde breve y compendiosamente en doce versos, que acaban en el pentámetro. Quos vereor paucos ne velit esse mihi. *A los quales añadió otro autor el cumplimiento de toda la respuesta: la qual no ser de Ovidio ni de Sabino consta por muchos exemplares antiguos. Y así todos los comentadores no comentan sino los doce versos, y es muy conforme á razon que una enferma no escribiese mas de un villete en demostracion que aceptaba la peticion ó la desechaba. Pero por haberme agradado toda la epístola, la tengo traducida en el verso que comunmente se dice ovillejo ó maraña; y por no enmarañar con diferente compostura esta obra no la pongo aquí: mas irá (queriendo Dios) en la se-*

gunda parte de este mi Parnaso Antártico, con otras curiosidades que tengo en ella. Y así para cumplir con la obligacion de este lugar, puse la breve respuesta de la afligida y enferma Cidipe.

CIDIPE

A ACONCIO.

EPISTOLA VIGESIMA.

Temí y leí tu carta solamente
Con el turbado y presto pensamiento,
Y con la vista misera y doliente.
No tuve en pronunciarla atrevimiento,
Porque á los santos Dioses no votara
Nueva traicion con nuevo juramento.
Y entiendo que tu astucia me engañara
Otra vez, si qual dices no te hubiera
Hecho la jura que me cuesta cara.
Romperla quise, y cierto la rompiera,
Si (como en fin muger y escarmentada)
La indinacion del cielo no temiera.
Temí que por ventura acrecentada
Seria de la Diosa la violencia,
Y en mí con mas rigor executada.
Pues mientras con mas culto y reverencia
Mi devocion en honra suya crece,
Quemando incienso sacro en su presencia:
Diana contra mí mas se embravece,

Y á tí, por agradarte y por rendirme,
Mas de lo que es justicia favorece.
  Y como tú pretendes persuadirme,
Se venga de su injuria mi belleza,
Poniendo su potencia en afligirme,
  Apenas acudió con tal presteza
A remediar de Hipólito los males,
Con ser quien fue, y amalle con terneza.
  Fuera mejor mis años virginales
Guardara la que es Diosa y virgen pura:
Mas temo que ella quiere por ser tales
  Se abrevien en la breve sepultura.

ARGUMENTO

DE LA EPISTOLA ULTIMA.

De comun consentimiento de todos los hombres sabios, y de la Poesía latina beneméritos, es esta epístola de Safo á Faon, la mas grave, mas docta y de mas artificio de todas las demas que Ovidio compuso, por resplandecer en ella (demas de sus retóricos colores de que abunda) muchas y admirables sentencias, habiendo aquí Ovidio juntado muchas de Homero, y muchas de las obras que la misma Safo dexó escritas. Y así Merula y Domicio Calderino, Asensio y otros muchos doctísimos varones procuráron esmerarse y remirarse en ella; y si en la frasis castellana no fuere digna de tanta admiracion, será por no haberla traducido otro que igualase al espíritu de Ovidio; y porque la propiedad, énfasis y el alma de una lengua es imposible traducirse en otra. Dicen pues Suidas y Eliano con otros autores Griegos, que hubo dos mugeres llamadas Safo, la una Etesia, y Poeta célebre, la qual fue famosa

en los tiempos de Alcéo y Pirtaco, y de Prisco Tarquino. La otra fue natural de Mitilene, Poeta ilustre, pero de vida deshonesta y lascivas costumbres: escribió muchas y muy famosas obras en metro, y fue inventora de los Líricos versos, y de su nombre llamamos algunos Sáficos: fue casada con Cerecla, Andrio de nacion y riquísimo, de quien parió una hija dicha Cleis ó Clida, y enviudó quedando moza en compañía de tres hermanos y de muchas discípulas que tuvo. La causa por que esta vino á amar á Faon con tanta vehemencia, atribúyelo Plinio á una virtud de cierta yerba; mas el comun parecer de los Poetas afirma que Faon fue natural de la isla de Sicilia, y tan pobre que se sustentaba en un rio, pasando con un barco la gente de una ribera á otra. Sucedió que una vez llegó la Diosa Venus, entre los demas pasageros, y rogándole á Faon que la llevase en su barco sin interes, agradado él de su belleza, pero no conociendo quien era, la puso de la otra parte del rio con mucha liberalidad y cortesia: Venus agradecida al servicio hecho, en premio y paga le dió un vaso de preciosísimo ungüento, con el qual untándose Faon quedó el mas hermoso y dispuesto

mancebo que hubo en aquel siglo. Gozando pues Faon de tanta belleza, acaso, ó por necesidad, salió de Sicilia y vino á Lesbos, donde visto de las damas de la isla, fue de ellas querido y regalado; pero la que mas le amó, y la que mas fue cautiva de su gentileza, fue la milagrosa Poeta Safo, que ya por este tiempo era llamada la décima Musa: gozó de él, aunque poco tiempo, porque despues de algunos meses, sin comunicar con Safo su partida, ocultamente se volvió á Sicilia, olvidándose totalmente de su dama, que por ser poco ó nada hermosa y muy deshonesta le vino á causar odio y aborrecimiento. Esta partida y desprecio hizo tanta impresion en la enamorada señora, que movida de un rabioso dolor, sin hallar ningun consuelo ni remedio á su desesperacion, determinó de despeñarse en el mar desde un alto monte de Epiro, por consejo (como ella dice) de los Dioses, por librarse de aquel irremediable fuego que le abrasaba el alma. Pero antes de executar el fiero intento escribió esta epistola á su Faon, por ver si con sus amorosas y artificiosas razones le podia traer á su antigua voluntad, en la qual le ruega que vuelva á Lesbos y la consuele con su presencia, ó que á lo menos le

responda, y mande que se arroje por su amor en el mar, pues está ya determinada de darle gusto con su muerte.

SAFO

A FAON.

EPISTOLA ULTIMA.

¿Por ventura, Faon, luego que abriste
Mi carta, en ver su letra artificiosa,
Por mia la juzgaste y la tuviste?
¿Por ventura, mostrárase dudosa
Tu mente en vacilar quien te escribia,
Si no vieras mi firma dolorosa?
Preguntarás, que si la musa mia
Ha siempre versos Liricos cantado,
¿Porqué la que te escribo es Elegia?
¡Ay! que mi triste amor ha ya espirado
En tu pecho cruel, y en este punto
De mí ha de ser su tránsito llorado.
Y porque el verso al dolorido asunto
De hoy mas responda, escojo el lamentable,
Que el Lirico no es verso de difunto.
Abrásome en incendio irremediable,
Qual arde el campo donde el fuego emprende,
Si sopla el sordo viento incontrastable.
La seca parva con furor se enciende,

La llama excede al resplandor Febéo:
Tal es el fuego que á mi pecho ofende.
  Allá habita Faon, donde el Tiféo
Etna con fuego y sempiterna brasa
Oprime y quema el cuerpo Gigantéo.
  Pero con mas ardor y mas sin tasa,
Que si estuviera en Etna y sus fogones,
El iracundo amor mi pecho abrasa.
  No se me ofrecen versos ni canciones,
Para poner en dulces instrumentos,
Que es lo que alegra tristes corazones.
  Que el componer y el entonar acentos,
Son exercicios y obras virtuosas
De entendimientos libres y contentos.
  Ya me son las Piérides odiosas,
Ya huyo de las Dríadas doncellas,
Solo me ocupo en quejas amorosas.
  Amithon, Cidno y Attis, mozas bellas,
Son viles, á quien tanto las queria,
Ni las quiero hablar ni puedo vellas:
  Y otras ciento que, quando Dios queria,
Por sola su virtud y compostura
Gustaba de tener su compañía.
  Mira, Faon, si es mucha tu ventura,
Pues el amor que á tantas he quitado,
Le he puesto en tu divina hermosura.

Tienes el rostro bello y delicado,
Tienes edad á gustos conveniente,
¡O rostro que has mi vista emponzoñado!
Coge la lira y toca dulcemente,
La aljaba toma, y te veremos hecho
Un nuevo Apolo en música y valiente.
Ponte aquella señal * que á mi despecho
Me pones, serás Baco, y en belleza
Al uno y otro dexarás deshecho:
Pues Febo á Dafne amó y á su altiveza,
Y Baco amó á la Gnosida Ariadna,
Siendo Dioses los dos de suma alteza.
Y aunque fue su belleza soberana,
No alcanzáron el don de la Poesía,
Ni aquel licor que en el Parnaso mana.
A mí la Pegasea compañía
Me dita versos, yendo ya mi nombre
Por quanto abrasa el sol, y el mar enfria.
Ni tiene mas honor, ni mas renombre
Alceo el Mitileno y celebrado,
Aunque mas con su verso al mundo asombre.
Si la naturaleza me ha negado
Rostro elegante, forma y estatura,
No tengo culpa: yo no me he criado.

* Esta señal son los cuernos.

Yo suplo aquese yerro de natura
Con mi ingenio y virtud que al mundo encanta,
Y la virtud excede á la hermosura.
No altivo me desprecies, que si tanta
Es esta pequeñez en que me veo,
Mi fama hasta los cielos se levanta.
Si no soy blanca, Andrómeda á Perseo
Agradó siendo negra de Etiopía,
Que no por ser moreno un rostro es feo.
Verás que es cosa natural y propia
Unirse con palomas variadas
Blancos palomos, y esto en mucha copia.
Tambien las tortolillas son amadas
De verdes papagayos: ni fortuna
Tiene á las damas negras olvidadas.
Si no te ha de gozar dama ninguna,
Si no es la que igualare á tu belleza,
No te habrá de gozar muger alguna.
Quando tú me subiste á tanta alteza,
Que me elegiste, hermosa me juzgaste,
No viste escoria, todo fue fineza.
Que á mí sola amarias me juraste,
Juraste que yo sola te agradaba,
Mentiste en esto, aquello quebrantaste.
Por tu gusto me acuerdo que cantaba,
(Que nada al que es amante se le olvida)

Y con el dulce canto te elevaba.
Era de tí mi voz interrumpida
Por me besar, queriendo de mi boca
Hurtarme la cancion aun no nacida.
Ahora ¡ay rabia! que me vuelvo loca,
Tienes por tuyas muchas damas bellas
Allá en Sicilia, cuyo amor te toca.
¿Qué me detengo aquí sin ir á vellas?
Que desde Lesbos, si en Sicilia hay Diosas,
Siciliana quiero ser con ellas.
Señoras y matronas venturosas,
A quien el cielo da por patrio nido
De Nesa las ciudades poderosas:
No doreis el error que he cometido,
Diciendo, que á un extraño de mi tierra
Le dí mi fe, no siendo conocido.
Guardaos no siembre en vuestras almas guerra
Este traidor con los embustes raros,
Que en la blandura de su lengua encierra.
Quánto os dice y dirá por engañaros,
Tanto me dixo ¡ay mísera! primero,
Y como á mí me olvida, ha de olvidaros.
Tú, célebre Ericina, que el tercero
Círculo habitas, y eres venerada
De los Sicanos con amor sincero:
Mira por tu Poeta desdichada,

Dame consejo, Diosa, en esta pena,
Socorre á un alma triste enamorada.
Fortuna, que jamas me ha sido buena,
¿Prosigue por ventura aquel tormento,
Que desde el punto que nací, me ordena?
¿Ha de permanecer su duro intento?
¿Siempre en mi daño el tiempo está fixado,
Siendo su natural el movimiento?
A seis años de edad no hube llegado,
Quando ya con mis lágrimas habia
Las cenizas paternas rociado.
Mi hermano el patrimonio que tenia
Consumió, regalando á una ramera,
En cuyo amor el miserable ardia.
Mil daños, bien indinos de quien era,
Grangeó con afrenta miserable:
Que de servir al mundo esto se espera.
Y agora pobre, humilde, insaturable,
Por reparar su hambre y su pobreza
Navega el mar dudoso incontrastable.
Con mal medio procura la riqueza,
Que con mal medio disipó el insano,
Dándose torpemente á su torpeza.
Y á mí porque le di, como á mi hermano,
Consejos saludables, me aborrece:
Que no quiere consejos el liviano.

Esta es la utilidad que se recrece
A aquella que en amalle se desvela,
Y mi piadosa lengua esto merece.
Y como si faltase, que le duela
Al corazòn, aumenta mis pasiones
Una niña que tengo pequeñuela.
Tú agora á mis tormentos y afliciones
Te añades, y entre todos tienes palma,
Con esta larga ausencia en que me pones.
¿Por ventura mi nave que es el alma,
No terná un viento favorable y bello,
Para no estar en sempiterna calma?
Mira esparcido por la espalda y cuello,
Sin artificio ni órden elegante,
Mi crespo, largo y nítido cabello.
Ni mis dedos adorno como amante,
Por demostrar que un disfavor me agravia
Con el rubí, crisólito ó diamante.
Vilmente visto; mi ornamento es rabia,
Ni enlazo mi cabello en lazos de oro,
Ni le regalo con licor de Arabia.
¿Mas para quien sino es de luto y lloro
Me tengo de adornar? ¿y á quién ¡ay triste!
Procuraré agradar con mi tesoro?
¿Qué galas me porné, si en quien consiste
Mi gusto, vive ausente y me desama,

Y de tristeza y de dolor me viste?
Mi tierno corazon (que en fin soy dama)
Es herido, y quemado en horno ardiente
De veloz flecha y de ligera llama.
Y como mi martirio es vehemente,
Siempre la causa vive y va en aumento,
Para penar y amar eternamente.
O fue que en mi infelice nacimiento
Las Parcas por su ley me condenáron
A amarte siempre y á sufrir tormento:
O el aspa donde el hilo devanáron
De mi vida (si es vida la que es muerte)
De dura pertinacia la formáron:
O la costumbre larga de quererte,
Decansando en la escuela de Cupido,
En mi naturaleza se convierte.
Hame Tália el alma enternecido,
De suerte que no tengo fortaleza
Para librar del fuego á mi sentido.
¿Y qué mucho que tenga esta flaqueza,
Si quando te apuntaba el primer bozo,
Me sujetó y robo tu gran belleza?
¿Qué maravilla me rindiese un mozo,
Que á los varones sujetar pudiera,
Con se adornar de femenil rebozo?
¡O¡ tú, que eres de Apolo mensagera,

¿Quántas veces temí que me hurtaras
Este mancebo, porque yo muriera?
Y entiendo, bella aurora, le robaras;
Mas á tu intento Céfalo repuna,
Cuyas conversaciones te son caras.
Faon, pues si te alcanza á ver la luna,
Querrá que siempre duermas por besarte;
Mas védalo su amante y la fortuna.
Venus tambien quisiera arrebatarte
En carro de marfil allá en su cielo;
Mas ve que es justo complacer á Marte.
¡O tú que eres la gloria de este suelo,
Y del presente siglo la hermosura,
Y de mi triste espíritu el consuelo:
Tú que no eres varon de edad madura,
Ni eres muchacho, que es el venturoso
Tiempo para deleytes y dulzura!
Ven, torna, vuelve á mí, jóven hermoso,
Basta la grave ausencia que he pasado,
Vuelve á mi seno, toma en él reposo.
No te quiero rogar desamorado,
Que tú me quieras: lo que yo pretendo
Es que solo consientas ser amado.
Escribo, y mientras voy aquí escribiendo
Mis ansias, mis tormentos, mis pasiones,
Mis ojos van mil lágrimas vertiendo.

Contempla quantas manchas y borrones
Lleva esta carta miserable mia,
Pues tiene mas que versos y diciones.
Si queriendo dexar mi compañia,
Estabas cierto de irte, bien hicieras
Si usaras de modestia y cortesia.
Fuera razon de mí te despidieras,
Y si mi propio nombre abominaras,
Moza de Lesbos, queda á Dios, dixeras.
Que en fin algunas lágrimas llevaras,
Que derramara allí mi sentimiento,
Y algun abrazo y beso grangearas.
Yo nunca rezelé tu apartamiento,
Nunca temí tan áspero castigo,
Ni tuve miedo al grave mal que siento.
Ninguna prenda tuya está conmigo,
Sino es la injuria y grave alevosia
Que has hecho en me dexar como enemigo.
Ni menos tú llevaste prenda mia,
Que en verla te sirviera de retrato
De esta, que el tuyo adora noche y dia.
Ninguna ley te dí, ningun mandato,
Ni otro te diera, salvo que en ausencia
De mí no te olvidaras como ingrato.
Júrote por la fuerza y vehemencia
De este mi amor, que ni dexar procuro,

Ni él se puede apartar de mi presencia:
  Por las nueve Libetrides te juro,
Cuyas deidades por mi honor serviste,
Y yo venero y agradar procuro:
  Que quando no sé quien me dixo ¡ay triste!
Tu bien se va, tu gloria es eclisada,
Hoy tu contento y tu Faon perdiste;
  Así quedé en peñasco transformada,
Que ni pude llorar de suspendida,
Ni me pude quejar de alborotada.
  Suspendióse en mis ojos la avenida
De lágrimas; la lengua perdió el brio,
Y al muerto paladar se quedó asida.
  El amoroso ardor del pecho mio
Se amortiguó, sus llamas ocultando,
Y dió lugar que le ocupase el frio.
  Mas despues que el dolor se fue aplacando,
Despues que el cuerpo helado mas que roca
Fue su calor y espíritu cobrando:
  Rasgué mi pecho á golpes como loca,
Meséme, y sin mirar lo que debiera,
Bramé, grité, desenfrené la boca.
  Y esto no de otra suerte, que si fuera
Acompañando el cuerpo, madre pia,
Del hijo recien muerto, á la hoguera.
  Mi mal hermano, viendo mi agonía,

Se goza, regocija y se recrea,
Y aumenta con mi pena su alegría.
Delante de mis ojos se pasea,
Que porque su presencia me es odiosa,
Quiere que á mi pesar le hable y vea.
Tambien porque la causa vergonzosa
De mi dolor al mundo esté patente,
Me dice con voz grave y desdeñosa:
¿Qué pena, qué tristeza, qué acidente
Puede afligirte, si tu Cleis es viva?
No solo viva, mas ni está doliente.
Todo el mundo miraba mi excesiva
Angustia, y mi vestido descompuesto,
Y el pecho al ayre, do tu amor estriba.
Que no puede el amor que es deshonesto
Con la vergüenza estar acompañado;
Y lidian entre sí, torpe y honesto.
Eres, Faon, mi gloria, mi cuidado,
Y mis sueños así te representan,
Como si no te hubieras ausentado.
Y porque en estos sueños se alimentan
Mis gustos, me es la noche de mas lumbre,
Que los rayos del sol que la ahuyentan.
Que aunque del mar la inmensa pesadumbre
Te esconda, y aunque vivas de mí ausente
En las faldas del Etna ó en su cumbre;

En sueños cada noche estás presente,
Allí te hablo y miro tu figura,
Y allí te abrazo y toco dulcemente.
Mas tiene una gran falta esta dulzura,
Que en fin como es de sueño es abreviada,
Y lo que es falso y vano poco dura.
Imagino tal vez que reclinada
En tus brazos estoy, y algunas pienso
Que mi brazo te sirve de almohada.
Tal vez... mas ¿para qué tan por extenso
Quiero contar lo que contado ofende
A mi sensualidad, pagando el censo?
Ya en esto alegra, ilustra, aclara, enciende
Titan el ayre, y muéstrase al instante
La luz, y quanto el mundo comprehende.
Huye mi sueño, y húyese mi amante,
Y agráviome de ver tan presto huyan,
Siéndome su vision tan importante.
Y temiendo estas ansias me destruyan,
Visito al bosque, y una y otra cueva,
Y pido que á Faon me restituyan.
Como si el bosque á compasion se mueva,
Como si aquellas cóncavas sonoras
Conocen el ardor que á mi me lleva.
Mas pídoles favor como á fautoras,
Que fuéron de mis gustos algun dia,

Siendo de mis deleytes sabidoras.
Furiosa voy á do el furor me guia,
Pobre de entendimiento y desgreñada
Manifestando así la rabia mia.
No menos que si fuera enhechizada
De la infernal Ericto, magă astuta,
Por sus encantos fuertes celebrada.
Aquí miro una cueva, allí una gruta,
Ya me suspendo allí, y aquí me paro,
Que aquí y allí gusté de amor la fruta.
Y aunque estas cuevas tienen por reparo
Areniscos peñascos escabrosos,
Fuéronme un tiempo mármoles de Paro.
Andando estos boscages montuosos,
Llego á la selva que sirvió de alfombra
Y cama á nuestros cuerpos calurosos.
Y en muchas siestas, quando el sol asombra,
Nos recogió con regocijo y fiesta
En su copada y agradable sombra.
Mas aunque me es la selva manifiesta,
No hallo en ella á mi señor trocado,
Que es tambien el señor de la floresta.
Y así me es vil, humilde y desechado
Aquel lugar, pues todo su ornamento
Estaba en la presencia de mi amado.
Hallé todas las flores de este asiento

Selladas de tu huella conocida,
Para recordacion de mi tormento.
La tierna yerbezuela ví oprimida,
Clara señal que nos sirvió de cama,
Y que de nuestro peso está abatida.
Allí furiosa me arrojé, y la grama
Besé, donde tu suerte favorable
Te tuviera en los brazos de tu dama.
Y la yerba que entonces fue agradable,
Agora por mis ansias y congojas
Se riega con mi llanto miserable.
Los árboles tambien, porque me enojas,
Parece que me ayudan en mi llanto,
Despidiendo de sí sus verdes hojas.
Las aves enmudecen, y entre tanto
Que en aquel bosque mi clamor se siente,
Suspenden todas su apacible canto.
El ave Daulia llora solamente
Al hijo, y de no haber primero muerto
A su marido pérfido, insolente.
A Itis llora Progne en el desierto,
Y Safo llora y gime sus amores,
Y así está el bosque de dolor cubierto.
Tantos son los sollozos y clamores,
Que todo se suspende y todo para,
Como en la media noche los rumores.

Aquí nace una fuente dulce y clara,
De tal diafanidad alabastrina,
Que excede al rio, cuya linfa es rara.
Muchos en esta fuente cristalina
Viendo su magestad y que es tan bella,
Entienden que hay deidad santa y divina.
Hácele sombra, extiéndese sobre ella
El árbol que fue Ninfa y fue hermosa,
Y agora es tronco la que fue doncella.
Al rededor la tierra está viciosa,
Aquí está el lilio y el jazmin preciado,
Allí el clavel y la purpúrea rosa.
Aquí como inclinase el fatigado
Cuerpo, y rindiese al sueño favorable
Mi pena, mi congoja y mi cuidado;
Luego un mancebo de beldad notable
En mi presencia apareció, mostrando
Su blanco rostro, bello y agradable.
Díxome: „¡ó Safo! pues te estás quemando
En desigual ardor, y en esta guerra
Has de morir, sin premio peleando:
Conviene vayas á la Ambracia tierra,
Que es en Epiro, y busca el monte santo,
Donde de Febo un templo la ara encierra:
Desde su cumbre se divisa quanto
El mar Attéo, ó el Leucadio baña

En sus faldas hiriendo con espanto.

De aquí te arroja, y esa brasa extraña
Se apagará, que impide tu reposo,
Ganando prez y honór con tal hazaña.

De aquí se arrojó al mar el ánimoso
Deucalion, ardiendo en fuego horrible
Por el amor de Pirra poderoso.

Y aunque este salto pareció terrible,
Salió del mar de todo riesgo ageno:
Que nada hay á los Dioses imposible.

Luego pudo gozar de Pirra el seno;
Mas ya Deucalion libre se via
Del fuego de Cupido y su veneno.

Esta es la misma ley que guarda hoy dia
Este lugar; no temas arrojarte,
Pues que tu bien consiste en la osadia."

Dixo, y diciendo con su voz se parte,
Y yo asombrada de estas maravillas,
Me levanté mirando á toda parte.

Mis lágrimas regáron mis mexillas,
Bastantes á ablandar las piedras duras,
Y á desecar las verdes florecillas.

¡O tú qualquiera que mi bien procuras,
Yo buscaré el peñasco revelado,
Pues tanto bien, si salto, me aseguras!

Qualquier temor, qualquiera miedo helado

Huya de mí, si amedrentarme quiere,
Triunfe el insano amor desvariado.
Qualquier suceso ó fin que esto tuviere,
Será mejor que el insufrible exceso
Del mal, que sufre la qué pena y muere.
Yo volaré mas leve que mi seso;
Los vientos me serán firmes escalas,
Y mi cuerpo no tiene mucho peso.
Tú, tierno amor, de quantas obras malas
Has hecho en daño inmenso de mi suerte,
Préstame agora tus veloces alas;
Siquiera, porque infame con mi muerte
No quede el mar Leucadio, y de esta historia
No puedan acusarte y convencerte.
Si esto consigo en muestras de vitoria,
Será á Febo mi cítara ofrecida,
Y estos versos que guarden mi memoria:
La Poetisa Safo, agradecida
Te ofrece la vihuela, ó santo Febo,
Que á tí, y á sí, y á entrambos es debida.
Pero, ¿por qué razon, noble mancebo
Quieres en ese mar precipitarme,
Dónde seré quizá á los peces cebo?
Tú puedes de este daño rescatarme,
Volviendo á mí la planta fugitiva,
Que ha sido tan veloz para dexarme.

Faon, si gustas, que tu Safo viva,
Mas saludable me serás si quieres,
Que el mar Leucadio ni la cumbre altiva.
Seráme tu presencia si vinieres
Un nuevo Apolo en mérito y belleza,
Y envidiaránme todas las mugeres.
Dí, mas sordo y feroz que la fiereza
De los peñascos, rígido, inhumano,
Mas que el furioso mar y su braveza:
Dime, ¿podrás si muero estar ufano
Con esta muerte? ¿tan enorme hecho
Podráte dar renombre soberano?
¡Ay quanto mejor fuera que mi pecho
Se uniera con el tuyo, que con peñas,
De cuyo encuentro quedará deshecho!
El cuerpo, el pecho, el rostro que desdeñas,
Los mismos son, Faon, que tú alababas,
Los mismos que gozaste entre las breñas.
Los mismos miembros son que exâgerabas;
La misma soy, mi ciencia es tan profunda,
Como lo fue en el tiempo que me amabas.
Solo quisiera agora ser facunda,
Para ablandarte el pecho y alma ingrata,
Que en odio y desamor se arraiga y funda.
Mas el dolor así me liga y ata,
Que el ingenio se ofusca con mis males,

Y el cielo me confunde y desbarata.
  Las fuerzas de mi pluma no son tales,
Mi agravio y tu maldad la han hecho ruda,
Robando sus espíritus vitales.
  En el instante que faltó tu ayuda,
Con el dolor el pletro está olvidado,
Y está con el dolor la lira muda.
  ¡O Isleñas damas! si os habeis casado,
O que no lo seais, pues me escuchastes,
Escuchadme en el fin desesperado.
  Mozas de Lesbos, las que me incitastes
A ámar y á ser amada torpemente,
Oid agora á la que tanto amastes.
  No vengais á escuchar mi voz doliente,
Que en quanto escribo, taño, canto y digo,
Ya mi vena ha perdido su torrente.
  Aquel Faon, mi pérfido enemigo,
Huyendo de mi vista desgraciada,
Todas mis gracias se llevó consigo.
  Aquel Faon, que ha poco ¡ay desdichada!
Que pude llamar mio, y que barrunto
Que el alma que me dió la tiene dada:
  Haced que vuelva á mí, y en ese punto
Vuestra Poeta, mísera y marchita,
Volverá al metro, al canto y contrapunto.
  Que como en mí Faon se deposita

Mi alma, y mi saber está en sus manos:
El da al ingenio fuerza y él la quita.
Mas, ¿para qué me canso en ruegos vanos?
¿Puede moverse un corazon de fiera?
¿Reyna clemencia en pechos de villanos?
¿No echó triste de ver que la ligera
Y presta esquadra de veloces vientos
Llevan mis ruegos y tu fe primera?
Quisiera ya, pues lleva mis lamentos,
En retorno truxeran tu navio,
Para que diera fin á mis tormentos.
Y este retorno saludable y pio,
Honroso te era, justo y conveniente,
Si supieras pesar el daño mio.
Pero si has puesto en la amorosa mente
La vuelta, y en la popa de tu nave
Tienes el don votivo ya presente:
¿Para qué rasgas con tardanza grave
Un tierno corazon que no reposa?
¿Por qué no vuelas convertido en ave?
Alza las anclas, que de amor la Diosa
Nació en el mar; y al que es amante fino
Le allana el mar con su presencia hermosa.
Será propicio el viento en tu camino;
Todo te ayudará; coge al momento
Las anclas, corta el golfo Neptunino.

Amor será el piloto, y dará al viento
Las velas con su tierna y blanda mano
Cogiéndolas ya surto en salvamento.
Pero si te parece que es mas sano
Alejarte de mí, porque te ofrezco
El alma que otra vez te he dado en vano:
(Bien que yo no soy dina, ni merezco
de que huyas de mí, ni que se parta
La union que tanto busco y apetezco):
Respóndeme á lo menos, y en la carta
Ordena, que pues ya la acerba suerte
De tus deleytes con rigor me aparta,
En el Leucadio mar busque la muerte.

POESÍAS

DE

FRANCISCO DE FIGUEROA,

LLAMADO EL DIVINO.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1804.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Habiéndonos propuesto reimprimir é ilustrar todos nuestros buenos Poetas, que por haberse hecho muy raros son casi desconocidos; hemos juzgado que en esta nuestra coleccion deben ocupar un lugar muy distinguido las rimas del divino Figueroa, por su grande mérito, y por ser raras. No sabemos que se haya hecho de ellas otra impresion que la de Lisboa en 1626 por Pedro Craesbeek, la qual hemos tenido presente: pudieran haberse añadido otras muchas poesías, que corren manuscritas con su nombre; pero habiéndolas exâminado con toda madurez, nos han parecido casi todas indignas de tan alto ingenio. De todas ellas solamente insertamos una composicion, que tambien se halla en el Parnaso Español, la qual tenemos por obra legítima de nuestro autor: las demas hemos tenido por conveniente omitirlas, porque las creemos supuestas, y porque el mérito de un Poeta no consiste precisamente en las muchas

obras , sino en las excelentes. Las que aquí se ponen creemos que serán del agrado de los hombres de buen gusto, y que saben apreciar la buena poesía : los que carecen de estas circunstancias quizá echarán ménos en ellas las ridiculeces, de que otros abundan, y son sus delicias. Para unos y otros es excusado hacer un largo discurso sobre el mérito de ellas; pues para elogio es muy suficiente el que ponemos de Luis Tribaldos de Toledo, en el qual se incluye todo lo que sabemos de nuestro Figueroa.

BREVE DISCURSO

DEL LICENCIADO

LUIS TRIBALDOS DE TOLEDO

SOBRE LA VIDA DE FRANCISCO DE FIGUEROA.

Porque la célebre memoria de Francisco de Figueroa no dexe de redundar en los que no le viéron, diré brevemente lo que á la mia ocurriere de su vida, pues sentiria mucho que por mi descuido no se tuviese siquiera una moderada noticia de sus buenas partes, en tanto que los de su alcuña, á quien toca el saberlo, publican con mas particularidad el progreso de sus acciones; porque yo, aunque alcancé á vivir en su tiempo en Alcalá de Henares, solo le vi de léjos en la Universidad, y como dixo del otro Ovidio:

Virgilium vidi tantum.

Mas por mi aficion á sus versos me hallo capaz de hacer las siguientes adver-

tencias, habidas ya de leccion, ya de personages fidedignos que le tratáron, ó tuviéron informacion de quien con él comunicó familiarmente.

Fue de tan pocas palabras, y procedió con tanto secreto y desprecio de vanidad Francisco de Figueroa, que aun su misma familia, que hoy vive (segun me afirmáron en Madrid Regentes de varias facultades de Alcalá, que cada dia por vecindad la habian largo tiempo comunicado), no sabia dar otra razon de su vida á los curiosos mas de que fue natural de aquella villa y Universidad insigne de Alcalá; de casa noble, con el apellido de Figueroa. Esta denominacion es muy ilustre en toda España, despues que los cinco hermanos gallegos, entre la Coruña y Betanzos, quitáron por fuerza de armas, junto á unas higueras (que en gallego llaman Figueyras) las doncellas, que indignamente se llevaban por parias al árabe Abderraman el Segundo, Rey de la mayor parte de España; y fuéron causa de que el Rey Ramiro de Leon, cerca del año de Cristo nuestro Señor de 844, con tal exemplo

se moviese á negar semejante tributo, como lo hizo, dexando libres sus Reynos de tan infame gabela ó peage: desde entónces tomó aquella casa, que allí es solariega, el renombre de Figueroa, y por blason cinco hojas verdes de higuera en campo de oro, de la qual desciende por línea femenina la mayor parte de la nobleza de España; mas por varonía no interrumpida en estos ochocientos años la ilustrísima casa de Feria, que hoy posee el Excelentísimo Príncipe y Señor Don Gomez Suarez de Figueroa y Córdoba, tercer Duque de Feria, Marques de Villalba, Virey ántes del Reyno de Valencia, y agora en 1625 Gobernador de Milan, y Capitan general en Italia, adonde con raro valor y prudencia felicísimamente administra, maneja y rige las armas de nuestro Monarca Felipe Quarto, igualándose á los grandes Capitanes que celebra la antigüedad; del qual *satius*, como dice Salustio de su Cartago, *nihil, quam parum dicere*. Y no solo descienden las filiaciones de esta antiquísima casa, como son los [illegible]queses de Priego y Ce[illegible]da, los Condes [illegible] Arços y

Añover, mas tambien otros muchos Caballeros de este apellido: entre los quales podemos con buen título contar á Francisco de Figueroa, pues nos consta de la nobleza é hidalguía de sus predecesores, y que siempre viviéron como gente granada y lucida, y así muy estimada de los contemporáneos de su patria. Y si bien es verdad que en qualquiera nacion suele haber diferentes linages, que solo convienen en el nombre ó sobrenombre, sin tener en otra cosa parentesco alguno, ni deberse en calidad nada entre sí; pero en este concurriéron tantas circunstancias, que parecen nos sacan de esta duda. Entre ellas es una, que con ser este tan célebre ingenio tan modesto, y preciarse de tanta humanidad, jamas permitió le nombrasen en regimiento ni otro cargo público en Alcalá, guardando en esto su punto con tan particular atencion, que dió á entender ser cosa poco decente á su calidad, y que agraviaria en aceptarla á la de sus pasados, haciéndose igual á otros de ménos porte y reputacion. Fue es[illegible] generoso sugeto desde su [illegible] edad inclinado á las buenas

letras; y hallándose natural de tan insigne academia, se dió de manera á su estudio, que brevemente alcanzó nombre de agudo, y bien fundado en ellas entre todos los mas aventajados de su tiempo. Siendo mancebo pasó á Italia, donde parte fue soldado, y parte prosiguió su intento en las letras en Roma, Boloña, Sena, y no sé bien si en Nápoles; señalándose particularmente en la poesía castellana y toscana, con tanta maravilla de aquella nacion tan poco aficionada á la gloria española, que por sus versos adornados de graves y sutiles conceptos, y admirable propiedad en lenguage y disposicion, no le pudo negar el epíteto de Divino, ni el laurel que despues del Petrarca ninguno tan conocidamente mereció. De este buen reconocimiento italiano le quedó otro no menor con todos los extrangeros, de tal suerte que tenian en él un patron general, que con entrañas de padre los honraba y favorecia, haciendo sus partes en qualesquier ocasiones, regalándolos, ayudándolos y acariciándolos; [illegible] donde de todas naciones vino á ser poco [illegible] que ado-

rado. De su residencia en Sena, y fama de su poesía, alternada en ambas lenguas castellana y toscana, Juan Verzosa, aragones, hombre doctísimo, natural de Zaragoza, y entretenido del Emperador Cárlos Quinto, y despues del Rey Don Felipe Segundo en Roma para negocios importantes á su corona, hace mencion en una de sus epístolas, que en verso latino, con el mismo donayre y elegancia de Horacio, escribió á Príncipes y hombres calificados; entre los quales estimó por dignísimo á Francisco de Figueroa, con quien tuvo grande amistad; dirigiéndole luego en el primer libro la quarta, que se sigue tras la del Rey, Don Luis de Avila y Zúñiga, Comendador mayor de Alcántara, Gonzalo Perez, Secretario de Estado, con estas palabras:

Tu ducis choreas, dulcesque decenter amores;
Et lusus Senis tractas &c.

De donde se comprehende claramente, que los entretenimientos de Francisco de Figueroa en Sena eran de Caballero galan y estudioso, sin excusar algunas diversiones juveniles; y [illegible] que dize:

Et lingua perges alterna pangere versus;

vemos como le fue familiar el componer en las dos lenguas ya dichas versos alternados en la forma que en lugares de sus obras se podrá ver en excelentes estanzas y tercera rima; sin merecer por ello reprehension, como algunos ignorantes podrán pensar; ántes con gala, y á exemplo de grandes Poetas latinos, como Lucilio, Ausonio y otros notables ingenios, que con razon de esta mezcla se preciáron; porque hizo Figueroa el caudal de las lenguas toscana y castellana, que los antiguos de la griega y latina; no sin fundamento, pues son tan copiosas y elegantes como las mas copiosas y elegantes de aquel siglo.

Vuelto despues de esta peregrinacion á España, casó noblemente en Alcalá, su patria natural, de cuyo matrimónio resultó y hay sucesion. Dió algunos años despues, en el de 1579, vuelta con D. Cárlos de Aragon, primer Duque de Terranova, á Flandes, persuadido de aquel Señor, que sin duda le estimó por el primer hombre de España en letras, prudencia, discrecion, ánimo generoso y cortés: al tiempo de esta jornada escribió

aquella inimitable imitacion de Horacio lib. 2, od. 14. que comienza:

Cuitada navecilla,
Por mil partes hendida,
Y por otras dos mil rota y cascada,
Tirada ya á la orilla
Como cosa perdida &c.

Donde no solo parece imitar, sino igualar y aun exceder al Venusino en gala, copia, realce de pensamientos, pureza de idioma, y todo lo que un excelente Poeta es obligado á hacer con eminencia. Tuvo asimismo muy estrecha familiaridad con D. Juan de Mendoza, segundo Marques de Montesclaros, padre del que hoy lo es, y tiene el mismo nombre, quien habiendo insignemente gobernado todo el nuevo mundo en los dos Vireynatos de la Nueva España y Perú con grande opinion de méritos y virtudes, es de los Consejos de Estado y Guerra: á su padre pues, que fue un grande Señor, y en materia de poesía de relevado ingenio, asistió y acompañó algun tiempo nuestro Francisco de Figueroa, y entónces le dedicó aquellos gentiles tercetos italo-castellanos, cuyo principio es:

Montano, che nel sacro e chiaro monte
De las hermanas nueve coronado
De allori, e palme la famosa fronte.

Retiróse en suma á su patria y rio Henares, donde gastó el resto de su vida tan admirado de toda la villa y Universidad, que yendo á las escuelas, llevaba tras sí los ojos de la flor de ellas; y sucedió entrar en el general de Retórica, donde en lugar superior la leia el gran Maestro Martin de Segura, que lo fue mio; y con ser un hombre tan grave, que no se inclinaba por leves respetos, y tan recatado como eminente, viéndole honrar su profesion, siendo él, como era, la verdadera honra de ella, cortando el hilo al asunto que llevaba, con gran veneracion le hizo en latin una arenga tan eloqüente, y un encomio tan digno de la grandeza de ambos, como si hubiera entrado á oirle el mayor Prelado ó el mas insigne Príncipe de aquel tiempo; con los quales solamente, y aun raras veces, usaba de este cumplimiento: cosa que celebráron todos sus concurrentes y los demas preceptores de otras facultades con sus condiscípulos; y corrió la

voz por toda la nobleza de la villa, donde se hizo demostracion de la estima con que el caso se graduó: y no sin causa justa; siendo esta honra tal, que primero Aníbal, y despues el gran Pompeyo, tan grandes Príncipes y tan valerosos Capitanes, la apetecéron y alcanzáron en sus tiempos, juzgándola por ilustre y muy particular. En estos dias ya no trataba de poesía, sino de materias de diferente punto, segun la madureza de su edad: en cuya lozanía escribió cosas dignas de perpetua recordacion, como se puede ver en esto poco suyo, que de los naufragios del tiempo nos ha quedado, que es un verdadero dechado de la Poesía lírica española. Pudieran salir á luz otras obras admirables, si ultra de esto su dueño, con tan generoso espíritu como las escribió, no las desestimara, mandando (como otro Virgilio) á la hora de su muerte quemar todas; y aun estas pocas rimas se perdieran, á no venir ántes á las manos de D. Antonio de Toledo, Señor del Pozuelo, grande amigo suyo, y de allí habérseme comunicado, y algunos años despues haberlas yo dado á mi discípulo el

rial logrado Señor D. Juan de Tarsis, segundo Conde de Villamediana, el qual las presentó al Señor D. Vicente Noguera, del Consejo de S. M. C. en la suprema Suplicacion de los Reynos de Portugal: que por haberme otra vez hecho cortesía de ellas, y por tantas letras y erudicion como le ilustran y ennoblecen, se las dedico; dando órden que se estampen luego: donde parece en cierto modo que estas Poesías imitáron los pasos y jornadas del ceptro de Agamenon, del qual cuenta Homero que habiéndole fabricado Vulcano con singular maestría, le presentó á Júpiter, y él á Mercurio, y este á Pelope, del qual sucedió en Atreo, y de allí en Tiestes, que lo dexó al gran caudillo del campo griego sobre Troya: y así del museo de su inventor vino este tesoro de mano en mano á parar en el Príncipe de la lengua griega y general de otras diversas el Señor D. Vicente Noguera, á quien se deberá de hoy mas derechamente su regeneracion: pues faltando este arrimo y ocasion primera de su liberalidad, quedara sepultado con su mismo autor en Alcalá, donde despues de haber

sido un oráculo universal, acabó sus felices dias, prohibiendo modestamente todas las memorias que tanto supo mereçer en vida; mas no me pudo quitar el levantarle esta, la qual quisiera, que por ser de tal sugeto, fuese de perpetua duracion.

OBRAS

DE

FRANCISCO DE FIGUEROA.

SONETOS.

I.

De paso en paso injusto amor me lleva,
Quando dexarme descansar debria,
Abriendo siempre á mi dolor la via
De pena en pena desusada y nueva.
  O el pie cansado solitario mueva,
O con alegre y dulce compañía
Al sol ardiente, ó á templada ó fria
Noche, mi mal qualquier sazon renueva.
  Si al bien presto pasado, ó al mal miro,
Que dura y durará quanto la vida,
Sin que me engañe mas vana esperanza:
  La firmeza de aqueste, y la mudanza
Lloro de aquel, hasta que al fin despida
El doloroso, y último suspiro.

II.

Déxame en paz, amor: ya te di el fruto
De mis mas verdes y floridos años;
Y mis ojos ligeros á sus daños
Pagáron bien tu desigual tributo.
No quiero agora yo con rostro enxuto
Sano y libre cantar mis desengaños;
Ni por alegres y agradables paños
Trocar tu triste y congojoso luto.
En llanto y en dolor preso y cargado
De tus antiguos hierros, la jornada
Quiero acabar de mi cansada vida:
Mas no me des, amor, nuevo cuidado,
Ni pienses que podrá nueva herida
Romper la fe que nunca fue doblada.

III.

Paso en fiero dolor llorando el dia;
Y quanto crece él mas, crece mi llanto;
El dolor no; porque ha llegado á quanto
Cruel fortuna ó hado injusto envia.
Viene la noche, y pienso ó que encubria
El dia mi mal, ó que jamas fue tanto:
Doblo el llorar, y caygo en tierra en tanto
Sin el vigor que en pie me sostenia.
Allí mis ojos lagrimosos cubre
Amargo sueño; y aunque el llanto cesa,
Acrecienta el dolor sueño tan triste:
Rómpole, y torna: en esto el sol descubre
Su rostro, y baño el mio en esta espesa
Lluvia, que tú, cruel Fili, me diste.

IV.

Dexa, Fili, gozar un poco al prado
De su preciado honor, dexa las flores
Esmaltadas de perlas las colores
Vivas mostrar, que Flora hoy les ha dado.
Dexa vivir en libre alegre estado
Las ninfas de este valle y los pastores
Del monte sin envidia y sin ardores,
Y mira qual está Tirsi parado;
Que dispuesto á morir dice tendido
Sobre la yerba de aquel verde llano:
Ya ves el fin de tu deseo cumplido.
¡Ay por quien tantas lágrimas en vano,
Tantos suspiros hasta aquí he esparcido,
Y agora esparcirá sangre esta mano!

V.

Partiendo de la luz, donde solia
Venir su luz, mis ojos han cegado:
Perdió tambien el corazon cuitado
El precioso manjar de que vivia.
El alma desechó la compañía
Del cuerpo; y fuese tras del cuerpo amado:
Así en mi triste ausencia he siempre estado
Ciego y con hambre, y sin el alma mia.
Agora que al lugar, que el pensamiento
Nunca dexó, mis pasos presurosos
Despues de mil trabajos me han traido,
Cobráron luz mis ojos tenebrosos,
Y su pastura el corazon hambriento;
Pero no tornará el alma á su nido.

VI.

Yace tendido en la desierta arena,
Que quasi siempre el mar baña y esconde,
De Tirsi el cuerpo; el alma alberga donde
Sembró amor la simiente de su pena:
  Allí miéntras su llanto amargo suena
Entre las peñas, Eco le responde:
Tirsi cuitado, ¿donde estás? ¿Por donde
Saldrás á ver tu luz pura y serena?
  Aquí el cielo nubloso, el viento airado
Mantienen con el mar perpetua guerra,
Y él con estas montañas que rodea.
  ¡Ay de tí, Tirsi, de dolor cercado,
Mas que de mar, quándo será que lea
Fili en tu frente lo que el pecho encierra!

VII.

Lágrimas que salis regando el seno
Por vuestra antigua exercitada via,
Seguras del temor justo que habia
A vos y á mis suspiros puesto el freno:
  Creced en rio tan profundo y lleno,
Quanto el dolor que el alma esconde y cria,
Por ver sembrada la esperanza mia
En glorioso, mas áspero terreno:
  Y aunque mil causas dolorosas mueven
El alma á tan amargo sentimiento,
Esta sola razon ha de causaros;
  Mas tan preciosas lágrimas no deben
Perderse así, ni desparcirse al viento
Tan gloriosos suspiros y tan caros.

VIII.

Fiero dolor, que alegre alma y [redacted]ura
Hacer pudieras triste y temerosa,
¿Cómo con mano larga y enojosa,
Derramas sobre mi tanta dulzura?
No siente otro descanso, ni procura
Mayor deleyte el alma congojosa,
Que abrir la vena fértil y abundosa
Al llanto que me da mi desventura.
Por tí le alcanza; que tu sombra encubre
La causa de mis lágrimas apénas
Confiada á mi mismo pensamiento.
Mas solo he de llorar las que van llenas
Del fuego que me abrasa, y se descubre
Que nacen de mas áspero tormento.

IX.

Breves pasos, que al pie flaco y cansado
Sois de largo dolor áspera via,
Por la triste memoria de aquel dia,
Que mi mas claro sol hizo nublado;
Si desden fiero en corazon trocado
Quando mas viva y verde florecia
Mi esperanza esparciendo escura y fria
Niebla, la ha seca y sin vigor dexado;
Y en el menor de vos mil sombras veo
De mi gloria al primer punto perdida,
Bien es razon que os riegue con mi llanto.
Volvedme, si podeis, mi usado canto,
O llevadme con él junto el deseo,
La memoria, los ojos, ó la vida.

X.

Quando los ojos del mejor sentido,
Que llevaban tras sí vanos cuidados,
De sus caminos ásperos y errados
A mirarme acá dentro he recogido:
La vergüenza del tiempo, á que he venido,
Derrama sobre mí ciegos nublados,
De confusion y de dolor mezclados,
Y lo mas de mi ser dexa escondido:
Mas quando mas esta niebla encubre
De mí la mayor luz, en ella leo
El amargo proceso de mis daños:
Allí se mira el alma, allí descubre
Sus ponzoñosas llagas, allí veo
Las horas breves de mis tristes años.

XI.

Ocio manso del alma, sosegado
Sueño, fin del pesar triste enojoso,
Liberal de esperanzas, poderoso
De limpiar la amargura del cuidado;
Si alguna vez á mi dolor has dado
Nueva ocasion turbando mi reposo
Con vision falsa, en este venturoso
Punto de qualquier mal quedo pagado:
Sueño dulce y sabroso, que has rompido
La dureza que amor y mi fe pura
Nunca ablandó, ni mi dolor tan largo;
Si me vienes á ver, qual has venido
De otro sueño tan dulce, la dulzura
Dulce hará qualquier pasado amargo.

XII.

Tierra, á quien nunca el sol muestra su cara,
Ni la luna jamas limpia su frente,
A quien de quanto ha menester la gente
Natura fue como madrastra avara;
Con quan justa razon se me empleara
(Pues que partí de mi perpetuo oriente)
Que extraño y solo miserablemente
La vida entre tus nieves acabara.
Do amoroso pastor mi sepultura
No cercara de rosas y violas,
Ni dixera con lágrimas piadosas:
Fili supo tu muerte sin ventura,
Tirsi, y te ofrece dos lágrimas solas,
Mas que el llanto de Niobe preciosas.

XIII.

Pienso, y encuentra el pensamiento en cosas
Tan amargas al gusto y al sentido,
Que torna atras temiendo ser perdido
Por tan ásperas vias peligrosas.
Mueve despues las alas presurosas
Por otra parte, do algun dulce ha hábido:
Mas eterno amargor halla escondido,
Qual está espina entre purpúreas rosas.
Piensa volverse, y tan lejano mira
El lugar do partió, que desconfia
De llegar donde pueda asegurarse.
Sigue la amarga y dolorosa via;
Mas ántes que la acabe, ha de acabarse
La poca parte con que el alma espira.

Á LA MUERTE DE GARCILASO DE LA VEGA EL MOZO EN LA GUERRA,

Como tambien lo fue la de su padre Garcilaso el gran Poeta.

XIV.

¡O del árbol mas alto y mas hermoso,
Que produxo jamas fértil terreno,
Tierno pimpollo, ya de flores lleno,
Y á par de otra qualquier planta glorioso!
  El mismo viento airado y tempestuoso
Que tu tronco tan léjos del ameno
Patrio Tajo arrancó, por prado ageno
Te deshojó con soplo presuroso:
  Y una misma tambien piadosa mano
Os traspasó en el cielo, á do las flores
De ambos han producido eterno fruto:
  No os llore como suele el mundo en vano,
Mas conságreos altar, ofrezca olores
Con voz alegre y con semblante enxuto.

XV.

Ingrato sol, que grave y enojoso
Extiendes sobre mí tus rayos claros,
Y quanto ménos son de luz avaros,
Tanto te hacen mas triste y nubloso:
  Yo vi en tu claridad manso reposo
Otro tiempo mejor; ¡mas ay quan raros
Fuéron mis dulces pasos, y quan caros
Compré los puntos de mi ser gozoso!
  En esta noche tenebrosa obscura,
Donde presto envidiosa de mi gloria
Fortuna me arrojó, puedes dexarme.
  Da luz, á quien la da, leda ventura,
Que á mí no puedes ya sino causarme
Del antiguo dolor fresca memoria.

XVI.

  En esta tierra estéril y desierta,
Y entre estas rocas ásperas y heladas,
Alegres plantas tuvo amor sembradas,
Y larga senda á mi decoro abierta.
  Agora yace mi esperanza muerta,
Y mi deseo las alas abrasadas
Cayó por tierra, y fuéron acabadas
Las horas breves de mi gloria incierta.
  ¡Ay quanto en vano se desea y espera!
¡Ay de quan cerca el bien huye y se esconde!
¡Ay qué amargo manjar es su memoria!
  ¡Ay cómo es la alegría breve y ligera!
¡Cómo el fruto á la flor tarde responde!
¡Ay cómo vende amor cara su gloria!

XVII.

Quando Tirsi siguiere otra pastora,
O sintiere de amor nueva herida,
Volverá atrás Severo su corrida,
Y dará luz quien nos la encubre agora.
Quando Fili podrá vivir una hora
Sin Tirsi; vivirá sin alma y vida:
Quando será de ageno amor vencida,
Se pondrá el sol en faldas de la aurora.
Estas voces con lágrimas mezcladas
Escucha Aliso, y llora juntamente
Con la memoria de su bien perdido.
Almas dichosas, dice, eternamente
Vivid así de igual fuego abrasadas,
De mudanzas seguras y de olvido.

XVIII.

O espíritu sutil, dulce y ardiente,
Que sales de las dos vivas estrellas
Mas claras que la luna, y muy mas bellas
Que el sol quando colora el oriente,
Bien conozco tu fuerza, y bien la siente
Mi vista, que se aclara en tus centellas:
Mas no pueden pasar do suelen ellas
Morar, que dentro está quien no consiente.
Aquella agena sangre corrompida,
Que al corazon por estos ojos vino
Cuajada en torno de él, el paso impide.
Que si hallaras tú libre el camino,
Llegaras donde por mi mal se anida,
Quien el alma del cuerpo me divide.

XIX.

Un dia la bella enamorada Diosa,
Madre del niño poderoso y fiero,
Por cuya mano fuí llagado, y muero
De llaga dulce y muerte gloriosa,
Iba texiendo de una y otra rosa,
Mostrando el sol su resplandor primero,
Para dar á su sol mas verdadero
Guirnalda de mil flores olorosa:
Quando yendo á coger una viola,
Una espina detras de ella escondida
Hirió á traycion su mano delicada:
Sintió dolor la Diosa, y desechóla;
Mas por la sangre encima desparcida
La viola, ántes blanca, es colorada.

XX.

Iba encendida en amoroso zelo
De su solo deseo acompañada
Por un monte de Caria apresurada
La blanca hermana del señor de Delo:
Triste de ver que Apolo habia del cielo
Caminado la mas larga jornada,
Y tenia ya la hacha aparejada,
Con que aparta del mundo el negro velo.
Decia contra él: Febo envidioso,
Robador de mi gloria y de mi parte,
Cubre tu luz hasta que vea la mia.
Con estas voces llega á despertarte
Del dulce sueño, ¡ó Endimion hermoso!
Mas viola ántes el sol, y aclaró el dia.

XXI.

Si e[illegible] movi j[illegible]mas, ó el pensamiento
Do [illegible] viese ó f[illegible]lsa ó verdadera;
Y si verte despues ó mansa ó fiera,
No causaba mi gloria ó mi tormento:
Si no fundé mi amor sobre cimiento
Tal, que ninguna novedad le altera:
Si amada con mas limpia y mas sincera
Fe soltó ninfa trenzas de oro al viento:
Si quando el alma mas confia, desea
Sino que este dolor fiero que siente
Cada punto mayor, grato te sea:
Fili, viva de tí gran tiempo ausente;
Y si tomare nuevo amante, vea
Ceñir de flores, y adornar tu frente.

XXII.

Bien puede revolver seguro el cielo,
Mudando el ser á quanto acá se cria;
Y con blanda y ayrada compañía
Ya adornando ó despojando el suelo:
Y puede bien tender su negro velo
La noche eternamente obscura y fria,
Y arder el sol, ó dar templado el dia,
O darnos presa al encogido hielo:
Que yo en qualquier sazon en este invierno,
En esta noche tenebrosa y larga,
Y en este sin igual fiero tormento,
Desde aquella hora desdichada amarga,
Que á mi dolor me hizo esclavo eterno,
Mas firme estoy que roca firme al viento.

XXIII.

Alma real, milagro de natura,
Honor y gloria de la edad presente,
Nido de amor, en cuya vista siente
El fuego, que á sus súbditos procura:
Si en solo retratar vuestra figura
Se deslumbra el pintor mas excelente,
Es porque amor de zelos no consiente,
Que se enagene aun sola pintura.
Ni es bien que imágen tan divina sea
Sino de amor, ni que se pinte ó escriba
En tabla ó lienzo, en quien el tiempo puede:
En las almas se escriba, allí se lea,
Y allí despues de muchos siglos quede,
Qual es agora, tan perfecta y viva.

XXIV.

¡Ay suspiros, ay lágrimas del fiero
Dolor, que el pecho á gran fatiga encierra!
Solo descanso, y débil en la guerra
De amor, en quien sin tiempo agora muero:
¿Qué será ya de mí triste, ó qué espero?
Sino ser presto sombra y poca tierra:
Si mi esquiva ventura el paso os cierra,
Y apresura el deseo falso y ligero.
No de que agora en fuego, agora en rio
El corazon cuitado se convierta,
'O suspiros, ó lágrimas; me pesa:
Sino que si cesais, queda encubierta
Del animoso pensamiento mio
La rara gloria y la tan alta empresa.

XXV.

Ingrata Filis, en cuyo pecho habia
Puesto su nido el corazon cuitado,
Que agora de tus ojos desterrado
Perdido va por solitaria via:
Si topares con él acaso un dia,
Aunque está del dolor desfigurado,
Bien podrás conocerle en tu traslado,
Que imprimió en él mi triste fantasía.
Por tu imágen siquiera alguna parte
Le da de albergue, aunque pequeña sea;
No enagenes así tanta dulzura:
Y si quieres que sola ella se vea,
Haz que el cielo los parta, ó tú los parte,
Y arroja el corazon tras mi ventura.

XXVI.

Si del amargo intenso pensamiento,
Que de mí tiene entero señorío,
Alguna vez un poco me desvío,
Para cobrar á mi dolor aliento:
Discurro por el mal de mi tormento,
Llorando el largo y mal viage mio,
El timon roto, y débil el navío,
Perdido el norte, y tempestuoso el viento;
Mas si el mar fuera manso, el navío fuerte,
Próspero el viento, y favorable el cielo,
¿Qué pudiera esperar sino la muerte?
Moriré, pues, y de morir me duelo;
Solo porque será fuerza perderte,
¡O dulce fuego mio! ¡ó dulce hielo!

XXVII.

La amarillez y la flaqueza mia,
El comer poco y el dormir perdido,
La falta quasi entera del sentido,
El débil paso, y la voz ronca y fria;
La vista incierta, y el mas largo dia
En suspiros y quejas repartido,
Alguno pensará que haya nacido
De la pasada trabajosa via:
Y sabe bien amor, que otro tormento
Me tiene tál; y otra razon mas grave
Mi antigua gloria en tal dolor convierte:
Amor solo lo sabe, y yo lo siento:
Si Fili lo supiese: ¡ó mi suave
Tormento, ó dolor dulce, ó dulce muerte!

XXVIII.

Ya cumpliste tu curso perezoso,
Año, en tristeza y en dolor gastado:
Así pluguiera á Dios fuera llegado
Tambien el fin de mi vivir penoso.
Tú empiezas año alegre, y doloroso
Has de ser para mí, quanto el pasado:
Si en tí no alcanza el áspero cuidado
Su fin, ó el alma de su error reposo.
Mas si mi hado injusto ya ha dispuesto
Que viva luengamente, y mi ventura
De uno en otro dolor fiero me lleve;
Dame junto el dolor y la tristura
Por momentos; y pasa tú tan presto,
Quanto pasó mi bien escaso y breve.

XXIX.

Ojos, ¿qué miraréis? ¡Ay ojos tristes!
¿A quién del sol el rayo alegre y puro
Alegre recibais, si en torno obscuro
Está el lugar á do á mirar volvistes?
¡Ay ciegos ojos! en mal punto distes,
Quando en mi libertad vivia seguro,
Entrada al desleal niño perjuro,
Por quien amargas lágrimas vertistes.
¡Ay ojos! ántes que del todo el llanto
Y el ausencia del sol vuestro obscurezca
La poca parte que de vista os queda,
Viésedes una vez siquiera el santo
Rostro, porque despues su imágen pueda
Tornarse en parte que jamas perezca.

XXX.

¿Hay quien quiera comprar nueve doncellas
Esclavas, á lo ménos desterradas
De las tierras do fuéron engendradas?
¿Hay quien las compre? ¿Hay quien dé mas por ellas?
Fuéron un tiempo en todo extremo bellas,
Hermosas, ricas, graves y estimadas,
Y aunque de muchos fuéron reqüestadas,
Bien pocos alcanzáron favor de ellas.
Agora van las tristes mendigando
De puerta en puerta rotas y baldías;
Y por solo el comer se venderian.
Pues no son muy golosas; que hallando
Yerbas, flores ó hojas, pasarian
Con sombras frescas y con aguas frias.

XXXI.

¡Ay de quan ricas esperanzas vengo
Al deseo mas pobre y encogido,
Que jamas encerró pecho herido
De llaga tan mortal, como yo tengo!
Ya de mi fe, ya de mi amor tan luengo,
Que Fili sabe bien quan firme ha sido,
Ya del fiero dolor con que he vivido,
Y en quien la vida á mi pesar sostengo;
Otro mas dulce galardon no quiero,
Sino que Fili un poco alce los ojos
A ver lo que mi rostro le figura:
Que si le mira, y su color primero
No muda, y aun quizá moja sus ojos,
Bien serán mas que piedra helada y dura.

XXXII.

Estos, y bien serán pasos cuitados
Quanto los dió jamas pie doloroso,
Que agora dexaré triste y penoso
Con mis amargas lágrimas regados:
Por los mas dulces me serán contados
De quantos en mi duro y trabajoso
Viage dado habré, breve reposo
En vano procurando á mis cuidados.
No porque amor ó mi fortuna fiera
Alce de mí su mano airada y fuerte,
O ablande un punto la crueldad pasada:
Sino porque á morir parto, y la muerte
Tan cerca va, que á la primer jornada
La alcanzaré, ya que al partir no muera.

XXXIII.

Mi esperanza y deseo combatian
Una torre gentil, alta y cerrada
De muros de diamante, cuya entrada
Honestidad y alteza defendian.
Los mios mil heridas recibian;
Mas la gloria inmortal de la jornada
Les hacia parecer bien empleada
La sangre que en empresa tal vertian.
Al fin honestidad dió á mi esperanza
Debida muerte; y el deseo, aunque vive,
Le tiene alteza ya quasi vencido:
Morirá, y yo con él; mas si se escribe
En mi sepulcro quién la causa ha sido:
¡O quan glorioso galardon se alcanza!

XXXIV.

Hermosos ojos donde amor se anida,
Do sus saetas templa, y donde enciende
Su inmortal hacha; en cuyos cercos tiende
La red do fue mi libertad prendida:
Si el piadoso licor, que mi herida
Podria curar, de vuestra luz desciende,
Y de veros ó no solo depende
El hilo de mi larga ó corta vida:
Y habiéndoos de dexar ¡ay cielo airado!
¡Ay fortuna, á mi bien siempre enemiga!
Me escondo, y voy de vos huyendo agora;
Es porque del vivir propio apartado
Me alcance aquí la muerte, y no se diga
[illegible]vio de Fili ausente una hora.

XXXV.

Musas, que en Helicon, monte sagrado
A vuestra alta deidad, rica morada
Teneis de muro en derredor cercada,
Tan fuerte, que jamas se vió pasado:
  Do si algun alto espíritu guiado
Por la luz vuestra, á pocos otorgada,
Quiso llegar, primero ante la entrada
Gran tiempo estuvo de velar cansado:
  ¿Quién agora la estrecha áspera senda
Del trabajoso monte ha descubierto,
Do qualquier baxo ingenio ose tentalla?
  ¿Y quien ha tanto el firme muro abierto,
Que poseer vuestra beldad pretenda?
Un espíritu indigno de adoralla.

XXXVI.

Fili, yo llamo en testimonio al cielo,
Y si alguna deidad tiene cuidado
De los amantes, que jamas menguado
Se vió mi amor, ni se verá mi duelo:
  Que si con ménos lágrimas, que suelo,
Algunas horas he, Fili, pasado:
No pienses que nació de haber hallado
Mi mal alivio, ó mi dolor consuelo:
  Sino de que ocupaba el pensamiento
En la dulce memoria de aquel dia,
En que vi florecida mi esperanza:
  Por probar si las fuerzas del tormento
Debian presto hallar tanta mudanza,
Las horas de mi vida acabaria.

XXXVII.

O tú, que desde mi niñez tuviste
Dentro en mi eterno pecho eterno nido,
Agora de él (y no sé cómo ha sido)
Ha tan poco, tristeza, que saliste:
¿Podré vivir sin aquel llanto triste,
Que de mis ojos ha siempre llovido?
¿Y sin aquel dolor, con que he crecido,
De quien tan larga y liberal me fuiste,
Déxamelo probar, tristeza mia:
¿A qué tornas tan presto? ¿Has por ventura
Miedo que á tu lugar venga alegría?
No acertará á venir, vive segura;
Ni yo la acogeré, que es compañía,
Que, quanto al sol de nieve copo, dura.

XXXVIII.

Fili, bien debe en la miseria y pena,
En que yace, morir Tirsi cuitado;
Si despues que partió donde anublado
Le fue su sol, halló una hora serena:
Y si despues que en la desierta arena
De su gloria dexó el fruto sembrado
Que al nacer se ahogó, tuvo cuidado
De ageno fruto, ó de belleza agena:
Mas si firme y leal llorando el dia,
Que descubrió su corazon perjuro,
Qual planta sin humor se seca y muere;
Quien le dió tanto mal, Fili, debria
Darle por galardon de amor tan puro
Un suspiro, que lágrimas no quiere.

XXXIX.

Dime, Fili, así amor dure en tu pecho
De tu nuevo pastor, así los hados,
Os den los bienes y el placer doblados,
Como las penas á tu Tirsi han hecho:
  El puro fuego y aquel lazo estrecho,
Que nuestros corazones abrasados
Tuvo igualmente, y con un nudo atados,
¿Está del todo ya muerto y deshecho?
  ¿No te queda siquiera la memoria
De aquellos dulces venturosos dias,
Que te dí de mi fe nuevas tan ciertas?
  Mas nó, porque el remate de la historia
Enturbiará tambien tus alegrias,
Como dexó mis esperanzas muertas.

XL.

  Verde en qualquier sazon, siempre de flores
Olorosas y varias esmaltado
Te verás, fresco y deleytoso prado,
Albergue de tan fieles amadores.
  Y tú, Tibre gentil, que con errores
Breves llegas al fin de tu cuidado,
Enriqueciendo el mar Tirreno, amado
Serás siempre de ninfas y pastores.
  Si del fresco, ó del agua, ó caluroso,
O sediento amador, parte quisiere,
Corteses les seais ambos os ruego:
  Mas, si de amor leal ageno fuere,
En lugar del alivio y del reposo,
Halle en vuestra frescura eterno fuego.

XLI.

Las lágrimas, amor, dulces y amargas,
En quien cebaste mis primeros dias,
Las dudosas y breves alegrias,
Las esperanzas y promesas largas;
Y los suspiros en que tú descargas
Un corazon rendido á sus porfías;
El temor, el deseo y las mas vias,
Por quien tu reyno en nuestro daño alargas,
Te he dexado de hoy mas libres y exêntas:
Ya no soy tuyo, ya vivo seguro
De sentir mas por tí pena ni gloria:
¡Mas ay, amor, ay desleal perjuro!
Que bien sospecho para qué sustentas
De algun bien que me diste la memoria.

XLII.

Blanco marfil en ébano entallado,
Suave voz indignamente oida,
Dulce mirar (por el que larga herida
Traygo en el corazon) mal ocupado;
Blanco pie por ageno pie guiado,
Oreja sorda á remediar mi vida,
Y atenta al son de la razon perdida,
Lado (no sé por qué) junto á tal lado;
Raras altas venturas, ¿no me diera
La fortuna cortés gozar una hora
Del alto bien, que desde vos reparte?
¿O el sol, que quanto mira, orna y colora,
No me faltara aquí, por que no viera
Un sol mas claro en tan obscura parte?

XLIII.

Así va el mundo: yo esperé escaparme,
Cruel fortuna, de tu mano airada;
Con esperanza al parecer fundada
Tambien, que con razon pude engañarme.
Ya no lo espero; pues que veo robarme
Mi dulce y cara libertad guardada
Con tanto afan, y comenzar jornada
Tan dura, que por fuerza ha de acabarme:
Las armas rindo; y llámome vencido
Tuyo: de hoy mas mi libertad, mis años
Ofrezco á tu perpetua servidumbre:
La mano no, que aunque liviana ha sido,
Agora avisará de tu costumbre;
De tu incierta esperanza, y ciertos daños.

XLIV.

Apenas fui de mi niñez salido,
Que amor se apoderó del alma mia,
En cuya grave injusta tiranía
Las horas de mi bien pocas han sido.
Fortuna contra mí siempre ha movido
Sus fuerzas, mas amor me defendia;
Hasta que desden justo abrió la via,
Por donde he la mitad de mí perdido.
Amor, fortuna, que teneis la gloria
Repartida entre vos de este cuitado
Despojo sin valor, ó fuerza alguna;
Baste solo un señor á tan cansado
Y débil siervo; alcance uno victoria,
¡Y ay si haberla pudiese la fortuna!

XLV.

A la sombra de un olmo, al nuevo dia
De suspirar y de llorar cansado,
Con el alma despierto, y desvelado
Con el cuerpo el pastor Tirsi dormia:
A su Fili soñando que veia
Movida á compasion de su cuidado,
Hablarle mansamente, apresurado,
Por asirla, las manos extendia.
Quando del ansia y del deseo alterada
Despide el alma el sueño: la pastora
Huye con él; y Tirsi abraza el viento.
Entónces con voz flaca, acompañada
De lágrimas, dice él: ¿quién quita agora
A los ojos el bien del pensamiento?

XLVI.

Quando esperaba el corazon y ardia,
Que hoy arde, mas arder ya será en vano
Por culpa de la airada injusta mano,
Que rompió el hilo á la esperanza mia:
Hermosa falda vi de blanca y fria
Nieve, tendida por un verde llano,
Tan pura que jamas sol, ni pie humano
Bañó tocando su beldad natía.
Bien la pude coger, bien cerca tuve
Con que amansar mi fuego; mas turbado,
Ya tendida la mano, me detuve.
En tanto (¡ay! ¿donde?) mi vecina gloria
Huyó qual sombra ó sueño, y no ha quedado
De ella sino el dolor y la memoria.

XLVII.

Bien puedes tú, Fileno, alegre y ledo
Ir donde amor tus dulces pasos guia,
Y seguro mirar la compañía
De quien en mí causó esperanza y miedo:
  Yo triste y solo en tierra agena quedo
Léjos, Arbia, de tí, quando crecia
En tus riberas, y en el alma mia
El lauro, que arrancar quiero, y no puedo.
  Dichoso amante, y tú glorioso rio,
Ambos fieles testigos de mi gloria,
¿Quándo será que sin engaño os vea?
  Aura pura vital espirtu mio,
Muera léjos de tí, si mas desea
Mi alma, miéntras goza tu memoria.

XLVIII.

En torno ciñe el mar pequeña roca,
Mas de inmovible y bien fundado asiento;
Y aunque mas es profundo su cimiento,
Por nuestra culpa la su alteza es poca.
  En medio en blanca ropa y blanca toca,
Desnuda de qualquier otro ornamento,
Está una ninfa: y nunca el mar por viento
Fiero, la planta del pie tierno toca.
  Tendidas por el agua van mil almas
A salvarse á la roca, mas en vano,
Que la ninfa de mil, alza dos solas:
  Dichoso tú, Iverino, que á dos palmas
Asido, y á su fiel segura mano,
Vences el viento y las soberbias olas.

XLIX.

Como acaece á aquel, que luengamente
Por frio ó por calor demasiado,
El mal regido cuerpo destemplado,
O por mas grave mal, tuvo doliente;
Aunque cese despues el accidente,
Que justa causa de temor le ha dado,
Le dexa tal, que del dolor pasado
Da bien señales la amarilla frente:
De esta arte en mí, que al temeroso y duro
Paso me puso cerca la herida,
Que apénas hay quien excusarla pueda:
Aunque ella esté cerrada, y yo seguro
De mas dolor; por el pasado queda
De el flaco rostro la color perdida.

Estando Seña en poder de Franceses.

L.

Lauro, que en la ribera deleytosa
Un tiempo, agora solitaria y triste,
Del Arbia en gloria y en honor creciste
A par de otra qualquier planta gloriosa:
¿Quién, indigno de bien tanto, reposa
A tu sombra? Si á mí siempre me ardiste,
¿Qué frente enderredor de tí ceñiste?
¡O raro don de la mas casta diosa!
¡Ah! vos, manos injustas, del ageno
Tesoro usurpadoras, mansamente
Tratad mi vida, que en sus hojas mora;
Y tú, cruel, que tan profundamente
Tendiste tus raices por mi seno,
Crece del llanto, que tu Tirsi llora.

LI.

¡Ay esperanza lisonjera y vana,
Ministra de cuidado y de tormento,
Que el mas osado y loco pensamiento
Haces juzgar segura empresa y llana!
Si qual suele llevar pluma liviana,
Te me ha llevado de continuo el viento,
Y con daño y vergüenza me arrepiento
De haber creido en esperanza humana:
Déxame, que si amor y mi fortuna
Te han cortado mil veces floreciendo,

¿Qué puedes prometer seca y perdida?
Marchítanse tus flores en saliendo,
Sin hacer fruto; y si le hace alguna,
Es cebo dulce para amarga vida.

LII.

Bien pudiste llevar, rabioso viento,
Mis esperanzas donde se han perdido,
Y deshacer con soplo airado el nido
De mi dulce amoroso pensamiento.
Bien derribaste desde su cimiento
Las altas torres donde habia subido;
Y ahogaste en las aguas del olvido
Mi bien, mi gloria, mi mayor contento.
¿Pues por qué no raerás de mi memoria
Las amargas dulzuras de esperanza,
Con quien cebó mis inocentes años?
Que ya del alma el árbol de victoria,
Que plantó amor, cortáron desengaños,
Desden, ausencia, tiempo, edad, mudanza.

LIII.

Cortó amor la raiz de mi contento
Por tierra en hoja y flor, quando esparcido
Antes de ser gozado, ha perecido
Quanto me pudo dar contentamiento:
Su esperanza sembró mi pensamiento
En tu terreno crudo endurecido;
Donde siempre miserias han nacido,
Y nunca ha de nacer el escarmiento:
No basta echar por tierra mi firmeza
El duro encuentro, y la pesada carga

De amor, que así me tiene derribado:
Mas al fin bastará vuestra aspereza,
Y de mis daños la experiencia larga,
A dexarme sin vida ó sin cuidado.

LIV.

Gasto mis pasos y mis tristes dias
Tras un deseo loco y engañoso,
Que sostiene el vivir dificultoso
Con vanas esperanzas y alegrías;
Y encontrando mi daño por mil vias,
Sin ser abierta senda á mi reposo,
Do quier que vuelvo el rostro lastimoso,
Hay campo lleno de miserias mias.
Miseria será todo y desventura,
Hasta que se execute la postrera
En los cansados años de mi vida:
Pagará el pensamiento su locura,
Y morirá el deseo quando muera
El alma, que es viviendo aborrecida.

LV.

Hay tanto que temer do no hay ventura,
Y adonde falta, es el temor tan cierto,
Que al hombre desdichado, como al muerto,
Le pueden luego abrir la sepultura:
Prueba es de esta verdad mi desventura,
Pues tal llaga en mi triste pecho ha abierto,
Que tendrá mi remedio por incierto,
Quien sepa que es mi mal desdicha pura:
Esto causa, señora, el rezelarme
De lo que pareció vana sospecha;

Mas pues sabeis quan cara me ha costado,
Bien puedo de mi dicha lamentarme,
Pues hay tanta razon: ¡mas qué aprovecha,
Si no hay razon que valga á un desdichado!

LVI.

Bien te miro correr, tiempo ligero,
Qual por mar llano despalmada nave,
Antes volar como saeta ó ave,
Que pasan sin dexar rastro ó sendero.
Yo dormido en mis daños persevero,
Tinto de manchas y de culpas grave;
Y siendo fuerza que me alivie y lave
Llanto y dolor, aguardo el dia postrero:
Este no sé quándo verná; confio
Que ha de tardar; y es ya quizá llegado,
Y ántes será pasado que creido:
Señor, tu soplo aliente al albedrío:
Despierte al alma: al corazon manchado
Limpie; y ablande el pecho endurecido.

ESTANCIAS.

Sobre nevados riscos levantado
Cerca del Tajo está un lugar sombrío,
En el rigor del hielo tan templado,
Quan fresco en la sazon del seco estío:
Adonde de tristeza acompañado,
Al son del agua del corriente rio,
Tan dulcemente Tirsi se quejaba,
Que los peñascos duros ablandaba.

Mil veces de morir determinando,
Los ojos enclavados en el cielo,
Su grave desventura contemplando,
Con lágrimas regando el verde suelo,
Tan ardientes suspiros arrancando,
Que encendieran al mas helado hielo,
Resistir no pudiendo á dolor tanto,
Así soltó la rienda al triste llanto.

Despues que de mis ojos se apartáron
Aquellos que la luz vuelven obscura;
Ni yo puedo vivir, pues me dexáron,
Ni quiero, aunque pudiese, tal locura;
Y pues me dexan por lo que lleváron
(¡Dolor terrible! ¡extraña desventura!)
Mis males y tristísimos cuidados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.

No lloro solamente tu partida,
Aunque es mal que matara solamente:
Lloro ver la esperanza consumida

En quien siempre el deseo es mas ardiente:
Lloro tu rigurosa despedida,
Cuyo rigor terrible mi alma siente,
Y mil males, que encubro desusados:
Llorad sin descansar, ojos cansados.
Qual la agua al rio, al prado la verdura,
La nueva y blanca leche á mi ganado;
Quanto le agrada al monte la espesura,
A la tierra la yerba, y flor al prado,
Tal es, Fili, á mis ojos tu figura;
Y pues de verla estoy desconfiado,
Por rios, campos, montes, tierras, prados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.
Ya las ninfas del Tajo y su ribera
Lloran tan doloroso apartamiento,
Pues no hay sin tí en la tierra primavera,
Ni en las selvas y bosques ornamento:
La casta diosa desdeñada y fiera,
Esparcido el cabello al fresco viento,
No persigue ya corzos ni venados:
Llorad sin descansar, ojos cansados:
Pues no puedo seguirte, ¡ay Fili mia!
Siempre te seguirá mi pensamiento:
Morir quiero mil veces cada dia,
Antes que no vivir sin tí en tormento;
Pues quando de te amar tuve osadía,
Tan cierto y breve vi mi perdimiento,
Que me dixéron luego allí mis hados:
Llorad sin descansar, ojos cansados.
Estoy sin tí, do el bien es tan incierto

Que no podrá creerlo quien lo viere,
La esperanza dudosa, el dolor cierto,
Segun la fuerza con que amor me hiere;
Mas el que por tu *mano ha de ser muerto,*
No procure *morir, pues así muere.*
¡Ay, ay *remedios por mi mal hallados!*
Llorad sin descansar, ojos cansados.
Durmiendo un *dia acaso en la floresta,*
Vencido del dolor, *Fili, soñaba,*
Que en el calor *ardiente de la siesta*
A la sombra de un sauce te hablaba;
Mas fortuna en mi daño firme y presta
Me dió luego á entender que me engañaba;
Y pues mis bienes son bienes soñados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.
Estaba yo diciendo, este no es sueño,
Que el sueño es cosa vana y mentirosa:
Incierto es su placer, siempre es pequeño,
Y en él no hay cosa tal, ni tan sabrosa:
Tambien por otra parte, si no sueño,
¿Cómo está ahora Fili tan piadosa?
¡Ay desengaños por mi mal hallados!
Llorad sin descansar, ojos cansados.
Viéndome á tales términos llegado
Sin culpa, culpo al cielo y mi destino;
Mas del bien, que mis ojos han mirado
En un hermoso rostro y ser divino,
De haberme á cierta muerte condenado,
Quejarme ahora del cielo es desatino:
Y pues en el mirar fuisteis osados,

Llorad sin descansar, ojos cansados.
Si no has determinado que yo muera
En mi grave dolor y desventura:
Si la hora no es llegada postrimera,
Y aquella noche eternamente oscura;
Ves aquí un verde valle, una ribera,
Un gentil prado, un bosque de espesura,
Lugares algun tiempo de tí amados:
Llorad sin descansar, ojos cansados.
¡Ay que no entiendo ya do me ha traido
El dolor de no verte, Fili mia!
No sé sino que muero, y he vivido
Muriendo desque no veo tu alegría:
El fin de mi jornada es ya cumplido:
La oscura noche viene ántes que el dia:
Mis términos postreros son llegados:
Llorad sin descansar, ojos cansados.
Que ya os ha puesto Fili en tal estado,
Que el descanso será mi muerte cierta;
Y no sé cómo tanto se ha tardado:
Pues mi esperanza ha tanto que está muerta,
Ausente vivo, triste y desamado,
En parte solitaria y tan desierta,
Que no serán mis huesos enterrados:
Llorad sin descansar, ojos cansados.
En tan universal pena y tamaña
Muy mal podrá vivir Tirsi contento:
De amargo llanto un rio sus ojos baña,
Y aun le parece corto sentimiento:
Ya no me vale, Fili, fuerza ó maña

Para tener sin verte sufrimiento;
Y así mis dias serán hoy rematados:
Llorad sin descansar, ojos cansados.
Aquí dió fin al llanto y á la vida
El sin ventura triste malogrado,
El dulce pecho de cruel herida
Con agudo cuchillo atravesado,
Queriendo ántes de sí ser homicida,
Que sufrir el furor de su cuidado.
La verde yerba por allí sembrada
Tiñó su roxa sangre colorada.
Damon, su caro amigo, que escuchando
Estaba el dulce canto doloroso,
Salió de donde estaba, imaginando
El caso lamentable y lastimoso,
Y al sin ventura Tirsi vió espirando,
Teñido de su sangre y polvoroso:
El nombre amado en vano repetia,
Y con suspiros tristes le decia:
¿Es esta la alegria ¡ay Tirsi amado!
Que le queda á Damon tu firme amigo,
Ver tu lloroso fin arrebatado,
Y quien tanto te amaba por testigo?
¿Por qué no me avisabas de tu estado?
¿Por qué no me llevaste allá contigo?
¿O por qué, pues del todo me dexaste,
Los últimos abrazos me negaste?
¿Qué se dirá de tí, siendo sabido
Tirsi se ha muerto con su propia mano?
Como ya por Eneas la triste Dido,

Todos dirán que fuiste ciego, insano,
Siendo el pastor más sabio y entendido
De toda esta ribera y verde llano,
De las hermosas ninfas tan amado,
De las hermanas nueve celebrado.
¿De qué te sirve haber sido excelente
En plantar vides y en sembrar cebadas,
Y en guardar de los lobos diligente
Las tiernas ovejuelas descuidadas,
Y haber exercitado cuerdamente
Contiendas pastoriles tan dudadas,
Si al fin, que es lo que loa el curso humano,
Fuiste contigo así tan inhumano?
Tu sanguinoso cuerpo bien lavado
En agua clara, envuelto en varias flores,
Debaxo un blanco mármol sepultado
Será, donde se entallen tus loores:
Y no quiero á tu muerte, amigo amado,
Ni á tus obsequias convocar pastores,
Sino quedarme aquí en esta ribera
Lamentando tu muerte hasta que muera.
Aunque escribir yo versos sea locura,
Vencido del dolor, que mi alma siente,
De ver ya hecha tierra tu figura
En tus primeros años crudamente,
En la memória de tu desventura,
Porque suene tu mal de gente en gente,
En la corteza dura de este pino
Poner este epitafio determino
Junto de aqueste pino sepultado

Yace el mas sin ventura y venturoso
Pastor, que apacentó jamas ganado
Ribera de este rio caudaloso,
En morir tan temprano desdichado,
Y en amar altamente venturoso.
El mismo se dió muerte de afligido:
La causa no la sé, si amor no ha sido.

Epitafio á la muerte de Tirsi.

SONETO.

Crezca con el licor del llanto mio
La verde yerba de este fértil prado:
Enfrene el triste son de mi cuidado
El presuroso curso de este rio:
Resuene el bosque cavernoso y frio,
Ya es muerto Tirsi, Tirsi es ya acabado,
En el dolor terrible sepultado,
Que tuvo de él entero señorío.
Sola esta solitaria selva umbrosa,
Y aquesta tan gentil verde ribera
Del lamentable fin fuéron testigos.
Aquí cerró sus ojos muerte fiera,
Y el miserable cuerpo aquí reposa,
Llorándole Damon su firme amigo.

SESTINAS.

Sol, si a do quier que vas llevas el dia,
Y al descubrir de un tu dorado rayo,
A tu primer lugar huye la noche;
Y aun abres, do huyó, mil otros ojos,
Que rompiendo su ciega espesa niebla,
Dan lùz mas agradable á amorôsa alma.
¡Ay cómo, ó claro sol, cómo mi alma,
Quando mas tu esplendor reyna en el dia,
Yace cubierta de profunda niebla!
Ni de tu viva lumbre el puro rayo
(A lo ménos una hora) estos mis ojos
Libra de su enemiga oscura noche.
Triste, sí, yo me vi, quando la noche
No hallaba lugar dentro en mi alma;
Ni pudiera jamas privar mis ojos
De su dulce, suave, alegre dia:
¡Escuridad de tenebrosa niebla!
¿Quién agora anubló mi claro rayo?
¡Ay Dios, que n' anubló solo mi rayo
La mano qual se fue! ántes en noche
Eterna el corazon cubrió de niebla;
Y así en torno cercó de ella mi alma;
Que no podrá llegar luz de algun dia
A mis mezquinos lagrimosos ojos.
Al corazon pasando por los ojos
Un sutil, claro, dulce, ardiente rayo
En la dulzura de él cuajado: ¡ay dia

Escuro para mí mas que la noche!
A poco á poco, corrompiendo el alma,
Volvió su propia claridad en niebla.
O si envidiase el cielo aquella niebla,
Que al fin del todo ha de cegar mis ojos
Y abrir los inmortales de mi alma:
Porque ella vuelta al vivo eterno rayo,
Sin temer sol turbado, ó negra noche,
Mirase amenazar sereno el dia.
Hasta aquel dia dichoso, eterna niebla
Qualquiera hora hará noche mis ojos:
Ni verná luz de ageno rayo al alma.

CANCION I.

ARGUMENTO.

Estaban ciertos amigos en Roma esperando con mucho deseo y risa que llegase una ballesta de Lisboa, por la qual habia enviado uno de ellos: vino, y fue tan mala, que todos le diéron mil apodos, significando su antigüedad, y entre ellos fuéron los de esta cancion.

El hermoso pastor, que las tres diosas
Vió desnudas en Ida
De su belleza combatir la gloria;

Y aunque por un igual eran hermosas,
Dió á Venus la victoria
Por la dama ofrecida;
En su rústica vida
Con este arco cazaba de las fieras
Del monte las mas bravas y ligeras.
Despues que fue en mal punto conocido
Por hijo y acetado
De Priámo, y mudó paños y oficio,
Por memoria del tiempo en que se vido
En tan baxo exercicio,
Tuvo este arco guardado:
Y quando por mal hado
Fue á Grecia do robó la esposa agena,
Claro exemplo del mal, que amor ordena;
Y viniéron con fuerte armada mano
Mil naos en compañía
Del ofendido á procurar venganza;
Y el fiero Aquiles en el gran Troyano
Ensangrentó su lanza;
Y quando él mas ardia,
Con niebla eterna y fria
Cubrió sus ojos la saeta airada:
De este arco y de esta cuerda fue tirada.
Despues quando por fuerza ó por engaño
(Aunque fue luengamente
Defendida) cayó Troya, y con ella
El real ceptro; y el dorado escaño,
Y qualquier cosa bella
Fue presa de la gente,

Repartiendo el despojo, cupo en suerte
Al eloqüente hijo de Laerte.
Este tornando hácia la patria cara,
Que el Itacense mora,
Perdido por el mar furioso anduvo
Tanto, que apénas fue Troya tan cara,
Ni tanto le detuvo;
Un dia con la aurora
Salió, do el Tajo dora
El Océano; y hizo que hoy se vea
Una ciudad por él dicha Ulisea.
En ella entre otras cosas con que ornáron
El arte y la natura
Al famoso lugar, consagró un templo
A Marte vencedor, donde colgáron
Por memoria y exemplo
En la mayor altura
Este arco; y fue ventura
No haberse perdido en el camino,
Pues él desnudo á los Feaces vino.
El domador de monstruos fuerte y fiero
Estas flechas usaba,
Y Hilas las guardaba:
Con estas castigó bien al ligero
Centauro; mas no sé donde saliéron,
Que de improviso en Roma pareciéron.

CANCION II.

Cuitada navecilla,
Por mil partes hendida,
Y por otras dos mil rota y cascada,
Tirada ya á la orilla
Como cosa perdida,
Y aun de tus mismos dueños olvidada:
Por inútil dexada
En la seca ribera
Fuera del agua, y de las olas fuera:
¿Has de volver agora
Desamparada y sola
A recibir del mar de nuevo afrenta,
Y aguardar cada hora
Tras una y otra ola,
Una y otra cruel fiera tormenta?
¿Tendrás de nuevo cuenta,
Si se enmaraña el cielo,
Si nace ó muere el sol claro ó con velo?
¿Y si su faz serena
Muestra la instable luna?
¿O si cubierta va de manto escuro?
¿Si va menguada ó llena?
¿Si amenaza fortuna,
O promete bonanza el ayre puro?
¿Si habrá puerto seguro?
¿Si tus enfermos lados
Viniesen á herir vientos airados?

No, no, tente á la tierra;
O ya si al agua has vuelto,
Mira no salgas de seguro abrigo.
¿No ves rota la guerra?
¿No ves á Boreas suelto?
¿Y que Orion armado, tu enemigo,
Vendrá á embestir contigo?
Y estarás tú muy buena,
Desclavado el timon, rota la entena.
Si por dicha te atreves
A tener confianza
En el favor incierto de Neptuno,
Porque viages breves
Hiciste con bonanza,
Y, aunque sin fruto, con honor alguno;
Ya no es tiempo oportuno
De en fiucia de pasadas
Venturas, emprender nuevas jornadas.
El sabio marinero
Al menester no fia
En la pintada popa del navío,
Ni en si ganó primero
Por dichosa osadía
De las aguas del mar el señorío;
Ni en la pujanza y brio
De su pasada gente,
Si ve flaca y cansada la presente.
¿No ves que aunque corrieses
El mar de parte á parte,
Dando la caza á flotas enemigas,

Y las unas rompieses
Por fuerza, otras con arte
Hicieses declarar por tus amigas;
De tan graves fatigas
El galardon mas cierto
Será encallar al embocar del puerto?
  Dexa, dexa naveguen
Las poderosas naves
Con las velas hinchadas y tendidas;
Del Tajo al Gange lleguen
Con viento y mar suaves,
Y de joyas ganadas y ofrecidas
Vuelvan enriquecidas
Sin envidia, que temo
Que está la tempestad en el extremo.
  La nave mas famosa,
La mayor que fue vista,
La primera que abrió en el mar camino,
Por quien gente gloriosa
La célebre conquista
Acabó del dorado Vellocino;
Tras sus triunfos vino
Con fortuna á perderse,
Por no saber á tiempo recogerse.
  Esto te baste solo:
Huye la furia insana
De los hijos de Eolo;
Y con tan claro exemplo
Cuelga tus velas y tu xarcia al templo.

CANCION III.

Sale la aurora de su fértil manto
Rosas suaves esparciendo y flores,
Pintando el cielo vá de mil colores,
Y la tierra otro tanto,
Quando la dulce pastorcilla mia,
Lumbre y gloria del dia,
No sin astucia y arte,
De su dichoso albergue alegre parte.
Pisada del gentil blanco pie crece
La yerba, y nace en monte, en valle ó llano:
Qualquier planta que toca con la mano,
Qualquier árbol florece:
Los vientos, si soberbios van soplando,
Con su vista amansando:
En la fresca ribera
Del rio Tibre siéntase, y me espera.
Dexa por la garganta cristalina
Suelto el oro que encoge el sutil velo:
Arde de amor la tierra, el rio, el cielo,
Y á sus ojos se inclina;
Ella de azules y purpúreas rosas
Coge las mas hermosas;
Y tendiendo su falda,
Texe de ellas despues bella guirnalda.
En esto ve que el sol, dando á la aurora
Licencia, muestra en la vecina cumbre
Del monte el rayo de su clara lumbre,

Que el mundo orna y colora:
Túrbase, y una vez arde y se aíra
Otra teme y suspira
Por mi luenga tardanza,
Y en mitad del temor cobra esperanza.
Yo, que estaba encubierto, los mas raros
Milagros de fortuna y de amor viendo,
Y su amoroso corazon leyendo
Poco á poco en sus claros
Ojos (principio y fin de mi deseo)
Como turbar los veo,
Enojado conmigo,
Temblando ante ellos me presento, y digo:
Rayos, oro, marfil, sol, lazos, vida
De mi vida y mi alma, y de mis ojos:
Pura frente, que estás de mis despojos
Mas preciosos ceñida:
Ebano, nieve, púrpura y jazmines,
Ambar, perlas, rubines,
Tanto vivo y respiro,
Quanto sin miedo y sobresalto os miro.
Alza los ojos á mi voz, turbada

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Despues comienza en son dulce y sabroso,

Y á su voz cesa el viento y para el rio:
Dulce esperanza mia, dulce bien mio,
Fuente, sombra, reposo
De mi sedienta, ardiente y cansada alma:
Vista serena y calma,
Muera aquí, si mas cara
No me eres que los ojos de la cara.
   Así dice ella, y nunca en tantos ñudos

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

   Cancion, si alguno de saber procura

. . . .
. . . .
. . . .

ELEGIAS.

I.

A Don Juan de Mendoza y Luna, segundo Marques de Montesclaros.

Montano, che nel sacro e chiaro monte
De las hermanas nueve coronado,
Di allori, e palme la famosa fronte,
En estilo tan dulce y delicado
Cantasti un tempo, che ti fu di loro
El señorío y el gobierno dado,
E dal'Indico Gange al litto Moro,
La gloria de tu nombre se derrama
Fregiata di altro, che di perle, e d'oro:
Si vive la hermosa ilustre llama,
Ond'amor t'arse il generoso core,
Por quien terná Belisa eterna fama.
Signor inganna il trapasar dell'hore,
Que huyen como el bien de un triste amante
Cantando l'opre del tiranno amore.
Que razon es que de sus obras cante,
Chi gia forse ne pianse, ed alse, ed afse,
Esperando y temiendo en un instante.
Deh canta i passi; e le fatiche sparse,
El daño claro, y la ganancia incierta,
Lunghi i dolor', le gioie brevi, e scarse,

El temor vivo, y la esperanza muerta,
Le paci infide, il guerreggiar eterno,
Y mucha hiel con poca miel cubierta.
Il riso fuor negli occhi, il pianto interno,
El hablar corto, el largo pensamiento,
Gelar la state, ed avvampare il verno:
Las altas torres hechas sin cimiento,
Le colte, e chiare piante ch'a fatica
Dan flores que se lleva qualquier viento.
Ma se fortuna a la tua pace amica
Te desató con poderosa mano
D' il duro laccio, e servitute antica;
Y sin tener mas guerra alegre y sano
Godi l'amata libertà, e riprendi
El tiempo y el trabajo puesto en vano.
Felice, almo pastore, in mano prendi
La dulce lira, y con voz blanda y pura
Onde mill' alme a riverirti incendi:
Canta el reposo, y canta la dulzura,
E le gioie da me mai non provate,
De la vida de amor libre y segura.
¡Et oh! se le catene rallentate,
Con que amor me enlazaba y me prendia
Ne la mia verde, e sempliceta etate;
La larga y fértil vena que salia
Tinta d'amare lacrime, volgessi
A celebrar mi libertad un dia:
Ma prima questi monti da lor stessi
Se moverán, que en mí cesen un hora
Le lacrime, i sospir cocenti, e spessi.

Quando la blanca y colorada aurora
Col suo venir la fosca notte spinge,
A las cuevas Cimerias donde mora:
Et ella il biondo crine in torno cinge
De las flores y rosas, con que el cielo
Di variati colori orna, e dipinge:
Alargando la rienda al triste duelo,
Che la notte me fu compagno, giro
Los ojos lacrimosos hácia el suelo:
E dico, poi che a lo spuntar spariro
Para no volver mas las luces mias;
Altra aurora, altro sole indarno miro:
Mientras tus rayos por el mundo envías
Ne gli occhi, e nel mio cor la notte serra
Sus negras sombras, y sus nieblas frias:
Poi quando il vago Apollo apre, e diserra
De par en par las puertas del oriente,
E ratto corre ad arricchir la terra,
Digo llorando: si mi sol ardiente
Non apre, senza lui, Phebo, non hanno,
Tus rayos fuerza, ni color tu frente:
Ma quando i raggi suoi lume ti danno,
Con que la tierra, el mar y el cielo enciendes,
¡Ah! ¡come nel mio cor trapassa il danno!
¡Ay sol, que bien mi mal pruebas y entiendes
Ben il foco d'il cor mostri nel volto,
Quando á bañarte á nuestro mar deciendes!
Ma tu ritorni per camino occolto,
Donde cobras mas luz, yo triste quedo,
In tenebroso horror chiuso, e sepolto.

¡Ay injusto amor, pues yo no puedo
Tomar giamai a la fugace gloria
Del tiempo que vivi contento y ledo!
Possa tessere almen si fatta historia
Del dolor en que agora estoy muriendo
Che resti al mondo eterna la memoria.
Mas ¡ay de mi cuitado! ¿á quien perdiendo
Vo le parole, s' il destin mi vieta
El fin de quanto acá busco y pretendo?
Bastami dir con voce inferma e cheta
Yo te vi un tiempo, y yà verte no espero,
¡O d'ogni mio pensier ultima meta!
Este será el acento postrimero,
Con cui fuor sen' andrà l' alma infelice,
Fili, por verte, y por no verte muero.
Perdonami, Montan, se si disdice
Mezclar tu claro nombre con mi llanto,
Che cosi vuol amor, cui troppo lice.
Quisiera yo tener tan dulce canto
Come Amphion, ó l'altro che discese
A los escuros reynos del espanto.
Ed al tiranno inesorabil chiese
La muger que despues perdió mirando,
Che mal si può dar legge a voglie accese;
Para que el tiempo que perdí llorando,
E perdo, ¡ahi lasso! ristorassi in parte,
Tu rara gloria y tu valor cantando.
Ma poi che le mi rozze incolte carte,
Y mis musas llorosas y cuitadas,
Povere, e prive di dolcezza, ed arte,

Serán de tus orejas delicadas,
Per la basseza d'il lor nigro stile,
Como rudas y viles desechadas,
Il cor ti sacro riverente e humile

ELEGIA II.

Cerca del muro que regó primero
La real sangre del hermano osado,
Que fue vencido con doblado agüero,
Tienen un verde y deleytoso prado
Las manos de natura artificiosas,
Siempre de varias flores esmaltado,
Texido con mil plantas olorosas:
Un cielo de laureles le defiende
Del sol, que quiere ver todas las cosas.
Del mas vecino monte un rio desciende,
Que en su brazo á regar el prado envia,
Y él corre al Tibre, do despues le atiende.
Este humedece con torcida via
La fértil tierra y la menuda yerba,
Y en ella adonis y narcisos cria.
Siempre su limpia claridad conserva,
Que con las plantas su camino cubre,
Y de qualquier ofensa se reserva.
A ninfa ó pastorcica se descubre,
Que espejándose en él, mira y le muestra
La hermosura que á su amante encubre.
Cercan laureles la su parte diestra
Iguales, y á compas puestos por mano

No ménos diligente que nuestra:
La otra dexa descubierto el llano
Al pastor, que á la sombra recogido
Huye la fuerza del calor malsano.
Aquí debaxo de un laurel tendido
Tirsi, al son de la cítara cantaba
Del fruto amargo del amor seguido.
El viento fresco y manso le llevaba
Las voces, y en lugar de ellas mil flores,
Meneando los árboles, le daba.
Envueltas en suavísimos olores
Las voces van do las recoge Alcea,
La blanca Alcea, amor de mil pastores:
Que deseosa de saber quien sea
El músico pastor, tras rama y rama
Escondida se llega, adonde vea
Nacer de fuego muerto ilustre llama.

ELEGIA III.

Ilustre alma, gentil lumbre del cielo,
Di cui begli occhi il raggio orna e rischiara,
Y enciende el mundo en puro y santo zelo.
O sopra ogn'altra gloriosa e rara,
Honor de qualquier siglo, do el camino
Di gir al cielo ogn'alma errante impara.
¡O tú que sola por favor divino
In te raccolta a te sempre simile
Vences las fuerzas del cruel destino!
Per cui in lieto e verdeggiante Aprile

Florece el campo, el monte, el valle, el prado,
Al volger d'un tuo sguardo almo e gentile.
Por quien ambas orillas coronado
Di fiori ne và il Tebro, e prezza questa
Mas que quantas jamas glorias le han dado.
Dunque fia ver, che in lacrimosa e mesta
Noche dexes las ninfas y pastores
Partendo, ah mente al comun danno presta!
Por ti las plantas perderán sus flores,
Per te fian seche l' herbe, e l' aria priva
De la suavidad de sus olores,
E per te Phebo, che pur dianzi apriva
Sereno el dia en la sazon del año
Più bella, hor ne la fa d'ogni ben schiva.
Abre los ojos ya, mira el engaño,
Vinci te stessa, anzi quell'empia voglia,
Que te hace buscar tu mismo daño.
Misero e ben, chi volontier si spoglia
De quanto bien el cielo y la natura
A gli humani quagiu dar possa o voglia.
Mas tú, ninfa gentil, que en la espesura,
E nel più fosco horror di selva o monte
Paraiso harás con tu dulzura,
Vivi sicura, e quanti oltraggi, ed onte
Te aparejare la fortuna airada,
Sostieni con serena e lieta fronte,
Que aquella tu primera alta morada,
Onde venesti a noi, te aspetta e serba
Digna corona á tu virtud pasada:
Alhor non curarei fortuna acerba.

Ni mansa; mas primero que esto sea
Vestiransi più volte i prati d'herba,
Tu nobleza entre tanto bien se emplea
Raccogliendo chiunche a te ne viene,
Y que tu ayuda ó tu favor desea.
Ond'io che vivo suol di quella spene
Que tu habla me dio dulce y humana,
Che al alte parti tue ben si conviene.
Espero que será segura y llana
La strada al desir mio, ben che fortuna
Me amenaza una vez, y otra me afana;
Ed ogn'or più che hor a miei danni aduna
Calor y frio, y me destiempla, y quando
Risplende Apollo, o pur luce la luna.
Mas ¿qué hago, que estoy desvariando?

ELEGIA IV.

Bien presto helaste, ¡ay fortuna fiera!
De mi esperanza el fruto verde y tierno:
Y mudaste mi alegre primavera
En este seco y encogido invierno.
Y en lugar de placer, quando mas era,
Sembraste llanto y desconsuelo eterno:
Porque yo exemplo de miserias sea
A quanto ciñe el mar y el sol rodea.
Mas nunca en tanto mal pudo tu mano
Enemiga quitarme este consuelo,
A tan grave dolor flaco y liviano:
Mas así va quando es contrario el cielo:

Que nunca baxo pensamiento vano
Tuvo en mi albergue; ni aquel blanco velo.
Que trae la santa y limpia fe vestido,
Jamas manchado por mi culpa ha sido.
Y agora, quando con mas furia crece
Este dolor del corazon cuitado,
Que cada dia mas brota y florece,
Qual nueva y tierna planta en fértil prado,
Por quien dulce y suave me parece
La amargura y furor del mal pasado,
¡O fortuna! me quitas con engaños
Este solo consuelo de mis daños.
Que aunque no puedo, ni podrá aspereza
Ni favor de cruel ó mansa estrella
Mi fe mudar, ó en mi leal firmeza
Por mas golpes hacer pequeña mella:
Y aunque del alma noble en la limpieza
Nunca hizo accidente ménos huella:
¡O fortuna cruel! ¡qué me aprovecha
Si de mi fe y limpieza se sospecha!
Mas porque no aprovecha, ántes no debe
Pecho gentil temer sino la culpa,
Nunca hará mi gloria firme ó leve
Agena voz, que me descarga ó culpa;
Que la verdad en tiempo luengo ó breve
Parece, y la inocente alma disculpa;
Y si no pareciere, vela el cielo
Sin amor ó temor, envidia ó zelo.
Mas yo daré tal testimonio un dia
Del generoso espíritu que encierra

Esta terrena y vil corteza mia,
Por cuya compañia peca y yerra,
Que sin temer region ardiente ó fria,
A vuelo me alzaré sobre la tierra:
Y debaxo mis pies, viendo vencida
La fortuna, tendré segura vida.

ELEGIA V.

Bien puede la fortuna de mi vida
Anzi tempo troncar il fil con morte,
Mas no hará que el alma arrepentida
A pia giammai a nuovo amor le porte.
Un tiempo anduvo tras amor perdida
Per sentier aspri, e per vie strane e torte,
Agora á mas contento estado pasa
E gli sospiri, e il pianto ad altrui lassa.
Pianga pur altri in stretto giogo preso,
Yo cantaré del lazo que he rompido,
Arda l'alma si può, che il cor ha acceso,
Qué mi fuego en ceniza es convertido:
Chieda mercè ad amor, chi si gli é reso,
Que yo de su prision libre he salido:
Segu altro amor per voglia e pér destino,
Yo no pienso seguir mas su camino.
Yo gozo en libertad; quien temé ó espera
Gioia, o dolor, a lui s'inchine humile
No piense la esperanza lisonjera
Cangiar il suon del mio contento stile.
Agora me promete primavera;

Ma ne curo il suo verno, ne il suo Aprile,
No hace fruto su esperanza verde,
Che gielo, nebbia, e vento lo disperde.
L' aura che spirò un tempo a miei desiri
Favorable, y agora es viento airado,
Fa che in qual parte gli occhi fermi, o giri
Mire la imagen del dolor pasado:
Come posibil fia che alegro miri
El rostro de ira, y de desden turbado:
Cosi sarà ch'io tenti pur la via,
Que paso á paso caminar solia.
Jamas esto será: mas aunque sea
Ch'ella ritorni mansueta e pia;
Y que en sus ojos la dulzura vea,
Che le esca pose al'alta fiamma mia:
Nunca podrá ya tanto; que posea
Gli spirti, l'alma i sensi miei, qual pria;
Ni si acaso la viere de improviso,
Vedrà cangiarmi, o scolorarmi in viso.
Sicur senza temer d'inganni o frodi,
Yo mismo regiré mi libre estado,
Ne sguardi, e chiome d'or, saete e nodi
Serán do pueda ser preso y llagado.
Non pur leggiadri o disdegnosi modi
Darán placer, ó causarán cuidado:
Di mia sorte vivro pago e contento,
Ni mi esperanza fundaré en el viento

ELEGIA VI.

A la muerte del Príncipe de España D. Cárlos, hijo primogénito del Rey D. Felipe Segundo.

Si el amor al pasar del rio Leteo,
Serenisimo Cárlos, no se olvida:
Si allá se perficiona un buen deseo;
  Vuelve los ojos de do Dios se anida
A España, madre nuestra, y sierva tuya,
De tí tan regalada y tan querida:
  Consuela la tristeza grande suya,
Enxúgale los ojos, y no esperes
Que este llanto del todo la destruya.
  Mas dile: por lo mucho que me quieres
Te ruego, y si no basta, te lo mando,
Que mejor mi ausencia consideres:
  De la divinidad estoy gozando,
Rogándole por tí; mas te aprovecho
Que un siglo aprovechara en tí reynando.
  Di, ¿qué razon permite, ó qué derecho
Que de mi bien y de tu bien te pese?
¿Ni que fundes tu daño en mi provecho?
  Yo fio que mi muerte produxese
Mas envidia á tus ojos que mancilla,
Si los ojos del alma Dios te abriese.
  Mi madre, la Princesa de Castilla,
Cárlos, mi dulce abuelo, y su consorte

Me adornan los dos lados de la silla:
Hace mayor ventaja aquesta corte
A la corte de allá, que el norte á Febo
En firmeza, ó que Febo en luz al norte:
Dichosísimo yo, que tan mancebo,
Despues de haber gozado humana alteza,
En la divina alteza el alma cebo.
Veo del Trino y Uno la grandeza,
De Cristo y de su Madre el alto asiento,
Y de los nueve coros la belleza:
De los Santos el gozo y el contento,
Y en fin del todo veo mi memoria,
Veo mi voluntad, mi entendimiento
Lleno de aquel que es gloria de la gloria.

EGLOGA PASTORAL.

Tirsi, pastor del mas famoso rio,
Que da tributo al Tajo, en la ribera
Del glorioso Sebeto á Dafne amaba
Con ardor tal, que fue mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche, y al nacer del dia
Como suelen tornar otros del sueño
Al exercicio usado, así del llanto
Tornar al llanto, y de una en otra pena
Rompiendo el ayre en semejantes voces.
Fiero dolor, que del profundo pecho
De este tu propio antiguo usado nido

De encendidos suspiros y de llanto
Vivo, tan abundante y larga vena
Sacas, y fuera envias por tus ministros
Los ojos tristes, y la amarga boca,
Que á entrambos el debido oficio impides,
Afloxa un poco, ¡ó dolor fiero! afloxa;
Fiero dolor, un poco; y de las lágrimas
Que en mis ojos cuajadas hacen turbia
Mi débil vista, alguna parte enxuga;
Porque con este hierro, que algun dia
Ha de dar fin á mi cansada vida,
En este tronco escriba mis querellas;
Do por ventura la engañosa Dafne,
Tornando de la caza calurosa
O sedienta, á buscar ó sombra ó agua,
Vuelva acaso los ojos, y los lea.
O si esto no, serán piadoso exemplo
A amorosos pastores; mas en vano
Te pido luz: que mal podrá escribirlas
La flaca mano; ántes alarga el freno,
Dexa libre salir esta corriente
De llanto: y ciega á tu placer mis ojos,
Los espesos suspiros templa un poco,
Porque puedan salir á vueltas de ellos
Mis roncas voces: Dafne, ingrata Dafne,
Que miéntras vas con el sol nuevo alegre
Del espacioso mar las bravas ondas,
Que crecen de mis lágrimas, mirando;
O en jardin deleytoso, al manso viento
De cuidados de amor libre paseas;

O en el apartado valle en árbol verde
Por ventura de amor pensosa escribes:
Miéntras do quier que vas, das con los ojos
Lumbre, reposo, yerbas, flores, hojas:
Tu Tirsi, ¡ay Dios! tu Tirsi un tiempo yace
Solo con su dolor entre esta selva
Encerrado en sus tristes pensamientos:
Que ya ni verde prado ó sombra fresca,
Ni olor suave de diversas flores,
Ni dulce murmurar de clara fuente,
Ni otra cosa otro tiempo dulce y cara
Le es dulce ó cara, sino el llanto solo;
Con este riega en torno el bosque, y corren
Por estos valles de el mil turbios rios.
¡Quántos pastores, quantas pastorcicas
Amorosas, oyendo mis gemidos,
Han llorado conmigo, consolándome,
Sin saber de mi mal la dura causa!
¿Qué me dixo una vez la blanca Alcea
Movida á compasion? ¿Qué dixo Clori?
La rubia Clori, amor de mil pastores:
Que estando yo cantando, ella vencida
Del amor que me tiene, entre estas ramas
Escondida, tu nombre oyo en mis versos.
¡Ay amargas palabras, quan impresas
Os tiene dentro el corazon, ó Tirsi,
De tus riberas no pequeña gloria!
¿Quál estrella cruel, quál fiera saña
Te mueve contra tí? ¿Tú mismo buscas
Tu presto fin en tus mas tiernos años?

¿Quién te fuerza á pasar tan triste vida
Apartado de aquel sabroso tiempo,
Donde con honra tanta en tantas pruebas
Sobre qualquier pastor glorioso andabas?
¿No te vi, Tirsi, yo? ¡Ah! que bien debo
Acordarme del dia en las solemnes
Bodas de Alcipe, estar qual prado en Mayo
De guirnaldas ganadas en mil pruebas
Cercado al derredor, ufano y ledo.
¿Qué tienes ya de aquel? ¿de aquel que pudo
A mí misma robarme? ¿Adonde es ida
Tu gracia? ¿adonde la color del rostro?
¿Adonde está la fuerza de tus ojos
Amorosos ó airados? ¿Quién te tiene
Parado tal? que si tu imágen viva
Desde aquel, para mí cuitado dia,
Dentro el pecho esculpida no estuviera,
Te conociera apénas. Mira, ó Tirsi,
Que aun á mí tu dolor me desfigura:
¿Y tú cruel, el justo amor debido
A tu Clori, tan mal en Dafne empleas?
Mas así va: son estos los misterios
De la Diosa cruel, Reyna de Cipro,
Que desiguales ánimas y formas
Se deleyta enlazar con crudo juego.
Alcipe ama á Damon: Damon á Clori:
Arde Clori por Tirsi; y Tirsi ingrato
Por Dafne: Dafne está entregada á Glauco:
En Glauco no hay amor. Apénas pude
Escuchar hasta aquí, que airado en vista,

Y muy mas dentro el corazon, le dixe:
Huye delante mí, malvada Clori,
No me fatigues mas con falsas nuevas.
Ella se fue; mas levantó primero
Los ojos lagrimosos hácia el cielo:
Y no sé si pidio de mí venganza:
Pero bien se la doy; desde aquella hora
He estado sin moverme aquí tendido
Conmigo imaginando cómo sea
Que por amar á Glauco á Tirsi olvides.
De secreta virtud pequeña yerba
No nace, ó planta en este monte ó valle,
De quien no tenga yo cierta noticia,
Y la sepa apropiar á sus efectos.
¿Quándo nacio jamas por aquí en torno
Contienda pastoril, que yo no fuese
Elegido juez por ambas partes?
¿Quándo en fiesta quedé sin algun premio?
Testigos son esta zampoña y vaso,
Y ese collar que cuelga de tus pechos.
Pues si versos se precian, ya te diéron
Otro tiempo loor mis dulces versos:
Y si envueltos en lágrimas no fueran,
Te pudieran dar nombre y gloria eterna.
Mil ovejas que van presas del lobo
Por estos bosques, y solian ser mias,
¿No te diéron un tiempo de sus partos?
¿No te diéron mis versos fruta y flores?
¿Por qué me ha de vencer pastor ageno,
Y si no vil, que yo ménos famoso?

Por ventura

¡Ah Dafne deslea

Si esto es verdad, cruel

¿A qué quiero esperar que venga á pa

Perezosos la muerte? aunque está cerca,
Yo quiero apresurarla. En esto prueba
A levantarse; pero no sostienen
Los pies débiles carga tan pesada:
Torna á caer; y con dolor de verse
Estorbar el morir, corre á la muerte,
Perdiendo los espíritus vitales.
Mas presto torna, á su pesar, la vida;
Y torna juntamente el llanto amargo.

...ia

... y ...uroso

... rayo del sol, que presuroso

...or la falda del monte descendia:

Mirando al turbador de su alegría,
Contrario de su bien y su reposo,
Tras un suspiro triste y congojoso
Tales palabras contra el sol decia:

Luz clara, para mí triste y oscura,
Que con furioso curso apresurado,
Mi sol con tu niebla oscureciste;

Si te pueden mover en tal altura
Las quejas de un pastor enamorado,
No tardes en volver á do saliste.

D...
En una selva, ...
Pudieran sus canciones
Volver de triste un hombre muy gozoso,
Y entre estas recreaciones,
Muy falto de reposo,
Estaba Endimion triste y lloroso.
Como el que ve venir
Quien le ha de dar tormento riguroso,
Y no puede huir,
Así se está medroso
Contra el rayo del sol, que presuroso
Ya por los anchos cielos
En caballos blanquísimos traía
El gran señor de Delos,
Que dando ser al dia,
Por la falda del monte descendia.
Endimion llorando
Al ayre con suspiros encendia,
Y el rostro levantando,
Las manos retorcia,
Mirando al turbador de su alegría,
Que de la hermosa luna
Le encubre al rostro bello y amoroso,

...ia
... y ...uroso
... el rayo del sol, que presuroso
Por la falda del monte descendia:
Mirando al turbador de su alegría,
Contrario de su bien y su reposo,
Tras un suspiro triste y congojoso
Tales palabras contra el sol decia:
Luz clara, para mí triste y oscura,
Que con furioso curso apresurado,
Mi sol con tu niebla oscureciste;
Si te pueden mover en tal altura
Las quejas de un pastor enamorado,
No tardes en volver á do saliste.

D

En una selva,

Pudieran sus canciones

Volver de triste un hombre muy gozoso,

Y entre estas recreaciones,

Muy falto de reposo,

Estaba Endimion triste y lloroso.

Como el que ve venir

Quien le ha de dar tormento riguroso,

Y no puede huir,

Así se está medroso

Contra el rayo del sol, que presuroso

Ya por los anchos cielos

En caballos blanquísimos traía

El gran señor de Delos,

Que dando ser al dia,

Por la falda del monte descendia.

Endimion llorando

Al ayre con suspiros encendia,

Y el rostro levantando,

Las manos retorcia

Mirando al turbador de su alegría,

Que de la hermosa luna

Le encubre al rostro bello y amoroso,

uego,
quien reposar ya no podia,
Y ardiendo en vivo fuego,
Con voz que enternecia,
Tales palabras contra el sol decia:
¡O sol resplandeciente,
Causa de mi dolor y desventura,
A toda humana gente
Le es ver tu figura
Luz clara, y para mí triste y oscura!
Y pues me mata el verte,
Por mas valor te fuera reputado
Venir á darme muerte
Con paso sosegado,
Que con furioso curso apresurado.
¡O quánta gloria! ¡o quánta
Belleza con tu vista me escondiste!
Tu gran crueldad me espanta:
¿Sabes bien lo que hiciste?
Mi sol con tu tiniebla oscureciste.
Mas aunque esté muriendo,
No dexaré de estar con gran tristura,

Y no pido p
El curso, que en mi mal s
Mas que de mí te alejes:
Y pues tanto corriste,
No tardes en volver á do saliste.

... o ingenio humano?
... uales y quáles flores
Allá en la primavera
Jamas produxo el genial verano?
¿Quál rostro soberano
Aun con lo ménos de ese tuyo iguala?
¿Y quál maestra mano
Pudo formar zagala
De mayor gentileza, gracia y gala?
Mil extremados gestos
Hay en aquesta villa
De tanta perfeccion, gracia y mesura,
Que en otra parte puestos
Pudieran tener silla
De toda gentileza y hermosura;
Pero con tu figura
No sé quién osará decir que iguala:
Ni sé cómo natura
Pudo formar zagala
De tanta gentileza, gracia y gala.
Si Tisbe con su amado,

Dira que

De tanta gentileza, graci

Si Medusa la dura
Con el gesto encantado
Volver pudo la gente viva en roca;
A tu gentil figura
Por gracia se le ha dado
Volvella en cera, á quien ſuego toca;
Y no es gracia tan poca,
Que qualquiera pastora buena ó mala
Te diga por su boca:
Nunca se vió zagala
De tanta gentileza, gracia y gala.

Si Palas tan armada
Mil hombres hiere y mata,
Y el ciego amor á mil y mil doncellas:
Tu vista delicada
Mucho mas desbarata
En hombres corazon, el rostro en ellas;
Pero si las mas bellas
Contigo se pusieran por tu iguala,
El sol, luna y estrellas

... ó buena ó mala,
...tradas te dixeran:
Vencistenos, zagala,
Con tanta gentileza, gracia y gala.

EPITAFIO.

Este epitafio del Cardenal Don Diego de Espinosa, Obispo que fue de Sigüenza, y Presidente del Consejo Real, Inquisidor mayor, hizo Francisco de Figueroa; y se puso sobre su sepultura en Martin Muñoz por órden de su sobrino Don Diego de Espinosa, y de allí le trasladó fielmente el Licenciado Luis Tribaldos de Toledo, pasando con la corte á Valladolid.

IHS.

En uno de los montes Ossa ó Pelio
Se debiera esculpir el monumento
Del gran pilar de la cristiana Iglesia;

A quien ...
De guardar y limpiar su g...
Del contagioso mal de las vecinas;
Y la otra, que ser segunda debe
Por su alteza y valor, puso en tus hombros
El peso del gobierno de sus reynos,
Y dió de su poder las llaves ambas,
Reposando en la fe de tu cuidado.
Pues con suma virtud, prudencia, industria,
Con firme pecho y animoso zelo,
Con valor sin igual restituiste
Su silla á la gentil vírgen Astrea;
Y con suave y amoroso freno
En mansa paz y dulce union registe
Gentes, lenguas, naciones diferentes:
Aunque aquí tu mortal yace só tierra,
Lo inmortal, y tu claro nombre y gloria,
Viven y vivirán eternamente.

1572.

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 18 July, 2018

cuerpo parte, y temo
doloroso extremo!)
Que en esta de los dos triste partida,
Por fuerza he de partirme de la vida.

FIN

DE LAS OBRAS DE FRANCISCO DE FIGUEROA.

LAUS DEO.

00101844